

#### **EDUARDO BARRIOS**

(1884-1963)

Considerado como uno de los grandes escritores chilenos del siglo XX y como un destacado líder cultural, desempeñando los cargos de director de la Biblioteca Nacional y ministro de Educación, Eduardo Barrios recibió el Premio Nacional de Literatura en 1946.

Sus novelas El niño que enloqueció de amor, Un perdido, El hermano asno y Gran señor y rajadiablos lo posicionaron como uno de los mejores novelistas hispanoamericanos y sus obras se editaron en Chile, Argentina, México y España, siendo traducido a varios idiomas.

Incursionó con bastante éxito en la crónica periodística y la crítica literaria y teatral, además de escribir notables obras de teatro, que se reúnen por primera vez en este libro.

La extraordinaria capacidad de observación y fina sensibilidad de Barrios se expresan en estas piezas dramáticas con especial singularidad.

Como miembro destacado del Grupo de Los Diez, se publican sus obras bajo el sello de la hermandad decimal.





Proyecto financiado por el Fondo del Libro y Lectura, Línea Fomento a la Industria 2018

# Teatro EDUARDO BARRIOS

© Sucesión Eduardo Barrios, 2018 © Ediciones de «Los Diez», 2018 © Ediciones Universidad de La Frontera, 2018

ISBN: 978-956-236-346-4



#### **Ediciones**

### Universidad de La Frontera

Av. Francisco Salazar 01145, Casilla 54-D, Temuco

Rector: Dr. Eduardo Hebel Weiss Vicerrector Académico: Dra. Gloria Rodríguez Moretti Director de Bibliotecas y Recursos de Información: Dr. Carlos del Valle Rojas Coordinador Ediciones: Luis Abarzúa Guzmán



### Ediciones de «Los Diez»

Director Editorial: Pedro Maino Swinburn Directora de Arte: Camila Correa Harnecker Diseño de portada: Daniela Peña Valjalo

# **TEATRO**

**EDICIONES DE «LOS DIEZ»** 

EDICIONES
UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA

===TEMUCO==== 2018

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
prólogo	15
Por Pedro Maino	
MERCADERES EN EL TEMPLO	19
Acto primero	21
Acto segundo	39
Acto tercero	58
Acto cuarto	75
POR EL DECORO	89
Acto único	93
LO QUE NIEGA LA VIDA	109
Primer Acto	III
Segundo Acto	154
Tercer Acto	189

PAPÁ Y MAMÁ	213
Acto único	215
VIVIR	223
Primer Acto	225
Segundo Acto	260
Tercer Acto	289
EPÍLOGO	313
Por Juan Pablo Yáñez Barrios	

# PRESENTACIÓN

El proyecto editorial del grupo de Los Diez se inició a mediados de 1916, motivados por la acogida que tuvo la «Primera Exposición de Los Diez», celebrada en los salones de El Mercurio en junio de ese mismo año. Manuel Magallanes, Pedro Prado y Alberto Ried, todos reconocidos en el ambiente cultural como escritores, sorprendieron con una muestra de pinturas de pequeño formato. El éxito fue tal, que se vendieron todas las obras. Al mes siguiente se realizó la «Primera Velada de Los Diez» en la Biblioteca Nacional, cuyo programa contemplaba piezas musicales de Pedro Humberto Allende, Carlos Lavín, Javier Rengifo y «Las Doloras» de Alfonso Leng, poemas de Manuel Magallanes Moure, un discurso de Inés Echeverría y la lectura de la «Somera Iniciación al Jelsé» de Pedro Prado, una suerte de manifiesto del grupo. En pocos días, esta agrupación de artistas que había surgido de manera azarosa y divertida, iba tomando forma. Pedro Prado recordará años más tarde aquellos días, en unos manuscritos inéditos que se conservan en su archivo:

«El espectáculo de nosotros algo irradiaba, algo se multiplicaba. Era la alegría sin causa, el ardor sin origen, era la fuerza, la gracia, la audacia, la certeza, la vislumbre de una suerte de repentina e irrefrenable embriaguez. No teníamos dinero. Pues fundaríamos una casa editorial, y no una cualquiera, la mejor. Las Ediciones de Los X»<sup>1</sup>.

El proyecto original comprendía 12 números al año: 5 dedicados a la REVISTA, 4 a la BIBLIOTECA (obras literarias), 2 a los PINTO-RES CHILENOS (reproducciones de cuadros en tricomía, acompañados de artículos crítico-biográficos sobre sus autores), y 1 cuaderno destinado a Música, escultura y arquitectura.

Como es natural, el proyecto sufrió algunas modificaciones. Se publicaron 4 REVISTAS, 7 números de la BIBLIOTECA (Venidos a menos de Rafael Maluenda, La Hechizada de Fernando Santiván, Días de campo de Federico Gana, Pequeña Antología de Poetas Chilenos Contemporáneos, Motivos de Proteo. Homenaje a José Enrique Rodó, Cuentos de Autores Chilenos Contemporáneos y Pobrecitas de Armando Mook) y un cuaderno de música (Músicos chilenos). Se prometió un libro de Juan Francisco González y otro de Julio Ortiz de Zárate, que por razones que desconocemos, no vieron nunca la luz. Y esa sección de PINTORES CHILENOS fue la única que no se pudo materializar. Otra de las promesas incumplidas fue la publicación del libro Aventuras de Curcunchito de Pedro Prado, que se anunciara en una de las tapas de Cuentos de Autores Chilenos Contemporáneos. Era un anticipo de lo que sería Alsino, publicado tres años más tarde.

El fin de Ediciones Los Diez en 1917 se debió a varias razones. La enconada polémica surgida tras la publicación de la *Pequeña Antología de Poetas Chilenos Contemporáneos*, y en especial las intervenciones de Omer Emeth, causaron un hondo malestar en <u>sus integrantes</u>. Asimismo, la progresiva partida de varios de sus

I Archivo Pedro Prado, Biblioteca de Humanidades, Pontificia Universidad Católica de Chile.

integrantes al extranjero, como Acario Cotapos, Armando Donoso y Alberto Ried, entre otros, también fue minando el ánimo de un grupo que venía siendo asediado por una crítica que interpretaba el humor de Los Diez como un acto de frivolidad.

Sin embargo, las 12 publicaciones que lograron concretarse en aquel año de trabajo son suficientes para considerar a este proyecto editorial como uno de los más significativos de la primera mitad del siglo XX. Su carácter interdisciplinario, el cuidado arte de sus publicaciones y el mérito de haber apostado por obras que pronto se convertirán en clásicos de la literatura chilena, como *Días de campo*, de Federico Gana, contribuyeron a posicionar a Ediciones Los Diez en nuestro campo cultural.

Fernando Santiván quiso dar continuidad al proyecto de Los Diez con la *Revista de Artes y Letras*, conservando las oficinas, las listas de suscriptores, el formato de la *Revista de Los Diez* y también la idea de intercalar la publicación de una revista con libros. A pesar del esfuerzo, solo alcanzaron a aparecer 8 números: 4 de la revista y 4 de los títulos de literatura.

Pero Los Diez no se disolvieron tras el fin de su proyecto editorial. Los miembros que permanecieron en Chile siguieron reuniéndose periódicamente en la casa de Pedro Prado y algunos bares y restaurantes de Santiago. Además, hubo nuevas incorporaciones al grupo, como Antonio Castro Leal, secretario de la embajada de México en Chile, quien participaría junto a Pedro Prado en la célebre mistificación del poeta afgano Karez-I-Roshan en 1921, y Eduardo Barrios, quien se supone reemplazó al hermano arquitecto, Julio Bertrand Vidal, fallecido tempranamente en julio de 1918.

Los Diez no eran precisamente un grupo generacional que se reunía para irrumpir en el campo artístico y posicionarse. Varios de sus integrantes, como Juan Francisco González, Manuel Magallanes Moure y Augusto d'Halmar ya eran figuras consagradas, y la mayoría tenía más de treinta años. A Los Diez los unió el deseo de liderar un campo, de hacer un proyecto que remeciera la escena y que abriera nuevos caminos. Todo lo cual se cumplió. Asimismo, la apertura hacia los nuevos talentos que describiera Pedro Prado en su discurso la «Somera Iniciación al Jelsé», con respecto a estar atentos a quienes representaran la esperanza del mundo, la practicaron con humor y generosidad. Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Manuel Rojas, entre otros, fueron testigos de ese esfuerzo.

«Es requisito imprescindible para pertenecer a Los Diez, estar convencidos que nosotros no encarnamos la esperanza del mundo; pero, al mismo tiempo, y de acuerdo con el sentido de la oración anterior, debemos observar con prolijidad todo nuevo ser que se cruce en nuestro camino, por si él encarnase esa esperanza, lo que no impide que, después de ese examen, él y nosotros nos riamos, con gran pesadumbre y bulliciosa algazara, de los continuos engaños en que por este motivo nos ocurran».

El arte, la amistad y el humor fueron los pilares sobre los cuales Los Diez construyeron su refugio. Y son precisamente esos tres elementos los que queremos rescatar para darle nueva vida a ese emblemático proyecto editorial. Buscamos continuar también su espíritu transdisciplinario, intentando diversificar el catálogo con publicaciones de arte, literatura, música y filosofía, así como también motivar al cruce y colaboración entre distintas disciplinas, como solían hacer los hermanos decimales. El trabajo colaborativo de Alfonso Leng y Pedro Prado en Las Doloras y La Muerte de Alsino es muy significativo, así como también la condición de poetas pintores de Manuel Magallanes Moure y Pedro Prado, y de pintor poeta de Juan Francisco González. Vale la pena destacar el cuento «El Cachespeare» que publicó don Juan Pancho en la Revista de Los Diez número 3.

Tomar la posta del Grupo de Los Diez más de cien años después supone un esfuerzo por fortalecer nuestra tradición cultural, por tomar consciencia del extraordinario repertorio con el que contamos. Asimismo, existen ciertas similitudes en los momentos históricos. Vivimos procesos de descomposición y desconfianzas, donde las artes deben atrincherarse en medio de la indiferencia y la frivolidad. Un orden social y político en crisis, una animosidad que se despliega a través de nuevos soportes con una eficacia nunca antes vista. En este escenario, consideramos valioso un proyecto editorial que se proponga servir de plataforma de reflexión, rescate patrimonial y difusión de nuevas ideas.

Ediciones de «Los Diez» buscará establecer lazos de colaboración con distintas instituciones comprometidas con el desarrollo cultural chileno. En esta oportunidad, ha sido la Universidad de La Frontera y el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través del Fondo del Libro y la Lectura, quienes han hecho posible la publicación de los dos primeros libros del nuevo catálogo: *Cuentos* y *Teatro* de Eduardo Barrios. El compromiso de Ediciones Universidad de La Frontera con el rescate y la difusión de la literatura chilena ha sido consistente a lo largo de los años, sumándose estos dos títulos a *Ensayos y Estudios Literarios* de Pedro Balmaceda Toro, *Obras Reunidas* de Jenaro Prieto y *Obras Completas* de Federico Gana, entre otros.

En esta primera etapa, concentraremos nuestros esfuerzos en poner a disposición de los lectores contemporáneos una selección de la obra de los hermanos decimales, para luego cumplir con el programa original de Ediciones de «Los Diez»: «ser un refugio contra el rudo mercantilismo de nuestra prensa diaria y de nuestras revistas hebdomedarias, de las cuales voluntaria o involuntariamente se han visto obligados a excluirse nuestros mejores artistas: pintores, músicos, escritores, dibujantes y arquitectos».

# PRÓLOGO

Por razones que no se explicitan, las obras de teatro escritas por Eduardo Barrios no fueron incluidas en sus *Obras Completas*, publicadas en dos volúmenes por Zig Zag en 1962. Y resulta curioso, porque la misma editorial había publicado en 1947 el libro *Teatro Escogido*, en donde reprodujo las obras *Vivir*, *Lo que niega la vida y Por el decoro*. Raúl Silva Castro llamó la atención sobre este hecho y sugirió un tercer volumen de las *Obras Completas*, en donde se pudieran reunir sus crónicas y críticas literarias junto a sus obras escénicas. Parte de esa tarea la realizó Joel Hancock el año 2004, al publicar *Crónicas literarias de Eduardo Barrios*, bajo el sello de Ediciones Universitarias de Valparaíso. En razón de esta situación, se hacía necesario poner a disposición de los lectores contemporáneos aquella parte de la producción literaria de Eduardo Barrios que había tenido menos difusión.

Y lo más valioso de esta compilación de sus obras de teatro es que incluye por primera vez el drama *Mercaderes en el templo*, que obtuvo el primer premio en el certamen literario organizado por el Consejo Superior de Letras y Bellas Artes para el Centenario. Su estreno, en el mes junio de 1911, de acuerdo la información

16 PRÓLOGO

proporcionada por Homero Castillo, estuvo marcada por la resistencia de la aristocracia capitalina, «quienes se abstuvieron de asistir por razones doctrinarias y, además, se encargaron de hacerle el vacío a una pieza que con seguridad expondría las debilidades de las clases acomodadas y aristocráticas de Santiago, a la sazón convertidas en blanco de prédicas políticas avanzadas»<sup>1</sup>. A diferencia de lo ocurrido con las otras tres obras estrenadas por Barrios, *Mercaderes en el templo* fue la única que no publicó, a pesar de registrarla en todos sus libros posteriores como parte de sus obras publicadas. Desconozco la historia del manuscrito que hoy se encuentra en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, pero lo cierto es que el mismo Barrios desconocía su paradero hasta el día de su muerte.

En un plazo de seis años, Eduardo Barrios escribió cinco piezas teatrales de distinta extensión. Tiempo suficiente para posicionarse como uno de los dramaturgos más destacados de la escena nacional, según palabras de Domingo Melfi.

En aquella misma época, Manuel Magallanes Moure, miembro del Grupo de Los Diez, al igual que Barrios, también incursionó activamente en la dramaturgia y existen notables similitudes en las temáticas abordadas. La celebración del Centenario había abierto una discusión en torno a la identidad nacional que estaba muy lejos de ser elogiosa. El pacto político y social decimonónico empezaba a evidenciar fracturas irremediables durante los primeros años del siglo XX. Barrios y Magallanes, ajenos al entusiasmo positivista y al sentimiento patriotero, denuncian la hipocresía social de la época, comandada por los sectores conservadores y plutocráticos de la sociedad chilena, y legitimada por un clero servil. Y las principales víctimas de aquel orden injusto y abusivo son las mujeres, quienes parecieran estar privadas de la libertad para disfrutar de

I Castillo, Homero. «*Mercaderes en el templo*. Obra inédita de Eduardo Barrios». En: *Hispania*, Vol. 48, N° 4 (Dic. 1965), pp. 833-836.

la vida, como se expresa en dos de los títulos de sus obras: *Lo que niega la vida* y *Vivir*. Llevar a escena temas como el embarazo fuera del matrimonio y el adulterio, causaron un profundo impacto, al extremo que hubo actores que se rehusaron a participar en la obra *Vivir*, porque no se atrevían a exponerle al público «en forma tan cruda y violenta el drama del amor adúltero que allí se planteaba». No obstante la denuncia de la situación injusta en que vivía la mujer chilena, en sus obras las protagonistas femeninas siguen adoleciendo de una pasividad que las deja a merced de la azarosa benevolencia masculina.

El abrupto final de su producción teatral se debió, según sus propias palabras, al desengaño que le produjo la vanidad de algunos actores. Durante el montaje de la obra *Vivir*, tuvo que someterse a una serie de requerimientos, considerados por él como «pequeñeces de los actores para lucirse ellos en desmedro de la honradez artística del autor».

A partir del año 1916, Eduardo Barrios se vuelca de manera casi exclusiva a la narrativa, dando a conocer sus obras más conocidas, como *Un perdido* (1918), *El hermano asno* (1922) y *Gran señor y rajadiablos* (1948).

El *Teatro* de Eduardo Barrios permite dar cuenta de la envergadura y diversidad de su obra, además de profundizar en algunos motivos que se repiten a lo largo de su producción. También es muy interesante analizar la forma en que Barrios se apropia del género. La naturalidad de los diálogos y la consistencia de los perfiles psicológicos se contrastan con la fragilidad de la estructura dramática, que podría haber remediado con más oficio. Vale la pena recordar que dejó de escribir obras de teatro a los 32 años.

# MERCADERES EN EL TEMPLO (1910)

Drama en cuatro actos y en prosa, estrenado en el Teatro Santiago la noche del 7 de junio de 1911 y premiado por el Consejo Superior de Letras y Bellas Artes en el certamen literario con que se celebró el centenario de la independencia nacional.

# **REPARTO**

# PERSONAJES

CONSTANZA, 22 años
MERCEDES, 45 años
SEÑORA DE VIVANCO, 40 años
SEÑORA DE LUNA, 30 años
SEÑORA DE VERNAL, 25 años
SOR ANGÉLICA, 25 años
CARMENCITA, 9 años
RAÚL, 35 años
OON GONZALO, 55 años
DONTOR ÍÑIGUEZ, 35 años
EL PADRE RAFAEL, 50 años
MARTÍNEZ, 35 años
UN CRIADO
UN ENFERMO

La acción, en Santiago de Chile. Época actual.

# INTÉRPRETES

Srta. Nevares
Sra. Val
Sra. Anaya
Srta. Socías
Srta. Adsuar
Sra. Ventura
Niña Caro
Sr. Muñoz (Miguel)
Sr. Hernández
Sr. Requena
Sr. Soler
Sr. Barca
Sr. Díaz
Sr. Perrín
Sr. Palacios

# ACTO PRIMERO

Taller del escultor RAÚL GARCÉS.

Estancia vasta, desmantelada, de muros desconchados que ostentan medallones de yeso, relieves, dibujos, etc. Al fondo, ancha puerta con batientes practicables, la que se supone da paso al patio. En las laterales, puertas abiertas por las cuales se penetra en las habitaciones de la casa. Casi al centro de la escena y en segundo término, un proyecto en yeso descansa en tosco caballete. Muebles gastados y desiguales, entre los que habrá un sofá, forman estrado hacia la derecha. Arrimada a la lateral izquierda, mesa grande llena de papeles y útiles en desorden. Esparcidos con descuido, modelos de arcilla, estatuas inconclusas y cuantas labores y útiles concurren a las faenas de un artista.

La acción, en los últimos momentos de la mañana.

### ESCENA PRIMERA

# RAÚL y el DOCTOR ÍÑIGUEZ

Al levantarse el telón, RAÚL aparece ante la puerta del foro, llamando a CARMENCITA; viste pantalón negro y ropón de brin. ÍÑIGUEZ, en correcto traje de calle

- RAÚL.—(Hacia fuera.) ¡Carmencita, entra, hijita! Ya sabes que no debes andar por el jardín con un sol tan fuerte. (Vuelve hacia ÍÑIGUEZ.)
- ÍÑIGUEZ.—Sí, mi amigo. Hay que ceñirse a esas instrucciones si se desea tener éxito.
- RAÚL.-Lo del descanso es lo único difícil de cumplir.
- íÑIGUEZ.-Pues es lo principal.
- RAÚL.—Usted sabe, doctor, que soy pobre. Sin trabajo no habrá dinero; y sin dinero, ni tónicos, ni alimentación escogida... ni nada.
- ÍNIGUEZ.—Eh... ¿Qué quiere usted? Las enfermedades no consideran la situación; atacan en cualquier época.
- RAÚL.-Diga usted que siempre en la peor.
- íÑIGUEZ.—En fin, mi deber es advertírselo. Las labores de la escultura son demasiado recias para el estado de usted.

#### ESCENA II

DICHOS y CARMENCITA, quien viste también de luto

- CARMENCITA.—(Entrando precipitada por el foro, con un gran ramo de rosas entre los brazos.) ¡Mira, papá, qué lindas rosas!
- RAÚL.—(Recibiendo las flores.) Muy lindas, hija. ¿Eso hacías en el jardín?
- CARMENCITA.—Eso. Porque este verano voy a cuidar yo los floreros de tu escritorio. (*Triste*.) Como ya mamá...

RAÚL.—(Que con un beso corta las palabras de la niña.) Gracias, hijita, gracias. Pero... ¿no saludas al doctor?

CARMENCITA.-Buenos días, doctor.

íÑIGUEZ.—Muy buenos, señorita. Ya iba yo a decir que me había olvidado.

CARMENCITA.-Es que...

íÑIGUEZ.-Y...¿cómo te va en el colegio?

CARMENCITA.—(Como si recordase algo súbitamente.) ¡Ah, papá! A la profesora de piano le ha llegado de Europa un nene precioso, muy... muy lindo. ¿Por qué no encargas tú uno, papá? (íÑIGUEZ y RAÚL ríen.) Encarga uno. Mira que desde que mamá murió estoy tan sola. A ti ¿qué te cuesta?

RAÚL.-(Disimulando la risa.) Mucho cuesta, hija.

ÍÑIGUEZ.-Están muy caros ahora los nenes.

CARMENCITA.—(Con pena.) ¡Muy caros! (Queda pensativa.)

RAÚL.-Muy caros; y nosotros, muy pobres.

CARMENCITA.—(Entre risueña y picaresca.) ¿Cómo, entonces, la costurera, siendo más pobre que nosotros, encarga todos los años y tiene tantos?

íÑIGUEZ.-(Riendo.) ¡Ah, ah!

RAÚL.—Es que la costurera, antes, era muy rica...

 ${\tt \acute{iNiguez.-Exacto.}}\ Y\ ha\ empobrecido\ por\ pedir\ tantos\ ni\~nos.$ 

RAÚL.—¿Quisieras verme reducido a vivir con más pobreza, tan solo por que tuvieras tú muchos hermanitos?

CARMENCITA.-No.

RAÚL.—¿Ves? Bien, lleva las flores y di que no sirvan el almuerzo hasta que tu tío Óscar haya llegado.

CARMENCITA.—Primero voy a que doña Mercedes las ponga en un florero. (Vase, canturreando, por la derecha.)

RAÚL.—Con cuidado, no corras... ¿Qué le parece, doctor? ÍNIGUEZ.—Razona, razona.

#### **ESCENAIII**

# DICHOS menos CARMENCITA, a quien se oye cantar

RAÚL.-¿La ove usted? Canta.

íÑIGUEZ.-Oh, los niños olvidan pronto.

RAÚL.-Y ya ve usted: aún no hace tres meses de la muerte de su madre.

íñiguez.-Dichosa edad, cuyas propiedades no debemos sofrenar.

RAÚL.—No, si yo no la corrijo. Si ese canto inocente para mí es un consuelo: proyecta en mi alma esos espejismo de la niñez, que son como el brote alegre y triunfal de la primavera tras de la ruina que el invierno deja.

ÍÑIGUEZ.—La evolución eterna, mi amigo; invierno y verano, la vida triunfando siempre sobre la muerte. En estos pequeños seres, en quienes ni placeres ni dolores han marcado aún sus huellas, en quienes ni la compasión ni los prejuicios han civilizado a la bestiecilla, lo podemos observar muy bien. (Risa estrepitosa de la niña.)

RAÚL.-Ahora ríe.

ÍÑIGUEZ.—Felices los niños.

RAÚL.—Así. Nosotros... yo más que nadie comprendo el encanto de esas carcajadas.

ÍÑIGUEZ.—¿Qué es esto, hombre? Pues no faltaba más. Aún ha de aguardar usted muchas alegrías en la vida, siquiera de la gloria. Un artista tiene siempre ilusiones.

RAÚL.—Oh, las ilusiones de los artistas... y hoy en día... con tantas lecciones recibidas... Bah; créame, doctor, soy ya un alma crepuscular, de esa hora en que el calor de la ilusión se aleja. El pensamiento es ya quien, sustituyendo al corazón, quiere ahondar fríamente. Con la muerte de mi Elena, mi espíritu ha quedado como despegado de la tierra. La nostalgia nubla mis concepciones artísticas. Hoy me inclino más al análisis

filosófico, a esa ciencia que poco a poco va desterrando la poesía del alma.

íÑIGUEZ.-Duro sería.

RAÚL.—En efecto, tiene la dureza de la realidad para el soñador. Pero, es cierto: para ser poeta precisa más que creer que saber... Y los años enseñan tanto... Hasta he variado de estética.

íÑIGUEZ.—Y a eso debe reducirse todo. No creo que la poesía haya muerto en usted.

RAÚL.—Acaso tenga usted razón. Ni sé lo que me digo. Por lo menos, el sentimiento de la belleza, aunque el punto de vista haya variado, no ha muerto. ¿Ha visto usted el proyecto del pequeño monumento que pienso esculpir para la tumba de mi Elena? (Destapa el proyecto, que estaba cubierto con una tela humedecida. Mirándolo.) Será un fiel reflejo de mi estado: parco, escueto, simbolizará esa nada en el pecho, esa... ¿Ve usted? Reflexiones frías reinando en un cerebro antes caldeado por la pasión.

íÑIGUEZ.—(Examinando el proyecto.) Difícil empresa...

RAÚL.-Pues la obra no puede ser más sencilla.

íñiguez.—Enigmática.

RAÚL.—Enigmático es siempre el rostro de un hombre que piensa. Luego, ya se lo dije a usted: el vacío en el pecho, el todo en la mente... La lividez del mármol me ayudará a producir la emoción estética.

íÑIGUEZ.-Sí, sí. Es admirable.

RAÚL.—(*Mirando engreido su obra*.) Oh, sí; el gesto, para mí, tiene sonido, es eco musical del alma.

ÍÑIGUEZ.-Ya esas son sutilezas de artista.

RAÚL.—Pero hay algo que hiere melancólicamente, algo que está y no está en el mármol, que vagará en torno de la obra, entre los cipreses rígidos... La sensación del dolor un tanto escéptico, un tanto...

íÑIGUEZ.-¡Qué! ¿Se va usted a enternecer, ahora?

RAÚL.—Oh, soy fuerte. Sé que el llanto no es un remedio. Tampoco soy un ingenuo, para rebelarme contra las leyes naturales.

íÑIGUEZ.—Vamos, reciba usted mis felicitaciones por la obra y doblemos la hoja: volvamos a su salud que es hoy lo esencial.

RAÚL.—¿Y por cuánto tiempo tendría que privarme del trabajo? ÍÑIGUEZ.—Un año. Acaso basten ocho o diez meses.

RAÚL.-(Por la obra.) ¿Y esto...? Trabajando con calma, tal vez...

íñiguez.—Una labor mesurada, con un sistema prudente... ¿quién sabe? Pero debe usted advertir que una hora aquí y otra u otras en las lecciones sumarían un total pernicioso.

RAÚL.—Es que, en tal caso, dejaría las lecciones. Estoy tratando de conseguir un préstamo para el pago de mis compromisos pendientes. Tal vez con eso tenga también para el año de reposo. Óscar anda, cabalmente a estas horas, en tales gestiones.

IÑIGUEZ.—Sin embargo, las entradas de las lecciones no deben despreciarse.

RAÚL.-;Pse!

íÑIGUEZ.—¡Estas cigarras!

RAÚL.—Usted lo ha dicho, con esa exclamación: el arte es mi vida. Al dejarlo, perdería la poca luz que me resta; dejarlo sería pasarme bruscamente del crepúsculo a la noche, la muerte espiritual, en una palabra. Los artistas somos así, no podemos conformarnos con la salud del cuerpo si ella ha de venir en cambio de un cruel encarcelamiento de nuestro poder creador.

íÑIGUEZ.—Así es. El arte es en usted una enfermedad más arraigada que la que yo he de atenderle.

RAÚL.—Y puesto que las dos son incurables, ¡qué diablo!... viva la gallina y viva con su pepita.

#### ESCENA IV

DICHOS, CARMENCITA y MERCEDES. Las últimas llegan por la derecha

CARMENCITA trae las rosas en un florero. Ambas entran y salen como lo indican las acotaciones del diálogo. MERCEDES vestirá con decencia, modestamente y de color oscuro.

MERCEDES.—(*Llegando*.) Estaba el doctor aquí. ¿Cómo va, doctor? ÍNIGUEZ.—Bien, señora, gracias. ¿Y el niño?

mercedes.-Bueno ya, por suerte.

RAÚL.-¿Se conocían ustedes?

íÑIGUEZ.-Mucho.

MERCEDES.—En la casa del pobre, el médico es asiduo visitante. Con permiso, doctor; voy a colocar estas flores y vuelvo enseguida. (*Vase por la izquierda con* CARMENCITA.)

ÍÑIGUEZ.-(A RAÚL, por MERCEDES.) ¿Son ustedes parientes?

RAÚL.—No. Mercedes es viuda de un amigo íntimo; quería mucho a mi Elena, a quien prometió cuidar como madre a Carmencita, y este es el motivo de que venga todos los días y almuerce con nosotros.

MERCEDES.—(Desdela puerta izquierda y dirigiéndose a CARMENCITA, a quien ha dejado dentro.) Así. Ahora, las puertas y las ventanas al patio. Ventilación necesita ese cuarto... (A ÍÑIGUEZ.) Deseando verle estaba, doctor. Es una preguntita ociosa, una curiosidad de mujer. ¿Qué enfermedad es la de don Gonzalo? Hablan de parálisis.

íñiguez.-Eso es, sí.

MERCEDES.-¿Será grave, verdad?

íÑIGUEZ.-En don Gonzalo, sí. Es viejo y...

RAÚL.-¿Y de qué le habrá venido eso?

MERCEDES.-(Con mal disimulado encono.) Resultado de su...

RAÚL.-¡Chts!

íñiguez.-Causas puede haber varias.

MERCEDES.—¡Ah; si todos conocieran a don Gonzalo como yo! Su mujer, pobrecita... tantas miserias que pasó por él.

RAÚL.—Mercedes, por favor... (A íNIGUEZ.) ¿Y es curable el mal? MERCEDES.—Casi siempre, me parece. Y creo que de muerte.

ÍÑIGUEZ.—Hasta hoy, los órganos interiores de don Gonzalo funcionan bien. Cuidándose, pues, podrá vivir muchos años, si bien el completo restablecimiento es dificilísimo, dada la edad.

RAÚL.-Como es tan rico, se cuidará muy bien.

MERCEDES.-La hierba mala no muere.

íÑIGUEZ.—Pero... me extraña que no estén ustedes mejor enterados. Al mismo don Gonzalo le oí decir una vez, a propósito del triunfo de usted, Raúl, en el Salón de Bellas Artes, que son ustedes íntimos amigos desde hace muchos años.

RAÚL.—Es verdad. Cuando la familia de don Gonzalo y la mía eran vecinas en la misma casa —pues nosotros les dábamos en arriendo un departamento... esto era en San Felipe—... entonces formábamos casi una sola familia. Hoy... él es millonario; nosotros, pobres... y nuestros caracteres, tan opuestos...

MERCEDES.—Este, todo corazón y generosidad; y el otro, todo egoísmo. Considere usted, doctor.

RAÚL.-Esto va tomando visos de murmuración, Mercedes.

MERCEDES.—Es que me indigna. Figúrese, doctor, en los tiempos a que se refiere Raúl, don Gonzalo comenzaba el amasijo de sus millones. Préstamos usurarios, compras de títulos poco claros, negociados de esos que se amparan bajo la ambigüedad de ciertas leyes... en fin, todos los tejemanejes de los agiotistas, que no entendemos bien las mujeres, quienes por lo mismo vemos tan solo el lado moral de las cosas...

RAÚL.-Basta.

MERCEDES.—Y en medio de todo, la mujer se muere por falta de cuidados, de hambre; sí, señor: de hambre... Y la educación de su hija Constanza se debe únicamente a los padres de Raúl.

fÑIGUEZ.—Quiere decir que don Gonzalo ha variado mucho, entonces. Ahora es muy caritativo. Yo sé de un centro de señoras, presidido por el padre Rafael, que espera sacar a don Gonzalo una crecida suma con el fin de fundar un sanatorio para tuberculosos pobres. ¡Es filantropía, caramba!

MERCEDES.—¡Oh! No me hablen de esas filantropías de interés y ostentación... Limosnas para los que pregonan muy alto los favores recibidos; casi nunca para los verdaderos necesitados.

íÑIGUEZ.-No obstante, don Gonzalo...

MERCEDES.-Sí, sí; está metido también con el clero.

íÑIGUEZ.-¡Y usted no es católica, señora!

MERCEDES.-Yo soy copiapina, como los Matta.

RAÚL.—¡Ja, ja! Y los copiapinos solo entienden de extremos; o místicos o fraylófobos.

íÑIGUEZ.—No hay que exagerar. Hay muchos sacerdotes buenos.

mercedes.—Los hay, corriente; pero no son ellos los que llevan las riendas de la Iglesia. Los puestos de grandes ministros corren, como decía mi marido, a cargo de los prevaricadores de la ley de Cristo, de los que convierten el reino de Dios en un reino mundano lleno de favoritismo y de beatificaciones al antojo. Por esto no hay más filántropos grandes que los que ejercen la caridad por intermedio de esos ministros... Después de todo, hacen bien, puesto que estos les dan desde aquí las credenciales para los puestos preferentes en el cielo. Tú, Raúl, decías ayer muy bien «nuestra religión se asemeja mucho a nuestra política».

RAÚL.—Pero si generalizando afirmo esto, en el caso de don Gonzalo no lo puedo hacer.

íÑIGUEZ.—En esa forma, tampoco lo niego yo. Claro. Hace usted algo por el país, o cree hacerlo, asociando su trabajo a la docta

dirección de un jefe político y tiene usted ya una misión para viajar zanganeando por la Europa íntegra. Sí, sí.

MERCEDES.—Y hace usted una obra de las llamadas de beneficencia, uniéndose a un obispado, y hasta una condecoración del papa le cae del cielo, fuera de la indulgencia plenaria para dos de sus generaciones.

RAÚL.-Es usted digna viuda del demagogo de su marido.

MERCEDES.—Pero si es así, divertidísimo, el papel que dejan al Poder Supremo.

íñiguez.-Idéntico al de un rey moderno, ¿eh?

RAÚL.-(Sonriendo.) Que ha de someterse al Parlamento.

ÍÑIGUEZ.—Pero en este caso, mi querida señora, nada de esto vale, porque el padre Rafael es uno de los buenos, y él es el único representante de la Iglesia que tomará parte en la obra de don Gonzalo. Usted no dudará de la bondad del padre Rafael. Ni usted. Raúl.

RAÚL-Bondad...

MERCEDES.-;Inocencia!

íÑIGUEZ.-¡Oh, cómo!

RAÚL.—No tenía intención de hablar; pero... Yo creo, doctor, más que creer, comprendo que el padre Rafael, como los demás sacerdotes de su índole, no son buenos en la verdadera acepción de la palabra; simplemente, no son malos, porque no son nadie. Tienen un candor delicioso. La fase hermosa de su religión les envuelve y les impide parar mientes en sus cobardes transigencias con la maldad. Bajo el peso de la prohibición eclesiástica para discutir, jamás osaron filosofar acerca de su graciosa moral que, más que tal, es una verdadera policía de conveniencias para asegurar el respeto y la sumisión incondicional a un régimen que les asegura la subsistencia y que, dándoles la receta del bien, les facilita la carrera de justos varones. Una moral fruto de la ciencia experimental, fructífera por lo bien fundada, una resultante de la idea de beneficencia

bien entendida no nos ofrecen esos «buenos curitas». Y, claro está, no pueden enseñar a vivir los que ignoran lo que la vida es. ÍNIGUEZ.—Hacen beneficencia, no se puede negar.

RAÚL.—No confundamos. Hacen limosnas; y una cosa es la limosna y otra la beneficencia. Recordemos la opinión de Anatole France: la limosna envilece igualmente a quien la recibe que a quien la da; es contraria a la verdadera beneficencia, porque transige con el odioso pacto que asegura su poder al rico y al pobre su debilidad, porque contribuye a que el famélico favorecido, por un agradecimiento que no tiene razón de ser, se vea obligado a vender al favorecedor la propia dignidad, o sea media alma.

MERCEDES.—Bien, bravo, muy bien. Y ya veremos en qué para la caridad del avaro ese.

RAÚL.-Basta ya, Mercedes. Hablemos de otra cosa.

íÑIGUEZ.—No, no hablemos más. Me han distraído ustedes más de lo necesario.

RAÚL.-No todas habían de ser visitas de médico, doctor.

íñiguez.—(Consultando su reloj.) Las once menos cuarto. ¡Qué barbaridad! Adiós, señora.

MERCEDES.-Hasta la vista. Y dele un venenito al filántropo.

ÍÑIGUEZ.—Exacto. Seremos cómplices, ¿eh? (A RAÚL, de prisa.) No se olvide: lo esencial es el descanso.

RAÚL.-¿Cuándo vuelve a verme?

ÍÑIGUEZ.—Dentro de quince días vaya usted a verme a la hora de consulta. No es necesario que yo venga. Adiós. Es tardísimo. (Vase.)

#### ESCENA V

# MERCEDES Y RAÚL

RAÚL.—Ha procedido usted mal, Mercedes. Perdone que se lo diga. Después de lo sucedido ayer entre don Gonzalo y Óscar, no es correcto, no es noble que en esta casa se desdore la reputación de ese hombre. Nos creerán despechados.

MERCEDES.—Siento mucho; pero... yo no sé, no he tenido noticia de lo ocurrido.

RAÚL.—Pues sepa usted que los amores de Óscar y Constanza llevan el rumbo del fracaso.

мексерея.-¿Cómo? Constanza, la muchacha noble...

RAÚL.-No, no; es don Gonzalo el que se opone. Negó su consentimiento.

MERCEDES.-¡Era lo que faltaba! No me extraña.

RAÚL.-Ya ve usted.

MERCEDES.-Y Óscar, ¿qué piensa hacer ahora?

RAÚL.—Ha escrito a Constanza para tratar de obtener el consentimiento por fuerza. El único recurso, según él.

MERCEDES.-¿Y...?

RAÚL.—Aún no sabemos el resultado. Tal vez Óscar lo sepa ya. Yo lo ignoro. No hemos hablado hoy nada sobre el asunto. Los aprietos de dinero nos han absorbido; a mí, sobre todo.

MERCEDES.-Aprietos de dinero... También eso es latín para mí.

RAÚL.—Se trata de una fuerte suma que necesito y que he mandado pedir prestada a Reyes. Si Óscar no me trae buenas noticias, no sé lo que voy a hacer... Tendré que hipotecar esta casa, mi fortuna entera...; Qué hacer!

MERCEDES.—No, por Dios, que las hipotecas, como los empeños de prendas, ya se sabe en qué paran. Y esta casa... no, no.

RAÚL.—Esta casa, o sea la herencia de mi padre, más los ahorros de toda mi vida.

- MERCEDES.—Es decir, que la situación pecuniaria marchaba peor de lo que yo suponía.
- RAÚL.—Ningún artista se hace rico en América. Luego, los gastos de la enfermedad y la muerte de Elena, el trozo de mármol que he de comprar para el pequeño recuerdo en su tumba, el valor del terreno para la sepultura —porque hasta el sitio en donde le sepultan a uno se paga en este mundo—, en fin, tantos gastos... Y por último, el año de reposo prescrito por el médico, un año de inacción absoluta, viviendo, como quien dice, vida de rentista.
- мексерея.-¿La salud, entonces... no va bien?
- RAÚL.—¿Bien...? No va mejor, querrá usted decir. ¿No sabe usted que cuando vienen los males, vienen en legión? (*Advirtiendo que* MERCEDES se aflige.) Pero no es cosa de ponerse así.

#### ESCENA VI

DICHOS y CARMENCITA, que llega por la izquierda con una carta en la mano

- CARMENCITA.—Papá: han traído esta carta para mi tío Óscar. (Entrega la carta a RAÚL y se le abraza a las piernas.)
- RAÚL.—(Después de examinar la carta.) Es de Constanza. No sé por qué me da una corazonada triste. (MERCEDES ordena los objetos que hay dispersos en la escena.)
- CARMENCITA.—(Extremando los abrazos.) Lindas quedaron las rosas. (Advirtiendo que RAÚL, meditabundo, no la ha comprendido.) ¿No me pagas las rosas, papá?
- RAÚL.-Sí; toma, toma, hija... (La besa efusivamente.)
- MERCEDES.—(En su tarea.) Para mí que el tal Reyes no presta el dinero. Es rico y, ya se sabe, tiene demasiado que hacer con sus placeres.
- CARMENCITA.—(Cogiendo un muñequito de yeso.) Papá, esta muñequita...¿Para mí?

RAÚL.-No, hijita. Déjala en su lugar. No empieces. Además, no te serviría. ¿Ves? No tiene piernas.

CARMENCITA.-A mí me gustan sin piernas.

MERCEDES.-Mira, Carmencita, pásame el canastillo del tejido.

CARMENCITA.-¿Me la das, papá?

MERCEDES.—Sea buena, niñita. Vamos a devanar la lana. (*La chica obedece y se sienta con* MERCEDES.)

### ESCENA VII

DICHOS y ÓSCAR, que también viste de luto. MERCEDES y CARMENCITA hacen ovillos en el sofá

óscar.—(Llega por el foro.) Lo de todos: «la crisis por que atraviesa el país...». La sobajeada muletilla de los periodistas de frases hechas. ¡Eh! ¿A qué repetir lo que todos comprenden? (Arroja el sombrero sobre un mueble y se deja caer a plomo en un sillón.)

RAÚL.-No presta.

MERCEDES.-¿No lo dije?

óscar.-Que compró letras, que jugó al alza, que la caída del Ministerio...

RAÚL.-Pues...; a la hipoteca!

óscar.-Si los acreedores esperasen...

RAÚL.—No podré pagar quién sabe hasta cuándo. Vino Íñiguez y me recomendó un año de reposo, de ocio.

óscar.-Miel sobre hojuelas.

MERCEDES.-(Bajo, a ÓSCAR.) Mal está, el pobre.

ÓSCAR.—(Respondiendo a MERCEDES.) No era nuevo esto para mí. Esa fiebre de todas las tardes... (Alto, a RAÚL.) ¿Y qué piensas hacer?

RAÚL.—Ya te lo he dicho: hipotecar. Iré a ver a don Gonzalo. Como amigo, puede que me dé diez mil pesos.

MERCEDES.—Se caerá muerto antes.

RAÚL.—La casa es vieja, verdad, y está en un barrio casi suburbano; pero el terreno es grande y de porvenir.

óscar.-Y después de lo sucedido, crees...

RAÚL.—¡Ah! Mira. Si no me hablas de eso, me hubiera olvidado. (Saca la carta.) Toma.

MERCEDES.—Parece de Constanza. (Ha terminado un ovillo y recoge unos palillos que estaban en el sofá.) Esto está inmundo. (Se refiere a los palillos.)

RAÚL.-Póngalos en agua, Mercedes. Allí, en un cubo.

Entretanto, ÓSCAR, que ha estado leyendo la carta, palidece, se torna lívido de coraje, enrojece luego: la sorpresa, la ira, la vergüenza, la ironía, toda la gama de pasiones y sentimientos revélase alternativamente en su rostro. Al fin, una sonrisa amarga pliega sus labios y, con la vista en el vacío, caídos los brazos a lo largo de sus costados, queda en un mutismo doloroso.

mercedes.-¿Malas noticias, Óscar?

Este no responde: sus puños se crispan y se aprietan sus dientes.

RAÚL.-¿Qué dice?

óscar.—(Tarda algo en responder. Luego, como volviendo en sí, lleno de amargura, lee en voz alta.) ... «Lo hice como me lo indicaste y temo haber procedido mal. Se desarrolló una escena terrible. Hubo que llamar al médico, por el daño que la molestia hizo a papá. Dice que mientras viva no consentirá. Tiene tan triste idea de los artistas, está tan ciego con ese maldito mercantilismo... Por último, el doctor me advirtió que otro disgusto así podría ocasionar la muerte al pobre papá...».

MERCEDES.—Mentira. Aquí dijo Íñiguez, quien de fijo ignora la causa del disgusto, que aún no está complicado ningún órgano interior de don Gonzalo y que, por lo tanto, no hay peligro de muerte.

óscar.-¿Sí; eso dijo?... ¿De modo que puede ser un ardid del viejo? (Arroja la carta sobre la mesa.)

мексерея.-Más que seguro. (Coge la carta.) ¿Se puede leer?

ÓSCAR.—Por supuesto. (Pausa. MERCEDES lee en silencio, emocionándose.)

RAÚL.-Se conmueve usted, Mercedes.

MERCEDES.—Estas cosas... Es que o se tiene corazón o se tiene un adoquín en el pecho. (*Lee.*) «...Hazte cargo: o accedo a los impulsos de mi amor y le doy muerte al pobre viejo, o le salvo para vivir siempre desterrada de mí misma, aunque siempre contigo en ese mundo imaginario. En el primer caso, sería egoísta, mala hija; en el segundo, desgraciada, muy desgraciada, pero buena. ¿No es verdad? Se trata de mi padre, Óscar, de mi padre enfermo y viejo...»

óscar.-No siga, Mercedes.

MERCEDES.—(Que sigue la lectura en silencio.) Dice que el viejo la vigilará... que no deje de escribirle, siquiera; que no olvide que fue usted quien, cuando ambos eran niños, despertó su alma a la poesía; usted quien con sus versos «la ha lavado y tonificado hasta hoy, como el jardinero refresca y lava las plantas del polvo que las ensucia...».

óscar.-Sí; para frasecitas estoy yo.

MERCEDES.—¡Y no viene un terremoto, ahora que ese bribón no se puede mover! (Coloca una nueva madeja entre las manos de la niña y vuelve a devanar la lana, lentamente, a medida que seca, de rato en rato, sus ojos humedecidos.)

óscar.—(Recordando la carta, con sarcasmo.) ¡Que si dejara la literatura!

RAÚL.-¿También dice eso?

MERCEDES.—Y tal vez tenga razón. Sería cuestión de dejarla por un tiempo, nada más.

óscar.-No. Ella sabe que no me sujetaré al carril vulgar de la especulación. Yo quiero sentir la vida; no vegetar. Quiero tener

tiempo de sobra para observar, pensar y crear, en vez de un superávit de dinero para holgar y divertirme como un idiota. ¿Que en el diario gano poco? No importa; ya ganaré más.

MERCEDES.-Pues de ese modo el viejo no cederá.

óscar.—No importa. No cedería de ningún modo: lo he comprendido. ¡Me declara la guerra! Pues ¡guerra!

RAÚL.-No te exaltes, Óscar.

óscar.—¿Pero no ves que me la quiere quitar... y, según parece, valiéndose de un engaño vil, como los lazos que acostumbra tender al inexperto en sus negocios de usura?

RAÚL.-No seas niño. Reflexiona, estudia.

óscar.—El alma del codicioso es muy conocida, es la del reptil venenoso, que se ha de pisotear y destruir.

MERCEDES.-Eso. Partidas al debe y partidas al haber.

óscar.—Y un cerebro sin más gimnasia que el cálculo. ¡Ah, ya verá de lo que es capaz uno de estos «locos», como él nos llama!

RAÚL.—Calma, Óscar. Se ha de ser sereno, convéncete. Las cosas se han de mirar desde arriba. Nada verás claro si te ocultas entre la multitud de obcecados por la cólera, si apagas tus oídos con rechinamientos de dientes y paralizas tus sensaciones con crispamientos de puños.

óscar.-Pero...

RAÚL.-Chts... Escucha. ¿No sería mejor esperar?

óscar.—Esperar, esperar. Siempre ahogar los impulsos del corazón, para convencerse a la postre de que solo a ellos debíamos haber escuchado.

MERCEDES.—También dijo Íñiguez que el viejo ese podía tener larga vida.

RAÚL.—Sin embargo, siempre ríe mejor quien ríe el último. Enfríate, serénate.

óscar.-Y aguanta. Ser tibio, ser cobarde... No.

RAÚL.—Esa violencia es hija de la juventud, de ese exceso de fuego que hace frágil la prudencia. Eres un niño inexperto.

óscar.—Y tú, un experto demasiado... bueno, por no decir otra cosa. RAÚL.—Loco. Entusiasmos, goces de acciones violentas que apenas tienen efectos pasajeros.

óscar.-Yo sé luchar.

RAÚL.—El fuego de la lucha alumbra, pero quema; y cuando la lucha es disparatada, quema solamente.

óscar.—¡Qué! ¿Quieres que yo sea vencido, por fuerza; que soporte los contratiempos como si fueran un fardo de infortunios irremediables?

RAÚL.-Nadie ha dicho tal cosa.

óscar.—Yo no soy un inerte. La pasividad no cabe en mí, ni la resignación de los cobardes, nada. Alientos, bríos, aspiraciones: ¡amor y odio! Así se vive, solo así puedo vivir yo. Y no me prediques.

RAÚL.-¡Bah, estás obcecado! Ahora te enojas.

óscar.—(Después de una pausa, en la cual reflexiona.) No sé... Me parece, Raúl, que tú estás demasiado arriba, que al contemplar el panorama de la vida, la maleza se oculta a tu vista entre las flores. Yo... yo estoy más abajo... y siento ansias desesperadas de segar esa maleza, de limar las espinas, de demoler lo apolillado... Siguiendo este rumbo se sufre, ya lo sé, porque lo viejo está cubierto de telarañas que ensucian y de insectos que dañan... Pero yo soy así. Odio las sangres tibias.

RAÚL.—Bah, bah, bah... Hierves. Calla. (Se aproxima a la puerta de la izquierda. Ordenando a un criado que, se supone, existe en el interior.) Mariano, sirva el almuerzo. (A todos.) Vamos a almorzar. (MERCEDES y CARMENCITA dejan la labor y se dirigen hacia la puerta izquierda. Óscar, pensativo, las sigue. RAÚL coge a su hermano del brazo, cariñosamente, y le dice.) «El mundo es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten». Ojalá saques partido de este sabio pensamiento.

## ACTO SEGUNDO

Lujosa sala despacho de DON GONZALO. Al fondo, puerta grande, abierta, que deja ver una galería. Dos consolas como espejos, en los claros de la pared, a ambos lados de la puerta. En la lateral derecha, hacia el centro, amplia y elegante chimenea. Delante de esta forman estrado un sofá con frente al público, dos sillones y algunas butacas. Al centro del estrado, una piel de fiera extendida en el suelo. Una puerta en segundo término de la lateral izquierda. Ocupan el centro de esta pared un retrato de mujer madura y un estante con libros comerciales. Ante ellos, una mesa escritorio, rica y abundantemente surtida de papeles y útiles. Son las cuatro de la tarde, aproximadamente.

### ESCENA PRIMERA

CONSTANZA, DON GONZALO; al final, EL CRIADO

DON GONZALO aparece sentado en uno de los sillones; frente a él, CONSTANZA lee el diario en voz alta.

DON GONZALO.-Salta, salta a la sección bursátil.

CONSTANZA.—Espera, escucha. (*Leyendo*.) «Don Gonzalo Sutil. Se afianza la mejoría de este conocido rentista. Nos congratulamos de ella y deseamos un restablecimiento rápido y completo al distinguido enfermo».

DON GONZALO.—Son atentos, ¿verdad?

CONSTANZA.-Y ya esta es segunda vez.

DON GONZALO.-Bien, hija. Ve ahora los rumores de la Bolsa.

constanza.—(Leyendo.) «Grande ansiedad se nota entre algunos corredores, quienes hállanse comprometidos para entregar en la presente semana un crecido número de acciones de la Compañía Minera Santos. Rezan los decires que un avisado rentista, sabedor de los compromisos pendientes, ha hecho secreta acumulación de todo el papel disponible de la mencionada compañía, haciendo subir así el precio de las acciones. El resultado de la especulación será, como se comprende, pingüe para el monopolizador, pero desastroso para los corredores que habrán de comprar el papel a un precio mucho más alto que aquel al cual lo han vendido ellos».

DON GONZALO.—(Con solapada y triunfante sonrisa.) Ese soy yo. Mis «sabuesos» me dieron aviso del negocio y he logrado dejar fuera de mis manos tan solo las acciones de los que no quieren vender a ningún precio. Pingüe, sí, pingüe ganancia.

constanza.-¿Y esos corredores?

DON GONZALO.—Tendrán que correr a pagarme lo que yo pida.

CONSTANZA.-¿Están obligados?

DON GONZALO.—Moralmente, sí. Como que al no cumplir sus compromisos, pierden su buen crédito. Y como, en estos tiempos de crisis, sin crédito no se puede hacer nada...

constanza.—Se arruinarán algunos.

DON GONZALO.-¡Qué sé yo! Camarón que se duerme...

CONSTANZA.—Papá, tú no necesitas tanto el dinero como ellos.

DON GONZALO.—¡Que no necesito! Y el sanatorio, ¿crees que me costará poco?

- CONSTANZA.-(Reticente, con timidez.) La caridad así...
- DON GONZALO.—Eh, déjate de sensiblerías y sentimentalismos. Eres igual a tu madre: siempre deseando que uno desprecie las mejores transacciones.
- CONSTANZA.—(Siempre con dulce timidez.) Hablas ahora tanto de caridad.
- DON GONZALO.—¿Y qué tiene que ver la caridad con los negocios...? ¿Quieres más caridad que la que voy a hacer destinando acaso la utilidad íntegra de este negocio para la construcción de un sanatorio de beneficencia?
- constanza.-(Muy tímida.) Desnudas un santo para vestir otro.
- DON GONZALO.—Oh, majadera. Manda llamar a Martínez. Esta noticia exige tomar medidas.
- CONSTANZA.—Ya vas a calentarte la cabeza con negocios. Te lo ha prohibido el médico, acuérdate.
- DON GONZALO.—Pamplinas. A mis años, después de haber envejecido en la actividad mercantil, esto no es un trabajo; es un deporte, la satisfacción de un gusto como cualquier otro. Bah, toca el timbre. (CONSTANZA obedece.)
- EL CRIADO.—(En la puerta del foro.) ¿Llamó el señor? (CONSTANZA vuelve a sentarse y a coger el diario.)
- DON GONZALO.—(Al CRIADO.) Al señor Martínez, que suba. (Vase el CRIADO.) Espera, Constanza; no leas. Hablemos, ya que me has recordado las prescripciones del doctor. Son otros los trabajos que debes evitarme.
- constanza.-Por Dios, papá, no hablemos más de eso.
- DON GONZALO.—Es que debes oírme, para convencerte del porvenir ridículo que se te esperaría con un desequilibrado, capaz solo de escribir novelas muy bonitas, todo lo bonitas que tú quieras, pero que no dan dinero.
- constanza.—Nodiscutamos, papá. Óscarnoes un desequilibrado; podría probártelo. No, no discutamos, mejor; te haría daño.

- DON GONZALO.—Óscar es apenas un pobretón que se comería tu dote... si yo te diera.
- constanza.-Jamás pensó él en tu dinero.
- DON GONZALO.—¿Y entonces... «contigo pan y cebollas»...? ¡Ja, ja...! Cuando el hombre entra por la puerta, el amor sale por la ventana... ¡Qué sabes tú!
- EL CRIADO.—(Anunciando desde el foro.) El reverendo padre Rafael, las señoras Vivanco, de Vernal y de Luna.
- DON GONZALO.—Que pasen. Y diga usted al señor Martínez que no venga hasta que las visitas se hayan ido.
- EL CRIADO.—Bien, señor. (Vase. CONSTANZA se dispone a recibir a las personas anunciadas.)
- DON GONZALO.—Ya ves. Ahí vienen las personas encargadas de hacer las gestiones preliminares para la construcción del sanatorio.

### **ESCENAII**

- DICHOS, PADRE RAFAEL, SEÑORA DE VIVANCO, SEÑORA DE VERNAL, SEÑORA DE LUNA; al final, EL CRIADO
- PADRE RAFAEL.—Mi señor don Gonzalo... (Le da la mano melosamente.)
- VIVANCO.—(Abrazando a CONSTANZA.) ¿Cómo está la lindura de la casa?
- constanza.-Señora, cuánto gusto.
- PADRE RAFAEL.—(A CONSTANZA, con paternal venia.) Señorita...
- VERNAL.—(Después de saludar en voz baja a CONSTANZA. A DON GONZALO.) Vaya, la mejoría progresa... Muy bien, muy bien.
- VIVANCO.-En el diario hemos leído...
- DON GONZALO.—Sin embargo...
- LUNA.—(Que ya habrá saludado a media voz.) Con esta enfermera sana el más grave.

DON GONZALO.—Pero... tomen asiento. CONSTANZA.—Siéntense, háganme el favor.

El diálogo anterior será rápido, a fin de producir con él la algazara que causan varias mujeres cuando llegan juntas a una casa.

DON GONZALO.—Bendito sea Dios, ¡cómo alegran las flores! No han hecho más que llegar ustedes y ya la casa es otra.

vernal.-¡Dios mío!

LUNA.-El genio está alegre, ¿eh?

PADRE RAFAEL.-Bien se ve que los males se van.

constanza.-Creo que ya podemos contar con su vida.

DON GONZALO.-Ayer, a pesar de...

LUNA.—Verá usted que muy pronto le tendremos... como si tal cosa.

DON GONZALO.—No puede aún decir el médico cuándo. Estas piernas, que no quieren obedecer...

CONSTANZA.-Camina con mucha dificultad todavía.

PADRE RAFAEL.—Nuestro Señor no le abandonará, don Gonzalo. Cuando bajó a predicarnos su doctrina, nos recomendó la caridad sobre todas las cosas. Y usted lleva un camino envidiable para merecer sus favores.

DON GONZALO.-Así lo espero.

CONSTANZA.—A propósito de caridad, ¿cómo van esos trabajos, los del sanatorio? (EL PADRE RAFAEL, que buscaba esta conversación, mira agradecido a CONSTANZA.)

VIVANCO.-Viento en popa, hijita.

LUNA.-Uno de los fines de esta visita...

PADRE RAFAEL.—(Adulando.) No. Esta visita es tan solo para imponernos de la salud de don Gonzalo.

VIVANCO.—Pero esto no quita que comuniquemos a don Gonzalo nuestro adelanto: ayer conseguí yo que la Sociedad de Beneficencia nos diera los aparatos y el mobiliario.

VERNAL.-Conseguimos, diga usted.

VIVANCO.—(Conteniendo su desagrado.) Eso es, «conseguimos». Me equivoqué, hija; perdón.

PADRE RAFAEL.—(Conciliador.) Las tres, las tres constituyen mi mano derecha, como se dice. Todo lo consiguen.

DON GONZALO.—Y es natural: nada hay como la hermosura para ablandar a los pecadores. Si a la Virgen no la pintasen tan bella, no tendría devotos.

LUNA.-¡Ahora sí que no creo en la mejoría! Se ha chiflado usted.

vernal.-¡Chiflado!

VIVANCO.-; Chiflado!

DON GONZALO.-Digo la verdad. ¿No es así, padre?

PADRE RAFAEL.—Yo solo sé que las sociedades que presiden tienen en ellas directoras habilísimas y buenas cristianas.

CONSTANZA.—No puede ser de otro modo, desde que las mujeres estamos obligadas a recordar a los hombres los deberes para con el prójimo necesitado.

VIVANCO.-Ellos tienen su atención absorbida por los negocios.

DON GONZALO.-No podemos repicar y andar en la procesión.

PADRE RAFAEL.—Sin embargo, ustedes con sus piadosos empeños y ustedes con el dinero...

DON GONZALO.-Cumplimos todos, ¿no es eso?

PADRE RAFAEL.-Justo.

VERNAL.—¡Y qué satisfacción tan grande, después de hacer el bien! Es tan necesario...

LUNA.—Sobre todo en estos tiempos, en que se precisa que el pueblo vea que los ricos pensamos en su bienestar.

DON GONZALO.—Muy bien pensado. Así se extingue la vocinglería de esos agitadores.

VERNAL.—Como mi marido dice, todo esto cuesta relativamente poco, y se logra con ello hacer una obra pía que Dios nos premiará, hallar sano entretenimiento de nuestros ocios y, más

que todo, facilitar la industria, evitando el descontento de las clases inferiores.

DON GONZALO.—Y las huelgas, exacto. Así veláis también por vuestras fortunas. Eso es pensar sabiamente. Bien dicen que la mujer inteligente completa nuestra vida. Aprende, Constanza.

CONSTANZA.—Yo solo sé que es terrible la miseria que hay. No sabré pensar, pero sí sentir las angustias de esa pobre gente. Y con esto me parece que le basta a una mujer.

PADRE RAFAEL.-En realidad, es terrible la miseria que hay.

constanza.-No creí yo que hubiera tanta.

VIVANCO.—Sí, hay mucha.

VERNAL.-Muchísima.

LUNA.—¡Pobre gente!

constanza.—Si el día que comencé a visitar pobres quedé estupefacta, tuve hasta vergüenza de vestir seda. Pensé en nuestros salones, en nuestros teatros y, créame, Santiago me hizo el efecto de un fastuoso salón lleno de harapos en los rincones. He visto hogares con una sola cama para cinco criaturas.

VERNAL.—Ah, siento aún la congoja, ese algo indefinible, opresor que me acometió al ver aquello. Salía de allí un vaho tibio, como de sudores de enfermo...

LUNA.-Que hacía volver la cara con asco.

VIVANCO.-Yo tuve que salirme.

CONSTANZA.—Yo he quedado con el corazón trastornado para toda mi vida.

PADRE RAFAEL.—Dios la bendiga, hija mía, por esos sentimientos. (A DON GONZALO, adulador.) De tal palo... No, no es favor. Piense usted en su donativo. ¡Cuántas bendiciones, cuántas!

DON GONZALO.—Pues... acaso sepa esta tarde, ya de un modo definitivo, si podré realizar pronto mi proyecto. Siento que de esta visita no se lleven ustedes ya el depósito para el banco. Pero los tiempos están tan malos, los negocios de todos están

tan quebrantados, que hay que esperar alguna transaccioncilla buena para...

EL CRIADO.—(Anunciando desde el foro.) Don Raúl Garcés.

CONSTANZA.—(Sorprendida y nerviosa.) Raúl...

DON GONZALO.-(Con disgusto.) ¿A qué vendrá?

## **ESCENAIII**

# DICHOS y RAÚL, que entra por el foro

RAÚL.-(Saludando.) Señoras... Señor...

CONSTANZA.-(Nerviosa.) ¿Qué milagro, Raúl?

RAÚL.—(Mientras da la mano a DON GONZALO.) ¿Cómo milagro? ¿Porque no he venido más a menudo en este último tiempo? Eso es olvidar que yo también he tenido la desgracia en casa.

DON GONZALO.-Recibirías nuestra tarjeta de pésame.

RAÚL.—Pésame que no he querido agradecer hasta no poderlo hacer en persona. Quería también enterarme por mí mismo del progreso de su salud.

DON GONZALO.-Gracias. Pues ya ves: voy mejorando.

vernal.-El ataque fue benigno.

RAÚL.—Así supe por el doctor Íñiguez. Y esos proyectos, señoras, ¿avanzan?

PADRE RAFAEL.-Hablábamos de ellos con don Gonzalo.

VIVANCO.-Ya son más que proyectos.

CONSTANZA.-Por fortuna, sí.

DON GONZALO.—Yo daré el edificio. Será modesto, eso sí... Acaso una sala más que se agregará al hospital, y un consultorio o algo así.

RAÚL.-Sin embargo, es dar.

DON GONZALO.—Es preciso consolar al triste.

PADRE RAFAEL.—Y ya verá usted cómo, consolando, se consuela a sí mismo.

LUNA.-Claro. Luego, se distraerá usted tanto.

VERNAL.-Porque es muy entretenido todo eso.

VIVANCO.—Y cuando todo esté terminado, vendrá la fiesta de inauguración; después, las fiestas de la Virgen... en fin, tantas fiestas hermosas.

DON GONZALO.—Y las pláticas del padre Rafael.

constanza.-¿Les hará usted pláticas a los enfermos, padre?

PADRE RAFAEL.—Si Dios Nuestro Señor me presta vida y salud, sí, hija mía.

DON GONZALO.—Hay que dominar los instintos belicosos del pueblo.

VERNAL.—Al fin y al cabo, la religión es un lenitivo tan poderoso... CONSTANZA.—Un gran consuelo.

PADRE RAFAEL.—El consuelo por excelencia, puesto que viene de Dios... Aunque don Raúl no lo desee comprender.

RAÚL.—Pero si en eso quedamos conformes el otro día. Es un consuelo, pero no un remedio.

PADRE RAFAEL.—¿No saben? El otro día tuve con don Raúl una polémica... y por todo lo alto.

DON GONZALO.-¿Cómo, cómo?

PADRE RAFAEL.—Como lo oyen ustedes, porque don Raúl tiene la cabeza llena de Renan y de Voltaire.

RAÚL.—Discutimos, sí; pero amigablemente, por supuesto. Yo era de opinión de que se debía dar a los enfermos, filosóficamente, un concepto cabal de la vida, un concepto científico, lógico, para que templasen sus espíritus y supiesen llegar a esa muerte, a la cual ellos antes que todos están condenados, con serenidad y sin esos temores y sobresaltos a que la creencia en un próximo juicio de los pecados arrastra.

PADRE RAFAEL.—¡Ay, Voltaire, todavía sigue envenenando tu aliento!

RAÚL.—¡Ja, ja! Pero, ¿cree usted, padre Rafael, que tenemos derecho a emponzoñarle con evocaciones espantables los últimos instantes de vida?

PADRE RAFAEL.—¿No les decía yo a ustedes? Es muy gracioso este don Raúl. Dios, por lo visto, no significa para usted nada.

LUNA.-Jesús, qué cosas.

vernal.-; Ave María!

vivanco.-¡Qué horror...! ¡Materialista!

DON GONZALO.—Yo estoy con ustedes: es un lenitivo, la religión. LUNA.—Y el más poderoso.

VIVANCO.-La religión es un freno.

PADRE RAFAEL.—Es la falta de fe lo que nos está perdiendo, amigo mío. Y por lo mismo hay que batallar por infundirla de nuevo en las ovejas descarriadas. Consiguiendo esto, cuente usted con que la Divina Providencia adormecerá todos los dolores.

DON GONZALO.—La historia nos presenta miles de casos en los cuales el padecimiento se hace insensible.

RAÚL.—(Riendo de la seriedad que los demás han puesto en el diálogo.)
Bien, bien... Pero si yo jamás he negado eso. He afirmado que la religión es todo lo anestésica que ustedes dicen. Eso sí, pregunto yo enseguida: ¿no sería mejor remediar los dolores del pobre en vez de adormecerlos?

PADRE RAFAEL.—Bah, nunca faltan razones para hablar sin razón. Bien. (*A las señoras*.) Nosotros nos iremos, ¿verdad?

constanza.-Qué visita tan corta.

vernal.-Nos queda mucho que hacer.

CONSTANZA.—(Bajo a RAÚL.) Por Dios, Raúl, no hables de Óscar a papá.

RAÚL.-Pierde cuidado. Vengo a otra cosa.

Las señoras de luna y de vernal se arreglan los tocados ante el espejo de la izquierda.

PADRE RAFAEL.-Muy pronto estaremos otra vez por aquí.

DON GONZALO.—A ver si para entonces les tengo la respuesta definitiva.

VERNAL.—(A la DE LUNA, mientras los demás hablan en primer término.) ¿Te fijaste cómo le corté los vuelos a la Vivanco?

LUNA.-¿Pues no decía que ella sola había obtenido...?

VERNAL.-¡Vieja tonta!

LUNA.-No te vaya a oír.

vernal.-Porque lo de viaje no me lo perdonaría, ¿eh?

DON GONZALO.—Les avisaré, sí. Actualmente, el día de hoy, puede decirse que estoy pobre.

(EL PADRE RAFAEL y la DE VIVANCO se despiden en voz baja, a la derecha, haciéndolo con frialdad para con RAÚL.)

LUNA.—(A la DE VERNAL, bajo y en consecuencia de las últimas palabras de DON GONZALO.) ¿Has oído? ¡Qué hombre! Y con tanto dinero...

VERNAL.—Lo que cuesta sacarle el bendito donativo. Así es. (Hace un gesto de avaricia con el puño cerrado.)

RAÚL.—(A CONSTANZA, viendo que estas últimas no se despegan del espejo.) Ofréceles tu tocador. (Con sorna.)

CONSTANZA.—(A las señoras.) ¿Quieren pasar un momento a mis habitaciones?

LUNA.-No, hijita. Si ya estamos.

VERNAL.—Es que el viento de la calle nos había hecho travesuras. (Se reúnen a los demás.)

PADRE RAFAEL.—Bien. Quedamos en eso. Vamos, señoras, el tiempo vuela. Hasta la vista.

VIVANCO.-Quedamos en eso. Adiós.

LUNA.-Hasta muy pronto.

VERNAL.-Adiós... (Vanse.)

## **ESCENAIV**

# CONSTANZA, RAÚL Y DON GONZALO

DON GONZALO.-(Riendo, a RAÚL.) Les ahuyentaste.

RAÚL.—Si todo lo dije para oír al buen curita aquello de «Voltaire envenenaba con su aliento». Es delicioso.

DON GONZALO.—Sin embargo, tu franqueza puede perjudicarte. La sociedad nos ordena una religión. Yo no digo que, interiormente, cada cual piense lo que le dé la gana. Es que se necesita prudencia, transigir con ciertas cosas, para poder vivir bien.

RAÚL.—Eso es más gracioso aún... Pasemos a nosotros. Tengo una proposición.

DON GONZALO.—Ante todo: si se trata de Óscar, de ese ingrato... constanza.—Oh, papá...

RAÚL.-Se trata de mí, de un negocio, de una hipoteca.

DON GONZALO.-¿Hipoteca?

RAÚL.—Sí. Tengo gran apremio: el médico me obliga a dejar el trabajo por un año, no tengo un centavo... deudas, sí, y muchas. Necesito, pues, hipotecar mi casa.

DON GONZALO.-Y has pensado en mí. Malo, malo.

RAÚL.-Por nuestros antiguos vínculos de familia...

DON GONZALO.—Malo, malo, malo... ¿Es aquella casa vecina al hospital?

RAÚL.-No tengo otra.

DON GONZALO.-Y... ¿cuánto quieres?

RAÚL.-Diez mil pesos.

DON GONZALO.-¿Por esa casa tan vieja?

RAÚL.-Es grande, el terreno vale.

CONSTANZA.—Es inmensa.

DON GONZALO.—No sé si tengas razón. Pero... es el caso que, aunque la tuvieras, ahora, tales negocios... Te lo diré más claro:

los he dejado porque la gente los clasifica de usurarios y, al fin, he de considerar el qué dirán de la sociedad a que pertenezco. Han hablado ya tanto de mí...

RAÚL.-Pero...

- DON GONZALO.—Ya, ya sé lo que me vas a objetar: que lo mismo da prestar a réditos que comprar a bajo precio, aprovechando apremios o inexperiencias, para vender luego con grandes ganancias. El mundo es así, ¿qué quieres? Con justicia o sin ella, llama a unos «insaciables vampiros» y a otros «hábiles y avisados rentistas».
- RAÚL.—No pensaba yo en tal objeción; aunque, la verdad, tampoco veo yo la diferencia.
- DON GONZALO.—Porque no la hay. Mejor dicho, la diferencia está en otra cosa, en que un usurero hace generalmente vida sedentaria, si no de avaro, mientras el hábil rentista da bailes y hace limosnas. En total...
- RAÚL.—En total, que la vanidad y el soberano Tartufo, con tal que se les rinda homenaje, consienten todo.

DON GONZALO.-¡Si lo sabré yo!

### ESCENA V

## DICHOS Y MARTÍNEZ

- MARTÍNEZ.—(Que llega por el foro, con unos papeles en la mano, y se dirige a DON GONZALO en actitud más servil que respetuosa.) Señor... ¿me necesitaba usted?
- DON GONZALO.—Sí; adelante, Martínez. (A RAÚL.) Perdona un momento, hijo. Asuntos urgentes. Te atenderé luego.
- RAÚL.-Si es preciso, regresaré más tarde.
- DON GONZALO.—No; tan solo veré si algo apura, antes de tu asunto. Y no temas, la hipoteca se hará.

RAÚL.-Gracias.

DON GONZALO.—De nada, hijo. Entre amigos, casi parientes... (A MARTÍNEZ.) Aquí, tome asiento. Tú, Constanza, atiende a Raúl.

RAÚL pasa hacia la izquierda y se sienta junto a CONSTANZA, con quien entabla conversación en voz baja. MARTÍNEZ expone a DON GONZALO algunos papeles.

CONSTANZA.-(Bajo a RAÚL.) ¿Qué me cuentas de Óscar?

RAÚL.—(*Pasando a* CONSTANZA *una carta*.) Aquí lo verás. Pobre muchacho. Te suplico estudiar mucho lo que te propone.

MARTÍNEZ.—(A DON GONZALO.) ¿Lo de la compañía Santos? A pedir de boca.

DON GONZALO.-¿Mucha es la demanda ya?

MARTÍNEZ.—No me dejan respirar los corredores. Ah, pero yo sé exasperarlos. Les digo que usted no ha comprado aquello para vender y que, salvo un precio muy conveniente, no soltará sus papeles... Usted comprende... Además, sin orden de usted, no podía yo cotizar precios.

DON GONZALO.—Bien, muy bien. Pues yo he resuelto vender a tres mil.

MARTÍNEZ.—Se ganaría... alrededor de noventa mil pesos.

DON GONZALO.—Y es necesario. Figúrese, el edificio para el sanatorio me costará eso, aproximadamente.

RAÚL.—(A CONSTANZA.) ¿Es él el de la infamia que anuncia el diario? ¿Cómo ha podido...?

CONSTANZA da las explicaciones en voz baja.

DON GONZALO.—(A MARTÍNEZ.) Vaya si tendrá que pagar.

RAÚL.—(Siempre a CONSTANZA.) ¿Y dices que paga gente para que husmee las oportunidades para sorprender?

CONSTANZA.—Ah, no me hables.

DON GONZALO.—(Refiriéndose a un papel que MARTÍNEZ tiene en la mano.) Aquí hay una reforma que hacer... ¿Nada más...? ¿Persiste la calma en la Bolsa?

MARTÍNEZ.-Apenas hay transacciones. El cambio atemoriza.

DON GONZALO.—Por eso le he dicho que no desperdicie nada, por pequeño que sea. Por lo pronto, aquí tenemos una hipoteca... ¿Quieres acercarte, Raúl? Es la casa vecina al hospital, ¿no es así?

RAÚL.-La misma. ¿Quiere usted que tratemos?

DON GONZALO.—Oh, tratar. ¿Para qué? Empezarías por hacerme papeles de buen negociante, que no lo eres; y luego, yo no trato de explotarte. Ya me has dicho qué suma quieres. Basta, pues. Yo daré a Martínez las instrucciones a fin de tener lista la minuta para mañana; entonces verás la forma única en que hago la operación y, si te conviene... ¡Pues a firmar y en paz!

RAÚL.—Perfectamente. ¿A qué hora debo venir mañana? DON GONZALO.—Como hoy.

RAÚL.-Gracias.

DON GONZALO.—Ya ves, yo siempre, y a pesar de los pesares, soy el mismo amigo.

RAÚL.—(Dándole la mano en señal de despedida.) Gracias, ya lo veo. Hasta mañana, señor.

DON GONZALO.—Hasta mañana, hijo. Ven temprano y charlaremos un poco.

RAÚL.—(*Mientras camina con* CONSTANZA *hacia la puerta del foro*.)

Trata de dar gusto al pobre Óscar.

CONSTANZA.—Siempre que no me exija faltar a la compasión que mi pobre viejo merece...

RAÚL.—Tú lo verás. Por otra parte, no creo justo el sacrificio de tu dicha por la voluntad, más o menos sujeta a cambios, de tu padre.

CONSTANZA.-Es su salud la que me obliga.

- RAÚL.—Respecto a eso te hablará Óscar extensamente. Es dudoso el punto.
- constanza.—(Confundiéndose notoriamente.) Ah... Dios mío... ¿Dudoso? No; si el doctor me lo ha dicho. En fin... Pobre de mí. Y qué vida la que me espera: mirando por el ojo de la cerradura un mundo generoso y... sin poder llegar a él.
- RAÚL.-No desesperes. Las puertas pueden abrirse.
- constanza.—Difícilmente. Compasión y cariño: puertas infranqueables para las mujeres. (Han llegado a la puerta. Ella se vuelve para mirar el retrato colgado en la pared izquierda.) No, no puedo forzar esa puerta. Madre mía, dame fuerzas para respetarla.
- RAÚL.—(De prisa.) Bueno, bueno. Mañana hablaremos más; ahora pueden sospechar. Adiós. (Vase.)
- CONSTANZA.-Saludos, eh. (Vuelve a primer término.)

## ESCENA VI

# DICHOS, menos RAÚL

- DON GONZALO.—(Que habrá estado leyendo un manuscrito.) Lo referente a los obreros está bien, puesto que no hay remedio; pero lo de los empleados, no. ¡Más sueldo! Por fortuna hay mil reemplazantes para cada uno. Responda usted al administrador de la fábrica rechazando esa petición y agregando que los que no se muestren conformes sean despedidos.
- CONSTANZA.-Papá, pobre gente.
- DON GONZALO.—Usted se calla, niña. En los negocios de los hombres no deben inmiscuirse las mujeres.
- CONSTANZA.—Yo tan solo deseo hacerte ver que la fiebre mercantil ahoga los propósitos caritativos.
- DON GONZALO.—Es economía lo preciso en los negocios; no, caridad ni blandenguería de corazón.

- MARTÍNEZ.-Así es. La economía lo hace todo, señorita.
- constanza.—¿Hasta el punto de considerar al pobre que vende su trabajo como se considera una mercancía cualquiera, que sube de precio cuando hay escasez y baja cuando abunda; hasta este punto debe llegar la economía? No lo concibo. A los obreros se les aumenta el salario porque hay escasez de ellos; pero a los empleados no, porque estos son cosas baratas, abundantes, ¿verdad?
- MARTÍNEZ.—Oh, señorita; los empleados gozan de muchas ventajas sobre los obreros: cuando se enferman, por ejemplo, ganan sueldo como si trabajasen.
- DON GONZALO.—¿Quieres mayor ganga? Si esta cree que uno procede a tontas y a locas. Se figurará, tal vez, que para regir bien una empresa va uno a estar pensando en la mamá del cajero o en la tía del corresponsal. No seas ridícula. Anda, vete a cuidar de los asuntos domésticos y no me molestes con tus tonterías, será mejor.

CONSTANZA, sacando la carta que RAÚL le entregara, se va por la puerta izquierda.

#### ESCENA VII

# DON GONZALO Y MARTÍNEZ

DON GONZALO.-¿Ha visto usted?

- MARTÍNEZ.—No está la señorita al tanto de la vida. Es demasiado buena.
- DON GONZALO.—Bien. Veamos qué más queda por hacer... Ah, la hipoteca.
- MARTÍNEZ.—Respecto a eso, pensaba yo hace un momento en una posible combinación acaso provechosa.

- DON GONZALO.-A ver, a ver...
- MARTÍNEZ.—¿No decía usted que la casa esa está vecina al hospital?
- DON GONZALO.-Tiene usted razón. Para el sanatorio, ¿verdad?
- MARTÍNEZ.—Como el señor Garcés tiene apuro de dinero, la vendería barata. Luego, se reformaría la construcción, aprovechando las paredes en buen estado y...
- DON GONZALO.—Bien, muy bien... (Medita, denotando alegría.)
- MARTÍNEZ.—Porque gastar tanto y tan tontamente... Porque si al menos agradecieran... Pero de mal agradecidos está el infierno lleno.
- DON GONZALO.—No, lo de tontamente no lo crea usted. Considere lo mucho que por allí se me desprestigia. Con una obra filantrópica de esta magnitud, quedarán parados todos los golpes.
- MARTÍNEZ.—Por esa parte, sí; le asiste a usted mucha razón para darse a conocer como verdaderamente es.
- DON GONZALO.—(Distraído en sus meditaciones.) Claro.
- MARTÍNEZ.-Entonces... ¿no preparo esa minuta?
- DON GONZALO.—(Con picardía, riendo de MARTÍNEZ.) Tontonazo. Por el contrario, la vamos a hacer ahora mismo... con unas clausulitas... Raúl está enfermo, no puede trabajar quién sabe hasta cuándo y, para entonces, como artista de buena ley o como buen descuidado, que da lo mismo... habrá pajaritos nuevos. ¿Comprende?
- MARTÍNEZ.—Al buen entendedor... Quiere decir que el sanatorio no se construirá hasta dentro de un par de años...
- DON GONZALO.—¡Qué! No, señor. Todo se arregla. Vamos, manos a la obra. Siéntese usted allí, en mi escritorio.
- MARTÍNEZ.—(Obedeciendo.) Dios me ilumine.

El telón empieza a caer lentamente.

DON GONZALO.—(Dictando a MARTÍNEZ.) En Santiago de Chile, a tantos de tantos de mil novecientos diez, ante mí y testigos comparecieron... (Mientras MARTÍNEZ escribe lo anterior.) Ha sido una idea, toda una idea...

MARTÍNEZ.—Comparecieron...

DON GONZALO.-De una parte, don Gonzalo Sutil y de otra...

TELÓN

## ACTO TERCERO

 $Gran\, patio\, del\, sanatorio\, «Gonzalo\, Sutil», a fines\, del\, oto\~no,\, una\, ma\~nana.$ 

Al fondo, cara anterior del edificio, en cuyo centro se abre ancha cancela vidriada; a la derecha de esta, puerta rotulada BOTICA y a la izquierda otra igual con el rótulo ADMINISTRACIÓN. Las tres puertas, practicables. Ante este fondo, rompiente de gruesos pilares. Como lateral izquierda, ocupando los dos primeros términos, fachada del pabellón del consultorio, que será de severo estilo románico, con gradería y puerta practicable. Dividiendo la escena en dos calles, un macizo de plantas y arbustos, lo suficientemente altos para que de una calle a otra no sea vea una persona de pie. Tendrá la misma longitud que el consultorio y a sus dos costados, escaños de piedra. Corpulentos árboles constituirán los bastidores de la derecha.

En este acto, constanza y las señoras de luna, de vernal y de vivanco vestirán manto.

### ESCENA PRIMERA

RAÚL y ÓSCAR, que adelantan paso a paso por la calle izquierda. RAÚL denotará un avance notable de su enfermedad, tanto en su semblante demacrado como en la tos que persistirá durante todo el acto. Vestirá siempre luto; no así ya ÓSCAR

óscar.-¿Te sientes fatigado?

RAÚL.—(Después de un acceso de tos.) Ah, siempre esta tos... Sentémonos aquí. Parece que el doctor no ha llegado aún. (Se sientan en el escaño.) ¿Viste a Carmencita?

óscar.—De allá vengo. No dejes de ir a verla antes de volverte a Ñuñoa. Ella me rogó pedírtelo.

RAÚL.-Iré, sí. Pobrecita, cuánto extrañará su casa.

óscar.-Eso no debe apenarte más. En casa de Mercedes está como en la nuestra.

RAÚL.—Almorzaremos hoy con ella; así la veremos antes de que vuelva al colegio... Pero este Íñiguez tarda mucho. (*Consultando su reloj.*) Las nueve menos cuarto. Ya debía estar aquí.

óscar.—Andará con la junta directiva, probablemente; porque hoy habrá aquí una procesión. ¿No sabías? Sí, una procesión como acción de súplica a no sé qué virgen, de la que se espera la mejoría de don Gonzalo. Como la medicina no ha podido lograr éxito...

RAÚL.-¿Y Constanza?

óscar.-Me dicen que aquí está desde temprano.

RAÚL.-Siempre pensarás hablarle. Urge hacer las paces, ya lo sabes.

óscar.-Sí. ¡Maldito disgusto!

RAÚL.—Tarde te pesa. ¿Lo ves...? Hasta hoy no has podido reanudar las relaciones. ¡Ah, loco! Si no fuera porque ella te ama de veras...

- óscar.-Ojalá no sea esto una hipótesis tuya.
- RAÚL.—Te quiere, sí. Y si hasta hoy no te ha perdonado, es porque tu ofensa fue grave. Mal consejo te dieron, créeme.
- óscar.—No sé cómo lo escuché. Es que había para desesperarse: convencerse por el mismo médico de que la afección cardiaca del viejo era una farsa para ella; ensayar todos los medios posibles, durante dos años, para obligarla a obedecer, y ver, por último, que debido a ridículos escrúpulos queda relegado un amor que, así como lo es todo para mí, debía serlo para ella... ¿No era esto suficiente para... no digo para darle celos... para serle infiel de veras?
- RAÚL.—Ah, no, no. Solo por la vehemencia propia de tu edad se te puede disculpar. No me explico cómo, conociendo tú el asco de Constanza para todas esas supercherías del amor vulgar, pudiste esperar éxito de una artimaña semejante. Aquello, en un corazón de tan excesiva fragilidad y delicadeza, como es el de ella, tenía que ser contraproducente. Si no sé, no sé, francamente, adónde se te va la inteligencia a veces.
- óscar.—Un corazón enamorado es sordo a los razonamientos. Es más, basta que el cerebro aconseje una cosa en estos casos, para que el corazón ordene lo contrario. No estoy en mi sano juicio, te lo aseguro; estoy enfermo.
- RAÚL.—¿Sabes cuáles son las enfermedades que te aquejan? Exceso de fuego juvenil, fragilidad de prudencia y sensiblería de amor propio. Esto es lo que te ofusca y te pierde.
- óscar.-Puede ser.
- RAÚL.-Pues bien, ahora, replétate de discreción y desagravia a Constanza.
- óscar.—Escucha: ahora, mientras tú pasas a la consulta, yo voy a ver modo de hablarle.
- RAÚL.—Pero no olvides la serenidad. (Viendo a ÍÑIGUEZ que viene con MARTÍNEZ por el fondo de la misma calle.) Aquí está ya el doctor. ÓSCAR.—(Contrariado y por MARTÍNEZ.) Y con ese.

### **ESCENAII**

# DICHOS, ÍÑIGUEZ V MARTÍNEZ

íñiguez.-¿Ustedes por aquí?

RAÚL.-Esta salud... que no quiere dejarme sosiego.

MARTÍNEZ.—(Pasando la mano a RAÚL.) ¿Cómo va esa vida, señor? RAÚL.—(Dejándole con la mano estirada.) Usted que secunda a ese bribón en sus robos debe saberlo.

óscar.-Mejor haría no dándonos cara.

MARTÍNEZ.—Ese modo...

óscar.-Qué...¿Le extraña?

RAÚL.—Verme reducido a solicitar de un hospital el auxilio que podía tener en mi casa.

óscar.—Pidiendo socorro a quien te chupó la sangre. Sanguijuela. ÍÑIGUEZ.—Calma.

MARTÍNEZ.—(En son de cobarde protesta.) Oh, sanguijuela...

óscar.-O ladrón, como usted quiera.

MARTÍNEZ.—¿Como ladrón, señor? La escritura era legal. Usted, don Raúl, la firmó. Se ha cumplido al pie de la letra. Decía, bien lo recuerdo...

RAÚL.—Sí; decía, con el disimulo del embrollón, que a la postre don Gonzalo podía robarme la casa.

óscar.—Como que robar al amparo de ciertos artículos del código es lícito.

RAÚL.—Para tocar después, con el exceso del dinero hurtado a sus mismos socorridos, un trompetazo de filantropía.

martínez.-;Oh!

óscar.—(A martínez.) ¡Vamos, déjenos en paz! (Le vuelve la espalda.)

RAÚL.—(Después de imitar a su hermano.) ¿Le esperamos en el consultorio, doctor?

ÍÑIGUEZ.-Voy con ustedes. (A MARTÍNEZ.) Usted perdone.

MARTÍNEZ.—(Bajo a ÍÑIGUEZ, mientras RAÚL y ÓSCAR se aproximan al consultorio.) Son torpes para sus negocios y luego protestan. Como si el que hace una escritura fuese a procurar las ventajas para la parte contraria y no para sí. (Vase por la puerta de la Botica.)

## **ESCENAIII**

íÑIGUEZ, RAÚL, ÓSCAR y algunos enfermos que no hablan y que, llegando por diversas partes, van a sentarse en las gradas del consultorio, en espera del médico

- ÍÑIGUEZ.-Le han tratado ustedes muy mal.
- RAÚL.—No podía ser de otro modo. Por ellos nos vemos... como nos vemos, obligados a vivir en Ñuñoa, donde hemos hallado, por el bajo canon que podemos pagar, una casa de la extensión necesaria para mis labores.
- óscar.—Y teniendo que separarse este de su hija, porque desde tan lejos no podía la pobrecita asistir con regularidad al colegio.
- ÍNIGUEZ.—Comprendo. Y luego, tener que venir a este establecimiento que antes fue su casa.
- RAÚL.—Solo yo sé cuánto me indigna esto. Pero, si el pobre no se echa entre pecho y espalda una buena dosis de filosofía...
- óscar.—Además, la consulta en casa de usted es en la tarde, y este no puede venir a Santiago a esa hora.
- RAÚL.—Como tengo tanto trabajo, aprovecho las mañanas para las lecciones, y la tarde, que es más larga, para las obras.
- ÍNIGUEZ.—Conque trabaja usted mucho, ¿eh? Ya debía tener experiencia, con el daño que le trajo el monumento para su esposa.
- RAÚL.-¿Y qué hacer, doctor? Mi mal, incurable... mi hija, estudiando... También he de atender el juicio que he iniciado

contra el canalla ese, para ver si salvo mi casa, es decir, siquiera parte del valor de ella.

íÑIGUEZ.—(Ante la puerta del consultorio, viendo que ÓSCAR no entra.) ¿No pasa usted?

óscar.—Después, muy pronto. (ÍÑIGUEZ y RAÚL se van por el consultorio. Los enfermos les siguen.)

## **ESCENAIV**

óscar y un enfermo que no entró en el consultorio

ENFERMO.—(Acercándose a ÓSCAR.) Bah, si es mi patroncito don Óscar.

óscar.-¿Tú aquí?

ENFERMO.—Aquí, p', patrón. La «calientita» me agarró, p'... y como no había plata pa ná, me hey tenío que asilar. A Dios gracias que hay cabayeros tan güenos como el patrón don Gonzalo, que en la de no hubiese tenío que meterme en esas salas tan tristes del hospital.

óscar.-¡Tan bueno! Esta es la sanción pública.

ем FERMO.-¿Cómo dice, patroncito?

óscar.-Nada. ¿Y la Ramona?

ENFERMO.—Murió la Ramona, 'eñor, qué tiempo, el año pasao, cuando la peste. Pero, agora que caigo, usté, patrón, pué' que me saque de este apuro: quiero vender unos bonos que me dejó mi hermano y que no hey podío vender toavía. A él se los dio el Fisco, como a veterano del setenta y nueve... Aquí están, ¿no ve? ¡El pago 'e Chile!

óscar.-No me hables a mí de compras; estoy debiendo a cada santo una vela.

ENFERMO.—Ese caballero que es admenistraor de don Gonzalo quiere hacer el negociao; pero es tan roña, eñor...

óscar.-Anda con tiento. Ese es un pícaro.

ENFERMO.—¡Ave María! Y tanta falta que hacen unos cobrecitos por estos mundos.

óscar.-Mira, ¿quieres ganarte un peso?

ENFERMO.-Al tiro.

óscar.-¿Conoces a la hija de don Gonzalo?

ENFERMO.-Cómo no: tan güena.

óscar.—Pues vas a buscarla y a decirle que yo la espero aquí para hablar de algo muy importante, ¿entiendes? Espera... (Ve que por la puerta de la Botica ha salido don gonzalo en un sillón de ruedas conducido por un mozo, y que le acompañan el padre rafael, martínez y las señoras de luna y de vernal.) Anda por aquí (la calle opuesta), que no te vean esos.

DON GONZALO y sus acompañantes avanzan lentamente por la calle de la derecha.

ENFERMO.—Ya, entendido... Amorcito. ¡Caramba, que ni en el hospital se libre uno...!

óscar.-No seas tonto y apúrate.

ENFERMO.—Sí, voy al tiro. En la Botica acabo de verla. (Vase por la Botica. ÓSCAR se oculta tras de las plantas, sentándose en el escaño.)

#### ESCENA V

ÓSCAR, PADRE RAFAEL, MARTÍNEZ, SEÑORA DE LUNA, SEÑORA DE VERNAL, DON GONZALO, UN CRIADO; luego, EL ENFERMO

- LUNA.—No; yo no voy con la hermandad. A nosotras, como presidentas de sociedades y vocales de la junta directiva, nos corresponde ir al lado de don Gonzalo en la procesión.
- VERNAL.—Bonito papel haríamos por allá, confundidas entre la multitud. Solo a la de Vivanco se le ocurre semejante cosa.

LUNA.-Todo por hacerse la humilde.

VERNAL.-Y por llevarme la contra.

DON GONZALO.-Que no haya rencillas, señoras, por Dios.

PADRE RAFAEL.—En un acto como este, cuya esencia es el amor al prójimo, todos somos ovejas del mismo rebaño ante Nuestro Señor.

LUNA.-Hasta en el cielo hay jerarquías.

VERNAL.-Yo no voy así.

LUNA.-Tenemos nuestras razones, padre.

PADRE RAFAEL.-Vaya, se hará como ustedes gusten.

LUNA.—(*Triunfante*, *bajo a la* DE VERNAL.) No hay que darle gusto a esa vieja. Si es terrible, hijita.

VERNAL.—Tenemos que aburrirla. (Siguen avanzando lentamente y discutiendo en voz baja. Mientras, EL ENFERMO habrá vuelto por otra calle.)

Enfermo.-(A óscar.) Que la espere aquí.

óscar.-Bien. Toma. (Le da la propina.)

Enfermo.—Dios se lo pague, eñor... Perdone, patrón; pero ahí va el de los bonos. (Va hacia MARTÍNEZ.)

DON GONZALO.—¿Y Constanza... dónde está Constanza? (Se detienen todos buscando a CONSTANZA con la vista.)

PADRE RAFAEL.—Debe venir ya. Tenía que pedir unas velas a Sor Angélica. (Por el enfermo, quien se habrá detenido respetuosamente, quitándose el sombrero ante la comitiva.) Aquí tiene usted, mi señor don Gonzalo, uno de sus socorridos que también implora al cielo por la salud de su benefactor.

DON GONZALO.—(Al ENFERMO.) ¿Rezas por mí?

ENFERMO.-Como merece un corazón tan noble como el de usté.

DON GONZALO.—Con tal que tus preces sean sinceras. (*La comitiva vuelve a ponerse en marcha hacia la primera caja de bastidores*.)

Poco creo ya en el agradecimiento de los hombres. Muchos cuervos he criado que, si pudieran, hoy me sacarían los ojos.

ENFERMO.—(A MARTÍNEZ.) Señor, eso de los bonos... (Mutis de todos ellos.)

óscar.—(Mirándolos desde la otra calle y repitiendo con ironía.) ¡Cómo merece un corazón tan noble como el de usted! ¡Y qué sincero su acento!

CONSTANZA sale de la Botica y se dirige a ÓSCAR.

### **ESCENA VI**

CONSTANZA, ÓSCAR; después, RAÚL, que no habla

Los enfermos que antes entraron en el consultorio salen de él poco a poco durante esta escena y la siguiente y se van por la derecha.

CONSTANZA.-¿Se han ido ya?

óscar.-¡Ah...! Tú... Sí, se han ido. Allá van.

CONSTANZA.-Y...

óscar.-No; no me han visto. Estas plantas me cubrían. (Pausa.)

constanza.-(Emocionada.) ¿Creo que me has llamado...?

óscar.—Me atreví, sí. Era necesario. No podía yo guardar silencio por más tiempo.

CONSTANZA.—Se trata... ¿de algo grave?

óscar.-Para mí, lo es.

CONSTANZA.—(Con intención.) Lo supuse. Se habrá visto usted obligado a llamar a esta caprichosa, a esta desleal, a esta descariñada...

óscar.—No me recuerdes mi torpeza. Estaba fuera de mí. Bien debes haberlo comprendido.

constanza.-Sí; ya, ya.

óscar.-Sí. No anules mis buenos propósitos.

constanza.-Habría que discutir tanto.

- óscar.—Pues discutamos... Pero mis faltas y las tuyas. Y ese tono...
- CONSTANZA.-No sé qué tenga mi tono. Es sincero.
- óscar.—(Con pena.) Sincero. (Pausa. Luego, cobrando alientos.) Quisiera verte más... ¿Cómo diré...? ¿Más cariñosa? No; sería mucho pedir. Más inclinada a la indulgencia, siquiera. Dame esperanzas.
- constanza.—¿Qué has hecho para merecerla? ¿Tal vez el haberte paseado públicamente y a diario y en todos los paseos con otra... y dos días después de nuestro rompimiento?
- ÓSCAR.-Si todo lo comprendes. Me figuré que dándote celos...
- CONSTANZA.—Eso es. Ahora piensas hacerme creer que todo fue un ardid. ¡Ay, más vale reírse!

Sale RAÚL del consultorio y desde la puerta les observa.

- óscar.-Pues yo hablo en serio. Y si hubiese vislumbrado este fin...
- CONSTANZA.—Sabías muy bien que yo tomaba en serio cuanto de ti venía, lo que ya hoy no puede suceder.

### ESCENA VII

# DICHOS Y RAÚL

RAÚL.—(Avanzando hasta ellos.) No sigan por ese camino. Ambos saben que se adoran. Si no pueden disimularlo, si les salta a la cara. ¿Lo ven? Bah, sean juiciosos. Al paso que van, en vez de una reconciliación, muy necesaria y muy anhelada por los dos, tendrán otro disgusto. Las disputas entre enamorados se van acalorando insensiblemente y con insignificancias: una frase ahora, otra después; primero, una de despecho; luego, una de venganza... Concluyen por formar una inmensa hoguera. Y la

hoguera se levanta y quema. Luego vienen los arrepentimientos, pero ya cuando las quemaduras escuecen y necesitan curación. (*Los coge de las manos y los une.*) Sean cuerdos. Las comedias, para los teatros. ¡Y a hacer las paces!

CONSTANZA.-Pero Raúl...

RAÚL.—Nada. Me voy. Ya saben el consejo. Yo les quiero y no he de buscarles más que la felicidad. (*Vase por el foro*.)

## **ESCENA VIII**

# DICHOS, menos RAÚL

óscar.—(Después de una pausa prudente.) Qué bueno es, ¿verdad? constanza.—Pero como todo no depende de él... (No puede seguir fingiendo seriedad.)

óscar.—¿Y por qué te ríes así...? Mira, Constanza, ¿qué te parece, seguiremos echando paja en la hoguera? Hagamos las paces, ¿quieres...? Piensa en lo que me has hecho sufrir. Primero, con el engaño de que tu padre tenía afectado el corazón; luego, con las desazones sin fin que me costó hacerte comprender que la fuga era nuestro único recurso; y por último, con las alternativas de gozo y desesperación, capaces de trastornar al más cuerdo, que me imponías noche a noche sin decidirte a huir. ¿Lo has olvidado?

CONSTANZA.-La fuga era imposible.

óscar.—¿Y por qué me hacías creer lo contrario? Ni deshonroso encontrabas el paso entonces, puesto que su fin habría de ser nuestro legal matrimonio. Tú misma lo decías: «mi padre terminará por perdonarnos...». Ah, callas. No tienes qué objetar. A ver, vamos a ver, ¿por qué todo eso?

CONSTANZA.—No sé, no lo puedo explicar. En aquellos momentos se apoderaba de mí un delirio amoroso... Creo que influían el lugar y la hora... Esa quietud misteriosa del jardín, la luna

plateando los cristales de mi ventana...; Qué sé yo! Tu audacia me sugestionaba. Te decía: «sí, mañana», decidida a huir, es cierto; pero yéndote tú, variaba todo: apenas me reunía con mi padre, me parecía despertar de un sueño feliz a la triste realidad. Poco a poco reaparecían a mi vista los obstáculos. Miraba si el pobre viejo, con esa atención que al despedirnos ponemos en los seres queridos, y solo la intensidad de mi amor a ti me sujetaba entonces para no dejarme caer a sus pies y confesárselo todo, arrepentida.

óscar.-Debilidad.

CONSTANZA.—Si eso hubiera sido, me hubiera dejado arrastrar por ti, que más fuerza se necesita para resistir al amor.

óscar.—Pero si yo te hacía ver el poco fundamento de tus escrúpulos, puesto que tu padre habría tenido que perdonar, puesto que tu apoyo no le habría faltado. ¿A no ser que me engañases, fingiéndote convencida?

constanza.—No, no; a tu lado todo me parecía claro y sencillo. ¿No juraba obedecerte a la siguiente noche?

óscar.—Pero no lo hacías, y mi vida pasaba entre esperanzas y desesperaciones, hasta que me volviste loco, cuando me dijiste «no puedo huir, imposible».

constanza.-Imposible, sí.

óscar.-No veo el por qué, no me lo explicaste.

CONSTANZA.-Con tus ofensas, no me dejabas hablar.

óscar.-¡Ofensas...! En fin, habla ahora.

constanza.—Verás. La noche anterior a nuestra ruptura, después de hablar contigo, fui, como de costumbre, a reunirme con mi padre, cuando, al pasar por el patio de la cocina, oí... oí que la servidumbre murmuraba de mi pobre viejo, relatando acciones de su vida, que... haciéndome enrojecer de vergüenza, estrujándome el corazón de compasión y de pena, me hicieron llegar hasta él en el colmo de la angustia. Lloré mucho, por él, por ti, por su desgracia, por la nuestra; todo me hacía llorar...

De repente, en una de esas treguas del llanto, se encontró mi vista con el retrato de mamá. Era extraño: parecía mirarme, como si me fuese a hablar. Sus ojos, tan tristes, brillaban llorosos. Sentí más que nunca ese dolor helado en las entrañas que me acomete cuando la recuerdo y, no sé cómo... tal vez pensando, imaginando, suponiendo lo que me hubiera dicho de estar viva y a mi lado... me figuré que me decía desconsolada: «no puedo hacer más, hija. Concluye tú la obra que la muerte no me dejó terminar. Sacrifícate como yo para salvar a ese infeliz. Enfermo y viejo, será más dócil. No olvides tus deberes de hija y de buena cristiana, no le abandones ni desfallezcas. Piensa en mí si alguna vez te faltan las fuerzas, que yo desde aquí te daré valor».

óscar.-Nervios, cosas de alucinada.

CONSTANZA.—Tal vez; pero fue así. Después, cuando me fui a acostar, llevaba un trastorno completo en todo mi ser. Como si el heroísmo de mi madre se me hubiera contagiado, sentí ansias de sacrificio, de vivir para el bien, enmendando y evitando en lo posible las faltas del pobre papá.

óscar.-Y en mí no pensabas.

CONSTANZA.—En todo instante. Te asociaba a todos mis proyectos. Qué loco era... Te idealizaba hasta el punto que te gobernaba a mi antojo, sin acordarme de ese gran egoísmo de los hombres. Se sacrificará conmigo, me decía: «es bueno».

óscar.-(Cogiéndole las manos.) ¿Y ahora?

CONSTANZA.—(Alegrándose de pronto.) Ahora todo ha variado, ¿verdad?

óscar.—Todo... y, como yo lo esperaba, por causa de tu mismo padre.

constanza.—(*Contenta.*) ¡Ah, lo reconoces! ¿Ves cómo tenía yo razón? ¡Bendita seas, madre mía, que me iluminaste!

óscar.—No te comprendo. ¡Cómo! ¿Razón en tu negativa...? ¿Desistir?

- CONSTANZA.—Justo... y esperar. En el resultado que ha tenido la hipoteca de Raúl se ha visto demasiado claro que mis afanes dan fruto.
- óscar.—Cada vez te entiendo menos. Tu padre ha cometido una infamia inaudita con mi hermano.
- constanza.—Le ha dado una casa en Ñuñoa, en cambio de la suya, y le ha postergado indefinidamente el plazo de la hipoteca. ¿Quieres más?
- óscar.—(Asombrado y colérico.) ¡Oh...! Pero... pero... ¿es que ha dicho eso?

EL PADRE RAFAEL aparece muy de prisa por la derecha.

#### **ESCENAIX**

DICHOS, PADRE RAFAEL; luego, MARTÍNEZ

PADRE RAFAEL.—Señorita Constanza...

- óscar.—No solo es el más ruin de los agiotistas; sino el más grande, el más hipócrita de los impostores.
- constanza.-¡Dios mío! ¿Por quién dices eso? Estás loco.
- PADRE RAFAEL.—Su papá espera desde hace mucho rato, señorita. Vamos pronto, vamos. La procesión no sale aún por culpa de usted.
- ÓSCAR.—(Imperativo, al PADRE RAFAEL.) Espérese usted. (A CONSTANZA.) No te vayas. Un momento. Te han engañado miserablemente.

También muy apresurado, aparece MARTÍNEZ por la derecha.

constanza.-; Cómo, qué!

MARTÍNEZ.—Señorita Constanza, su papá se impacienta. Y usted aquí, contraviniendo sus órdenes.

óscar.-No se va. Es preciso que hable conmigo.

MARTÍNEZ.—A la señorita le está prohibido terminantemente hablar con usted.

constanza.-Ah, Óscar, prudencia. Luego hablaremos.

PADRE RAFAEL.—(Persuasivo.) Luego, después de la fiesta podrán ustedes hablar. Ahora espera él y se impacienta cada minuto más.

CONSTANZA.—Sí, Óscar; sé prudente. Si me quieres, espera. Regresaré, te lo juro.

óscar.—Convenido. Vendrás aquí mismo. Te espero después de la procesión. Mira que es indispensable aclarar el embuste.

CONSTANZA.-Sí, te lo juro, sí; no faltaré.

MARTÍNEZ.-(Aparte.) No vendrás.

CONSTANZA.—(Al PADRE RAFAEL, en tono de respuesta apasionada.) Sí, porque le quiero, y con toda mi alma.

#### **ESCENAX**

óscar; luego, RAÚL. Al final, los personajes de la procesión que se indicará en las acotaciones oportunamente

óscar.—(A Raúl, que llega por el fondo.) ¡Cuánta perfidia...! ¡Miserables!

RAÚL.-¿Qué pasa?

óscar.—¡Ah, es increíble el poder que tienen la mentira, el egoísmo y el oro cuando se amasan juntos!

RAÚL.-¡Qué! ¿Riñeron otra vez?

óscar.—Al contrario. No sabes cuán buena es. Fue un exceso de bondad y de abnegación lo que perjudicó mi pasada tentativa.

RAÚL.-¿Y por qué, entonces, esa cólera?

óscar.—Ven... es que tú no sabes lo que acabo de descubrir: han engañado a Constanza, le han dicho que en cambio de tu casa te han dado la que ocupamos actualmente en Ñuñoa y que te han concedido una prórroga indefinida para el vencimiento de la hipoteca.

RAÚL.-¿Y con qué fin?

óscar.—Sin duda, porque han descubierto que Constanza ha desistido de su matrimonio conmigo por dedicarse a soliviantar los instintos perversos de su padre.

Se oye la voz muy lejana de un órgano que toca un aire místico.

RAÚL.—¿Eso se ha propuesto ella...? Ya; me lo explico todo: le hacen creer que lo consigue.

óscar.-Para triunfar sobre nosotros.

RAÚL.—(Saliendo de su serenidad.) Pues ahora es cuando tienes que luchar con más ahínco. (Pausa. Se oyen voces distantes que murmuran rezos coreados.) Mira: la procesión. Detrás vendrá él, colmado de honores.

óscar.-¡Y Cristo presidiendo este digno homenaje!

RAÚL.—Si fuera verdad todo lo que ve, cuánto sufriría al verse escarnecido, cubierto de ignominia, sirviendo de blasón a uno de esos mercaderes que él arrojó del templo. Lee aquel estandarte.

óscar.—(Leyendo un estandarte que se supone existe en el interior.) «Sanatorio Gonzalo Sutil... Hijos del Sagrado Corazón de Jesús...». ¡Y su nombre en todo, por encima y con letras más grandes que las de Jesús!

RAÚL.—Aquí viene el respetado, el bendecido, el gran filántropo objeto de las preces de todos. (Aparece un grupo de asilados con cintas al cuello y velas en las manos, siguiendo el estandarte.) ¡Chts...! Venerémosle. (La procesión continua su camino por el último término. De la última caja de la derecha han salido acólitos

con cruces e incensarios, hermandades, etc. Sigue el murmullo de rezos y la lejana melodía del órgano.)

- óscar.-Parece avergonzado.
- RAÚL.—El respetado, el bendecido... (Demuestra que la cólera se le va haciendo incontenible, como un turbión que amenaza desbordarse.)
- óscar.—Anda, gran filántropo, anda... Acaso no esté lejano el día... (Aparece en escena don gonzalo, seguido de su comitiva que rodea la silla de ruedas.)
- RAÚL.—(Estallando, pero conteniendo la voz, como una fiera acorralada e impotente.) Anda, anda, gran filántropo. No está lejano el día en que pueda yo gritar: ¡cae, monumento de arcilla; desmorónate, falso figurón, para que el mundo vea que solo te sostenías gracias a tu armazón de metal!

TELÓN

### ACTO CUARTO

Estancia del sanatorio, que, no obstante estar pintada de blanco, se ve sombría por ser de tarde y en pleno invierno.

Al fondo, puerta; arriba de ella, un Cristo enclavado en cruz negra. A la derecha de la puerta, un armario de pared, bajo el cual habrá una mesa con algunas piezas de vajilla. A la izquierda de la puerta y a lo largo de la pared del fondo, un lecho modesto y blanco, cuya cabecera quedará tocando la lateral izquierda. Junto a él, un velador con algunos libros, periódicos, palmatoria y vela. Al centro de la lateral izquierda, ventana ancha con batientes practicables; junto a la ventana y hacia primer término, un estante. En la lateral derecha, puerta practicable. Frente al lecho, un cómodo sillón. Algunas sillas para el servicio de la escena.

#### ESCENA PRIMERA

## CONSTANZA, SOR ANGÉLICA; luego, ÍÑIGUEZ

CONSTANZA.—(Con mucha extrañeza.) ¿Quince días aquí, en el sanatorio?

SOR ANGÉLICA.—(Mientras prepara una bebida delante de la mesa.)

Quince. Y o de nada me ha servido mi práctica en estas asistencias, o no me equivoco si le digo que no estará más.

Cree usted...?

sor angélica.-Que no pasará de hoy.

constanza.—¡Dios mío! No haberlo sabido antes. Pero, ¿quién se iba a figurar? Sor Angélica, ¿no sabe usted nada respecto a los motivos de su venida a esta casa?

SOR ANGÉLICA.-Mis órdenes me impiden averiguar ciertas cosas.

ÍNIGUEZ.—(Llegando por el foro y gratamente sorprendido al ver a constanza.) ¿Cómo?

constanza.—Ah, doctor. He venido a ver a Raúl. Necesito saber de él. Supe por casualidad su permanencia aquí... ¿Qué tiene, por qué viene a morir aquí...? Dígamelo todo, que desde que oí a Óscar la palabra embuste, la última vez que hablé con él, presentimientos horribles me martirizan. Cuénteme... ¿Cómo se ha visto en la necesidad de venir a este sitio? Es muy raro...

ÍÑIGUEZ.—¿Raro... raro nada más? Bastante me costó convencerle. Se indignaba y...

CONSTANZA.-; Se indignaba!

ÍÑIGUEZ.—Y, al fin, tenía razón. Solo que la necesidad y esa filosofía discreta de que siempre se ha servido nuestro amigo, le hicieron prestar oídos a mis consejos.

CONSTANZA.—Usted lo trajo.

íÑIGUEZ.—Sí. Le arreglé esta habitación perteneciente al consultorio. Ha quedado independiente, tranquilo, en lugar higiénico.

- constanza.—(Como temerosa de sus propias sospechas.) Y en su casa... ¿no podía?
- ÍÑIGUEZ.—Ah, es verdad. Usted no sabe nada. No recordaba que desde aquel día de la procesión no ha podido usted hablar con Óscar.
- constanza.—Ni hablar ni escribir, nada. Cuénteme usted todo, todo, sin compasión. Ya no es hora de contemplaciones. (Se oye dentro, tras de la puerta del fondo, la tos de RAÚL y murmullo de voces.)
- ÍÑIGUEZ.—Ahí viene, cabalmente, con el padre Rafael. Él mismo se lo contará.
- constanza.—No, por Dios. ¿Viene el padre Rafael? Que no me vea. Me voy. Volveré. (Corre hacia la puerta de la derecha.)
- sor angélica.—No, señorita; por ahí no: ese cuarto no tiene salida.
- constanza.-¿Por dónde, entonces?
- SOR ANGÉLICA.—(Viendo que llegan.) Ya es tarde. Métase usted allí. (Vase Constanza por la derecha.)

#### **ESCENAII**

ÍÑIGUEZ, SOR ANGÉLICA, RAÚL Y EL PADRE RAFAEL

PADRE RAFAEL.—(Entrando con Raúl por el foro.) ¿Y por qué esa parcialidad, mi querido don Raúl; por qué recibir tan solo al amigo y no al sacerdote? ¿No teme usted presentarse al Altísimo sin...?

RAÚL.-¿Sin credenciales católicas? No, señor.

PADRE RAFAEL.-Lástima grande, en estos momentos.

ÍÑIGUEZ.-Padre...

RAÚL.—(Advirtiendo la intención del médico y sonriendo.) Oh, déjele usted, doctor. Sé que mi hora llega. Lo siento. La máquina se enfría.

íñiguez.-Es que...

RAÚL.—No, la muerte no causa pavor a quien tiene consciencia de lo que la vida es.

PADRE RAFAEL.-Nuestro Señor ha dicho...

RAÚL.—(Sin hacer caso del religioso.) Usted mismo me lo dijo una vez, doctor, ¿recuerda? Después de la vida, como antes de ella. Y en la materia, la evolución continua; invierno y verano. Las nieves de mi invierno han llegado y destruyen mi cuerpo vencido. Se llevarán la materia para nutrir y animar nuevos organismos.

PADRE RAFAEL.—Bien. Hablemos como amigos, entonces. Puede que cambiando ideas. (ÍÑIGUEZ hablará con SOR ANGÉLICA.)

PADRE RAFAEL.—Yo variaría el tema de la conversación. Temo mucho.

RAÚL.-¿Y por qué?

PADRE RAFAEL.-Porque le veo... no sé cómo.

RAÚL.—No viéndome colérico, no debe usted temer. Y como ya ni quiero ni tengo tiempo de encolerizarme, pues... (*Le viene un acceso de tos.*) Decía... quería decir que no me encolerizo, que ya he aprendido a sonreír.

PADRE RAFAEL.—De todas maneras, no hay conveniencia, no hay prudencia en tocar ciertos puntos.

RAÚL.—No, no; hablemos. La verdadera beneficencia consiste en evitar la miseria de nuestros semejantes, ¿verdad?

PADRE RAFAEL.-Efectivamente, en eso consiste.

RAÚL.—Ahora, dígame: al que primero provoca la miseria de los demás, por medio del agrio... al que primero se enriquece con la ruina ajena para, después, con el exceso de sus saneadas rentas «socorrer» a sus despojados... y ostentosamente, pomposamente, de modo de sellar para sí una reputación de gran filántropo... a este ¿cómo se le debe llamar? (*Tose.*)

sor angélica.—¿No podrían hablar de otra cosa? Padre rafael.—¿Ve usted? Le hace daño.

sor angélica—(A íñiguez, bajo.) Es que puede oír esa criatura. (Por constanza.)

RAÚL.—Bah, bah. Si esto me hace gracia. Mire usted que morir bajo el hospitalario techo de mi ladrón... Pero, si otro lo tomaría por el lado trágico... yo, no.

SOR ANGÉLICA, alarmada, pasa adonde CONSTANZA, yéndose por la derecha.

#### **ESCENAIII**

RAÚL, PADRE RAFAEL, ÍÑIGUEZ y ÓSCAR, que llega por el foro

íÑIGUEZ.-Aquí está ya su hermano, Raúl.

RAÚL.-Ah, Óscar. ¿Viene Mercedes?

óscar.-No tardará. Estás sin aliento.

íñiguez.-Habla demasiado.

PADRE RAFAEL.-Demasiado, sí.

RAÚL.—Demasiado, no. Es que soy hombre y...; qué diablos...!, algo se agita a veces aquí dentro.

óscar.-¿Ha pasado algo?

RAÚL.—No, nada. Pensaba relatar al padre Rafael la historia de nuestras desdichas...No la conoce... (Está fatigado, tose; su busto se reclina sobre el espaldar del sillón; se agita su cabeza de un lado a otro; transpira.) No puedo ahora... Ah, este sudor frío...

óscar.-(Enjugándole las sienes.) Calla, sí, calla; no hables tú.

RAÚL.-Doctor, un poco de eso.

ÍÑIGUEZ.—(*Pasando a* RAÚL*una bebida que habrá estado preparando.*) Beba usted, todo.

RAÚL.-(Después de beber.) Gracias. Esto me da vigor.

óscar.-Pero no hables tú. Yo lo haré.

PADRE RAFAEL.—¿A qué hablar de lo que no conviene? óscar.—¿A qué?

RAÚL.-Sin violencias, Óscar.

óscar.—No conoce usted la hipoteca, padre Rafael. ¡Qué escritura! Con toda la malicia, con toda la perfidia que resiste una hoja de papel sellado.

RAÚL.-(Casi en broma.) Que son las que más resisten.

óscar.—¡Miserable! Aprovecharse del apremio de este para robarle.

PADRE RAFAEL.—Calma, Óscar. Sea usted más apiadado. No precisa insultar.

RAÚL.—Sí, es verdad. Déjame a mí. Ya he cobrado fuerzas. Tú eres muy exaltado. Con tus anatemas nublas el relato. Mire usted, padre Rafael: yo estaba muy pobre, tuve que hipotecar mi casa... Por mi desgracia, caí en manos de don Gonzalo. El doctor me había ordenado un año de reposo. No gané un centavo durante este descanso, por supuesto. Sin trabajar, era justo. Solo hice, con mucha calma, el pequeño monumento que existe en la tumba de mi mujer. (*Pausa*.) Bien. Pasó un año, recomencé los trabajos anteriores, aunque en menor escala, empujado por las necesidades. Pero luego hube de esforzarme mucho para ganar algo.

óscar.-Te esforzaste demasiado.

ÍÑIGUEZ.-Fue una locura.

RAÚL.—Tal vez, sí. Lo cierto es que mi salud se quebrantó de nuevo, entonces; y me vi precisado a darme otro descanso. Por fin, llegó el vencimiento de la hipoteca. Fui a ver a don Gonzalo, esperanzado. (*Tose.*)

óscar.-De nada le sirvió ofrecerle, como amortización de intereses, unos cuadros y unas esculturas de valor.

RAÚL.—Es que se había hecho caritativo y, para esto, necesitaba la casa.

- óscar.—Y como Dios ayuda a las personas caritativas, tuvo el filántropo la casa.
- RAÚL.—Después, nosotros... a vivir en Ñuñoa, muy afuera, donde el alquiler de las casas es más reducido; luego, a separarme de mi hija. (*Arrecia la tos.*)
- óscar.—No te fatigues. (*A los demás, abreviando*.) Más tarde, lo de todo el que tiene casa que mantener y le faltan las entradas: ventas lastimosas, empeños... el calvario de la ruina.

RAÚL.-Hasta que no pudimos más.

óscar.—Hasta que no pudimos más y, yo en la imprenta del periódico en que trabajo, Carmencita en casa de Mercedes y Raúl aquí, nos hallamos como ustedes nos ven, en la miseria.

PADRE RAFAEL.—(Conmovido.) ¡Válgame Dios! ¿Por qué no hablaron conmigo? Acaso yo hubiese obtenido algo.

RAÚL.-¿Una limosna?

PADRE RAFAEL.-Algo, en fin.

RAÚL.—¿Y qué limosna mejor que esta? Me alberga en su sanatorio. Don Juan Tenorio, después de matar a medio mundo, construye un cementerio para sus víctimas y Dios le perdona sus pecados. (*Tose*.)

SOR ANGÉLICA llega por la derecha y comunica a íñiguez, en voz baja, que constanza no resiste más oír lo que en la escena se habla.

ÍÑIGUEZ.-Ea, ea; basta. Ya ha conversado usted bastante.

PADRE RAFAEL.—Sí; olvida usted, tranquilícese.

óscar.-Tranquilízate, ya basta.

RAÚL.—(Enderezándose trabajosamente, como para ayudar a la respiración de sus pulmones rendidos.) Ah, aire... Abran esa ventana. (Habrá oscurecido en la escena y seguirá oscureciendo paulatinamente.)

ÍÑIGUEZ.—(Después de abrir la ventana.) Ya está. (Entra una franja oblicua de sol en ocaso.) Mire usted afuera, distráigase.

PADRE RAFAEL.—¿Quiere usted que le acerquemos? RAÚL.—Sí, Óscar, tú...

- óscar.—(Arrimando a Raúl en su sillón a la ventana.) Esto es. Y hay linda vista al jardín.
- RAÚL.—Así. Ya estoy bien... muy bien. Este sol rojo... qué hermoso... pero qué poco calienta... Y las flores, los besos de la madre tierra, como las llamas en tus versos, Óscar.

óscar.-¿No sientes frío?

RAÚL.—Los pies... Abrígame los pies. (ÓSCAR lo hace. Pausa. De repente, conteniendo la ira.) ¡Don Gonzalo! Mírenlo, allá pasa, colmado de honores... Las hermanas le miman, le respetan... los enfermos se descubren a su paso. (Todos miran por la ventana.)

óscar.-Allí va, amarillo, como el oro.

RAÚL.-Como su soberano.

óscar.—Y arrastrando esa mísera existencia, ese asqueroso disfraz de la muerte.

RAÚL.—(Como dirigiéndose a DON GONZALO.) Saluda, así, saluda... óSCAR.—¡Cuántos, como nosotros, te maldecirán en este instante!

#### **ESCENAIV**

DICHOS Y CONSTANZA, que sale precipitadamente de su escondite

- constanza.—¡No, Raúl, no le maldigas! (Llorando, cae a los pies de Raúl.) ¡Madre mía, no puedo resistir más! ¡Es demasiado...
  No, Raúl; tú no le maldigas, no, no...! Yo haré cuanto tú me ordenes, te obedeceré ciegamente; pero no le maldigas, no, no, no, por Dios, no...
- RAÚL.—(Desconcertado, a CONSTANZA, mientras los demás, estupefactos, se miran los unos a los otros.) Pero... cómo... Vamos, levántate.

constanza.-No le maldices, ¿verdad?

RAÚL.—No, hija mía; yo no hago esas cosas inútiles. Pero, levántate. ¿Dónde estabas? ¿Cómo...?

SOR ANGÉLICA y el médico cuentan a ÓSCAR y al cura la permanencia de CONSTANZA en la habitación contigua.

CONSTANZA.—Allí, allí lo escuché todo, en ese cuarto. ¡Piedad, Raúl! Yo borraré su falta, te obedeceré ciegamente... En fin, ordena cuanto quieras.

RAÚL.-Vamos, cálmate, no me aflijas.

CONSTANZA.-¿No le maldices?

RAÚL.—Vamos, levántate. Ya te he dicho que no creo en la eficacia de las maldiciones. Y si Óscar, ese muchacho exaltado, hubiera sabido que tú...

óscar.—Sí; no hablemos más de ello; discúlpame, Constanza. Luego te explicaré.

constanza.—Oh, las explicaciones están demás ahora. Ya todos lo comprendemos todo. (*Llora*.) Pobre, mi viejo... Raúl, mírale sepultado entre los escombros de su despreciable fama y perdónale. (*Coge una mano de* Raúl e intenta besarla; él se lo impide. Entonces quiere pedir gracia de rodillas, pero tampoco lo consiente Raúl.)

óscar.-(Levantándola.) Vamos, no olvides tu dignidad, Constanza.

constanza.-Que le perdone... Perdónale, Raúl; tú eres bueno.

RAÚL.—Sí, está bien, yo le perdono. Basta que tú... (Se ha fatigado.) Basta que yo vea... que... en adelante... Óscar será feliz... Porque tú... ya estarás desengañada.

constanza.-¡Desengañada!

Pausa llorosa. RAÚL está extenuado con la impresión. ÍÑIGUEZ y SOR ANGÉLICA preparan una poción delante de la mesa. RAÚL empieza a toser hasta llegar un estado convulsivo. ÍÑIGUEZ le trae la poción.

CONSTANZA.—(*Arrebatando el vaso a* ÍÑIGUEZ.) Yo, yo quiero servirle. No le abandonaré desde hoy.

íñiguez.-¡Chst! Por favor, más tranquilidad.

#### ESCENA V

DICHOS Y MERCEDES; al final, la voz de don Gonzalo, voz de mujer y voz de martínez

MERCEDES.—(Llegando por el foro.) Raúl, ¿cómo sigue usted?

RAÚL.—Avanzo... Parece que avanzo... y a pasos agigantados. ¿Y mi hija?

MERCEDES.—Bien está. No quise traerla. ¿Para qué? Es tan nerviosa. Ya la verá usted otro día.

RAÚL.—Ya no la veré... Pero, ahora comprendo por qué no la ha traído usted. Ha hecho bien, Mercedes. (Sufre un acceso de tos que termina en un desfallecimiento. Le auxilian todos menos mercedes y el sacerdote, que en una esquina trata de persuadir a mercedes.)

PADRE RAFAEL.—(A MERCEDES.) Inténtelo usted.

MERCEDES.—No le mortifiquemos más. Es inútil. Ya conoce usted sus ideas.

ÍNIGUEZ.—Quitémosle de la ventana. Hace frío. Ya es de noche. (Entre él y ÓSCAR adelantan el sillón hacia primer término.)

PADRE RAFAEL.—(Siempre a MERCEDES.) Hemos de cumplir nuestra misión como buenos cristianos, abriéndole las puertas del cielo.

MERCEDES.—Abiertas las tiene.

PADRE RAFAEL.-Mi ministerio debe...

mercedes.-Déjele usted en paz.

RAÚL.—Constanza... Mercedes... Óscar... todos aquí... Acérquense. Mi hija, les recomiendo a mi hija... Cuídenla mucho. No hay que olvidar, Óscar, que...

óscar.-Sí, Raúl, sí. Reposa un poco ahora.

Todos notan muy mal a RAÚL después del último acceso de tos. El médico hace gestos significativos. CONSTANZA y MERCEDES lloran en silencio. EL PADRE RAFAEL y SOR ANGÉLICA se acomodan en un rincón e inician unos rezos.

íñiguez.-Bien. Hay que reposar un poco, Raúl.

RAÚL.—No traten de engañarme. Si tengo que hablar... No habrá tiempo después... Este frío, este sudor... no mienten... Falta poco... No dejen a mi hija en la ignorancia... Ayúdenla.

MERCEDES.-Sí, Raúl, sí; todo lo haremos.

RAÚL.-De usted, Mercedes, estoy seguro... y contento.

MERCEDES.-Descanse, pues.

CONSTANZA.—No te aflijas. Yo también cuidaré a Carmencita como si fuera mi hija. No he olvidado que tu madre lo hizo conmigo.

RAÚL.—Tú... tú obedecerás a Óscar. (Tose, cada vez más débilmente. La tos se asemeja más a los ronquidos agónicos. Todos lloran en silencio. Solo EL PADRE RAFAEL y SOR ANGÉLICA, con esa pasmosa tranquilidad de los que a diario presencian esta clase de escenas, permanecen serenos, rezando en el ángulo derecho de la escena. Por momentos se escucha el murmullo triste de los rezos.) ¿Han cerrado la ventana?

óscar.-Es que ha oscurecido, Raúl.

RAÚL.-Ah, sí... Pero, la luz...

íñiguez.-Enciendan esa vela, la del velador.

VOZ DE GONZALO.—(Desde fuera, refiriéndose a CONSTANZA, a quien se supone ve por la ventana, desde lejos.) ¡Mírenla dónde está! Constanza; ven acá, niña. Cómo le hacen perder el juicio a esta niña todos estos embelecos. (La voz se escuchará primero lejos; después, acercándose poco a poco.)

CONSTANZA.—(Angustiada.) ¡Dios mío! (Todos se agrupan en primer término para no ser vistos de fuera.)

óscar.-¡Él!

ÍÑIGUEZ.-Y se acerca.

PADRE RAFAEL.—(A CONSTANZA.) Pronto, váyase usted.

CONSTANZA.—(Primero titubea.) No... (Luego, decidida.) No, no me iré.

VOZ DE GONZALO.—Locuela, locuela; ¿te has olvidado de que tenemos invitados a comer?

PADRE RAFAEL.-¡Por Dios, que viene hacia aquí!

ÍÑIGUEZ.—Cierren la ventana. (SOR ANGÉLICA lo hace.)

voz de gonzalo.-¿Cierran...? Parece que la ocultan.

CONSTANZA.—Raúl...; Raúl! ¿No me conoces? Aquí, aquí, a tu lado. No me moveré de aquí. (RAÚL no responde. Ha entrado en la agonía.)

PADRE RAFAEL.—(Cogiendo a CONSTANZA por un brazo y retirándola de RAÚL.) ¡Qué ocurrencia! ¿Quiere usted que venga aquí su padre y la vea con ellos?

mercedes.-¡Déjela usted!

CONSTANZA.—(Cogiéndose del brazo de ÓSCAR, que no sabe de sí mismo.) No, no... Me quedo.

PADRE RAFAEL.-Vamos, vamos, por Dios, que...

ÍÑIGUEZ.—(Azorado por la situación.) Señorita, es preciso.

óscar.-(Conteniendo la ira.) ¿Usted también?

ÍNIGUEZ.—¿Pero se ha figurado usted que con esa locura de quedarse no nos hunde a todos? Ea, yo no consiente aquí locuras. Salga usted con el padre Rafael, señorita Constanza; sea prudente.

óscar.—Sí; anda, anda... Si no, perjudicas a estos señores, que viven de tu padre.

CONSTANZA.—(Agarrándose al brazo de ÓSCAR.) Raúl...

óscar.-Ya Raúl no te conoce.

VOZ DE GONZALO.—(Muy cerca de la puerta del foro.) Entremos.

voz de mujer.-Ya vendrá.

íñiguez.-Que va a entrar.

VOZ DE MARTÍNEZ.-La silla no sube las gradas.

VOZ DE GONZALO.—Denme el brazo. Puedo valerme algo de mis pies.

íÑIGUEZ.-;Sospecha!

Pausa de expectación. ÍÑIGUEZ, inclinado ante RAÚL, lo examina. MERCEDES, a su lado, le enjuga la frente. CONSTANZA, lívida, con las pupilas errantes, se aferra cada vez con más fuerza al brazo de ÓSCAR.

MERCEDES.—(Al médico.) ¿Es la agonía? ÍÑIGUEZ.—La agonía.

CONSTANZA.—(Ahogando un grito.) ¡La agonía! (Estalla en llanto y cae a los pies de RAÚL.)

En el foro aparece don gonzalo sostenido por martínez y una hermana de la Caridad.

# ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DON GONZALO, MARTÍNEZ Y UNA HERMANA

MARTÍNEZ.—¡Ellos! DON GONZALO.—(Demudado, guturalmente.) ¡Qué...! ÍÑIGUEZ.—(Adelantando hacia DON GONZALO.) ¡Chts! Agoniza.

DON GONZALO, con la vista clavada en RAÚL, oscila sobre sus pies. Le sostienen sus acompañantes. Los dos religiosos, en un ángulo, rezan; y el murmurio de sus oraciones se confunde con los sollozos de CONSTANZA, MERCEDES y ÓSCAR.

DON GONZALO.-¡Constanza, ven!

CONSTANZA.—(Irguiéndose, inspirada y resuelta.) ¡No! ¡Con ellos, con Óscar, para siempre! ¡Yo devolveré lo que les hemos quitado!

Cae el telón.

FIN DEL DRAMA

# POR EL DECORO<sup>1</sup> (1912)

Comedia en un acto y en prosa estrenada en el «Palace Theatre» el 2 de mayo de 1913.

ı Publicado en Y la vida sigue... Buenos Aires: Editorial Tor, 1925, con el título «¡Ante todo, la oficina!».

#### OFRENDA

En las escenas mudas de esta obra, el público, mejor que si hubiese leído las acotaciones del libro, comprendió y sintió las iras, los cálculos, las alternativas, las vibraciones todas del espíritu del señor Varas. Realizó el prodigio ese mago del gesto que se llama don Manuel Díaz de la Haza, a quien por gratitud y admiración ofrezco hoy, honrándome, la comedia.

E. B.

## **REPARTO**

PERSONAJES INTÉRPRETES

SEÑOR VARAS Sr. Díaz de la Haza

DON CARLOS » Revuelta san martín pinot » Artigas

RIVAS CORRIENTES » Aguirrebeña

EMPLEADO 1° » Ferrer
EMPLEADO 2° » Macías
EMPLEADO 3° » Pacheco

La acción, en Santiago, época actual.

# ΑCΤΟ ÚΝΙCΟ

Sala despacho de un jefe de oficina fiscal. Puertas al foro y a la izquierda. Mesa ministro, sofá y demás mobiliario aparente.

#### ESCENA PRIMERA

# SEÑOR VARAS Y DON CARLOS

SEÑOR VARAS.—(Asomándose a la puerta izquierda.) Don Carlos...
Tenga la bondad... Un momento.

DON CARLOS.—(Llegando.) Señor.

señor varas.-¿Han llegado esos?

DON CARLOS.-¿San Martín Pinot y Rivas Corrientes?

señor varas.-Sí.

DON CARLOS.—Sí, señor. Ya llegaron.

señor varas.-¿Y están ahí, trabajando?

DON CARLOS.-Pasaron a tomar el té, señor.

señor varas.—Ajá, pasaron a tomar el té. Muy bonito, muy bonito... Y acaban de llegar, seguramente. (*Mira el reloj*.) Las cuatro. Claro: esta es hora de tomar el té, pero no de llegar a

la oficina... ¿No le parece a usted, don Carlos, que esto es ya mucho abusar?

DON CARLOS.—Señor...

SEÑOR VARAS.—(Irritado, paseándose por la sala.) Muy bien, muy bien, pero muy requetebién...;Y estos son los empleados que mi antecesor me recomendaba!

DON CARLOS.—Sí, señor; porque... (Se confunde, se le atragantan las palabras.)

SEÑOR VARAS.-¿Cómo?

DON CARLOS.—Decía... No; no decía. Es que me turbé, señor. Soy tan nervioso...

- señor varas.—Es particular, hombre: todos los empleados buenos de la oficina son nerviosos. ¿O es que me tienen miedo? Si es así, muy mal hecho. Yo no soy un ogro; tan solo quiero poner orden en la oficina. Pero es que ustedes todavía no me conocen. En un mes escaso que soy jefe de ustedes, me han visto irritarme muchas veces, es cierto; pero... ¿no tengo razón, don Carlos, no tengo razón? Ya ve cómo se portan esos señores, el tal San Martín Pinot y el tal Rivas Corrientes. Ya esto es demasiado. ¡Ah, qué gente! Pero, ¡caramba!, conmigo se encuentran... ¿Dónde se ha visto esto...? ¡San Martín Pinot, Rivas Corrientes...! (Se detiene en medio de la sala.) Óigame un consejo, don Carlos: cuando usted ascienda a la categoría de jefe, cuídese mucho de tener como empleados a señorones de estos que llevan nombres de vinos. Se creen los dueños del país.
- DON CARLOS.—(Timidamente risueño.) Será porque en Chile todo lo puede el dios «Trago», señor.
- SEÑOR VARAS.—(Sonriendo apenas.) No está mal para chiste. (Sigue paseándose de extremo a extremo de la sala y vuelve a ponerse serio. DON CARLOS se esfuerza por volver a su seriedad: tose, traga saliva, se mira las uñas.) Son unos grandísimos flojos. Y a fuerza de empeños invaden todas las reparticiones del Estado.

DON CARLOS.—(Aparte.) Y a fuerza de empeños me estoy quedando yo sin prendas.

SEÑOR VARAS.—Lo están invadiendo todo...; Qué plaga! No hay gente peor, no hay gente peor.

DON CARLOS.—¿Usted no ha tenido nunca empleados literatos, señor?

SEÑOR VARAS.-No.

DON CARLOS.-;Ah!

señor varas.—(Que sigue con su idea fija, encolerizándose más y más.) ¡Bravo...! ¡Qué comodidad, qué dicha! ¡Tomando té...! ¿No digo yo? Los muy... caballeritos han tomado la oficina por el «five o'clock» de la calle de Huérfanos... (Terminante.) Vaya, don Carlos, y dígales... óigales... No; es mejor que yo mismo vaya a traerlos. Veremos si de mí hacen lo que hicieron del otro jefe. ¡Seria gracioso! (Vase por el foro.)

DON CARLOS.—Para mí que esos, encima del té, van a tener que soplarse un café.

#### **ESCENAII**

# don carlos y empleado 1°

EMPLEADO 1°.—(Asomando la cara curiosa por la puerta izquierda.)
Don Carlos, don Carlos... ¿Llueve?

DON CARLOS.—Truena.

EMPLEADO 1°.-(Ya en la escena.) ¿Contra quién?

DON CARLOS.—Contra quién ha de ser, contra San Martín Pinot y Rivas Corrientes.

EMPLEADO 1°.-¡Caramba! ¡Les llegó!

DON CARLOS.-Pse... Tenía que suceder. Este no es como el otro.

емрьено 1°.-¿Este? Este no aguanta pelito en el lomo.

DON CARLOS.—Los demás no tenemos qué temer. Todos cumplimos...

EMPLEADO 1°.-...cumplimos la mayor edad.

DON CARLOS.—Déjese de bromas, que todos cumplimos nuestro deber.

EMPLEADO 1°.-Eso, sí. Mejor que si fuéramos empleados de comercio.

DON CARLOS.—Me parece. En ninguna oficina fiscal se trabaja como aquí.

Los empleados 2° y 3° asoman por la izquierda en la misma forma que el primero y con el mismo temor, la misma curiosidad y las mismas precauciones.

#### ESCENA III

DICHOS, EMPLEADO 2° Y EMPLEADO 3°

EMPLEADO 2°.-(Asomando.) Don Carlos, don Carlos... ¿Tenemos café?

DON CARLOS.-¿Café? Eso no sería nada.

Entran en escena los empleados 2° y 3°.

EMPLEADO 3°.-Si esto va ya para sucursal de la «Río Janeiro».

EMPLEADO 1°.—(Explicando.) Está furioso, el hombre, contra San Martín y Rivas Corrientes.

DON CARLOS.-Y ojalá no sea gorda la que se arme.

EMPLEADO 3°.—Este no se anda con chiquitas. Les pondrá las peras a cuatro.

EMPLEADO 2°.-Son tan bárbaros esos demonios.

EMPLEADO 1°.-Por suerte son prudentes cuando los reprenden.

don carlos.—(Al empleado 2°.) Y usted cuídese mucho. En cuanto lo pille el jefe haciendo versos o comedias...

EMPLEADO 3°.—...a la otra esquina por ellos, que aquí ya no hay huevos.

DON CARLOS.—(Al EMPLEADO 2°.) ¿ Qué papel es ese? A ver. EMPLEADO 2°.—¿ Este? Las dos cosas. (Le pasa el papel.) DON CARLOS.—Cínico. Una comedia en verso. (Lee.)

«JOEL.—Dale de comer.

Pobre criatura.

LUISA.—¡Jesús con el hambre.

Ni que fuese un cura...!»

EMPLEADO 1°.—(Interrumpiendo.) ¿Y por qué le has puesto Joel al protagonista? ¡Qué nombre más feo!

DON CARLOS.—Debía usted ponerle «fregal», mejor... Y le prevengo que yo seré el primero en denunciarle si continúa con estas cosas en la oficina.

#### Todos ríen.

EMPLEADO 2°.—Le prometo, don Carlos, que de mí no habrá queja. Pensemos, mejor, en lo de actualidad. ¿Qué hacemos si el señor Varas echa a San Martín y a Rivas?

EMPLEADO 1°.-Así es. ¿Qué podríamos hacer?

EMPLEADO 3°.-¡Caramba, qué historia, qué contrariedad!

DON CARLOS.—No sé. Tengo miedo. Yo quise hablarle al señor Varas sobre ellos, sobre su misión entre nosotros. Porque él me dijo, entre otras cosas: «¡Y estos son los empleados que me recomendaba mi antecesor!...». Yo quise hablarle, como digo, y ni sé cómo intenté entrar en materia. Él estaba tan furioso, que me turbé, me aturdí, me... me acalambré todo y tuve que disimular.

EMPLEADO 2°.-(Cómicamente.) ¡Una idea!

DON CARLOS.—(Remedándole.) Una idea, una idea. Usted vive y habla en plena comedia, hombre.

EMPLEADO 1°.-Hablemos en serio.

Se oye ruido de pasos por el foro.

DON CARLOS.-¡Chts! Vienen.

EMPLEADO 3°.-Vámonos.

TODOS.—Vámonos. Por aquí, vámonos... (Se van por donde entraron. Momentos después llega el señor varas seguido de san martín pinot y rivas corrientes.)

#### **ESCENAIV**

SEÑOR VARAS, RIVAS CORRIENTES Y SAN MARTÍN PINOT

SEÑOR VARAS.-(Secamente.) Tomen asiento.

san martín.-Gracias, señor.

RIVAS.-Estamos bien así.

SEÑOR VARAS.—No; si es que deseo hablar largo con ustedes. (Los empleados, temerosos, se sientan apenas al borde del sofá.) Quería decirles, aunque me es muy duro, que ustedes no cumplen ni medianamente con su deber. Son los únicos que me tienen descontento hasta hoy. Así, tal como suena. Siento mucho verme en el caso de usar de esta franqueza que, tal vez, les parezca grosera. Pero como de nada han servido mis advertencias de cuando me hice cargo de esta sección, ni mis repetidas amonestaciones, ni los recados que tantas veces les he enviado por conducto de don Carlos... En fin... Lo cierto es que todos los demás trabajan como es debido, hacen labor empeñosa, intensa, mantienen los libros al día, merecen, en una palabra, mi confianza y hasta mi aplauso. Mientras tanto, ustedes... A ver, díganme: ¿les parece bien llegar a estas horas...

- y a tomar el té, a gozar, como si dijéramos, mientras que sus compañeros están desde las nueve de la mañana trabajando?
- RIVAS.—Yo he estado esta mañana en la oficina desde las nueve hasta las once y media, señor.
- SEÑOR VARAS.—Sí; escribiendo invitaciones para un matrimonio. A mí no se me pasa nada.
- RIVAS.—Es que una hermana mía se casa el domingo, señor, con el diputado Linares Méndez y...
- SEÑOR VARAS.—Nada, nada, mi amigo. A mí no me venga sacando diputados.
- RIVAS.-Como en casa hay tanto que hacer...
- SEÑOR VARAS.—Tampoco tengo que ver con la familia. Hablemos de la oficina. Es preciso que sepa usted que su empleo es el trabajo y no el sueldo solo. La familia y sus compromisos... para los ratos libres.
- RIVAS.-Hay casos, señor...
- señor varas.—Convengo. Si esto fuera cosa de una que otra vez, cuestión de casos excepcionales, no diría yo nada; pero con ustedes es lo de todos los días, y esto no es posible, no, señor. ¡Hasta cuándo! Abran cualquier libro del escritorio: casi en ninguno de ellos se encuentra la letra de ustedes. ¿Es lo correcto, lo natural? En cambio, sobre sus mesas hay novelas. Miren. Ayer recogí estas dos. (Leyendo los títulos de dos libros que coge de la mesa.) El Director de diez mil bancos, La hija del falso Conde... ¿De quién son estos mamarrachos?
- san martín.-De un autor inglés, señor.
- SEÑOR VARAS.—Pregunto a quién pertenecen, no se me haga el tonto. Aunque ya veo que son de usted. Y usted, a ver, ¿por qué no vino el lunes?
- SAN MARTÍN.—Tuve que hablar con varios miembros de la Comisión Mixta de Presupuestos, señor; porque en el proyecto de presupuestos para el próximo año nuestros sueldos están consultados como si...

SEÑOR VARAS.—¡Y son capaces de querer aumento de sueldo! ¡Santo Dios!

RIVAS.—Señor, es que...

SEÑOR VARAS.—¡Qué, basta de disculpas! Ya estoy harto. El otro día eran las muelas.

SAN MARTÍN.-Estaba muy mal, señor. Y todavía no estoy bien.

señor varas.-Pues, pronto, a sacársela.

SAN MARTÍN.—Yo me la sacaría; pero el dentista dice que no debe perderse así como así una muela.

SEÑOR VARAS.—Peor será perder el sueldo. Y basta, he dicho. No me voy a pasar la tarde oyéndoles alegar. Terminantemente les notifico: si de hoy en adelante no asisten con toda regularidad y trabajan como sus demás compañeros, me presentan sus respectivas renuncias y asunto concluido. ¡A dónde vamos a parar! Si es hasta una falta de compañerismo. Ustedes paseando, mientras los otros, porque no tienen la suerte de pertenecer a la aristocracia, tienen que hacer doble labor y trabajar como... como unos rotos.

RIVAS.—(Bajo, a SAN MARTÍN.) Cada uno trabaja como lo que es. SEÑOR VARAS.—Hable fuerte, señor Rivas.

RIVAS.—Decía, señor, que ellos mismos nos han ofrecido hacer nuestras tareas.

señor varas.-¡Habrá cinismo!

SAN MARTÍN.-Pero, señor, si es un convenio...

SEÑOR VARAS.—¡Basta, he dicho! Y quedan notificados. No tolero más excusas ni explicaciones. ¡Caramba...! Hay que cortar por lo sano. O ustedes se componen o... ya saben, renuncian. Y hemos terminado. Pueden retirarse.

RIVAS.-Pero, señor...

SEÑOR VARAS.—Hemos terminado.

SAN MARTÍN y RIVAS se van por la izquierda. El jefe prende un cigarrillo, se sienta. Su ceño continúa contraído por largo rato. Luego,

como recordando la escena ya con calma, sonríe: su vanidad de hombre autoritario, satisfecha, derrama un bálsamo restaurador en sus entrañas sacudidas por la cólera. Pasa un momento. Toma unos papeles, los lee y pone en ellos su firma. Al cabo de un instante, aparecen por la izquierda DON CARLOS y los EMPLEADOS 1°, 2° y 3°.

#### ESCENA V

SEÑOR VARAS, DON CARLOS, EMPLEADOS 1°, 2° y 3°

SEÑOR VARAS.—(Viendo llegar a los EMPLEADOS en masa.) ¿Qué sucede?

DON CARLOS.—Nada, señor. Veníamos a... Deseamos hablar con usted sobre algo que nos interesa.

SEÑOR VARAS.-Ustedes dirán. Tomen asiento.

EMPLEADOS.—Gracias. (Se sientan.)

DON CARLOS.—(Entre temeroso y confidencial.) Hace un año, más o menos, señor, la situación de todos nosotros era bastante triste. Nuestros sueldos, si hoy son pequeños, entonces eran mezquinos, no alcanzaban para cubrir nuestras necesidades más urgentes. Estábamos, además, desalentados, abatidos, porque habíamos hecho mil esfuerzos por mejorar y todo nos había resultado inútil. Nuestro propio jefe ¡cuánta gestión hizo! Y todo en balde. Ya estábamos resignados a esperar un porvenir de miseria, los más infelices; y a buscar otro empleo, los que tenían relaciones y santos en la corte... cuando un buen día dos empleados de aquel tiempo encontraron mejores puestos y se fueron. Entonces, nuestro jefe se vio precisado a proponer al Ministro, para llenar las dos vacantes, a Rivas Corrientes y a San Martín Pinot, y no porque les creyera los más aptos para desempeñar los cargos, sino porque más de seis diputados y no sé cuántos senadores hacían campaña por estos jóvenes. Se

pasó la propuesta al Ministerio, y el Ministro; que era un tío de San Martín, extendió el nombramiento al siguiente día. (*Pausa nerviosa de* DON CARLOS.)

SEÑOR VARAS.-No veo a dónde va usted a parar, don Carlos.

DON CARLOS.—Permítame, señor. No me negará usted que ganamos muy poco.

SEÑOR VARAS.—Hombre, yo también; pero bien saben ustedes que yo no puedo hacer nada.

DON CARLOS.—Perfectamente. Sin embargo, ¿no aceptaría usted, señor, un aumento?

SEÑOR VARAS.-Claro que si viniera...

DON CARLOS.—Pues a eso voy a parar. Permítame concluir. ¿En qué iba...? Ah, sí... en que San Martín y Rivas fueron nombrados. Pues bien: muy pronto sintieron ellos también el descontento nuestro por la miseria de los sueldos y se propusieron valerse de sus numerosas relaciones para obtener un aumento. ¡Ay, señor: lo que ni nuestro jefe ni nadie pudo obtener antes en nombre del excesivo trabajo de la oficina y del celo con que se llenaban nuestras tareas, lo consiguieron estos dos jóvenes por obra y gracia de los santos en la corte!

SEÑOR VARAS.—¡Caramba, caramba, caramba!
DON CARLOS.—Como usted lo oye. ¿Verdad, compañeros?
EMPLEADOS.—Cierto, señor.

DON CARLOS.—Y tan cierto, que a fines del año pasado tuvimos un aumento de cuarenta por ciento, de jefe a portero, todos. Pero, señor, hoy día, como todo cuesta un ojo de la cara, este aumento nos mantiene apenas como antes. Hemos quedado en las mismas. Y San Martín Pinot y Rivas Corrientes nos aseguran conseguir que en el presupuesto del año venidero se nos considere la gratificación actual como sueldo fijo y, aun más, para el año siguiente obtendrán de nuevo la gratificación.

SEÑOR VARAS.—Ilusiones.

- DON CARLOS.—No, señor; no son ilusiones. Conseguirán, yo se lo aseguro.
- EMPLEADO 1°.—Son parientes de casi todos los miembros de la Comisión Mixta.
- EMPLEADO 2°.—Y el aumento, en total, asciende apenas a ocho mil pesos.
- SEÑOR VARAS.—(Como que, en un momento de descuido, piensa en voz alta.) Estas sumas pequeñas pasan con facilidad en las cámaras. (Se da cuenta de su descuido y lo disimula muy bien. Hace una pausa larga y pone severo el gesto.) En fin. ¿Y?
- DON CARLOS.—¿Y...? Que veníamos a eso, señor, a manifestarle la utilidad incontestable de estos dos jóvenes para la oficina. Es verdad que abusan. Con el pretexto de andar detrás de tal o cual senador, del Ministro Fulano, del Diputado Mengano, pasan el tiempo en la calle y no hacen nada en el escritorio. Pero son útiles, son indispensables. Por esto nosotros les hacemos sus tareas... Y con mucho gusto. ¿No es así, compañeros?
- EMPLEADOS.—Sí, señor. (Pausa. Ansiedad de los EMPLEADOS. Preocupación del jefe.)
- SEÑOR VARAS.—En suma, ustedes pretenden que yo reconsidere la determinación que acabo de tomar sobre ellos. Pero esto no es posible. Me lo impiden muchas cosas, el decoro de la oficina, muchas cosas, muchas cosas... No, yo no puedo volver atrás. He de ser justo: la ley pareja. ¡Cómo...! No, no, no.
- EMPLEADO 3°.—Si nosotros convenimos, la ley pareja está salvada. DON CARLOS.—Así es. Y... no diré que por interés de usted mismo, señor... usted es demasiado escrupuloso para anteponer su interés al de la oficina... pero hágalo por nosotros, como lo hizo su antecesor. Es tan triste nuestra situación. Tendremos aumento y la oficina no perderá: se hará todo como antes.
- SEÑOR VARAS.—Sí, y que el Fisco pague, que ganen sueldo dos zánganos.

DON CARLOS.—No tanto, señor. San Martín y Rivas son necesarios en la oficina. Si el Gobierno se preocupara de conocer la situación de sus empleados, no tendríamos necesidad de esto; pero...

SEÑOR VARAS.-Pero esto es incorrecto, don Carlos.

DON CARLOS.-Pse... Esta es la vida.

señor varas.-No; si no...; Bah, no, no puede ser! No hablemos más.

DON CARLOS.—Señor...

EMPLEADOS.—(Suplicantes.) Señor...

SEÑOR VARAS.-Nada, a trabajar. Hemos perdido mucho rato.

DON CARLOS.—(Levantándose de su asiento.) Esos jóvenes van a renunciar, seguramente. Perderemos sus beneficios. En cambio, irán a otra parte y allí no los despreciarán.

SEÑOR VARAS.—Que renuncien. Ante todo, el decoro. Esa es mi norma.

Cabizbajos, vencidos, los empleados se van. El jefe queda meditabundo, mirándolos salir. Luego coge la pluma; pero no escribe; su vista permanece fija en el papel, los dedos de su izquierda retuercen nerviosamente las guías del bigote, las torturan. Pasan minutos y minutos, y el señor varas no logra reanudar su labor. De pronto, se levanta, se acerca al timbre: va a llamar, pero se detiene. Parece cada vez más preocupado. Ahora se pasea otra vez de extremo a extremo de la sala, como siempre que algo le mortifica. Por fin, se encoge de hombros y resuelto, oprime el botón de la campanilla.

#### **ESCENA VI**

SEÑOR VARAS, EMPLEADO 1° (que entra y sale); y luego, don CARLOS

EMPLEADO 1°.—(Asomando por la izquierda.) ¿Señor? SEÑOR VARAS.—Don Carlos, ¿está? Que venga.

#### Vase el EMPLEADO.

DON CARLOS.—(*Llegando por la izquierda*.) ¿Me necesita usted, señor?

SEÑOR VARAS.-Sí, don Carlos.

## Hay un silencio embarazoso.

DON CARLOS.-Diga usted, señor.

señor varas.—¿Sabe, don Carlos, que... pensando, pensando... veo que... no entorpeciéndose la marcha de la oficina...

DON CARLOS.—(Reanimado.) Eso se lo aseguro yo, señor.

SEÑOR VARAS.—¿Formalmente? ¿No cree usted que esos jóvenes abusen y...

DON CARLOS.-Yo creo que no.

SEÑOR VARAS.—Porque yo... no por el interés de pesos más o pesos menos en mi renta...

DON CARLOS.-¡Claro!¡Quién puede pensar!

SEÑOR VARAS.—Lo haría por ustedes. Basta que sean tan cumplidores, y ya que mi antecesor lo hizo...

DON CARLOS.—Sí, señor. No tema.

SEÑOR VARAS.—Pero hombre... (Fingiendo una honrada reacción.)
Pero no, no... no puede ser. Ante todo, el decoro; no, no, no.

DON CARLOS.—(Como hombre que ha comprendido el juego.) Si usted no quiere, ¡qué vamos a hacer!

- señor varas.—No. Si como querer, quiero. Y no por mí, repito... y en esto debe usted fijarse bien. El caso es que... (*Pausa. Acelera los paseos. De repente, como condescendiendo, por bondad, por un rato de debilidad.*) ¡Bah, sea, don Carlos! Llámelos usted.
- DON CARLOS.—(Apresurándose a llamar, por la izquierda.) Señor Rivas Corrientes, señor San Martín Pinot. (Llegan estos.)

## ESCENA ÚLTIMA

# DICHOS, SAN MARTÍN PINOT Y RIVAS CORRIENTES

- SEÑOR VARAS.—(A RIVAS y a SAN MARTÍN, y un poco nervioso, un tanto turbado, pero amable, muy amable.) Asiento, señores. (Pausa.) Estuve un poco violento, hace un rato. Después, don Carlos y sus demás compañeros me acaban de explicar, mejor dicho, me acaban de rogar cierta tolerancia... Bueno; ante todo, he de decirles que yo ignoraba que ustedes pasasen tantas horas en la calle por algo que, hasta cierto punto, se puede considerar una exigencia de la oficina... Contribuye al decoro de la oficina una renta decente... Aunque, bien mirado, ustedes abusan un poquito... abusan un poquito... Pero, en fin, si las promesas de ustedes son formales...
- SAN MARTÍN.—Yo le prometo, señor, que a fines de este año queda resuelto el aumento.
- señor varas.—¡Oh, santo Dios! Si no me refiero a eso. ¿Ve usted, don Carlos? Esto era lo que yo temía. No, no se vayan a figurar... ¡Oh! Si yo no me fijo en mi propio interés. Yo pedía tan solo... un poco de asistencia, eso, que me prometieran asistir un poco más.
- Todos.-(Con hipocresía.); Indudablemente!
- san martín.-Perdón, señor. Me equivoqué.
- SEÑOR VARAS.—¡A lo que uno se expone por ser débil...! ¡Qué contrariedad...! Bien. No hablemos más. Yo dejo esto a la

voluntad de don Carlos. Arréglense con don Carlos. Eso sí, guarden siquiera las buenas formas, hagan acto de presencia un rato al menos. Háganlo por respeto de ustedes mismos; si no por mí, por el decoro de la oficina. No hay que juzgar torcidamente las cosas... ¡Ah! Y espero que no me guarden rencor, señor San Martín Pinot, señor Rivas Corrientes. ¡Bah, vengan esas manos, vengan esas manos! Tan amigos como antes, ¿eh? (san martín y rivas le estrechan la mano. Caras afectuosas, mucha efusividad, sonrisas, etc.) Bien. Ahora, a tomar el té. ¡¡No!! ¡A trabajar!

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Septiembre de 1912.

# LO QUE NIEGA LA VIDA (1913)

Comedia dramática en tres actos y en prosa estrenada en el Teatro Santiago el 28 de agosto de 1914

### REPARTO

### PERSONAJES

MARÍA ROSA, 25 años ELENA, 23 años MERCEDES, 21 años PANCHITA, 19 años ETELVINA, 50 años CARLOS, 22 años ROBERTO, 35 años GALLARDO, 30 años CUADRA, 24 años FUENTES, 23 años VELÁSQUEZ, 22 años REYES, 25 años SILVA, 22 años CRIADA, joven

En Santiago, época actual.

### PRIMER ACTO

Salón de buen gusto con mobiliario de diversas épocas, como formado en varias generaciones. Por muebles indispensables, dos consolas, una vitrina, una mesa de centro con tapa de mármol, sofá, poltrona, butacas, una mesita pequeña con una licorera y sus copas. Lámpara eléctrica colgante al centro.

Al fondo, un par de ventanas a la calle, abiertas en este acto. A la izquierda, puerta que da al pasadizo de la calle. Otras dos en la lateral derecha y que conducen, la de primer término al dormitorio de MARÍA ROSA, la de segundo a otras habitaciones de la casa.

Es de tarde. Por las ventanas entra el sol, a través de cortinas blancas.

Al levantarse el telón, ocupa el sofá ETELVINA; ROBERTO, una poltrona; se sientan cerca MARÍA ROSA y MERCEDES; delante de la mesa y hojeando una revista que le sirve de pretexto para no mirar a la cara cuando así le conviene, PANCHITA.

Derecha e izquierda, las del actor.

Todo el movimiento acotado por la derecha se refiere en este acto a la puerta de segundo término.

#### ESCENA PRIMERA

ETELVINA, MARÍA ROSA, MERCEDES, PANCHITA Y ROBERTO

PANCHITA.-Saben que no me gustan las bromas. Bueno.

ковекто.—Ni pizca, sí. Pero esto me lo tiene que contar, Panchita.

PANCHITA.-¿Yo? ¿Por qué? Que se lo cuente Mercedes.

MERCEDES.—Eso es. Voy a cargar yo con el santo. ¿Saben que me gusta? Yo no soy la... la feliz ladrona de ese corazón.

PANCHITA.—Calla, tonta. Me atacan las frases relamidas.

ROBERTO.-¿En qué quedamos? ¿Es usted o no?

MERCEDES.-Ella, ella. ¿No es cierto, mamá?

ETELVINA.-Ella.

PANCHITA.-;Y dale!

MARÍA ROSA.-Lo que hay es que el pobre muchacho es humilde.

MERCEDES.—(Con sorna.) De medio pelo, el pobre. Pero como el amor es ciego...

PANCHITA.-Sigan, sigan... Es inútil. No me sacan pica.

ROBERTO.-Esta mañana estaba en misa.

MARÍA ROSA.—Todos los domingos la sigue a misa.

PANCHITA.—Como yo no lo veo... ¡Ay! Miren qué rodillas las de estos «futbolistas». (Muestra la revista que hojea.)

MERCEDES.—No cambies conversación. Va a misa todos los domingos, y con pañuelo limpio, muy dobladito... blanco con guarda de herraduras azules.

PANCHITA.-Que se las pongan.

MERCEDES.—Lo saca, sin desdoblarlo, y lo usa como cojín para la rodilla cuando están alzando.

PANCHITA.-La que te estás alzando eres tú.

ETELVINA.-Como enamorado...

MARÍA ROSA.—Parece que lo está.

ROBERTO.-Y Panchita concluirá por quererlo.

ETELVINA.—¡Los amores que he visto yo empezar así!

maría rosa.-Y yo.

MERCEDES.-Y todo el mundo.

PANCHITA.—¡¡Ay!! ¡Me atacan con sus tonterías! Lo odio. Sí, lo odio, ¿oyeron?

MERCEDES.-Del odio al amor...

PANCHITA.—(Remedando.) Del odio al amor...; Idiota!

ETELVINA.-(Reprensiva.); Niña!

ROBERTO.-¡Qué divertido!

MERCEDES.-Confiesa, mejor.

ETELVINA.—Pero hija, ni que fuese un pecado tener gancho y que un joven la siga a una por la calle.

PANCHITA.-Es que es una insolencia, mamá. ¡Tipo infeliz!

MARÍA ROSA.—Es un muchacho de medio pelo. Eso es todo... ¡Hem! Y no sé qué leo yo en el porvenir de esta casa.

MERCEDES.-Eso, no. Dios nos libre.

PANCHITA.-¡Jesús! No faltaba más.

ETELVINA.-No las castigue Dios.

макía rosa.-Así es. Basta que una diga de esta agua no beberé...

PANCHITA.-¡¡Uy!! Me ataca el hombre. ¡Qué facha!

ROBERTO.-No, no es feo.

PANCHITA.—Un señor que usa calcetines crudos.

ROBERTO.-Alivian mucho los pies. Déjalo.

ETELVINA.—Las ocurrencias de esta chiquilla.

PANCHITA.—Luego, cuando se sienta, en los tranvías, se le ven las amarras de los calzoncillos.

MERCEDES.-Que le hacen cinturas en unas piernas gordas.

PANCHITA.-¡Qué distinción! ¿Y saben cómo se llama?

mercedes.-; Canales!

PANCHITA.-; Canales!

ROBERTO.—¡Caramba! Entonces, los calcetines crudos se justifican. Deben ser atávicos.

PANCHITA.-¿Ata.. qué?

ETELVINA.—Atávicos, niña.

PANCHITA.-Eso debe significar ordinario, ridículo.

MARÍA ROSA.-Bueno, bueno; basta de lucir la ignorancia.

MERCEDES.—No. La verdad es que con la ordinariez no se puede transigir. Muy pobres estaremos, muy humilladas por las que fueron amigas...

PANCHITA.—Pero de ahí a bajar nosotras, por nuestra voluntad, no. MERCEDES.—Eso sí que no. Hemos salido a papá, que murió de orgullo.

ETELVINA.-¿Qué es esto, Mercedes? Más respeto a la memoria de tu padre.

PANCHITA.—(A ELENA, que acaba de llegar por la izquierda.) ¿No llegan?

MERCEDES.—(Haciendo un viajecito a la ventana.) Y las carreras deben haber terminado.

#### **ESCENAII**

### LOS MISMOS Y ELENA

ELENA.—(Indiferente.) Ya llegarán.

ROBERTO.—Y usted, Elena, ¿qué opina del pretendiente? PANCHITA.—De Canales.

ELENA.—Ese y todos... me inspiran menos fe que San Antonio, el santo más tramposo.

Se oye la bocina de un automóvil que se acerca. MERCEDES y PANCHITA se precipitan a las ventanas. El automóvil se ha detenido ante la casa y trompetea exageradamente. Al oír esto, ELENA hace una mueca de disgusto.

mercedes.-Elena, ya.

PANCHITA.—(Llamando febril y alegre.) Elena, Elena...

MERCEDES y PANCHITA se miran en un espejo y se disponen a salir.

ELENA.-(Malhumorada.) Ya iré.

Vase MERCEDES. PANCHITA la sigue; pero a punto de salir vuelve de carrera y dice a ROBERTO:

PANCHITA.-Si entran esos, nada de bromas, por favor.

ROBERTO.—Ya sé. «Le atacan» a usted las bromas, sobre todo delante de Silva.

### Mutis, PANCHITA.

#### ESCENA III

# ETELVINA, MARÍA ROSA, ELENA Y ROBERTO

ETELVINA.-¿Quiénes son, Elena?

ELENA.-Reyes... con el Velásquez y el Silva, seguramente.

MARÍA ROSA.-Y tú ¿no sales?

ELENA.—No. Porque le he dicho a Reyes que no venga en el auto y no me hace caso.

ETELVINA.—Pero, hija, también es ocurrencia la tuya. Y si lo tiene, ¿por qué no lo ha de usar?

ELENA.-La cosa es otra, mamá.

MARÍA ROSA.—Sí, mamá. Elena tiene razón. Esta es una casa pobre, se puede decir que de mujeres solas... y una casa en donde ha entrado la desgracia...

ELENA.—Y estas visitas de jóvenes ricos, con tanto ruido, tienen algo de irrespetuoso.

María rosa.-¿Algo?

ETELVINA.—Mucho, sí; es verdad, hija. Ya me había parecido a mí lo mismo.

ROBERTO.—Voy fijándome en que usted, María Rosa, y también usted, Elena, se han vuelto muy desconfiadas.

ELENA.-El vecindario comenta, Roberto. Usted no sabe.

MARÍA ROSA.—Donde la desgracia ha entrado una vez, Roberto, hay que doblar la vigilancia, porque parece que aprende el camino y vuelve en cuanto la dejan.

ROBERTO.-;Oh!

ELENA.—Sobre todo, que yo a Reyes le he rogado no venir en el auto. Si me quiere, debe complacerme. Porque hay que saber cuánto se lo he pedido. ¿Qué te cuesta, le he dicho, venir en tranvía, modestamente, como sería mi felicidad? Y no: si cuatro veces viene al día, las cuatro ha de ser alborotando la calle con ese trompeteo que me desespera.

MARÍA ROSA.—No; pues no. Debe respetarte. Si quiere llegar a tu corazón, a tu casa pobre y humillada, ha de bajar de su riqueza. Después, si se casa contigo, no bajará más. (*Con amarga ironía*.) Tú habrás subido hasta su posición.

ETELVINA.-Pero entretanto, respeto; todo respeto es poco.

ELENA.-Se lo he pedido tanto, tanto...

ковекто.-Sea más terminante, Elena.

ETELVINA.—Si no, yo tomaré mis medidas.

ELENA.—Mucho me temo que la medida tenga que ser radical.

ROBERTO.-Yo le hablaré, si ustedes lo desean.

MARÍA ROSA.-Sí, Roberto, y muy terminantemente.

ETELVINA.-A nombre mío, Roberto.

ELENA.—Esta calle no es de automóviles, Roberto. Todas las vecinas salen a las ventanas cuando ellos llegan.

MARÍA ROSA.-Otra cosa: los ven llegar llenos de paquetes.

ELENA.-Eso iba a decir yo.

ETELVINA.-¿Y a qué tanto regalo, a cada rato, y sin motivo alguno?

MARÍA ROSA.—Ustedes son pobres, sin amparo de padre. Todos saben lo inútil que es nuestro hermanito...

ROBERTO.-Comprendo, sí.

ELENA.-Muy herida me tiene Reyes.

повекто.-Yo le hablaré.

MARÍA ROSA.—A todos.

ETELVINA.—Sí, a los tres.

Se oye de nuevo el trompetear del auto, como si jugaran con la bocina. Gritos y risas.

MARÍA ROSA.-Elena, anda a ver qué hacen.

ETELVINA.—Esas chiquillas... ellas por lo menos, deben moderarse. ELENA.—¿Vamos, mamá? No vaya a creer Reyes que me valgo de este pretexto para salir.

ETELVINA.-Vamos.

ELENA y ETELVINA se van por la izquierda.

### **ESCENAIV**

# MARÍA ROSA Y ROBERTO

ROBERTO.—María Rosa, ya estamos solos. ¿Ha pensado lo que me contestó ayer?

MARÍA ROSA.-Sí, y no empecemos de nuevo.

ковекто.-Рего ¿por qué, María Rosa?

maría rosa.-Porque no.

ковекто.-Una razón... Alguna habrá.

MARÍA ROSA.—Basta, Roberto, si no quiere molestarme. Usted sabe que soy una mujer casada... Sin marido, es cierto; pero casada. ¿Qué puedo, pues, pensar? ¿Y cuál puede ser su intención?

ROBERTO.—Mi intención... Quererla, nada más, María Rosa. ¿Quién es capaz de pedirle intención al amor? El fin del amor

es el principio, el amor mismo... y es el fin de que aquello no tenga fin.

MARÍA ROSA.—No hagamos frases. Dígame, usted que conoce mi vida...

ковекто.-No la conozco. Apenas he oído algo.

MARÍA ROSA.—Pero, al menos, sabe cómo han terminado mis... Seré franca... mis amores, mis dos amores. Bueno. Ahora, dígame, ¿puedo pensar más en hombres? No, Roberto. Yo necesito lo que le he pedido ayer: un empleo para ganarme la vida y sostener la casa.

ROBERTO.-Pero ¿sabe usted lo que da el trabajo de la mujer?

MARÍA ROSA.—Roberto... Esas palabras parecen tener la intención que he descubierto en esos muchachos que están allí afuera. Eso es desanimar a quien desea ganarse la vida para ser honrada.

ROBERTO.—Mucho deben haberla hecho a usted sufrir, cuando juzga a todos con tanta ligereza.

MARÍA ROSA.—No es una inculpación para usted. Ha tocado la coincidencia de que ayer esos muchachos desalentaban a las chiquillas en la misma forma... En fin, no hablemos.

ROBERTO.—Sí, hablemos. ¿Usted sospecha de esos? MARÍA ROSA.—Estoy segura.

ROBERTO.-¿Y...?

MARÍA ROSA.—¿Y...? Que me tienen amargada, intranquila. Yo he sido infeliz... hasta mala, tal vez. Pero quiero que mis hermanas mueran virtuosas. Usted ha oído a Elena. Ella es inteligente, reflexiva, ha escarmentado con lo que me ha sucedido a mí y, a Dios gracias, está bien armada con su desconfianza. Pero las otras, dos ilusas apasionadas que todavía creen que esos jóvenes, cuyas hermanas y cuyas madres hoy ni nos miran, serían capaces de casarse con ellas.

ROBERTO.-¿Y por qué no?

MARÍA ROSA.—Porque no, Roberto; porque en esta casa no hay posición, no hay dinero, no...

- ROBERTO.-Concluya.
- MARÍA ROSA.—Si usted lo sabe. Por Dios, ¡cuánto daría yo por no pensar en esto! (*Pausa*. ROBERTO, *pensativo*; MARÍA ROSA *reflexiona*, *triste*.) Elena también me alarma, no crea. También es enamoradiza y apasionada, y como se canse alguna vez de recapacitar... Bien visto tenemos lo que suelen ser las mujeres de mucho corazón cuando se echan el mundo a la espalda.
- ROBERTO.—(Después de pequeña pausa.) Me ha entristecido, María Rosa... tanto, que no he podido ofenderme por la suposición que de mí ha hecho.
- MARÍA ROSA.—Natural, puesto que no tuve intención de ofender. Estoy escarmentada. Las relaciones de antes, de los buenos tiempos... En fin, yo sé lo que me digo y por qué me duele tanto oír a las chiquillas soñar con los matrimonios de grandes apellidos y despreciar a jóvenes como ese que persigue a Panchita.
- ROBERTO.—No; que sean vanidosas no estará bien; pero hay orgullos legítimos.
- MARÍA ROSA.—Hablo por experiencia, Roberto. Parece que la lealtad es una virtud de medio pelo. Y no es por ofender.
- ROBERTO.—Ayer me dio usted el «no» más rotundo, y no me ofendí; hoy me llueven las indirectas directas... y yo, como si tal cosa.
- MARÍA ROSA.-No supongamos intenciones.
- ROBERTO.—Es lo que yo quiero. Usted está dolorida, se siente ultrajada: tiene razón, hasta cierto punto, para ser tan suspicaz. Lo que yo deseo es que me escuche, que me comprenda...
- MARÍA ROSA.—Si me va usted a hablar de amor, me valgo de sus palabras: estoy dolorida, me siento ultrajada, desconfío y tengo razón.
- ROBERTO.—Es que el dolor aguza la comprensión, y tengo la esperanza de que quien mucho comprende...
- MARÍA ROSA.-Mucho perdona. Muy bien. Perdonado.
- ковекто.-¿De qué falta? ¿Lo ve? Sigue ofendiéndome.

MARÍA ROSA.—No, señor; yo no pretendo ofender a nadie. Pero concédame que una mujer, para enamorarse, para hacer una locura, necesita un instante por lo menos de irreflexión, de sentimiento y abandono de... de la cabeza. No sé si me explico.

ROBERTO.—Demasiado bien. Eso sí, que yo no iba a referirme al amor ya. Comprendo que debo guardármelo.

MARÍA ROSA.-¿Sino?

ROBERTO.-A la amistad.

MARÍA ROSA.-Amigos, sí.

ROBERTO.—(Mirándola fijamente, con amor acallado.) Leales.

maría rosa.-Leales.

ROBERTO.-(Sonriendo.) De medio pelo.

MARÍA ROSA.—(Sonriendo también.) Bien... De medio pelo, sin ofender. (Pausa.)

ROBERTO.—¿Y si yo pidiera, si yo rogara, por lealtad, una confidencia? No, no se alarme. Haciéndomela, ganaría usted; estoy seguro.

MARÍA ROSA.—Nada tengo que ocultar. Sé cargar lealmente con mis culpas, en último caso.

ROBERTO.—Yo apenas sé cómo ha ocurrido su desgracia, María Rosa, por versiones.

MARÍA ROSA.-Imagino las versiones.

ROBERTO.—¿Merecería yo la confianza de que usted me lo contara todo? Yo he sido confidente de Lucio Peralta.

MARÍA ROSA.-Ese hombre es muy canalla y...

ROBERTO.—Y peor que su marido, María Rosa... (*Disimulando porque ve volver a* ETELVINA *por la izquierda*.) Pues como íbamos diciendo...

#### ESCENA V

### LOS MISMOS Y ETELVINA

ETELVINA.—Pues como íbamos diciendo... El recurso es viejo y yo también. Luego, lo conozco de sobra. Ustedes hablaban de algo que no desean continuar en mi presencia. (*Dicho jovialmente*.)

ROBERTO.—(Riendo.); Señora!

MARÍA ROSA.—Roberto me decía que ha sido confidente de Lucio. No ponga usted esa cara, Roberto. Cuanto yo converso lo puede oír mi mamá.

ETELVINA.—¡Jesús! Lágrimas de sangre me cuesta ese hombre. Sabe Dios lo que habrá dicho... Mentiras...

ковекто.-Lo importante es lo que yo le haya creído.

ETELVINA.—Eso es. Porque usted habrá sabido responderle y darle una lección.

ROBERTO.-Señora; yo no le he creído.

MARÍA ROSA.—Pero lección... ¡Las cosas de mi mamá! No hay derecho a lecciones en las confidencias de galán a galán. El mundo estimaría eso ridículo.

ROBERTO.—Bueno... hasta cierto punto... Es cierto que ante el convencionalismo social, estas son cuestiones del corazón solamente en el fuero interno; ante el prójimo, trofeos del tenorio que tiene dentro cada hombre. Sin embargo, yo...

MARÍA ROSA.-Usted, como los demás. Y ha hecho bien.

ROBERTO.-;Oh!

MARÍA ROSA.—Sí, lo sé. La mujer vencida no es el ángel caído de que hablan los poetas; es la presa del gavilán, más valiosa mientras mayor sea el misterio en que aparezca envuelta y mientras con mejor imaginación se agigante la novela.

ROBERTO.-Me concederá usted otro criterio.

MARÍA ROSA.—El verdadero criterio de todos también es otro. Pero ese queda para la intimidad... ante la mujer que cayó... cuando, como usted muy bien lo ha dicho, estos trofeos de la vida galante son cuestiones del corazón. En fin, a otra cosa. El caso es que Roberto, mamá, sabe los asuntos míos por la versión del tenorio y ahora desea oír la del corazón.

ETELVINA.-Pues bien mirado, a nosotras nos conviene.

ROBERTO.—Eso decía yo. Aunque si soy indiscreto, punto en boca. MARÍA ROSA.—¿Por qué?

ETELVINA.-Además, la historia no es larga.

MARÍA ROSA.—Según. Se puede contar en dos palabras y... tal vez dé para un libro.

ETELVINA.-De tomo y lomo.

MARÍA ROSA.—Adelante. Usted sabe cómo se arruinó papá. ROBERTO.—Sí, sí.

MARÍA ROSA.—Que se enfermó después... La ruina absoluta... Pues como un mal trae otro, se presentó entonces un novio: lo que se llama un buen partido. ¡Gran familia, bastante dinero!

ETELVINA.—Yo, amiga de colegio con su madre, misiá Chepita Azcárate.

MARÍA ROSA.-¡Un de la Riva Azcárate!

ETELVINA.—Yo me opuse, al principio. Había oído decir que era algo tunante. Pero las influencias de Chepita y aquello de que más vale que los hombres la corran de solteros y no después de casados...

MARÍA ROSA.—Si la única culpable soy yo; y los únicos argumentos decisivos, nuestra indigencia y nuestro orgullo. Papá nos mataba las ilusiones con su bancarrota, el novio nos traía la resurrección... Luego, la vida que llevábamos a causa del geniazo que se le puso a papá...

ETELVINA.—Cualquiera que te oiga creerá que te vendiste o que te vendimos.

MARÍA ROSA.—¡Pse! Cuando una muchacha se vende comienza por convencerse a sí misma de que no lo hace; igual cosa les sucede

a los padres; y todos confían en que la suerte que trajo el marido rico traerá también la bondad de él.

ROBERTO.—Luego, la suerte, que queda con la palabra, escribe la historia.

MARÍA ROSA.—Y escribió la mía. ¡Más amarga...! ¡Bah! Sigamos. Cuando yo lo conocí, estaba recién llegado de París. Era el joven de moda en nuestro círculo. Me trató en su casa, como amiga de sus hermanas. Me hizo la corte. Yo acepté... Algo de vanidad; me sentía la elegida del joven de moda. ¡Cosas de mujeres! Es feo, cierto; pero... ¡qué sé yo...! Viste con elegancia, traía mundo, muchas historietas, todas las chiquillas le agasajaban... Vamos, fue una locura, una estupidez de esas que cometemos las muchachas cuando tenemos el mérito de no haber vivido.

ROBERTO.-¿Y don Carlos?

MARÍA ROSA.-¿Papá?

ETELVINA.—Él fue el único que no se engañó. Y me alegro de que la vida no le alcanzara hasta ver el fin. Sabe Dios lo que hubiese habido. ¡Con ese geniazo!

MARÍA ROSA.—Papá, por el hecho de habernos arruinado, no se creyó con derecho para cerrar la puerta a ese dinero que podía ser nuestra salvación.

ETELVINA.-No juzgues a tu padre, niña.

ковекто.—El viaje de novios, a Europa, ¿no?

ETELVINA.-Esta nos dejó una mesada.

MARÍA ROSA.—Y todo iba muy bien. Después de muchos viajes, llegamos a París. Allí, mi joya de maridito encontró una antigua querida...

ROBERTO.-Que según dicen se parece mucho a usted.

MARÍA ROSA.-Esa es la novela de la gente.

ETELVINA.—También dicen que él se casó con María Rosa nada más que por el parecido con la exquerida, a quien no podía olvidar. Pero esa es la pimienta para el chismorreo.

ROBERTO.-Comprendo. Adelante.

MARÍA ROSA.—Y empezaron las noches de abandono, los viajecitos de negocios pretextados, mis celos, las escenas... Hasta que, según me contaron, la mujerzuela le exigió irse con ella no sé a dónde... y no lo vi más. Ahora me dicen que hubiera vuelto, que debí esperar...; Tres meses...! Era suficiente.

ROBERTO.-Y probablemente, sin recursos.

MARÍA ROSA.—Sin recursos. ¡Imagínese! Yo sola en París, sola, sola, sin conocer a nadie... Fui a la legación. Telegrafiamos a Santiago... Mil pasos...

ковекто.-Y se presentó Lucio.

MARÍA ROSA.-Que estaba en vísperas de volverse a Chile.

#### ESCENA VI

# ETELVINA, MARÍA ROSA, ROBERTO Y VELÁSQUEZ

Este llega por la izquierda precipitadamente. Es un muchacho atolondrado, que habla muy ligero, atropellándose y con mucha mímica. Entra con el sombrero en la mano.

VELÁSQUEZ.—Buenas tardes, María Rosa. Hola, Roberto. Buenas tardes, misiá esta...

ETELVINA.-Etelvina.

VELÁSQUEZ.—Misiá Etelvina... ¡Qué diablos! Siempre me equivoco. Es un defecto que no me puedo corregir. Desde chico lo tengo. No se me vienen a la memoria nunca los nombres y siempre salgo con lo de misiá esta. Es curioso. Y solo me pasa con las señoras de edad.

ETELVINA.-¡Vaya...! Asiento.

VELÁSQUEZ.—No, gracias; no me siento. Estamos en la puerta de calle. El calor... ¡¡¡Ah!!! Pero ¿no saben...? ¿No saben lo que le pasó a don Acacio, aquel viejo que se casó con la chiquilla de los Ventura? ¡Enorme, inaudito, el colmo de lo divertido! Una

noche llega a su casa y nota demostraciones de... gato encerrado, inmediatamente se pone a registrar la casa. En el salón, nadie; en el comedor, nadie; en el ropero, nadie; en el baño, nadie... Todo lo abría, lo miraba y repetía: «Aquí, tampoco; aquí, tampoco». Por fin, levanta una cortina y se encuentra con el atleta del circo. Y entonces...

ETELVINA.-¡Dios del cielo!

ROBERTO.-¿Qué?

VELÁSQUEZ.—Entonces... baja la cortina y repite muy convencido: «Aquí, tampoco».

ROBERTO.-; Admirable!

ETELVINA.-Este chiquillo, siempre con sus picardías.

VELÁSQUEZ.—Pero no he venido solo para eso. Quería pedirle una complacencia, misiá esta... misiá Etelvina. Las niñas quisieran dar un paseíto en el auto. ¿Les da usted permiso?

MARÍA ROSA.-¿Están locas?

ETELVINA.-Las niñas no pueden querer eso; no, hijo

MARÍA ROSA.-No faltaba más. ¡Qué pensaría la gente!

ETELVINA.-Solas con jóvenes en un automóvil.

MARÍA ROSA.—¡Tendría que ver!

velásquez.-Señora...

MARÍA ROSA.—Y con jóvenes que se permiten contar historietas coloradas.

VELÁSQUEZ.-¿No tiene usted confianza en nosotros?

MARÍA ROSA.—¿Consentiría usted que sus hermanas lo hicieran? VELÁSQUEZ.—Pero si yo... pero si Panchita...

ETELVINA.—No perdamos palabras. No y no. Y estas llegadas en automóvil, este trompeteo a toda hora no me gustan. Ya hablaremos luego.

velásquez.-Eso, a Reyes.

ETELVINA.-Ya hablaré con Reyes.

VELÁSQUEZ.-Pero ahora...

MARÍA ROSA.—Ya lo ha oído usted, hombre: que no perdamos palabras.

VELÁSQUEZ.-Si no lo quieren... no he dicho nada. Con permiso.

### Vase por la izquierda.

### ESCENA VII

## DICHOS, menos VELÁSQUEZ

MARÍA ROSA.—Estos se figuran que van a hacer de las suyas.

ETELVINA.-Pues se equivocan medio a medio.

MARÍA ROSA.-Bueno. ¿En qué íbamos?

ETELVINA.-Ya estaba dicho todo, hija. Basta.

ROBERTO.—La verdad que... hasta ese punto, la versión que yo había oído era exacta.

MARÍA ROSA.—Naturalmente. ¿Quién se la dio a usted...? Claro: la parte del marido, con fidelidad... Y aún, debe haber cargado las tintas.

поветто.—A usted la pintó como lo que ha sido: víctima.

MARÍA ROSA.—Como la conquista de la honrada es mejor trofeo... ROBERTO.—Terrible. Usted, siempre terrible.

MARÍA ROSA.-Espere. Después de oir el resto me hallará razón.

ETELVINA.-María Rosa, ya está todo dicho.

ROBERTO.—Tiene razón, María Rosa. Lo demás ha de ser muy distinto.

MARÍA ROSA.—Mamá, no vale la pena callar. Ya lo has oído: ha sido confidente de Lucio. ¿Comprendes? ¡De Lucio!

ROBERTO.—Conque así, toda indiscreción las favorecería a ustedes.

ETELVINA.-Pero...

MARÍA ROSA.—Es cierto que, por deseos que tenga, por conveniencias que encuentre, hablar de una cosa así...

ETELVINA.-No. Si no se puede. Cállate, niña.

MARÍA ROSA.-Sin embargo, yo quisiera...

ETELVINA.—Basta. Yo no quiero, no lo puedo escuchar. Bastante es ya el haberlo sufrido.

ROBERTO.—Señora, yo sé comprender las cosas. He vivido mucho, y la experiencia me ha enseñado a llorar en todas esas ocasiones en que la sociedad hace una mueca de proscripción.

MARÍA ROSA.—Ese gesto horrible, espantoso de los felices; esa crueldad que no se concibe por su torpeza; pero que se comete, que la cometen todos los que no sufren. (Se le caen las lágrimas.) ROBERTO.—No se aflija, María Rosa.

ETELVINA.—Yo no puedo seguir oyendo. No está en mí. (Se levanta.)

ковекто.-No se aflija, María Rosa.

ETELVINA.—¿Ves? Si continúas, me voy. En esto paramos siempre, en llantos.

MARÍA ROSA.—No; si ya no lloro. Seguiré. Tengo confianza en Roberto.

Vase ETELVINA, violenta, por la derecha.

#### **ESCENA VIII**

# MARÍA ROSA Y ROBERTO

ROBERTO.-Gracias. Pero no hay que llorar.

MARÍA ROSA.-Si no lloro. Es la humillación...

ROBERTO.—Piense, filosofe... Aquello ha convenido, como la cirugía... muy cruel, pero muy beneficiosa. Hoy tiene usted la dignidad de amar el dolor y despreciar a los afortunados.

MARÍA ROSA.-Desgraciadamente, solo a ratos.

- ROBERTO.—Recuerde usted a Jesús. En estos momentos es cuando se le comprende y se ama su memoria. Sea fuerte. Y si le parece, doblemos la hoja.
- MARÍA ROSA.—No; hablemos, sigamos. No ha sido nada... A la historia. El viaje de vuelta y mi candor de niña fueron mi fatalidad.
- ROBERTO.—¿Cómo pudo usted aceptar la compañía de un hombre soltero? Eso es muy delicado.
- maría rosa.—Me lo decían todos. Pero yo estaba loca. Toda mi vida era la obsesión de volver a mi casa a los brazos de mi madre, a los brazos de mis hermanas. No quería escuchar nada ni a nadie. Sola, por los aires me hubiera venido... Ahora, él se mostraba tan noble y caballeroso... Lloró, lloró muchas veces delante de mí. En fin, que yo, loca, ciega, me embarqué con él.

ROBERTO.-¡Qué locura!

MARÍA ROSA.—¡Oh, volvía a Chile! Yo no sabía más. Volvía a Chile y a mi casa y esta sola idea me hacía ya menos infeliz... Los brazos de mi madre, sus besos, sus lágrimas, el llanto de mis hermanas, todo era en mi una idea fija, un tema de locura... y casi una alegría que, al lado de Lucio, en viaje, se me haría más próxima, más próxima cada momento, cada minuto que transcurriera... Acepté. ¡Cómo no aceptar!

ROBERTO.-Me lo explico No había estado usted nunca sola.

MARÍA ROSA.—Nunca. Además, en tierra extraña, donde ni el idioma me hablaba al corazón. Créame que sin más mérito que el de hablar como chileno, Lucio me hubiera inspirado plena confianza.

ROBERTO.-Sé lo que es eso.

MARÍA ROSA.—¡Quién me iba a decir...! Cuando a bordo, al día siguiente de embarcada, me di cuenta del callejón sin salida en que me había metido...

ROBERTO.-¡Oh! ¿Entonces, él...?

MARÍA ROSA.—Él... al principio, todo era finura, deferencia, respeto. Luego asomó el enamorado. Yo no tenía fuerzas para indignarme... No sé, no lo puedo explicar... Las mujeres tenemos siempre una rara intuición de lo que nos ocurrirá irremediablemente. Mi defensa era huirle. Fingía estar mareada, no salía de mi camarote. Él extremaba sus atenciones, no se despegaba de mi lado.

ROBERTO.-¿Y no venían otras señoras en el buque?

MARÍA ROSA.—Mala gente para Buenos Aires, y una familia que no hablaba castellano y que nos consideraba esposos.

ROBERTO.-;Oh!

MARÍA ROSA.—Sí, sí. Y por absurdo que le parezca, cuando lo sospeché, lo creí preferible a la situación dudosa que en el mejor de los casos me hubiera creado el relato de mi conflicto.

ROBERTO.-Pero él, ¡qué canalla!

MARÍA ROSA.—Él... a veces, lloraba conmigo. Tan pronto me sitiaba como me imploraba. A ratos parecía loco. Una noche... ¡tonta...! le creí capaz de tirarse al agua. Son muy comediantes, los hombres. Otras veces, como fuera de sí, me atemorizaba con el escándalo.

ROBERTO.—Debió usted provocar el escándalo. El capitán la hubiera favorecido.

MARÍA ROSA.—Esas, Roberto, son cosas que le asustan a una muchacha decente, usted comprende.

ROBERTO.-Y él contaba con eso.

MARÍA ROSA.—Y no puedo más. Me afecto demasiado. (Llora.)

ROBERTO.—¡Infame! Usted no lo ha querido nunca, ¿no...? ¡Cómo! ¿Sí...?

MARÍA ROSA.—¡Entienda usted a las mujeres! Y le quise precisamente cuando él principió a ser desdeñoso. Aquí, en Santiago. Y estuve celosa, sí; y transigí con que mi mamá se enterara de todo.

ковекто.-¿Y ella?

MARÍA ROSA.—¡El hambre, Roberto...! La familia de mi marido, por haber hecho yo el viaje así, y acaso por intriga del mismo Lucio, se negó a protegerme... Y con razón... No sigamos, se lo suplico...

ROBERTO.—¡Triste humanidad...! MARÍA ROSA.—Hoy, sé qué vive con una francesa. ROBERTO.—¿Lo quiere usted todavía? MARÍA ROSA.—¡Lo odio!

ETELVINA vuelve por la derecha y CARLOS llega de la calle, por la izquierda, con el sombrero puesto.

#### **ESCENAIX**

# MARÍA ROSA, ETELVINA, ROBERTO Y CARLOS

¿Y...? ¿Cómo saliste?

CARLOS.—(Cabizbajo, malhumorado, dirigiéndose a la puerta de la derecha.) Mal.

ETELVINA.-Pero ven acá. Y saluda.

carlos.-¿Cómo va, Roberto?

ETELVINA.-Cuenta. ¿Cómo mal?

carlos.—Mal, mal... Porque tu amigo Hernández es un viejo farsante.; Tengo más rabia...!

MARÍA ROSA.-¿Saliste mal en el concurso?

carlos.-¿No lo has oído?

ETELVINA.-No contestes así.

MARÍA ROSA.-¡Pse! No estudiaste... ¡claro...!

ETELVINA.-No sabrías contestar nada. ¡Válgame Dios!

CARLOS.—Sí supe, mamá; si algo supe.

roberto.–(А маría rosa.) ¿De qué concurso se trataba?

MARÍA ROSA.—De uno que hubo hoy para contadores terceros en el Ejército.

ROBERTO.—Ah, sí; en eso las pruebas son estrictas.

CARLOS.—¡Qué estrictas! Mire, Roberto, en todo hay empeños. La cuestión es que el tal señor Hernández es un viejo hipócrita que engañó a mi mamá. Porque él podía haberme hecho nombrar. Era el presidente de la comisión.

ETELVINA.-Pero si no supiste nada, niño, por Dios.

MARÍA ROSA.-No quisiste ni estudiar los folletos que él te mandó.

CARLOS.—Los servicios se hacen como el que nos hizo el general Robles cuando entré a la Escuela Militar. Ya ven, en la Escuela son estrictos; para ser admitido cadete hay que haber rendido el tercer año de humanidades. Yo solo había cursado el segundo. Sin embargo, el general Robles le escribió una carta al comandante de la Escuela diciéndole que él quería que a toda costa yo fuese admitido. Y entré, ¿ven?, entré. Así se sirve a los amigos.

MARÍA ROSA.—Así te fue después. Claro; el general pensaría: si tiene capacidad, si es aplicado, estudiará y tendrá carrera. Si no, si fracasa en sus exámenes de fin de año, le darán de baja, conforme al reglamento, y asunto concluido. Yo cumplí con el amigo, él no... Pues él sabrá.

ETELVINA.-Y así fue. Fracasaste y...; fuera!

ROBERTO.—Luego, hay que ser razonable. Entonces se trataba de un niño.

MARÍA ROSA.-Natural.

carlos.-¿De un niño natural?

ETELVINA.-¡Oh, déjate de bromas! Eres ya un hombre.

макía rosa.-Es decir, debías serlo y comprender que...

carlos.-¡Qué sabes tú!

ETELVINA.—Pero, hijo, ¿cómo iban a pagarte un sueldo que no ganabas?

CARLOS.—¡Qué saben ustedes! Cuando se quiere servir se hacen excepciones. Si yo me hubiera ganado el puesto derrotando a los demás, ¡bonito habría sido el favor!

ETELVINA.—¡Ay, hijo, cuándo te llegará el juicio! MARÍA ROSA.—Y la delicadeza.

CARLOS.-No me molestes tú, ahora. Para leccioncitas estoy yo...

Vase por la derecha.

### **ESCENAX**

(En la escena.) ETELVINA, MARÍA ROSA Y ROBERTO. (Dentro, hablando a gritos, tumultuosa y rápidamente.) ELENA, MERCEDES, PANCHITA, REYES Y SILVA

ETELVINA.—¡Los dolores que dan los hijos, Roberto! Y él, que debía ser el báculo de mi vejez, el sostén de sus hermanas...

MARÍA ROSA.—Para nada sirve, ni para sacar de paseo a las chiquillas.

ROBERTO.-Es tan joven...

ETELVINA.—Las amistades, las malas juntas... mucha falta le ha hecho su padre.

ELENA.—(Alarmada, dentro.) ¡No... no, Panchita! ¡Mamá!

ETELVINA.—(Con extrañeza.) ¿Qué?

PANCHITA.—(Dentro.) Calla, tonta.

MERCEDES.—(Dentro.) ¡Acusete!

SILVA-(Dentro.) ¡Arriba, arriba!

ELENA.-(Dentro.) ¡¡No!!... ¡Mamá!

ETELVINA.-¡Voy!

REYES.-(Dentro.) ¡En marcha!

Después de este diálogo, que se hará rápido y agitado, todos abandonan la escena, por la izquierda; en tanto que la bocina del auto suena sin cesar, alejándose.

### **ESCENA XI**

# ELENA, ETELVINA, MARÍA ROSA Y ROBERTO

ELENA.-(Dentro.) Se fueron.

MARÍA ROSA.—(Dentro.) ¡Se fueron!

ETELVINA.-(Dentro.) ¿Pero a dónde?

ELENA.—(Dentro.) Que a dar una vuelta... Dijeron que a dar una vuelta.

MARÍA ROSA.-(Dentro.) ¡Lo último, el colmo!

ROBERTO.-(Dentro.) ¿Y diciendo qué?

ELENA.-(Dentro.) Que a ver la gente que vuelve de las carreras.

ETELVINA.—(Volviendo a escena, seguida de todos y llamando.) ¡Carlos...!;Carlos!

ROBERTO.—; Es atrevimiento!

ETELVINA.—; Carlos!

MARÍA ROSA.-Y mi mamá negó rotundamente el permiso.

ETELVINA.-No sé cómo han podido atreverse...; Carlos!

ELENA.-Es demasiado.

ковекто.-Pero ¡qué tupé!

ETELVINA.-Desconozco a las niñas.

maría rosa.—(A elena.) Cuenta... ¿Cómo fue?

ELENA.—No sé. Si no me di cuenta. De repente veo que hablan en voz baja entre ellos, suben al auto, las chiquillas los siguen, muertas de risa, y se van.

MARÍA ROSA.-¡El colmo, el colmo!

ROBERTO.-Una temeridad.

ETELVINA.-¡Carlos! ¿Dónde se ha metido ese muchacho?

макía rosa.-Hay que ponerlos hoy mismo de patitas en la calle.

ETELVINA.—(En la puerta de la derecha.) ¡Carlos...! ¡Carlos!

Llega CARLOS por la derecha, siempre malhumorado.

#### ESCENA XII

### LOS MISMOS Y CARLOS

CARLOS.-¿Qué hay? ¿Qué pasa?

MARÍA ROSA.—Que los muy... caballeritos se han ido con las chiquillas en el automóvil.

ELENA.-¡Los chismes que van a venir!

ETELVINA.—Podías ir a buscarlos.

ROBERTO.-Podíamos ir los dos.

CARLOS.—Pero... si no han ido más que a pasear... Darán una vuelta. En fin, sabe Dios dónde andarán.

ROBERTO.-Miraremos.

ETELVINA.-Buscan por ahí.

CARLOS.—(Desganado.);Pse!

MARÍA ROSA.-Con este no hay que contar para nada.

ELENA.-Ya se sabe lo que es.

ROBERTO.-No. Sí vamos a ir.

carlos.-¿Pero qué sacaríamos, Roberto?

ETELVINA.-Tienes el deber de ir.

ELENA.-¡Qué sabe este de deberes!

CARLOS.-Mucho sabrán ustedes de eso.

ETELVINA.-Pero, hijo...

CARLOS.-No seas inocente, mamá.

MARÍA ROSA.—¡Bonito hermano!

carlos.—Y por último, yo no estoy para cuidar mujeres grandes que saben muy bien lo que es bueno y lo que es malo. ¿Para qué se dejaron llevar?

ETELVINA.—Las chiquillas habrán hecho mal. Son así, irreflexivas. ROBERTO.—Son chiquillas.

MARÍA ROSA.—Pero si tuvieran un hermano que las vigilara, ni ellas harían estas cosas, ni esos muchachos se atreverían a insinuárselas.

ROBERTO.—Así es, Carlos. Usted debe ser el respeto de la casa. ETELVINA.—Eso es.

MARÍA ROSA.-Por lo menos, sé hombre.

carlos.—Muy bien. También querrás tú que ahora, cuando vuelvan esos, yo les tome explicaciones, me trence a bofetadas con ellos... y todo lo demás.

ETELVINA.—No hace falta eso, precisamente. Pero la voz de un hombre es siempre algo en una casa.

ROBERTO.-Es mucho.

maría rosa.-Si yo fuera hombre...

ELENA.-Si fueras buen hermano, irías con Roberto.

«No nos respetan. No debían venir en automóvil. ¿Qué le costará a Reyes venir en tranvía, modesto, fino, delicado, sin ostentación?...». Y luego es la primera en recibir los regalitos y en estarse horas de horas charla que charla con el tal Reyes, que es el peor.

ELENA.-No te permito que te burles.

carlos.-Eso es. Pégame.

MARÍA ROSA.-Es muy insolente.

ETELVINA.-Mira, Carlos, tú me vas a quitar la vida, ¡tú!

MARÍA ROSA.—Sinvergüenza.

CARLOS.-¡Oh!¡No me frieguen! (Se marcha por la derecha.)

MARÍA ROSA.-Lindas palabras.

ELENA.-¡Qué dirá Roberto!

ETELVINA.-¡Carlos!¡Ven acá, Carlos!

CARLOS.—(Dentro, de mala gana.) ¿Mamá?

ETELVINA.—¡Ven...! ¡Que vengas, te digo...! La vida me está costando esta criatura... ¡Ven aquí, te he dicho!

CARLOS.—(Dentro.) Ya voy.

ROBERTO.—(A MARÍA ROSAy ELENA.) ¿Asomémonos?

CARLOS.—(Volviendo a escena.) Aquí me tienes.

## MARÍA ROSA, ELENA y ROBERTO se van por la izquierda.

#### **ESCENA XIII**

### ETELVINA Y CARLOS

ETELVINA.—¿Te parece bien lo que haces? Cómo me has tratado... y delante de Roberto.

CARLOS.-Si no es a ti.

ETELVINA.—¿Qué se figurará...? Que no he sabido darte buena crianza. Eso es lo que me quieres.

CARLOS.—Pero, mamá, si no ha sido a ti. Si ha sido a ellas.

ETELVINA.-Lo mismo da.

CARLOS.—No da lo mismo. Pasan la vida quejándose de mí; me vuelven loco. Y todo porque no salgo con ellas a tocar el violín por aquí y por allá.

ETELVINA.—Aunque solo fuera porque no las llevas a paseo, razón tendrían de quejarse. Son tus hermanas y tienes deberes para con ellas, que no cumples.

CARLOS.-Estoy viejo para estar haciendo de Kubelik.

ETELVINA.—Uno de tus deberes es procurar que se casen. Bien sabes que en nuestras costumbres no hay más porvenir que ese para las niñas.

carlos.—Sí, ya se van a casar... y con esos.

ETELVINA.-Si no con esos, con otros.

CARLOS.—¿Cuántos han desfilado ya? Y todos iguales. No ha habido uno que no las haya mirado como pan comido. Yo soy hombre y lo comprendo.

ETELVINA.-¿Qué palabras son esas? Pan...

CARLOS.-Tú me entiendes.

ETELVINA.—Mejor nos entenderíamos los dos si fueras más respetuoso.

carlos.—Bueno. Perdona la expresión y hazte cargo de lo que significa. Desde lo de María Rosa, nadie se acerca a esta casa con rectas intenciones, y todos se van en cuanto comprenden que se han equivocado en las punterías.

ETELVINA.-No digas disparates.

CARLOS.—Eso crees tú. Pero yo que conozco a más gente, sospecho lo que pasará.

ETELVINA.-¿Qué?

carlos.—Que todos esos que han desfilado por casa desde la asiduidad de Lucio Peralta, han tenido muy feas intenciones. Yo no pienso mal de María Rosa. Pero Lucio... dicen que habla no sé qué enormidades. Y lo mismo dirán los otros, dándose sabe Dios qué humos, desprestigiando a las chiquillas. Claro: se han ido despechados... los amigos les habrán hecho preguntas... y como los hombres no se resignan casi nunca a confesar que han perdido el tiempo, que las muchachas a quienes creyeron pan comido resultaron virtuosas... se lanzan al desprestigio. Prefieren un triunfo de apariencias a la confesión de una derrota.

ETELVINA.—Demasiadas cosas sabes tú, a tu edad.

CARLOS.—Porque he sufrido las consecuencias. Ya ni amigos tengo.

ETELVINA.-Y son los amigos los que te están echando a perder.

CARLOS.—Otros amigos, nuevos, desconocidos, de medio pelo, que me aprecian por mí mismo. Los antiguos, aunque nada les he hecho, me quitan la cara.

ETELVINA.-¿Y quieres culpar a tus hermanas?

CARLOS.—Nada de eso. Pero, con culpa o sin culpa, el resultado es igual. Mamá, yo veo que nuestra reputación se pierde. No tendrán ellas ningún delito encima; pero el mundo es así. Basta la desgracia de María Rosa y su locura de volverse acompañada por un joven...

ETELVINA.—Eso no ha pasado de ser una temeridad. Falta, no ha habido ninguna.

carlos.—Lo creo... firmemente. Sin embargo, menos delito he cometido yo, y pago, y sufro estas humillaciones.

ETELVINA.-Mira, Carlos, siéntate aquí y hablemos.

carlos.—No, mamá. Si lo que se debe hacer es cerrar esta casa a los hombres. Mientras no se haga esto, no cuenten conmigo.

ETELVINA.—¡Ay, Carlos! Yo, que te llevado en mis entrañas, ¿no te conoceré? Si aquí no viniera ningún joven, cosa que no es posible procurar, puesto que a las niñas hay que casarlas y puesto que nada incorrecto pasa jamás, tú serías el mismo.

carlos.-No.

ETELVINA.—Sí. Ni más ni menos. Porque no eres un hermano amoroso, porque no piensas sino en ti, porque esos tunantes con quienes andas, esas malditas carreras de caballos y quién sabe qué embelecos más te están perdiendo... Mírame, hijo. ¿No ves lo concluida que estoy? ¿No te das cuenta de lo que sufro? ¿Tengo yo la culpa acaso de que muriera tu padre y de nuestra mala suerte? Sin embargo, aquí me tienes, desvelándome y envejeciendo en la lucha, sin paz ni sosiego mientras no les vea a todos ustedes en el camino decoroso y definitivo que han de seguir en la vida. ¿Con cuántos viejos amigos me he empeñado por ti, para colocarte en un buen destino?

carlos.-Todos, como el tal Hernández.

ETELVINA.-Pero ¿es que no te vas a componer?

CARLOS.—Mamacita, no volvamos a las mismas. Sabes que te quiero, sabes que tu hijo te adora.

etelvina.—Obras son amores. Fíjate cómo soy yo contigo. Ya ves: hasta se quejan tus hermanas. Dicen que mi preferido eres tú, que te consiento insolencias y todo. Y en parte tienen razón. A veces mereces palos. Yo me paso de buena. Porque eres el lunar de la familia, de esta familia que siempre fue modelo de unión y de cariño.

- CARLOS.—Ya ves cómo se portan ellas también. Por ahí andan en automóvil.
- ETELVINA.—Es cosa de hoy nada más, pasajera. Esos muchachos les tienen vuelto el seso.

#### **ESCENA XIV**

### LOS MISMOS Y LA CRIADA

CRIADA.—(*Llegando por la derecha*.) Señora, ¿se sirve té a la visita? ETELVINA.—No.

CRIADA.-¿Hoy tampoco se toma té?

ETELVINA.—Tampoco. (*La* CRIADA *hace un ademán de descontento*.) Si tú quieres té, hazlo para ti sola. Ah, me tienes un vuelto.

CRIADA.—Sí, un peso. (Entrega una moneda.)

ETELVINA.—(Haciendo sonar el peso sobre la mesa.) Andan muchos falsos.

CARLOS.—No lo suenes tanto, que no está acatarrado. Dámelo a mí, mejor.

ETELVINA.-Eso es. ¿Y el que te di ayer?

Vase la CRIADA por la derecha.

#### ESCENA XV

### ETELVINA Y CARLOS

CARLOS.—(Mimoso.) Mamacita... mira... ¿Me lo das...? El peso... ETELVINA.—Como si lo merecieras.

Ambos se encaminan a la puerta de la derecha. CARLOS, adulando v abrazando a ETELVINA.

carlos.-No tengo ni cigarros.

ETELVINA.-Déjame. Adoras el santo por la peana.

CARLOS.—No te pediré en muchos días, te lo juro. (*Cogiéndole la mano en que lleva la moneda*.) No seas mala... Oye, a veces sube alguna amiga tuya al tranvía y yo no tengo con qué pagarle el pasaje.

ETELVINA.-Prométeme cambiar.

carlos.-Te lo juro.

ETELVINA.—Por eso dicen que yo tengo la culpa de que te portes así.

Han llegado a la puerta, y se van. Instantes después, MARÍA ROSA y ROBERTO vuelven por la izquierda.

#### ESCENA XVI

# MARÍA ROSA Y ROBERTO

MARÍA ROSA.—En fin, si no han ido más que hasta la Alameda, pronto volverán.

ROBERTO.—Por supuesto. Lo que me aflige es lo que me ha contado usted.

MARÍA ROSA.—Usted no sabe cómo vivíamos. Desde que se acabó el dinero, papá no quería ni dejarnos salir a la calle. Como se puso neurasténico, era implacable. No podíamos lucir los trajes de antes, y, a su juicio, más valía por esto no salir.

ковекто.-Nada más que por la neurastenia se explica.

MARÍA ROSA.—Si a veces creíamos que nos aborrecía. Mamá...¡era un sufrir de vernos llorar...! Todo faltaba y a él nada se le podía decir, porque todo se le hacía motivo de desesperación. Y un encontrarlo todo malo... Si no hubiera sido porque hablaba con toda cordura, le hubiéramos creído loco.

ROBERTO.-También, a su edad, perder la fortuna...

MARÍA ROSA.—Cuando me comunicó que ese le había pedido mi mano...

ROBERTO.-¿Furioso?

MARÍA ROSA.-Triste. Y ahora veo cuánta razón tenía v cuánto debió sufrir. Todas nos figurábamos que yo hacía mi muerte. Solo él, el tirano, el que nos amargaba más la vida, solo él lloró de pena. Porque él no se engañó. «¿Se ha fijado, hija, en lo que va a hacer?», me preguntó al ver que por mi parte yo aceptaba. «Yo creo que usted no lo quiere. Está muy lejos de ser un hombre de bien, capaz de formar un hogar santo como el nuestro». Yo supe alegar lo contrario. Luego lo miré. Tenía la vista fija en mí. Su expresión era tan triste, tan conmovido estaba que su gran barba de rey, de voluntarioso, de tirano, parecía temblar: tenía no sé qué de emoción y de ternura. ¡Qué distinto aquello de lo habitual! Fue esa también la única vez que le vi inclinado. Siempre se mantenía recto, con la cabeza erguida en un gesto soberbio. Pero entonces la bajó, se acercó a mí y, con la voz temblorosa, como estrangulada, me preguntó: «Dígame, hija, con toda franqueza, ¿usted se casa por lo desgraciadas que yo las hago?». Y fue tal mi emoción al ver llorar contrito al hombre de hierro, que apelé a todos los alientos de mi alma para convencerle de que me sentía la mujer más feliz del mundo.

ковекто.-¿Y lo convenció?

MARÍA ROSA.—No sé. Por su barba corrían las lágrimas. Me besó en la frente y me dijo: «Sé feliz. No dudo de que sabrás ser una santa, como tu madre...».

ROBERTO.-¡Pobre don Carlos!

MARÍA ROSA.—Y al día siguiente de mi partida a Europa, no se levantó más. Ya se lo hemos contado a usted: dos meses y medio estuvo en cama, sin moverse, sin quejarse, sin probar bocado... Y así murió, sin ceder a nada, cuando nadie se lo imaginaba, así, vuelto hacia la pared, como volviéndole la espalda a este mundo que, a la vejez, echaba la ruina sobre su casa.

### Pausa emocionada.

ROBERTO.—María Rosa... Usted quiso mucho a su padre...

maría rosa.-¡Mucho!

- ROBERTO.—Si él, desde el otro mundo, las ve a ustedes abandonadas, ¿no sería dichoso al ver que una mano amiga se tendía para ustedes...? Yo no soy millonario, María Rosa; pero algo tengo... ¿Quiere usted...?
- MARÍA ROSA.-No, Roberto; no sigamos. De lo correcto no ha de salir.
- ROBERTO.—Sigue usted juzgándome mal. Como si esto implicara un compromiso para usted... Ya lo verá: jamás habré respetado tanto a nadie, jamás habrá tenido mi corazón más delicadeza... Será usted para mí sagrada, una hermana; más: una hija.
- MARÍA ROSA.—Está usted hablando lo mismo que el otro, cuando me ofrecía traerme a Chile. Sí, ese mismo era su tacto exquisito, esas sus palabras predilectas: respeto, sagrada, hermana... Y esa misma su emoción...
- ROBERTO.—(Triste.) ¿No me cree sincero?
- MARÍA ROSA.—También creo que el otro sentía lo que juraba en momentos conmovedores como este.
- ROBERTO.-En este y en todo momento, yo...
- MARÍA ROSA.—¡Bah! Luego vienen los ratos serenos, los ratos de vida ya encarrilada, y entonces el hombre heroico desaparece bajo el enamorado, bajo el hombre que desea.
- ROBERTO.—Queriéndola como yo la quiero, no podré dejar de ser bueno.
- MARÍA ROSA.—Tanto lleva el amor a la bondad como a la maldad.
- ROBERTO.-Quéjese usted de mí, aun sin conocerme.
- MARÍA ROSA.-Si no me quejo. No tendría razón. Sería injusta.
- ROBERTO.—Los que sufren, siempre tienen razón, aun cuando son injustos.

# Vuelve etelvina por donde se fue.

### ESCENA XVII

MARÍA ROSA, ROBERTO, ETELVINA; al final, ELENA (Dentro.)

ETELVINA.—Y esas chiquillas, sin volver. (Va a asomarse a una de las ventanas.)

ROBERTO.—María Rosa, piénselo bien. Analíceme, cuando piense a solas... Después me contestará.

MARÍA ROSA.—Creo que usted es bueno. Pero, ya lo he dicho, quiero trabajar. Usted, con sus tantas relaciones, podrá conseguirme algo.

ETELVINA.—(Viendo que ROBERTO coge su sombrero y su bastón.) ¡Cómo! ¿Ya se va? Yo hubiera querido que nos acompañara en el momento en que llegaran esos.

MARÍA ROSA.—No, mamá. Será un rato desagradable y no tenemos derecho para molestar a Roberto.

ROBERTO.—Eso no. Pero lo he pensado y, créanme, conviene que no esté yo presente. Ustedes van a ser duras con ellos, y esas durezas no hieren la vanidad tanto a solas como ante los extraños. El sentirse humillados delante de mí puede llevarlos a una falta de respeto. Ya ven: yo agravaría las cosas, haría más desagradable el momento.

ELENA.-(Dentro.) Allá vienen... Mamá, allá vienen.

ETELVINA.-; Al fin!

ROBERTO.-Adiós, señora.

ETELVINA.-Adiós. Y no hay que perderse.

ROBERTO.-Gracias. Hasta mañana, María Rosa.

MARÍA ROSA.-Hasta mañana.

Ambas le acompañan hasta la puerta izquierda, y él se va.

### ESCENA XVIII

ETELVINA, MARÍA ROSA; ELENA (Dentro, asomándose a la escena por la ventana próxima a la lateral izquierda.)

ELENA.—Ya están de vuelta. Aquí vienen ya. MARÍA ROSA.—Que los haga pasar a todos, mamá. ETELVINA.—(A ELENA.) Sí; diles que entren. MARÍA ROSA.—(A ELENA.) Que pasen aquí.

Se oye la llegada del auto por el trompeteo de la bocina. Mutis, ELENA.

### ESCENA XIX

# ETELVINA Y MARÍA ROSA

MARÍA ROSA.—Si te falta energía, yo te ayudaré. ETELVINA.—Te faculto para todo; pero sé prudente.

Murmullo de voces por la izquierda.

maría rosa.-Aquí vienen.

#### ESCENA XX

ETELVINA, MARÍA ROSA; ELENA, MERCEDES, PANCHITA, REYES, VELÁSQUEZ, SILVA

Los que llegan lo hacen por la izquierda, en tropel: saludando, ellos; ellas, en expectación.

ETELVINA.—(Severa.) Les parecerá una gracia lo que han hecho. MERCEDES.—Mamá, oye.

ETELVINA.—¡Silencio...! Dos niñas decentes, solas en un automóvil por esas calles; es decir, solas no, en medio de tres jóvenes que... sí, por qué no hablar claro... que están muy lejos de gozar una reputación de santos.

PANCHITA.-Por Dios, mamá. Con lo que sales ahora.

ETELVINA.-Callarse, he dicho.

VELÁSQUEZ.-Pero señora... pero misiá esta...

ETELVINA.—(A VELÁSQUEZ.) Y usted es quien menos puede disculparse.

PANCHITA.-¡Ay! Me ataca mi mamá.

ETELVINA.—(Siempre a VELÁSQUEZ.) ¿No le dije a usted bien claro que no consentía en esta locura?

VELÁSQUEZ.-Yo, misiá esta...

ETELVINA.-Etelvina. Basta de equivocaciones ridículas.

MERCEDES.—Ni que nos hubiéramos ido de viaje fuera de Santiago.

ETELVINA.—Repito que ustedes no van a chistar. Ya me rendirán cuentas después.

PANCHITA.-¡Gran pecado! ¡Las antiguallas de mi mamá!

MARÍA ROSA.—(Ya en excitación tal, que le es difícil contenerse.) ¿Te vas a callar?

ELENA.—(A PANCHITA.) Cállate, cállate, niña.

REYES.—Quiere decir que...

MARÍA ROSA.—(*Estallando*.) Sí, que ahora son ustedes los que han de responder.

ETELVINA.—Son ya demasiadas inconveniencias... ¡Qué ajetreo a toda hora, qué gritos en la puerta de calle, qué bolina con la trompeta esa! Un escándalo continuo ante el vecindario.

MARÍA ROSA.—Deben convencerse de que tratan con gente y no con gentuza.

velásquez.-No, no hay razón para decir eso.

MARÍA ROSA.-¡Que no! Ya. ¡Hem!

REYES.-No, permítame...

SILVA.-Somos caballeros.

ETELVINA.-Basta.

MARÍA ROSA.—¡Caballeros! Conténtense con la creencia, mientras aprenden a serlo.

REYES.-(Ya un poco amoscado.) ¿Usted nos lo va a enseñar?

ETELVINA.-Vaya. Basta.

PANCHITA.—(A MARÍA ROSA.) Mira, tú no tienes derecho a ofender.

ETELVINA.-; Chts!

MERCEDES.-Mamá, no permitas insultos.

ETELVINA.-(Bajo a MARÍA ROSA.) Déjame a mí.

MARÍA ROSA.-Ofensa, insulto, lo que les hacen a ustedes.

ETELVINA.-Yo... Calla, María Rosa.

REYES.-Sí, mejor será que hable solo misiá Etelvina.

ETELVINA.—No he de ser menos severa. Por lo demás, no hay disculpa posible.

VELÁSQUEZ.—No discutamos, entonces. Yo cargo con la responsabilidad y pido mil perdones.

silva.-Los pedimos todos.

REYES.-Ya lo creo. Sería una lástima romper esta cordialidad.

VELÁSQUEZ.—Este cariño...

MARÍA ROSA.—(Aparte, pero alto.) ¡Hipócritas!

PANCHITA.—(A MARÍA ROSA.) ¿Y tú qué te propones con ese afán de ofender?

MERCEDES.—(A la misma y casi a un tiempo con PANCHITA.) ¿ Quién te da vela en este entierro?

REYES.—(Entretanto, bajo a ELENA.) Ayuda, defiéndenos, tú que puedes hacerlo.

ELENA.-Sí; lo merecen.

ETELVINA.—Bueno, bueno. La cosa es muy clara. Dos niñas decentes no salen con jóvenes en un automóvil, sino acompañadas por alguna persona de respeto; y jóvenes correctos, que sienten, como ustedes dicen, un cariño que debía ser inalterable por esas niñas, no las exponen así al desdoro de su reputación.

MARÍA ROSA.—Exhibiendo lo que en ellas es irreflexión, para que la gente las juzgue mal.

ETELVINA.—Y peor a su madre. Porque sobre la infeliz madre llueven los cargos.

MARÍA ROSA.—Y que seamos todas materia de murmuración, aun para las propias familias de ustedes.

REYES.-Mi familia nunca se rebaja hasta el chisme.

MARÍA ROSA.-¡Ajá!

SILVA.—Usted está siempre muy pronta para saltar en contra de la familia de uno.

MARÍA ROSA.-Yo sé lo que me digo.

REYES.—(Intencionado.) Pues entonces sabrá mejor quién tiene la culpa de que se hable algo en sociedad.

MARÍA ROSA.-¡Insolente!

ELENA.-Cálmate, María Rosa, por Dios.

MARÍA ROSA.—¡Era lo que faltaba!

MERCEDES.-Hazla callar, mamá.

ETELVINA.—¡Eh, ya basta! Las que se callan son ustedes. ¡Adentro...! ¿Han oído...? Mercedes, Panchita... tú también, Elena...;adentro!

PANCHITA.-Pero ¿qué hacemos nosotras?

ETELVINA.-Obedezcan. Adentro.

MERCEDES.-Considera, mamá...

VELÁSQUEZ.-No hay modo de entenderse.

ETELVINA.—Así es, con tantas voces a un tiempo. Y es preciso terminar de una vez. Niñas...

mercedes.-Vámonos, mejor; vámonos.

PANCHITA.-Vergüenza me dan estas groserías.

MARÍA ROSA.—Otras cosas deben darte vergüenza, no que tu madre y tu hermana velen por tu buen nombre.

ELENA.-(Con suavidad.) Vamos, Panchita.

# ELENA, MERCEDES y PANCHITA se van por la derecha. ETELVINA cierra la puerta en cuanto salen las niñas.

### ESCENA XXI

### DICHOS, MENOS ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

VELÁSQUEZ.-Vaya, sentémonos y hablemos con calma, razonablemente.

MARÍA ROSA.-No es largo lo que han de oír.

ETELVINA.—Yoquiero, de una vez portodas, poner los puntos sobre las íes. Más vale ponerse una vez colorada, que ciento amarilla. En este último tiempo, ustedes han venido manifestando con demasiada claridad unas intenciones que... me avergonzaría decirlo con palabras.

REYES, VELÁSQUEZ V SILVA.—¡Señora!

MARÍA ROSA.-Menos aspavientos.

ETELVINA.-Eso es. Y claridad.

silva.-Pero es que usted...

ETELVINA.-Diré entonces que sus intenciones no son claras...

¿Piensan casarse? ¿Cuándo? ¿Me han pedido a las niñas?

VELÁSQUEZ.—Es que... todavía... nuestra situación...

ETELVINA.—Bah, bah, bah... Al grano. Yo no pretendo apurarlos... porque no los deseo para yernos.

REYES.-Es declaración.

silva.-De peso.

MARÍA ROSA.-¡Je, je! De peso cincuenta.

silva.-¿Y con burlitas?

VELÁSQUEZ.-Vamos, saben que yo las aprecio.

MARÍA ROSA.-A precio muy subido nos cuesta ese aprecio.

REYES.-¿Pero qué se han figurado?

MARÍA ROSA.—¡Chts! Callados. No pretendan llevar esto al extremo de las groserías.

ETELVINA.-Pongamos punto final a tiempo.

VELÁSQUEZ.-Más tarde...

MARÍA ROSA.-Más tarde, como si tal cosa.

ETELVINA.—Suprimamos los comentarios. Basta con que ustedes no estén en situación de casarse todavía. Las niñas no pueden perjudicarse así. A una muchacha que aspira a un matrimonio serio no le convienen estos amoríos. Mientras menos caras de galán conozca una mujer, mejor. Lo demás es sentar fama de coqueta.

MARÍA ROSA.-Conque así...

REYES.—¿Conque así...? En el fondo de todo esto se le distingue a usted. Ya sé yo que hay quien, cuando tiene una llaga en carne viva, supone que cuantos le rodean se la van a topar con solo acercarse, y el escozor le desespera.

MARÍA ROSA.—Higiene es lo que hace falta entonces. Los microbios...; fuera!

SILVA.-Preferimos huir de la infección.

### Se marchan los tres.

MARÍA ROSA.—¡¡Eh!! (Hace una mueca despectiva.)

VELÁSQUEZ.—(Al salir.) Por la fama que tienen...

REYES.—(Saliendo tras de VELÁSQUEZ.) Y para el provecho que íbamos a sacar...

### ESCENA XXII

# ETELVINA Y MARÍA ROSA

MARÍA ROSA.—¿Qué dijo? ETELVINA.—Tampoco le oí yo. MARÍA ROSA.—Las dos hemos oído muy bien. ETELVINA.—¡Eh! No te preocupe eso. Buena cuenta hemos cancelado.

MARÍA ROSA.—¡Al fin! Canallas...

### Pausa breve.

ETELVINA.-Y a propósito de cuentas: los fondos se acaban.

MARÍA ROSA.—Ay, mamá; no me aflijas más... ¿No ves estos muebles? Pues todavía tenemos fondos...;Por Dios!;Quisiera dormir, dormir y no despertar por mucho tiempo!

ETELVINA.—¿Y qué dice Roberto? De la sucursal de correos, ¿le hablaste? ¿Qué dice?

MARÍA ROSA.—Que eso es poco menos que imposible. Las que esperan, los ascensos...; qué sé yo!

етециила.-¿Y del préstamo?

MARÍA ROSA.—Ya te he dicho que se me ha declarado. ¿Cómo le voy a pedir un préstamo?

ETELVINA.-Pues si no lo obtienes de quien te quiere...

MARÍA ROSA.—¡Mamá...! ¿Es posible? Fíjate en que es poco digno lo que dices.

ETELVINA.—Es verdad, hija. Esta dignidad, siempre estorbando. MARÍA ROSA.—¡Mejor que mejor!

ETELVINA.—Es que una se rinde, también. (*Pausa. Viendo que* MARÍA ROSA *llora.*) Bah, no me hagas caso, hijita. Vamos, no llores... (*Advirtiendo que* PANCHITA, MERCEDES y ELENA han abierto la puerta derecha y van a entrar.) ¿A qué vienen ustedes?

Las chiquillas se detienen en la puerta.

### ESCENA XXIII

LOS MISMOS, ELENA, MERCEDES Y PANCHITA (Que hablan desde la puerta.)

MERCEDES.-Queremos saber...

ETELVINA.—(Tratando de cerrar la puerta.) Ya lo sabrán.

MARÍA ROSA.—Hasta lo que dijeron de ustedes al salir.

ETELVINA.-Vaya, adentro. Pronto iré para allá.

PANCHITA.—(En tono de quejumbrosa protesta y sujetando la batiente que etelvina pretende cerrar.) Están acostumbradas a hacer y deshacer hasta en nuestro corazón.

ETELVINA cierra. Mutis, las niñas.

### ESCENA XXIV

# ETELVINA Y MARÍA ROSA

Al oír las palabras de PANCHITA, un estremecimiento doloroso se advierte en MARÍA ROSA, que pasa al sofá y en él llora en silencio.

ETELVINA.—¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿Llorando todavía? Tontita... Ven... No te aflijas. Perdóname. Es que estoy vieja y a veces me falta por eso valor. (*La acaricia*.) No te volveré a hablar de ahogos. Ven... ven a los brazos de tu vieja...

MARÍA ROSA.—No. Si no es eso. Es por las chiquillas. ¿No has oído a Panchita?

ETELVINA.-¿Y qué...? No seas tonta.

MARÍA ROSA.—Cada día más alejadas de mí. Fuera de Elena, que es juiciosa, las demás parece que me tomasen odio.

ETELVINA.-;Oh!

MARÍA ROSA.—Sabe Dios qué se imaginan... que deseo atajarles la felicidad. ¡Sabe Dios! Y no ven que doy mi vida por defender su virtud.

ETELVINA.-¿Cómo no lo han de ver?

MARÍA ROSA.—Son enamoradizas, y el amor las ciega en contra mía. (*Llora*.)

ETELVINA.—¡Ahora sí...! ¿Qué es esto? ¿Por qué lloras así, simple? Ya te comprenderán.

MARÍA ROSA.-Yo soy quien no quisiera comprender.

etelvina.-¿Qué?

MARÍA ROSA.—Nada.

ETELVINA.—Ven... Vamos juntas a verlas... Verás cómo te comprenderán.

MARÍA ROSA.-Anda tú sola.

ETELVINA.—(Sentándose al lado de MARÍA ROSA.) Pero ¿qué ideas tienes? A ver... ¿qué te figuras? Pero no llores así...

MARÍA ROSA.-No sé qué tengo. Anda... anda tú sola.

ETELVINA.—Hija...

MARÍA ROSA.-Mamá...

ETELVINA.—No llores. No hay razón para hacerse la vida más amarga de lo que ya es.

MARÍA ROSA.—¿Crees que no comprendo? ¿No oíste lo que dijeron esos al salir? Ningún joven se acerca a las chiquillas con buen fin por culpa mía. Yo, con mi desgracia primero, y con mi falta después...

ETELVINA.-¿Quién puede hablar de falta?

MARÍA ROSA.—Con mis dos desgracias... Como tú quieras... El hecho es que he desprestigiado la casa. La intención que traen los hombres para conmigo, la traen también para con ellas.

ETELVINA.-;Bah, bah!

MARÍA ROSA.—Es una injusticia...; Pero es así!

ETELVINA.-Vamos, no llores... Ven, ven conmigo. Hablas por una impresión.

MARÍA ROSA.-Anda tú sola, mamá.

ETELVINA.-No.

MARÍA ROSA.—Sí, que son capaces de volver, y quiero estar sola un rato.

ETELVINA, después de una pausa dolorosa, se levanta y va hacia la puerta derecha, conteniendo el llanto. MARÍA ROSA llora en el sofá.

FIN DEL PRIMER ACTO

### SEGUNDO ACTO

La misma decoración. Es de noche y está encendida la luz eléctrica. Sobre un mueble cualquiera, una muñeca. Dentro de la vitrina, los objetos indicados en las acotaciones de la tercera escena. El movimiento acotado por la puerta de la derecha se hará por la de segundo término, salvo en las ocasiones indicadas especialmente.

### ESCENA I

ETELVINA (en el sofá), MARÍA ROSA (de pie: en la poltrona), ROBERTO

ROBERTO.-No, señora; gracias. No me es indispensable.

ETELVINA.-Pero le gusta. Ya sabemos que le gusta.

MARÍA ROSA.-Y hay. Si tenemos aquí.

ETELVINA.—Pasa la licorera, María Rosa, y sírvele.

ковекто.-¡Vaya! Venga esa copita.

MARÍA ROSA.—(Yendo a traer la licorera con su mesita.) Aunque... ya hace una hora que comimos... Pero más vale tarde que nunca.

ETELVINA.—A todos los hombres les agrada tomar después de comida su «poussecafé». ¿No le llaman así?

ROBERTO.-O en chileno, el bajativo.

ETELVINA.—Así decían en mis tiempos, y se tomaba mistela, que por cierto era más rica y más sana que estos menjurjes.

MARÍA ROSA.—(Que ha traído la mesita, la ha colocado delante de los asientos y sirve.) Coñac... Ahora, cacao...; Uy, que debe haber quedado fuerte!

ROBERTO.-Gracias. ¿Y ustedes?

ETELVINA.—Yo, cacao puro. A las viejas, como a los niños: lo más dulce.

MARÍA ROSA.-Yo, lo mismo. Me siento vieja.

ROBERTO.-O niña.

MARÍA ROSA.-Sí; tal vez. Estoy contenta.

ROBERTO.-;Bravo!

ETELVINA.-No podemos quejarnos.

ковекто.-Y lo de las niñas ¿marcha?

maría rosa.-Parece que sí.

ETELVINA.—Creo que va usted a quedar satisfecho de sus recomendados.

ROBERTO.—Ojalá. Y así lo espero. ¿Ve usted, María Rosa, cómo era pesimismo y nada más, el suyo?

MARÍA ROSA.-Es que una desespera. El que espera... ya se sabe.

ETELVINA.—Así es. La preocupación de toda madre: casar bien a sus hijas.

MARÍA ROSA.-Y yo, que me siento segunda madre de las chiquillas...

ETELVINA.—En fin, parece que la llamarada prende esta vez. Y fuerte... Y bien.

ROBERTO.—Pues que sople viento. Ellos, a mi juicio, están muy enamorados.

ELENA, MERCEDES y PANCHITA llegan por la derecha. No son advertidas.

ETELVINA.—Pues ¿y ellas? ¡Dígamelo a mí! ROBERTO.—¿Ah, sí? ¿Qué dicen?

Las niñas tosen con gracia y coquetería, para hacerse notar.

#### **ESCENAII**

### LOS MISMOS, ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

ETELVINA.—¡Ajá! ¿Estaban escuchando...? Pues ustedes tienen la palabra.

ELENA.-¿A ver, a ver...? No hemos oído.

PANCHITA.-¿Se trata de...?

MERCEDES.-¿Copita que no convidan?

ROBERTO.—Se trata del amor.

ELENA.-¡Lindo tema!

MERCEDES.-¡Lindísimo!

PANCHITA.-¡Requetelindísimo!

ETELVINA.-En el entusiasmo está la respuesta, Roberto.

ROBERTO.-Lo veo. ¿Cacao para todas? (Sirve.)

ETELVINA.—Sí, que el coñac es fuego líquido.

PANCHITA.—El coñac, para los hombres, como el cigarro. A ellos hasta les completa su... ¿cómo diré...? su carácter de hombres. Yo no puedo ver a esos hombres sin un vicio: blancos, parecen de nata.

ROBERTO.-No sabía que le gustaban así, borrachitos y todo.

PANCHITA.—Bueno... No tanto. Pero por lo menos, el cigarro. Darle un beso a un hombre que no fuma es como comerse un

huevo sin sal.

etelvina.-¡Niña!

PANCHITA.—Así dice la modista francesa que vive en los altos.

ETELVINA.-¡Ah, vamos!

ROBERTO.—Bien. Hablábamos del amor. El entusiasmo de ustedes es grande, lo vemos... Y ellos... ¿cómo se portan ellos?

MERCEDES.-Miren qué hermano mayor nos ha salido.

PANCHITA.-Tan preguntón.

ROBERTO.-¿Le ataco?

PANCHITA.—Van a concluir por quitarme mi modo de hablar. Ya no digo «me ataca».

ковекто.-¿Cómo dice ahora?

PANCHITA.-Que es muy feo ser reparón.

ELENA.-Y preguntón.

ROBERTO.—Compréndanme: yo los he traído a la casa, yo los he recomendado...

MARÍA ROSA.-Justo.

ETELVINA.-Hablen, niñas; repitan lo que me decían esta tarde.

ROBERTO.—Fuera esos pecados tan gordos de querer y ser queridas.

ELENA.-¿No digo yo?

mercedes.-Hermano y confesor.

PANCHITA.—Roberto: ¡a raparse la coronilla!

ELENA.—No... sin bromas... más que hermano, más que confesor considero yo a Roberto.

ковекто.—Ya sabía yo que usted era la más enamorada ...

ELENA.—No lo niego. A este sí que lo quiero. Como que se porta muy bien.

PANCHITA.-¿El tuyo únicamente?

mercedes.-¡Qué egoísmo!

ROBERTO.—Bien. Quedo muy contento. Quiere decir, entonces, que esta copa será por los futuros matrimonios; porque... A ver, ¿cómo conciben ustedes el matrimonio? Aquí voy a ver si han aprendido a pensar. Usted, Panchita...

PANCHITA.-¿Qué? Estaba distraída...

ETELVINA.-Que cómo concibes tú el matrimonio.

PANCHITA.—Verán. Con un traje de cachemira de seda blanca y un velo así, ceñidito a la cabeza... Pero ¿de qué se ríen?

ROBERTO. - (Brindando.) Por Panchita, que tiene mucha gracia.

TODOS.—(Cogiendo sus copas.) Por Panchita. (Beben.)

PANCHITA.-No sé por qué; pero acepto. (Bebe también.)

ELENA.-Y ahora, mamá, tú, a la cama.

MARÍA ROSA.—Sí, mamá. La bronquitis que has tenido no es para que estés de larga tertulia.

ROBERTO.—Por mí... yo soy de confianza y... a ninguna cortesía obligo.

MERCEDES.-El doctor quedó en volver esta noche.

ELENA.-Y si te encuentra levantada, se molestará.

PANCHITA.-Y en castigo, hará una visita de más.

ETELVINA.—Convencida. Bien. Buenas noches. Ah, mira, loca, Panchita, guarda esa muñeca. Buenas noches... Niña, que guardes esa muñeca.

PANCHITA.—Ya voy, mamá. (Coge la muñeca y va a guardarla en la vitrina.)

ETELVINA.—(A ROBERTO.) Es que, para mí, perder un objeto de esos es como perder una mano o un ojo de la cara. Buenas noches.

### **ESCENAIII**

### DICHOS, menos ETELVINA

Se recomienda a las actrices mucho candor y mucha ternura en esta escena.

PANCHITA.—(Desde la vitrina.) ¿Usted conoce esta vitrina, Roberto?

elena.–¿No?

Ah, no? غ-mercedes.

### Se dirigen todos al mueble.

MARÍA ROSA.—Es el relicario de la casa. Aquí hay juguetes de todas nosotras cuando éramos chicas.

ELENA, MERCEDES y panchita empiezan a registrar la vitrina. ROBERTO y María Rosa, de pie, al lado.

PANCHITA.-No solo de nosotras.

ELENA.-De varias generaciones.

ROBERTO.-Noble relicario.

MARÍA ROSA.—Cosas de mujeres. Como para nosotras el cariño lo es todo en la vida, vamos amontonando reliquias. Se nos ocurre que así retenemos a nuestro lado a las personas que quisimos y que el tiempo nos quitó, que detenemos el tiempo mismo, que lo burlamos. ¿Ha visto qué tontería? Hasta nuestros recuerdos son ilusiones. ¡Pobres mujeres!

ROBERTO.-Felices, diga usted.

MERCEDES.—(Sacando una muñeca.) Mire, mi primera muñeca... De trapo, una humilde muñeca de trapo.

ковекто.-Honrado juguete.

ELENA.—Si hubieras sido más cuidadosa, se conservaría la de porcelana que te regaló el tío Pedro.

mercedes.-Esa se rompió.

PANCHITA.-Jugaste tanto con ella...

ковекто.-La suerte de lo bonito.

MARÍA ROSA.-Se juega tanto con ello...

ROBERTO.—(Con intención y apasionado.) Se le quiere tanto...

PANCHITA.—¿Y esto? Esto sí que es divertido. Una cajetilla de cigarros y una caja de fósforos.

MERCEDES.-Del día en que nació Carlos.

ELENA.—Su padrino, que era muy bromista, le mandó este regalo. PANCHITA.—Para que fuera hombre desde chico, dicen que dijo.

ROBERTO.-¡Ja, ja...! Muy de viejo criollo.

MERCEDES.—(Registrando.) Canastillos de crin, una cocinita...

ELENA.—Jarritos de las monjas, de una noche buena...

MARÍA ROSA.-Eso... Saca eso...

ELENA.—¡Ah, esto sí que es extraordinario! Un zapatito de mi papá cuando comenzaba a andar.

ROBERTO.-De cuando gateaba, parece.

ELENA.-Sí, tiene toda la puntera gastada. ¡Ja, ja!

PANCHITA.-Y se conoce que lo ha «llovido» muchas veces.

mercedes.-¡Cómo está, el pobre!

### Todos ríen.

ROBERTO.-Pues sí que es un relicario valiosísimo.

MARÍA ROSA.—Se conserva la tradición. En casa hemos tenido siempre esta chifladura del extremo en el cariño. Mis abuelos, mis tíos, todos han tenido fama de unidos, de hermanos y padres extremosos.

ELENA.—Mi mamá vivió catorce años lejos de un hermano suyo, y todas las semanas se escribían.

MARÍA ROSA.—Y semana sin carta, ya se sabía: semana de penas.

MERCEDES.—Y esto no es nada. Aquí no hay más que juguetes. Mi mamá conserva el traje de novia de mi abuela.

PANCHITA.—Eso sí que es tontería. Transformándolo... ¡qué traje! MARÍA ROSA.—Eran otros tiempos.

ELENA.—Lo que es hoy, ni Frégoli... Esto sí que es curioso de veras. (Saca una cajita de marfil.)

ROBERTO.-¡Un dientecito!

мексерея.-El primer diente que se le soltó a mamá.

PANCHITA.—Cuando estaba chica. Porque los que se le sueltan ahora...

MARÍA ROSA.-Pero ¿eres tonta, niña?

ELENA.-Y este tiene un segundo recuerdo.

PANCHITA.—(Ruborizándose.) ¿Van a empezar a atacarme?

MERCEDES.-¿Le cuento, Roberto?

ROBERTO.-Cuente.

PANCHITA.-No, Roberto; diga que no.

MERCEDES.—¿Cuento? (Mirando a PANCHITA, que está roja, nerviosa, como si quisiera desaparecer de la tierra.)

PANCHITA.-Diga que no, Roberto...; Calla, hostigosa!

ELENA.—Es que... una vez... mamá nos relató cómo le sacaron el dientecito, cómo escapaba ella por toda la casa, cómo la sujetaron y le amarraron el hilo... Los dedos de su papá, que ella los veía, en su terror, como tenazas... Todo, todo... Bueno, la verdad es que fue cruel, tanto...

MERCEDES.-Que esta (por PANCHITA) rompió a llorar.

MARÍA ROSA.-Lloraba sin consuelo. ¡Ja, ja!

PANCHITA.—¡Oh! ¿Serán tontas? Como si ustedes no hubiesen llorado también.

mercedes.-Es que nosotras...

ELENA.-No lo negamos.

PANCHITA.—Y conste que ustedes eran ya grandes. Yo estaba chica, siquiera. ¡Uy, qué vergüenza: mujeres grandes y lloraron! MERCEDES.—¡Qué diablos!

ELENA.-No tiene una un adoquín en el pecho.

PANCHITA.—(Cerrando la vitrina.) Basta. Cansamos a Roberto.

ROBERTO.-No. ¿Por qué?

ELENA.—Sí, sí. Es que como una siente cariño por estas cosas, se figura que a todos les interesan.

ROBERTO.—Pues a mí me interesan. Y me alegra verlas a ustedes así.

MARÍA ROSA.-La verdad, queremos mucho estas cosas.

ROBERTO.—Natural. ¿Son cosas de niños? Pues cosas para mujeres. Lo feo estaría en que no las quisieran.

MARÍA ROSA.—Y habiendo sido nosotras mismas esos niños... ¡calcule usted!

MERCEDES.—(Cerrando.) ¡Bah! No cansemos más. Buena lata hemos dado.

PANCHITA.—Sí; ya se conocía que el pobre Roberto tenía el pensamiento en otra parte.

ROBERTO.—Nada de eso. Pensaba en ustedes, y en esta vitrina, en este relicario en donde, puede decirse, está la mayor virtud de esta casa: ese culto del hogar santo, esa común ternura, ese amor inalterable entre abuelos, padres, tíos, hermanos... uniéndolos a todos como en una religión. Más debían querer estos juguetes. Y este mueble debe ser el altar de la casa. Es aquí donde deben rezar y fortalecer sus espíritus para ser buenas conservando la virtud tradicional de la familia.

maría rosa.-Eso, eso.

ELENA.—Ahí viene Carlos. Él, él es el único que falla. Ya ve, Roberto, un mes hace que le vengo pidiendo un cuellecito bordado, una insignificancia...; cinco pesos...! Y nada.

PANCHITA.-Con tan buen sueldo que gana ahora.

MERCEDES.—A él le vendría bien un sermoncito. Hágalo, Roberto, usted que le consiguió el empleo.

Llega CARLOS por la derecha, muy compuesto, en traje de teatro, puesto el sombrero y abrochándose los guantes. Las tres niñas se asoman a una de las ventanas, desde donde hacen guiños a ROBERTO para que hable a CARLOS.

#### ESCENA IV

### LOS MISMOS Y CARLOS

ковекто.-¿De teatro, Carlos?

CARLOS.—Sí, puede ser. Depende... Primero voy al centro. ¿Se le ofrece algo?

ROBERTO.—Tal vez a las niñas.

- carlos.—¡Oh! A ellas se les ofrece mucho, y siempre.
- MARÍA ROSA.-Debía usted hablarle en serio un rato... Y tú, escuchar.
- CARLOS.—(Reprimiendo el violento disgusto que le causa MARÍA ROSA.) Yo siempre oiré con gusto a Roberto.

### MARÍA ROSA se reúne con las demás.

ROBERTO.—En resumidas cuentas... no tengo nada que decirle. En fin, sospecho a qué ha deseado referirse María Rosa. La conducta con ellas... Me figuro yo... No, no se ofenda. Yo no pienso reñirlo. ¡Quién soy yo para eso! Me gustaría, sí, que no tuvieran queja de usted...

carlos.-Ah, ¿se quejan? Caramba, caramba.

ROBERTO.-No he dicho eso.

CARLOS.—Sí; sí ya lo sé. Para ellas soy mal hermano, el lunar de la familia: el único, en toda la historia de la casa, desunido, egoísta... Conozco la canción.

ковекто.-No crea. Lo quieren mucho. Es que...

CARLOS.—¡Si las conoceré yo...! Desde la ruina, desde la muerte de mi papá me lo están repitiendo. Y... hágame el favor... yo entonces era un niño, y bueno... Se lo juro, Roberto, muy bueno...

повекто.—Ya lo creo.

- carlos.—Quise, con toda mi alma, ser el hombre de la situación, el jefe de la familia... Lo que hubo fue que era muy chiquillo, sin grandes capacidades, nadie me ayudaba y...; natural...! me fui desengañando. Sufrí al sentirme impotente, me desesperé...
- ROBERTO.—Me lo explico. Hay fardos demasiado grandes para llevarlos a cierta edad; doblan, vencen...
- carlos.—Eso: la vida me vencía. Y entonces...; qué hacer...! Tuve que terminar por encogerme de hombros. Pero ellas solas creen

que han sufrido. Sin embargo, como dicen, en cada vida hay un drama.

ROBERTO.-Si lo saben. Saben que usted no ha sido malo.

carlos.-¡Qué van a saber! No me comprenden.

ROBERTO.—Sí. Es que hay que mostrarse amoroso, buen hermano siempre. De otro modo podrá creerse que la vida, al vencerle, hizo de usted un... un...

carlos.—Un sinvergüenza, dígalo sin temor. No, Roberto, no; eso no debe usted pensarlo siquiera.

ROBERTO.—Ni lo pienso. ¿Ahora da usted para la casa, naturalmente...?

CARLOS.-Sí, doy.

ROBERTO.—Pues... a las niñas, de vez en cuando, un regalito. Pobres chiquillas. Tal vez por eso se resientan. Ellas no pueden ganar para sus trapos. La falta de una cinta les agriará el carácter, muchas veces... (Advirtiendo inquietud en CARLOS.) ¿Iba usted al teatro y se le hace tarde?

CARLOS.-La verdad...

ROBERTO.—Ah, pues por mí no se detenga. Como digo, no tengo nada de particular que decirle.

CARLOS.-Bien. Buenas noches, Roberto.

ROBERTO.—Divertirse.

CARLOS se encamina a la puerta izquierda. ROBERTO va hacia las niñas. MARÍA ROSA alcanza a CARLOS en la puerta y le detiene.

MARÍA ROSA.—Oye, Carlos... Mi mamá, que le dejes algo... Para las medicinas, creo.

carlos.-No tengo.

MARÍA ROSA.-Y para el teatro, sí.

carlos.—¡Oh, no te metas tú en mi dinero! ¿Te pregunto yo acaso de dónde lo sacas tú... si sableas o qué haces?

MARÍA ROSA.—¡Es el colmo! Cualquiera que te oiga... Y bien sabes que la familia de mi marido me pasa ahora mesada, gracias a las buenas gestiones de Roberto... ¡Pero qué tengo yo que darte explicaciones! Le diré a mi mamá las insolencias con que me has salido.

Vase CARLOS sin responder, por la izquierda. MARÍA ROSA, mutis por la derecha.

### ESCENA V

### ELENA, MERCEDES, PANCHITA, ROBERTO

- PANCHITA.—(Contando a ROBERTO.) Y le prevengo que Fuentes no se equivoca nunca. Por eso hace siempre de gran bonetón. Fue muy divertido: ¿Yo, señor? Sí, señor. No, señor. ¿Pues quién lo tiene? El bonete «merde». ¡Ja, ja, ja! Nos atacamos de la risa... «Merde», «merde»... (Ríe a carcajadas.)
- MERCEDES.—Y nos ensañamos en la pena. Le hicimos imitar un gato en agosto.

ELENA.—¡De morirse de risa!

PANCHITA.—(*Imitando al gato*.) ¡¡Fuchsss...!! ¡Miau...! ¡¡¡Fuchsss...!!! Y me perseguía por toda la casa. No sé por qué le dio por perseguirme a mí. Decía que imitar al gato no es cosa igual en cualquier mes. Me llegó a dar miedo.

### ESCENA VI

### LOS MISMOS, FUENTES Y CUADRA

Estos llegan por la izquierda cuando panchita dice sus últimas palabras. Al terminar ella, fuentes maúlla cómicamente. Las chiquillas se asustan, gritan y se cogen de Roberto; luego ríen locamente.

PANCHITA.-¡Qué bárbaro! Nos asustaste.

ELENA.-¡Ay, Dios mío!

MERCEDES.-¡Qué susto!

FUENTES.-¡Miau! Buenas noches.

CUADRA.-Buenas noches.

LOS DEMÁS.-Buenas.

MERCEDES.—(A CUADRA.) ¿Por qué no pasaste en la tarde?

CUADRA.—Un amigo nos invitó a comer. Se iba esta noche a Valparaíso, y no pudimos negarnos.

FUENTES.—(A PANCHITA.) Yalo oyes, para que no me lo preguntes.

PANCHITA.—Nada. Explicarse. Estoy resentida. Explicaciones amplias.

mercedes.-Amplísimas.

PANCHITA.-Toda la larde en el balcón.

FUENTES.—Como una maceta de claveles.

CUADRA.-Como dos.

FUENTES.—¡Poco orgullosa estaría la calle!

ELENA.-A salir del paso...

mercedes.-Nadie les gana, no.

ROBERTO.-¡Chts! Alguien llega.

PANCHITA.—(Mirando hacia la puerta izquierda.) Es el doctor.

MERCEDES.—La sirvienta lo hace pasar directamente al cuarto de mi mamá.

ELENA.-¿Vamos? Si ustedes nos dispensaran...

TODOS.-Por supuesto.

ROBERTO.-Hay que ser buenas hijas.

Se van las tres por la derecha.

### ESCENA VII

### ROBERTO, CUADRA Y FUENTES

CUADRA.-Nos hemos reído más en la comida...

FUENTES.-Figúrate que una inglesa...

CUADRA.—Se rieron demasiado de ella. Al fin y al cabo, no por ser inglesa, deja de ser de carne y hueso.

FUENTES.—Si esta era de hueso solo.

Asoma por la izquierda GALLARDO.

ROBERTO.-Se completó la tertulia.

### **ESCENA VIII**

# LOS MISMOS, GALLARDO Y la VOZ DE MARÍA ROSA

Llega GALLARDO fumando un gran puro. Es hombre de 30 años. Dice las cosas con seguridad, muy naturalmente, sin darles importancia. Se advierte que CUADRA y FUENTES reconocen cierta superioridad en él y le admiran. Trae un paquetito y lo deja sobre un mueble.

GALLARDO.-Se os saluda, jóvenes.

ковекто.-¿Qué tal?

CUADRA.-Pero hombre, qué puro más insolente.

FUENTES.—Este, siempre con el exquisito habano.

GALLARDO.—¡Pse! Yo fumo puros desde los diecisiete años. Me enseñó mi padre. Me sorprendió un día, a la salida de la universidad, fumando un cigarrillo de ínfima clase, un veneno de esos...

ROBERTO.—Y te tiró las orejas. Antes había estrictez para estas cosas.

GALLARDO.—Nada. Se hizo el desentendido. En casa, después de comer, me llamó a sus habitaciones y me dijo: «Tú fumas. No lo niegues. No te voy a castigar. Solo quiero darte un consejo: los vicios, mejor es no tenerlos; pero si ya se han adquirido, es preciso tenerlos en grande, con dignidad. No fumes más esas porquerías. En este cajón guardo yo mis puros. En adelante lo dejaré sin llave». Desde entonces fumo, y fumo bueno, con dignidad, como decía mi padre.

FUENTES.-¡Bravo!

cuadra.-¡Muy bien!

GALLARDO.—Y lo mismo hizo con las mujeres. Él me presentó a sus amigas.

ковекто.-Con dignidad también, ¿eh?

GALLARDO.-Ya lo creo. Mi padre fue un grande hombre.

CUADRA.-Derrochó su fortuna...

ROBERTO.-Con dignidad...

GALLARDO.—Me dejó poco dinero, pero me enseñó a vivir. Y ya es bastante. ¿Y Elena? ¿Y las niñas?

FUENTES.-Dentro. Llegó el doctor a ver a misiá Etelvina.

GALLARDO.-¿Sanó la señora?

ROBERTO.-Casi.

GALLARDO.-Vamos, la convalecencia. Sí, sí. Y ustedes, ¿qué dicen?

CUADRA.-Que qué traes en ese paquete.

GALLARDO.—Un capricho, un capricho caro. Caro en el sentido de querido y caro en el precio. Tres mil pesos.

ковекто.-¿Y es?

FUENTES.-¿Y es?

GALLARDO.-Una figurilla de Sévres.

VOZ DE MARÍA ROSA.—(Por la derecha.) Roberto, hágame el favor, en esa consola debe haber tintero y pluma... para que recete el doctor...

# ROBERTO va a la consola y busca.

- GALLARDO.—(Desenvolviendo el paquete.) Me traía loco esta porcelana. Y el anticuario, firme en los tres mil. Dos semanas he dudado. Al fin me venció el deseo. La acabo de comprar. Deliraba por ella. Vale seis mil...;Por supuesto!
- ROBERTO.—Pues señor, en esta consola no hay ningún tintero. A ver en la otra...
- GALLARDO.—(Poniendo la figurilla sobre la mesa de centro.) ¿Ven? Es una princesita del siglo...
- CUADRA.—Calla. Ya vas a empezar con tus siglos quinces y catorces...
- FUENTES.—De cualquier siglo, no es cara una princesa por tres mil pesos.
- GALLARDO.—Si es lo que he penado por ella. Y cuidado, que yo no me apasiono así como así por nada.
- CUADRA.—A nadie le falta una chifladura.
- GALLARDO.—Dicen que un hombre enteramente normal no existe. Y debe ser cierto, porque yo he estado loco por esta porcelana. (*Contemplándola*.) Es preciosa. ¿Te gusta, Roberto?
- ROBERTO.—(Afanado en buscar.) Sí, sí.... Pero aquí no hay tinta ni la ha habido nunca... como no sea la que me ha hecho sudar el buscarla.

Vase por la derecha. A la vez, vuelven elena, mercedes y panchita por la misma puerta.

### **ESCENAIX**

# ELENA, MERCEDES, PANCHITA, GALLARDO, CUADRA Y FUENTES

GALLARDO.—(A ELENA.) ¡Hola, hola! Al fin sales.

ELENA.—(Sonriendo y con coquetería.) Creí que habías dicho al fin solos.

### Hablan en voz baja.

- FUENTES.—(A PANCHITA.) Estás más bonita... Te comparé a una mata de claveles y me quedé...
- PANCHITA.—¡Chts! Ya te he dicho que es de mal efecto repetir una misma galantería.
- FUENTES.—Es que no quiero que salgan ganando los claveles y tú perdiendo.

# Siguen en voz baja.

CUADRA.—(A MERCEDES.) ¡Caramba! Traje nuevo. ¿Lo hiciste tú?

MERCEDES.-Todas nosotras nos hacemos nuestra ropa.

# Siguen bajo.

- GALLARDO.—(A ELENA.) Sí; ya está compuesta. Aquí la tienes. (Saca del bolsillo una cadenita con una medalla pendiente.)
- ELENA.-¿Limpiaron la medalla? ¿Y la inscripción?
- GALLARDO.—Todo está en regla. Ahora, déjame ponértela. (Se la cuelga al cuello.) Quedamos en que no te la sacarás nunca.
- ELENA.—(Con pasión.) ¡Nunca! (Examina la inscripción de la medalla.)

Mientras panchita y fuentes hablan lo que sigue, elena y ga-Llardo conversan bajo sobre la figura de Sévres. Ella la admira; él explica cuánto penara por la porcelana y lo valiosa que es.

PANCHITA.—¡Oh, no! Tú me conoces. Los hombres serios me ata... me desesperan. Conste que no dije me atacan.

FUENTES.—Conste que casi lo dijiste.

PANCHITA.-Los casi no valen.

FUENTES.-Pero ¿me quieres así?

PANCHITA.-Ese afán de que se lo repitan, al caballero.

FUENTES.-Y me quieres porque no soy serio. ¡Natural!

PANCHITA.—Fuera de bromas, con los hombres serios me pasa lo que con los santos de los altares, que no les puedo tener devoción. Bueno, como inspirármela, me la inspiran. El santo es el mismo siempre. Yo me refiero a... al mono... ¡Uy, dije al mono!¡Qué irreverencia!

FUENTES.-A las imágenes.

PANCHITA.—Eso, eso: las imágenes de bulto, en las iglesias... Y a propósito, ¿no encuentras tristes las iglesias? Esa luz... que no es luz, que es sombra...

FUENTES.—¡Pero concluye tu comparación!

PANCHITA.—Bueno, pues las imágenes esas me inspiran devoción, pero una devoción de etiqueta, rígida, casi una especie de miedo, ¿sabes? En cambio, las estampitas de libro de misa, cursis, como tú dices...

FUENTES.—San Antonio con sus mandíbulas azules y Dolorosas con lágrimas como pendientes de abuela...

PANCHITA.—Pues... ahí tienes... que me animan a rezar, las quiero con toda mi alma, mucho, pero mucho... Y es que les tengo confianza. Lo mismo me sucede con los hombres alegres y jóvenes y corrientes...

FUENTES.—Capítulo cuarto: De cómo el galán resulta una tricomía barata.

PANCHITA.-No te rías.

FUENTES.—Oye, me consta que besas miles de veces tus estampas.

PANCHITA.-Claro. Porque las quiero.

FUENTES.-Luego, como a mí me quieres de igual manera...

PANCHITA.-¿Аја́?

FUENTES.-Bésame.

PANCHITA.—(Cariñosa y riendo.) ¡Tan bruto!

MERCEDES.-Eso es una injusticia. Yo digo que es una injusticia.

¡Cómo se conoce que son los hombres quienes hacen las leyes!

ELENA.-¡Qué! ¿Qué tiene esta, tan indignada?

MERCEDES.—Que dice este que cuando una mujer enviuda, para volverse a casar, ha de aguardar nueve meses.

GALLARDO.-Exacto.

MERCEDES.—Y que, en cambio, un hombre puede casarse otra vez al día siguiente.

FUENTES.-Legal, legalísimo.

CUADRA.-Y puede casarse el mismo día de enviudar.

GALLARDO.-Cuestión de tupé.

MERCEDES.-¿Y encuentran eso justo?

ELENA.—Como siempre, la ley del embudo: lo ancho para el hombre, lo angosto para la infeliz mujer.

GALLARDO.—Hijita, estás haciendo toda una defensa del feminismo. Créeme, esa revolución feminista se estrellará siempre contra la ley de los nueve meses.

MERCEDES.-Pues no sé por qué.

PANCHITA.—Debían exigirse los nueve meses para el hombre también.

CUADRA.-¡Bonita figura haríamos!

Llegan maría rosa y roberto por la derecha.

### ESCENA X

# LOS MISMOS, MARÍA ROSA Y ROBERTO

MARÍA ROSA.—(A ROBERTO, entrando.) Es que no ha sabido usted buscar. Tiene que estar aquí. (Al pasar, roza la mesa de centro y la figura de Sévres cae haciéndose mil pedazos.)

ELENA.-;;;Ay!!!;Virgen santa!

GALLARDO.-(Alegre, triunfal.) ;;;Bravo!!!

MARÍA ROSA.-¿Qué? Perdón.

GALLARDO.—(Que ríe a carcajadas.) ¡Felicidad! ¡Buen agüero! ¡Champagne!

ELENA.—¡Qué regalo ni que ocho cuartos! ¡Una porcelana de Sévres que le había costado tres mil pesos y cien mil angustias! MARÍA ROSA.—¡Dios mío!

# GALLARDO sigue riendo estrepitosamente.

GALLARDO.—¡Champagne! ¿No hay champagne en casa? Voy yo a traerlo de la esquina. (*Hace ademán de salir*.)

ELENA.—Cállate. ¡Qué desgracia! (Sujeta a GALLARDO por un brazo.)

MARÍA ROSA.-¡Lo que fui a hacer! ¡Válgame Dios!

GALLARDO.-(Que ríe sin cesar.) Pero si esto trae suerte.

MARÍA ROSA.—(Recogiendo los pedazos.) ¿Pegarla? No... ¡Ave María!

GALLARDO.—(A ELENA, que no lo suelta.) Suéltame. Voy por el champagne. María Rosa, si estoy contentísimo... Suelta, déjame ir por el champagne, que para que el buen augurio se realice ha de ser la cosa remojada. (ELENA no lo suelta.)

ELENA.-¿Gastos encima?

GALLARDO.-Eso es. ¿A que me van a ofender creyéndome tacaño?

ELENA, sin soltarlo, le contempla con amor y admiración.

MARÍA ROSA.-¿Dónde tendría yo los ojos?

ROBERTO.-En el tinterito de mis pecados.

FUENTES.—¡Vaya! A buscar el tintero que este topo no pudo encontrar.

GALLARDO.—Sí, María Rosa. Y cuando el médico se haya ido, ya tendremos aquí el champagne.

maría rosa.-¡Qué ocurrencia!

MERCEDES.-Eso faltaba ahora: más gastos.

GALLARDO.—Pues, mientras tanto, déjennos en nuestro coloquio. (Se aleja con ELENA hacia el fondo.) Los enamorados tienen siempre hondos problemas que dilucidar. (A ELENA, a media voz.) Déjame ir por el champagne. No seas simple.

ELENA.—Conténtate conmigo. Te admiro, te adoro, eres un hombre ideal.

ROBERTO.-¡Qué hacer, María Rosa! Ahora, a buscar el tinterito.

MARÍA ROSA va a la consola, cariacontecida. MERCEDES, PANCHITA, ROBERTO, CUADRA y FUENTES forman corro en primer término.

PANCHITA.—¡Eso es de caballero! Me ha cautivado. (A FUENTES.) Quisiera que hubieras sido tú.

FUENTES.-Yo también.

MERCEDES.-En todo se conoce la gente bien nacida.

CUADRA.-¡Bah, bah, bah!

FUENTES.-Lo más natural del mundo.

PANCHITA.—De todas maneras... Me explico que Elena, ella, tan llena de reservas siempre, lo quiera como lo quiere.

MERCEDES.-Es una fineza muy grande.

ROBERTO.—Si él se alegra. Es sincero. Y no pensar más... ¿Encontró el tintero, María Rosa?

MARÍA ROSA.—(Mostrándolo en la mano.) Aquí está. ¡Dios mío! Estoy más triste...

ROBERTO.-Que el doctor espera...

GALLARDO.—¡Cómo! ¿Todavía? Tiene gracia. Corra, que al doctor le saltan los clorhidrofosfatos y los creosotados. Acompáñala, Elena. (*A las tres niñas*.) Llévenla entre todas mientras vamos nosotros por el champagne.

MARÍA ROSA.-Eso, no; se lo prohíbo.

ELENA.-Nada de champagne.

GALLARDO.—Pues no. Las esperamos aquí. Corran. ¡Cosa más divertida...!

Se van por la derecha maría rosa, elena, mercedes y panchita.

#### ESCENA XI

## ROBERTO, GALLARDO, CUADRA Y FUENTES

FUENTES.—(Riendo.) ¡Adiós porcelana de Sévres!

CUADRA.—¡Adiós siglos catorces y diecisietes!

GALLARDO.—¡Bah! Me costará Elena un poco más cara. Eso es todo. ¿Vamos por el champagne?

Se dispone a salir; pero ROBERTO, que se ha sorprendido por las palabras que acaba de escuchar, lo detiene.

ROBERTO.—Un momento. ¿Qué quieres decir con eso de un poco más cara?

GALLARDO.-¿Qué quiero decir? No entiendo la pregunta.

ROBERTO.-Yo... yo quisiera no haberte comprendido, porque...

CUADRA.—(Con sorpresa.) ¡Ahora sí!

FUENTES.-¿No te decía yo, Gallardo?

ROBERTO.-(Terco.) ¿Qué? Le decías ¿qué?

FUENTES.—Que has tomado muy a lo serio tu papel de papá casamentero.

GALLARDO.-Bueno, bueno. Vamos por el champagne.

ROBERTO.—No, señor. Y hablemos... No es que me eche encima el cargo de papá casamentero; sino que como yo los he traído aquí a los tres, como yo los he recomendado y elogiado... Hoy mismos, sin ir más lejos, los he puesto por las nubes... En fin, que yo estoy comprometido y no quiero, no me da la gana de quedar mal.

CUADRA.-Basta. Déjate de farsas.

ROBERTO.—; Farsas...! Solo ahora vengo a ver los fines de ustedes.

FUENTES.—Demasiado lo sabías. ¿Con qué fin, vamos a ver, has venido tú a la casa? Pues con el mismo hemos venido nosotros.

ковекто.-¿Fin yo? ¿Hablas con trastienda? No comprendo.

FUENTES.—¡Estos hombres... que predican abnegación, sacrificio, santidad...!

GALLARDO.—(Que ha permanecido molesto y reconcentrado.) Cuando ellos han asegurado ya su éxito.

ROBERTO.—¡Basta de imbecilidades! Sé a lo que van a parar. Hablemos claro. ¿Qué se han imaginado ustedes? Esta es una casa honorable. Aquí hay una vida pura, una tradición de honestidad y de virtud; y es preciso respetarla.

GALLARDO.—Pero, hombre, dime: ¿de qué se vive en esta casa? ¿De dónde llega el dinero? Sí, en esta casa honorable y todo eso que has dicho... ¿De dónde llega el dinero?

CUADRA.-¿Se lo preguntas a él?

FUENTES.—(Riendo.) De la tradición de virtud.

ROBERTO.-¡Cállense, imbéciles!

GALLARDO.-No te acalores, hombre.

ROBERTO.—Aquí se vive del sueldo de Carlos, para que lo sepan, y de una mesada que pasa la familia del marido de María Rosa; en total, ochocientos pesos.

FUENTES.-¡Ajá!

CUADRA.-Y lucen.

GALLARDO.-Así es que... el marido...

FUENTES.-O el que hace de marido...

ROBERTO.—¡Oh, no sean así! Es innoble, indecente lo que están diciendo.

GALLARDO.-¡Ah! ¿Innoble?

ROBERTO.—Sí, innoble e indecente. Porque a todo hombre verdaderamente bueno, verdaderamente honrado, lo que le importa es que la decencia reine en todas partes a donde él va. Lo demás es buscar pretextos en suposiciones antojadizas para darse la comodidad de proscribir la rectitud de la propia conducta.

GALLARDO.-Discursitos tenemos.

CUADRA.—Mira, Roberto, déjate de quijoterías. Lo que se ha de llevar el moro, que se lo lleve el cristiano. En esta casa, bien lo sabemos, no hay nada de eso que tú dices.

ROBERTO.-¡Qué sabes tú!

FUENTES.—Y si no somos nosotros, otros serán. Ya me he arrepentido yo unas cuantas veces.

ROBERTO.—¡Lo que uno se engaña! Los creía hombres de corazón, lo confieso. Está visto que uno se engaña a cada paso en la vida. Pero oigan bien lo que les voy a decir. No serán ustedes, ni nadie que no venga con amor verdadero...

GALLARDO.-; Verdadero!

ROBERTO.—Sí, verdadero; ese amor que es ofrenda de todo bien egoísta, que es sacrificio gozoso, que es entrega feliz del propio ser, que es el único que nos trae la felicidad. Porque el placer del amor está en amar... y después, solo después, en ser amado... Sépanlo, por conveniencia de ustedes mismos.

GALLARDO.—Un italiano dijo: «Procura que el amor no te pase de...».

ROBERTO.—Indecencia, chiste. En fin, lo he dicho: yo soy un leal amigo de esta casa, y mientras yo viva no sucederá en ella nada

inconveniente. ¿Entienden? Conque... si quieren de veras a las chiquillas, si no desean renunciar a ellas, vuelvan por el buen camino...

CUADRA.-Bueno. ¿Y lo pasado?

GALLARDO.-Esa es otra: lo que cuenta Reyes.

ROBERTO.—¿Qué cuenta Reyes? Nada tiene él que decir, él, menos que nadie.

FUENTES.-Pues cuenta.

ковекто.-Рего ¿qué?

FUENTES.-Más de algo.

CUADRA.—Hombre, si todo el mundo las veía en automóvil para arriba y para abajo.

FUENTES.-Yo las vi una vez.

CUADRA.-Yo, otra.

GALLARDO.—No me dirás que esas carreras en automóvil con esos muchachos tunantes, y solas con ellos...

CUADRA.-Y poco que saben vivir el Reyes y los otros.

FUENTES.—(Con sorna.) No, calla; si fueron novios. (En serio.) Muchachos honorables, de familias distinguidas, de apellidos sin mácula, iban a pensar en...

ROBERTO.—¡Ajá! De modo que cuando los vieron en automóvil con estas niñas, los calificaron de tunantes; pero cuando se les supone siquiera un noviazgo con ellas, entonces son jóvenes de familias distinguidas, de apellidos sin mácula, que deben aspirar a muchachas más puras... Sigan, sigan. ¿Qué más? ¿Ven? Así es el juicio del mundo. Pues sepan ustedes que aquí se les recibió mientras se les creyó sanos y decentes, y que si han visto ustedes dos a las chiquillas con ellos en automóvil, ha sido una sola vez, una misma, una vez que yo estaba aquí también de visita, como ahora; y sepan además que ese atrevimiento les costó la despedida. Y Reyes es quien menos tiene que hablar, porque antes de que ocurriera lo del auto, ya Elena le había conocido y le repudiaba. Pero es que así se hace la deshonra de

los venidos a menos. Cuando en una casa hay hambre, cuando mundanamente esa casa baja algo en la cotización social, todo es degradante para ella.

GALLARDO.-Supongo que todo no te atreverás a negarlo.

ROBERTO.—Aquí habrá una falta, la de María Rosa; no lo niego; falta excusable, falta de víctima. Pero no hay más... ni habrá más. Mientras yo viva... bien claro quiero decirlo... mientras yo viva, el honor de esta familia será el mío.

GALLARDO.-Como tú tienes asegurada tu querida...

ROBERTO.—¡Falso!

cuadra.-¡Chts! Que van a oír.

ROBERTO.—(Bajando la voz.) ¡Mentira! Esa es una suposición calumniosa. Y si no quieren que terminemos a bofetadas...

GALLARDO.-Sería de muy mal gusto, hombre.

ROBERTO.-Pues cambien de actitud. Podían tener piedad, siquiera. No se imaginan ustedes lo que ha sufrido esta gente: desaires, humillaciones, pobrezas... María Rosa, deseando trabajar, primero; luego, desengañándose del trabajo de la mujer, que nada produce; al fin, sacrificándose con Lucio Peralta, que abusó miserablemente de ella. Y todo, para procurar a sus hermanas una existencia tranquila, libre de las asechanzas de la maldad que en la vida espera a las muchachas desamparadas a la vuelta de cada esquina, en cada una de esas tiendas en donde se les ofrece un mezquino sueldo... (Pausa breve.) ¿Y misiá Etelvina? Allí la tienen, vieja, destruida de tantas zozobras y tantas aflicciones, sufriendo el exceso de cariño por los suyos, refugiándose en él, en ese cariño que hoy mismo, hace un rato, me parecía una religión, un divino fanatismo de dulzura. ¡Pobre señora! Por mi madre sé yo lo que fue de joven en sociedad: la niña mimada. ¿No les da pena? Acuérdense por lo menos de que es una antigua amiga de las madres de ustedes. Tengan piedad.

GALLARDO.-Piedad, piedad... No hay más que egoísmo en la vida.

- ROBERTO.—Vamos, Gallardo, no te esfuerces por parecer un monstruo. Eso que dices no es sino la afirmación de la maldad.
- GALLARDO.—Pero si todo es egoísmo, hombre de Dios. ¡Qué atrasado vives! La condolencia del mal ajeno... pues no es sino la figuración de que aquello lo podemos sufrir nosotros. Nos ponemos en el caso del prójimo ese, y ya nos tienes padeciendo. Amamos a otro ¿por qué...? Por el placer que eso nos procura. Salvamos un pesar... por darnos la satisfacción de hacer algo que nos parece bello y nos halaga. Y así... Satisfacernos siempre, siempre librarnos del dolor.
- ROBERTO.—¡Figuraciones! Yo sufro la desgracia de estas niñas, y no puedo poner mi persona en el caso de ellas; ni hermanas tengo... ni hijas...
- GALLARDO.—En el fondo de cada hombre hay un padre que espera su hora.

ROBERTO.-Menos en ti.

GALLARDO.—Yo estoy libertado. Sé que aun el origen del instinto maternal fue la necesidad que tuvieron las primeras hembras de desembarazarse de su leche. ¡Bah! ¿Y quieres que me ponga en el ridículo en que te pones tú... tú, que tienes asegurado tu placer en esta casa y por eso no te cuidas de los demás, sino que nos exiges renuncias que aumenten tu dicha?

ROBERTO.—Te he advertido que no permito falsas suposiciones.

GALLARDO.—Basta de tonterías, hombre. Estás en el caso de quien gana a otro su fortuna al juego y le consuela enseguida con bonitas razones, con razones alegres, animosas. No desea que el otro sufra mucho, para que no turbe la felicidad que a él le procura la causa de ese mismo sufrimiento; entonces le anima y le impulsa al heroísmo. ¡Tiene gracia! Y así como el jugador afortunado es capaz de desprenderse de una parte de su ganancia para consolar, por egoísmo, al perdicioso, así tú quieres darnos a las chiquillas, pero con limitación también: en matrimonio.

ROBERTO.-No es lo mismo.

FUENTES.-Igual.

CUADRA.-Es lo mismo.

ROBERTO.—¡Pero qué afán de dar un aspecto feo y mezquino a lo más bello de la vida!

GALLARDO.-¿Aspecto? Es la verdad.

ROBERTO.—Lo que veo es que hay verdades que tú desconoces en absoluto. Por fortuna existen. Existe la abnegación, el sacrificio... causas mayores de las mayores sublimidades en la historia de la humanidad, verdades que nadie puede negar.

GALLARDO.—¡Pse! Hay quien prefiere el placer del dolor al placer del placer. Asunto de conformación sentimental. En el fondo, egoísmo.

# Risas triunfales de Cuadra y de fuentes.

ROBERTO.—Pero es preciso convenir en que hay egoísmos dignos y egoísmos ruines. Y parece mentira que tú, un mozo de talento, pienses así.

GALLARDO.—(*Encogiéndose de hombros*.) ¡Talento...! Me dijeron hace tiempo que lo tenía, y lo creí. Luego me di cuenta de que era una carga, una exigencia de trabajo y de producción, un estorbo de la felicidad... y me sacudí de él, y lo ahogué.

ROBERTO.-Bonito, muy bonito.

GALLARDO.—¡Ja, ja...! ¡Qué penas, qué preocupaciones! Me creía obligado a realizar grandes cosas, me hacía la vida difícil, iba camino de la infelicidad. Si el talento es la mayor de las tonterías, créeme.

ROBERTO.—Así, haciéndose de la vida entera una paradoja...

GALLARDO.-¿Y quién te dice que no lo sea?

CUADRA.-Gallardo, has vencido.

FUENTES.-Es inútil, Roberto.

ROBERTO.—Lo que veo es que ustedes son malos, que no ceden ni al razonamiento ni al corazón. Pero mantengo lo dicho... y tómenlo muy en serio... o varían de propósitos o no volverán más a esta casa.

CUADRA.—(Señalando la puerta de primer término a la derecha.) ¿Sabes que el dormitorio de María Rosa está muy bien elegido? Independiente, aislado...

FUENTES.-Estratégico.

ROBERTO.—¡Canallas! (Iracundo, parece que va a pegarles. GALLARDO lo contiene.)

GALLARDO.—¿Qué es esto, hombre? ¿Vas a armar un escándalo ahora? Comienza tú por respetar la casa.

ROBERTO.-Es que no tolero...

GALLARDO.—Ante todo, somos personas educadas.

CUADRA.-Van a oír.

FUENTES.-Calma, hombre. Si fue una broma.

ROBERTO.—(Después de una pequeña pausa en que se esfuerza por serenarse.) Es cierto, yo quiero a María Rosa, y con toda mi alma. Creí al principio que mis relaciones con ella podían ser de otra índole. Luego vi que debía respetar su desgracia y...

GALLARDO.-; Chis! Vienen.

Llegan maría rosa, elena, mercedes y panchita por la derecha.

#### ESCENA XII

LOS MISMOS, MARÍA ROSA, ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

ELENA.-Al fin se fue el doctor.

PANCHITA.-Nos dio una lata...

FUENTES.-Pues qué les hubiera costado dejarlo.

MERCEDES.—Era por mi mamá. A ella le gusta que la estemos mimando a toda hora.

ELENA.—Es cuestión de costumbres en la familia, cuestión de cariño...

PANCHITA.—Si no hubiésemos estado allí... no se hubiera resentido, es claro... sabiendo que debíamos atenderlos a ustedes...

GALLARDO.—Pero no habría sido para ella agradable. Sí, sí. Por eso yo mismo las induje a ir.

ELENA.—Hay que conocernos para entenderlo bien. Usted lo sabe, Roberto. En otras familias no son así; pero en casa, así hemos crecido, a la antigua, querendonas...

ROBERTO.-Y ojalá no varíen.

MARÍA ROSA.-¿Y qué discutían ustedes con tanto calor?

MERCEDES.-De allá oíamos el murmullo.

CUADRA.—Política. Tonterías de hombres. (Se junta con MERCEDES y ambos se aíslan.)

FUENTES.—Donde se juntan dos hombres... que la coalición, que la alianza, que el nuncio...

PANCHITA.—Y luego se ríen de que cuando se juntan dos mujeres hablen de modas.

GALLARDO.—Cuando al fin en ambos casos el asunto es cortar trajes. (*Coge su sombrero*.)

ELENA.-¿A dónde vas tú?

GALLARDO.—Es que me vengo a acordar ahora de que me olvidé del champagne por la política.

FUENTES.-Lo cual es muy impolítico.

ROBERTO.-(Bajo a MARÍA ROSA.) No hay que consentirlo.

MARÍA ROSA.—No; permítame, Gallardo. Si no quiere molestarme de veras, deje eso del champagne.

FUENTES.—Anda, Gallardo; sí, sí, anda.

maría rosa.-¡No, no y no!

PANCHITA.-No faltaba más.

ELENA.-¡Sería curioso! Usted no sale, mi amiguito.

ELENA y GALLARDO se juntan y se aíslan también. Los imitan PAN-CHITA y FUENTES. En el sofá quedan ROBERTO y MARÍA ROSA. En suma, los ocho personajes forman cuatro parejas en conversación independiente.

MERCEDES.—(A CUADRA.) Échate el pelo un poco más a la frente... Así...

CUADRA.-Parece que me lo han cortado mal.

mercedes.-Eso decía yo.

ELENA.—(A GALLARDO.) Se conoce que has discutido. Se te nota en la mirada: los ojos, brillantes...

GALLARDO.-Oh, soy sereno...

Por qué?

ROBERTO.-Ya hablaremos. Es largo.

ELENA.—Ah, naturalmente. No te pones como otros, encendido, todo alterado... Pero en los ojos se te conoce...

FUENTES.—(A PANCHITA.) No me mires así, que me dan tiritones.

## PANCHITA ríe.

ELENA.—(A GALLARDO.) Sí, te sienta. Como los ojos es lo mejor que tienes, mientras más brillantes, mejor.

ROBERTO.—(A MARÍA ROSA.) Por eso, porque la cosa no es para hablada así a la ligera.

MARÍA ROSA.-Es que tengo nervios.

ковекто.-Ваh, bah... Por ahora, apoyarme en todo.

GALLARDO.—(A ELENA.) Sería pedante.

ELENA.—Pues es la verdad. Aunque yo, feo, feo, lo que se llama feo quisiera que fueses... para que a nadie pudieras conquistar. ¿No te digo que es una desgracia?

Roberto.-(A maría rosa.) Ni el té debemos tomar hoy.

maría rosa.-Ya estoy intranquila.

Alguien pasa silbando por la calle un aire de opereta en boga; de preferencia, melancólico.

MERCEDES.—(Que está próxima a la ventana.) ¿Oyes, Panchita? Canales.

PANCHITA.-Dale con embromarme con ese cursi.

ELENA.-Todas las noches pasa al teatro; luego vuelve silbando.

PANCHITA.—¿Y saben cómo anda ahora? Con un terno azul, de un azul sucio. Es un paquete de velas en movimiento.

TODOS.-;Oh!

PANCHITA.-Bueno. Basta. Tomaremos el té; es hora.

# Las parejas se deshacen.

ROBERTO.—(Con viveza y terminante.) No, Panchita; esta noche, en obsequio a misiá Etelvina, que está delicada y necesita dormir, nos iremos antes del té.

MERCEDES.-Mamá se duerme.

ROBERTO.—No. Si ustedes lo acaban de decir: hasta allá se oyen las voces. Y deben acompañarla ustedes más. Ella es muy sensible... Tal vez se siente abandonada...

CUADRA.-(Bajo a GALLARDO.) Este nos mata la noche.

GALLARDO, CUADRA y FUENTES se reúnen por unos instantes.

ROBERTO.—Es tan buena... Debemos nosotros ser deferentes, corteses...

GALLARDO.—(En su grupo.) ¡Ah, pero contamos con el amor! No hay cuidado.

ковекто.-¿No lo cree usted, María Rosa?

MARÍA ROSA.—Si ustedes lo quieren...

GALLARDO.-(Alto.) Sí; es prudente.

CUADRA.-¿Nos vamos?

GALLARDO.—(A los de su grupo.) Ustedes hagan lo que yo indique y nada más.

## Los tres se acercan a los demás.

MERCEDES.-No es tanto... Apenas las once.

ROBERTO.-Se trata de misiá Etelvina.

CUADRA.—Nos vamos.

gallardo.-Sí, sí.

повекто.-Ya.

FUENTES.—Hasta mañana. (Se despide de todos en voz baja.)

CUADRA.-María Rosa... Panchita... (Se despide también.)

PANCHITA.-Pero mañana, que no haya comidita con amigos.

ROBERTO.-Feliz noche.

GALLARDO.—(A ELENA, después de haberse despedido de ella en voz baja.) Sí, sí. Duerme tranquila.

MARÍA ROSA.—(A unos y otros.) Hasta mañana... Adiós...

Vanse por la izquierda roberto, gallardo, cuadra y fuentes.

## ESCENA XIII

# MARÍA ROSA, ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

PANCHITA.—La verdad es que ha sido una tontería esto de irse tan pronto.

maría rosa.-Yo me alegro.

ELENA.-¿Qué tienes?

MARÍA ROSA.—Dolor de cabeza. Me voy a acostar enseguida. (Entra en su cuarto, puerta de la derecha primer término. Poco después vuelve a salir.)

MERCEDES.—¿No les notaron algo raro? PANCHITA.—¿A quiénes?

MERCEDES.—A ellos.

ELENA.-No; yo, nada. ¿Por qué?

MERCEDES.-Cuadra estaba como distraído conmigo.

PANCHITA.—Ahora que dices... Pero no...

ELENA.—(Asomándose a una de las ventanas.) Allá van, muy tranquilos... Aunque... no; parece que discuten...

PANCHITA.—A ver... (Corre a la ventana, seguida de MERCEDES.)

ELENA.—Ya se despidieron. Roberto sigue de largo. Ellos han torcido.

MERCEDES.-A tomar el tranvía.

MARÍA ROSA.-Bien. Cierren, y a la cama.

PANCHITA.-Vamos.

## ELENA cierra el balcón.

MARÍA ROSA.—Díganle a mi mamá que yo me acosté. ELENA.—Estás desfigurada. ¿Quieres una oblea? MARÍA ROSA.—No. Sueño: la mejor oblea. ¿Cerraron? ELENA.—Sí.

MERCEDES se va por la derecha, segundo término.

PANCHITA.—(Siguiendo a MERCEDES.) Hasta mañana. Elena.—Que te alivies. (Vase también.) MARÍA ROSA.—Gracias.

MARÍA ROSA permanece un momento pensativa; luego se asoma a la puerta por donde se fueron sus hermanas, la cierra, inspecciona las ventanas, una de las cuales abre para volverla a cerrar instantes después; apaga la luz y se mete en su cuarto.

La escena permanece sola y a oscuras un rato, pasado el cual, ROBERTO llega por la izquierda, atraviesa la sala en puntillas y entra en el cuarto de MARÍA ROSA, cerrando tras sí.

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL SEGUNDO ACTO

## TERCER ACTO

De noche. El cuarto de costura de la misma casa.

La habitación, más pequeña que la de los actos anteriores, no recibe otra luz que la de una ampolleta eléctrica y que aun se debilita al tamizarse a través de una pantalla de papel chinesco. Pende esta lamparilla al centro del cuarto, y tan baja está, que apenas se alza tres palmos por encima de una mesa oblonga y sólida de las usadas para el corte de ropa. La mesa corre de boca a fondo de la escena. MERCEDES ocupa el testero del fondo, sentada, de cara al público; PANCHITA, en un taburete, al lado izquierdo de la mesa; ELENA, de pie, arma una blusa en un maniquí, a la derecha de MERCEDES y en último término.

Las de la mesa cosen ropa blanca. Las tres trabajan silenciosas y tristes. Suavemente, la luz baña las manos de PANCHITA y de MERCEDES, las costuras y los utensilios y retazos que hay sobre la mesa. Los rostros, como el resto de la habitación, quedan en penumbra.

Una ventana, al fondo, que da a la calle oscura; es de cristales y tiene visillos blancos. A derecha e izquierda, puertas de acceso a las demás habitaciones de la casa. En apropiada colocación, máquina de coser, cómoda, mesita con figurines. Debajo de la mesa, un canasto para papeles inútiles; sobre la cómoda, un tiesto con flores; en las paredes, cromos, figurines y un espejo; retazos de lienzo, por el suelo; a la espalda de PAN-CHITA, en primer término, y próximo a la pared, un sillón.

La pantalla de la lámpara está levantada y prendida del lado de ELE-NA, de suerte que la luz llegue fuerte al maniquí en que la niña trabaja.

#### ESCENA I

## ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

Las tres cosen, sin hablar durante los primeros momentos. A ratos, ELE-NA saca el pañuelo del bolsillo del delantal, para secarse alguna lágrima. Visten y peinan las tres con sencillez y llevan por toda coquetería delantales primorosos. Hablan espaciando sus parlamentos con pausas tristes y pensativas, y sin alzar casi la vista de las labores.

PANCHITA.—¿Le vas a poner bordados?

MERCEDES.—No.

PANCHITA.—Porque me sobra este. Si lo quieres...

Extiende el brazo hacia mercedes, ofreciendo a esta una tira bordada. Como mercedes ni siquiera levanta la vista, panchita deja el bordado sobre la mesa y reanuda su labor.

ELENA.—Por más que me lo digan, no lo creo, no lo puedo creer. PANCHITA.—Cosas de Roberto. ¿Todavía te preocupan? Eres muy simple.

mercedes.-Me parece.

## Pausa.

PANCHITA.—¿Qué hora es? MERCEDES.—En las monjas dieron las nueve hace poco. PANCHITA.—¿Vendrán? MERCEDES.-Gallardo se lo prometió a esta.

ELENA.-Es decir, pasará. ¡Qué vida!

MERCEDES.—A las diez... por la ventana... él solo, para no llamar la atención en la calle.

PANCHITA.—(Por ELENA.) Esta, llora y llora. Nada se saca con llorar.

ELENA.-¿Alguien anda en la otra pieza?

PANCHITA.—(Tratando de ver desde su asiento y por la puerta derecha.)
No se ve.

## Pausa.

MERCEDES.—Lo que yo digo: ¿vamos a quedarnos para vestir santos?

PANCHITA.—Como las de Rojas, que tienen cincuenta años y todo el mundo les dice «las niñas».

MERCEDES.-Entre risas.

PANCHITA.—¡Y qué risitas! Hirientes, tristes, como las que provoca la estupidez de los cuentos alemanes.

mercedes.-¡No digo!

PANCHITA.-No. Todo, menos un porvenir de cuento alemán.

ELENA.-Alguien anda en la otra pieza.

Callan, quietas, escuchando; y a poco llega etelvina por la derecha.

#### ESCENA II

## LAS MISMAS Y ETELVINA

Esta entra con afectada indiferencia, como madre que vaga por la casa buscando qué hacer. Pero con disimulo observa a sus hijas. Se sienta en el sillón. Las niñas no la miran; trabajan con prisa nerviosa.

ETELVINA no regaña; habla con suave acento.

ETELVINA.—¿Concluyen las camisas...? Por Dios, cómo han puesto el suelo. (Se levanta a recoger retazos.) Para esto les puse el canasto... ¿Dónde está...? Panchita, hija, ¿dónde está el canasto?

PANCHITA.—(Suave, pero sin interés ni solicitud.) No sé, no lo he visto.

ETELVINA.—Ahí, mira, ahí... (Toca en el hombro a PANCHITA y le señala debajo de la mesa.) Sácalo... (PANCHITA, con el pie, lo saca.) No lo trates así. En él echaba tu padre los papeles... Inmundo han puesto el suelo. ¡Ave María! ¿Cuándo van a ser más ordenadas? (Ha ido recogiendo los retazos desparramados y metiéndolos en el cesto.) Roberto ha venido... (Observa el efecto de su anuncio. Las niñas callan.) Está en el salón... ¿No querían hablarle?

MERCEDES.-Ya no.

PANCHITA.-Ya no.

ETELVINA.-Pues yo le dije que sí. Como ustedes dijeron...

PANCHITA.-¿Yo?

ETELVINA.-Tú, Elena.

ELENA.-Sí, pero... ya no, mamá, ya no.

ETELVINA.—Cualquiera las entiende a ustedes... El caso es que ya le dije. Y va a venir...

Vase por la izquierda.

## ESCENA III

ELENA, MERCEDES V PANCHITA

En cuanto se va etelvina, la escena se inquieta.

ELENA.-Yo me voy.

MERCEDES.-Y vo.

PANCHITA.—Creo que nada tiene que hablar ese con nosotras.

MERCEDES.—Para escenas violentas y grotescas, basta con las que ya hemos pasado.

MERCEDES y PANCHITA arreglan sus costuras sobre la mesa.

PANCHITA.-Vendrá otra vez con sus consejos y sus hipocresías.

MERCEDES.-Que si dijeron esto, que si lo otro...

MERCEDES.—Como si nosotras no supiésemos que se ha enemistado con ellos y que por eso es todo.

ELENA.-Vámonos; no arreglen trapos ahora.

MERCEDES.-Por suerte sabemos a qué atenernos.

PANCHITA.—Que hablaron pestes de nosotras. ¡Y a quién se lo fueron a decir! ¡Ni tontas que estuviésemos! ELENA.—Vamos, vamos. Parece que ya viene.

# Se dirigen a la puerta izquierda.

MERCEDES.—¡La suerte nuestra! Tendría que ver...

PANCHITA.—Dependiendo siempre del capricho de María Rosa, que ve visiones... y del capricho de su...

MERCEDES.—(Reticente.) Ya.

Se van las tres por la izquierda. Pasado un instante, llegan MARÍA ROSA y ROBERTO por la derecha.

## **ESCENAIV**

# MARÍA ROSA Y ROBERTO

MARÍA ROSA.—Lo sospechaba. Se han ido... ROBERTO.—¿Por qué lo sospechabas?
MARÍA ROSA.—Porque sí.
ROBERTO.—¿Deducías?

MARÍA ROSA.—Tanto como deducir, no. En la tarde, Elena fue a decirle a mi mamá que si venías esta noche, les avisara; después... nada; secreteos, lágrimas, actitudes de víctimas... huirnos... En la comida, yo, tratando de preparar los ánimos para lo que debías decirles, aludí a ti varias veces. Y ellas, mudas. Pero leí en sus semblantes. (Suspirando.) Y ahora veo que leí bien. ¡Ay, Roberto, esto se pone malo, muy malo!

ковекто.-Si empiezas por perder el ánimo tú...

MARÍA ROSA.-Decir enamoradas y decir extraviadas...

ROBERTO.-Pero si todo va marchando bien, hijita.

MARÍA ROSA.—El respeto, la ternura, la unión de la familia, todo parece que va olvidándose aquí.

ROBERTO.-¿Volvemos al pesimismo?

MARÍA ROSA.-No, no.

ROBERTO.—Sí, sí; son cosas tuyas.

MARÍA ROSA.—¡Ojalá... ojalá sean cosas mías! Gallardo, el famoso Gallardo, el hombre de los gestos de grandeza y del alma ruin, es capaz de darnos un disgusto, créeme.

ROBERTO.-Pero ¿cómo?

maría rosa.-Con Elena.

ROBERTO.—(Encontrando peregrina la idea.) ¡Con Elena!

MARÍA ROSA.—Con Elena, sí. Ha llegado también a ese grado del amor en que la mujer no entiende más de razones, en que no desea ver con claridad sino una cosa: si la quieren o no... sin saber que esta certidumbre solo llega cuando ya no es necesaria, cuando hemos dejado de amar, cuando precisamente por haber dejado de amar contamos con la serenidad suficiente para analizar cada acción del hombre que adoramos, los episodios todos de nuestros amores con él.

ROBERTO.-(Pensativo.) El vértigo.

MARÍA ROSA.—En el vértigo. Esa, esa es la expresión. Está en el vértigo. Todas, las tres están en el vértigo.

ROBERTO.-Quedamos nosotros para despertarlas.

maría rosa.-¡Despertarlas!

ROBERTO.—Hay que afrontar la situación. Tú, con ellas; yo, prohibiéndoles a ellos perseverar en los malos propósitos.

MARÍA ROSA.-Debes prohibirles, eso es.

ROBERTO.-Ya lo creo.

MARÍA ROSA.-Aunque...

ROBERTO.-¿Те desanimas ahora?

maría rosa.—Aunque... Les prohíbes... Bien. Figúrate que les prohíbes acercarse a las chiquillas, y que te lo prometen. ¿Y ellas...? Ellas, cuando lo sepan... que lo sabrán, no te quepa duda... el correo del corazón hace milagros... Ya ves: yo en este momento sé cuánto pasa en mis hermanas. No he hablado con nadie, nadie me ha enterado de nada; pero las quiero, y el cariño que les tengo me hace sentir... y basta; ya tengo la certeza.

ROBERTO.-Sí. No solo pensando se alcanzan las verdades.

MARÍA ROSA.—En achaques del querer, basta sentir para encontrarlas.

ковекто.-¿Y qué harían ellas? Vamos a ver.

MARÍA ROSA.-¿Qué harían ellas?

ROBERTO.-Me ibas a decir que ellas, en cuanto lo supiesen...

MARÍA ROSA.—¡Ay, Roberto! No sé dónde tengo la cabeza. Quería decir que lo sabrán y se rebelarán contra nosotros y... tal vez los busquen... ¡y sabes Dios!

ROBERTO.—¡Oh! Ya eso es mortificarse. ¡Qué afán el tuyo de ponerte siempre en el peor de los casos!

MARÍA ROSA.—¡Ay Roberto! No sabes tú lo que pasa en el corazón de una muchacha, lo que sueña, lo que espera, desde el momento en que Dios la hace mujer y le grita en el corazón: ¡a querer...!, que es como si le gritase: ¡a sufrir...! Un vacío se abre entonces en el pecho... y nace una inquietud... esa angustia por encontrar algo... o alguien... que nos hace mucha falta y que se convierte en el fin primordial de nuestra vida... Se sueña, se espera... De repente, se cree que aquello... o aquel... ha llegado. Y una se

engaña. No ha sido esa vez. Y viene una segunda; y tampoco ha sido. ¡A esperar otra...! y otra... y diez... y ciento... y a veces, siempre, a esperar siempre; ¡porque son muchos los casos en que aquel no llega nunca...! Pues bien, mis hermanas, tú lo sabes, han esperado ya mucho, han visto romperse muchos sueños, muchas esperanzas... De todo esto quedan desconsuelos y amarguras, y suele llegar un momento en que ya no se puede más: una se agarra a la última mentira, con desesperación, quiere hacerla verdad, a fuerza de corazón... ¡y logra creer que es verdad, que aquel llegó por fin! Entonces...

ROBERTO.-Sí, sí. Pero ellas son demasiado jóvenes para eso.

MARÍA ROSA.—Ellas sienten ya en mí una barrera que les impide la llegada de esa paz de la cual tienen sed, hambre, ansia... hambre, sed y ansia, todo junto... Lo sienten: están seguras de que yo, no ellas, he gastado sus horas de dicha antes que les hayan llegado, de que yo les tapo el sol con la sombra negra de mi vida.

ковекто.-No hables así. ¿Tú?

MARÍA ROSA.-Yo, sí, yo.

ROBERTO.—Vamos, ya te volvió el pesimismo. ¡Qué poquita cosa eres!

MARÍA ROSA.—Ya me volvió el sentido de la realidad. (*Con rabia*.)
Yo tengo la culpa; yo, que he sido mala; yo, que con mis faltas y
mi miedo a la vida he desprestigiado la casa, hasta el extremo de
que ningún hombre se acerque a mis hermanas con honrado fin.

ковекто.-Cállate, hazme el favor.

MARÍA ROSA.—Cállate tú, que también eres culpable... y quién sabe más que yo.

ROBERTO.-¡Yo!

MARÍA ROSA.—Tú, sí, tú. Porque yo no quería. No ignoraba que volver a manchar nuestro nombre era dejar caer una lápida sobre las ilusiones de mis hermanas. ¿No era mía la culpa de todos los fracasos anteriores? Debí rechazarte y trabajar, resistir la

tentación de la holgura fácil y no creer cuanto me decías de que nada rinde el trabajo de la mujer.

ROBERTO.-(Sonriendo, pero trémulo.) ¿Y mentía?

MARÍA ROSA.—Calla. Tú, con tus influencias en el mundo, en la política, pudiste conseguirme un empleo decoroso, una sucursal de correos, cualquier cosa... Pero no, me hiciste caer, entregarme a ti, vencida. Trabajando, yo hubiera sostenido la casa, alejado la sospecha, logrado el olvido de mi historia tal vez... Pero caí, caí como una tonta. Y hoy atraigo el daño para mis hermanas; y aún más: les doy el mal ejemplo. ¿Te figuras que porque vienes ocultamente a mi casa, ellas lo ignoran? Ojalá. Yo apostaría que lo saben todo.

Pausa. ROBERTO se pasea, excitado, febril, conteniéndose. MARÍA ROSA, en el sillón, llora.

ROBERTO.—(De pronto, con amargura.) ¡Parece mentira! (Queda mirando a MARÍA ROSA, va a decirle algo; pero llega ETELVINA por la izquierda y él se dirige a ella.) Señora, ayúdeme usted a tranquilizar a esta criatura.

## ESCENA V

## LOS MISMOS Y ETELVINA

- ETELVINA.—(Suave y triste, pero afectando valor.) ¿Ya estás con las crisis? ¿Qué ha pasado?
- ROBERTO.—Exaltaciones. Pesimismos. También a mí me tocó un chaparroncito muy regular. Gracias a que sé dominarme...
- ETELVINA.—Vaya. Vámonos al salón. Esas chiquillas, por su lado, están lo mismo que esta. No quieren nada con nadie. ¡Válgame Dios! ¿Vamos? Dejémoslas venir a coser. Que se entretengan

trabajando, siquiera. María Rosa, anda; no seas tonta... Ven, vamos...

ROBERTO.—Déjela usted, señora, un momento. Yo voy a hablarle un rato. ¿Las niñas quieren venir inmediatamente?

ETELVINA.-No sé... Creo que sí.

ROBERTO.-Dos minutos, y estamos con usted en el salón.

ETELVINA.—Convénzala usted. Todo se le hace un mundo a esta criatura.

ковекто.-La pierde a veces el exceso de sentimiento. Bien...

Vase etelvina por la derecha.

## ESCENA VI

# MARÍA ROSA Y ROBERTO

ROBERTO.—¿Has pensado lo que me has dicho? Dime... ¿Has tomado el peso... has calculado el efecto que por fuerza debían hacerme esos cargos?

MARÍA ROSA.—Porque lo he pensado te lo he dicho. Y por eso precisamente, por los remordimientos que me causa tanto pensar es que al fin he hablado.

ковекто.-Luego, quieres herirme. ¿Y te parece justo?

MARÍA ROSA.—No, en herirte no he pensado. Digo que veo clara mi culpa en la situación de las chiquillas. A ti... ¿Qué hubiera hecho otro hombre en tu lugar? Lo mismo.

ROBERTO.—Otro cualquiera, un mezquino, no hubiera hecho lo mismo.

MARÍA ROSA.—No. Si yo comprendo que mezquino no puedo decirte. Yo creo que tú has buscado mi felicidad.

ROBERTO.—Y busco la de los tuyos.

MARÍA ROSA.-También... ¿Cómo? Ahí está la cuestión.

ROBERTO.—Ya sé a qué te refieres. Y tienes razón, hasta cierto punto. Una verdad hay, más dolorosa que culpable para mí... Porque ahora veo que no soy el hombre enamorado y correspondido; apenas, el salvador pecuniario.

MARÍA ROSA.—(Altiva.) Eso es decir que me he vendido.

ROBERTO.—Mido las palabras con la misma exageración que tú. Pero hablemos así, exageradamente. Pongámonos en el peor de los casos, conforme a tus aficiones. Crees que trabajando tú y tus hermanas... Con Carlos no se puede contar... Crees que trabajando habrían podido sostener la casa. Mentira, error profundísimo. Una renta miserable, la mitad de lo que ahora tienen, eso habrían obtenido ustedes, entre todas... Y por un tiempo, que ya hubiera llegado el cansancio para las chiquillas, la fatiga, la rendición. Salir de casa muy de mañana... en invierno, lloviendo... en verano, madrugando más porque las tiendas se abren más temprano...

MARÍA ROSA.-¡Y tú me dices pesimista!

ROBERTO.—¿Pero crees que eso es para resistirlo siempre por niñas que nacieron y crecieron en la holgura? ¿Te imaginas que estos mismos hombres a quienes rechazamos hoy por su maldad, no irían a cazar las palomas en los ratos de tedio y desesperación por la triste suerte? En teoría, es muy bello lo que soñabas; en la vida es otra cosa. Ante todo, en estos casos, está el factor de la educación, del medio. No triunfan por ese camino muchachas que no han templado su espíritu; no triunfan criaturas candorosas y excesivamente tiernas y sentimentales como tus hermanas, que han visto la vida a través de visillos de encaje y tienen la cabeza llena de ilusiones aristocráticas. Ellas han esperado siempre para sí la vida que la suerte dio a sus padres, a todos sus parientes. Lógico: ellas esperan igual porvenir. Se creen con derecho a él. ¿Es o no así...? ¿Ves? ¿Ves cómo tú también lo reconoces?

MARÍA ROSA.-Hubieran cosido en casa... ¡qué sé yo!

- ROBERTO.—Mucho habrían ganado. La gente rica, la única que hace el negocio para las modistas, no quiere ir jamás a una casa que fue de su esfera. Las damas son odiosas con la modista y prefieren siempre una que pueda soportarles todas sus exigencias. Tratar con iguales a ellas asuntos que solo marchan bien de superiores a inferiores, no les conviene... Pero, por lo visto, deseas por fuerza encontrarme culpa. Eso es lo que obtengo ahora. ¡Triste cosa!
- MARÍA ROSA.—¿Y yo...? ¿No es amargo mi resultado? Por defender la virtud de la familia, he pisoteado la mía. ¡Y para qué! Para no tener hambre, para nada más. Y en cambio...
- ROBERTO.—¡No! No me vuelvas a decir que mi papel aquí es el de un mercader de honras. Reclamo siquiera consideración. ¿Que no me quieres? Todo sea por Dios. Pero no me digas que he venido a comprar nada aquí.
- MARÍA ROSA.-¿Quién piensa en decirlo?
- ROBERTO.—Me he acercado a ti por amor. Tú, casada: el matrimonio, imposible. Que yo debí ahogar mi pasión y dar, darlo todo sin tomarme nada en cambio... Cierto... Fui débil; no todos nacemos para héroes. Te quiero demasiado... esa es la cuestión... te quiero demasiado. Delante de ti, el vértigo me arrastró siempre y no cupieron razones altruistas. En tu presencia, solo mi sangre hablaba, se agolpaba a mi corazón; el cerebro no existía sino para retener tu cara, tu voz, tu... ¡tú entera...! (Se acerca a ella, entre doliente y apasionado.) María Rosa, dime... ¿piensas mal de mí?
- MARÍA ROSA.—(*Llorosa*.) No... Si comprendo... Es que no soy feliz... porque no lo son mis hermanas.
- ROBERTO.—Pero ten paciencia. Todo lo arreglaremos. ¿No ves que la dicha de ustedes es también la mía? Y no por méritos, no por esos méritos que varias veces me has dicho que encuentras en mí. Así es por... por egoísmo... Emplearé la razón de ese canalla... La suerte de ustedes será la mía porque aquí estoy yo,

porque aquí contigo está mi vida, porque el porvenir de esta casa me pertenece. Dime, ¿me pertenece? (*Muy junto a ella*.) MARÍA ROSA.—Dependerá de ti.

ROBERTO.—¡Qué pretensión! Pues sí, yo creo que me pertenece. ¿Cómo no lo he de querer, entonces? ¿Por qué es grato y bendito para un padre el engendro que se convirtió en un hijo? ¿Por qué es gloria para el artista la obra que resultó un triunfo? No por mera vanidad de poseedores; porque con el nacimiento del niño y con la vida conquistada para la obra, nació en ellos un afecto nuevo. ¿Y sabes tú el valor de un afecto en la busca de la dicha? Si en todos los corazones florecieran a menudo los afectos, la humanidad estaría salvada.

MARÍA ROSA.—Si todos nos defendiéramos unos a otros...

ROBERTO.—Como yo defiendo esta casa... Vamos, dame tu mano. Quiero que me permitas besarla en señal de que me has comprendido. (Le coge la mano y se la besa. Ella, aunque siempre triste, alienta, reconfortada.) Así... Déjame sentirte mía, más mía mientras más vivimos... (Se ha sentado en el brazo del sillón, pasando a MARÍA ROSA un brazo por encima de los hombros.)

MARÍA ROSA.-Por lo menos, tengo consuelo.

ROBERTO.-¡Animo! ¿Me quieres?

MARÍA ROSA.—Sí. Perdóname. Era que...

ROBERTO.—¡Chts! No me expliques nada. Yo te quiero. ¿No ves que te adoro? Pues no hacen falta las explicaciones. Tú lo has dicho: en cosas del corazón, la verdad se encuentra sintiendo. Te creo, siento que me has entendido.

## Pausa.

maría rosa.—¡Pobres chiquillas!

ROBERTO.—(Levantándose.) Paciencia, fe. Son buenas. Esto pasará. Pronto me recibirán, me dejarán hablarles. Las llevaré a la vitrina de los juguetes... Allí las haré sentir. Apelaré al

cariño de los suyos, al orgullo de la decencia, a la virtud de la casa. ¡Ánimo! ¡Fuera pesimismos! ¿Vamos? Tu mamá debe estar inquieta.

MARÍA ROSA.-Vamos.

# Vanse por la derecha.

## ESCENA VII

## ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

Tras de muy breves instantes, llegan por la izquierda.

MERCEDES .- ¡Vaya! ¡Se fueron!

ELENA.-Creí que iban a estarse aquí toda la noche.

PANCHITA.—¿Qué sería lo que disputaban? Desde allá se les veía a ratos: María Rosa lloraba; él, en paseos, como las fieras en la jaula.

ELENA.-Bueno, bueno, bueno. Luego hablaremos de eso.

MERCEDES.-Así es. Pobre Gallardo.

ELENA.-Mucho rato hace ya que ronda la ventana.

PANCHITA.-Listas. Yo, en esta puerta. Tú, Mercedes, en la otra.

ELENA.—Y al menor indicio de que alguien viene... ya saben la seña.

MERCEDES.-Tirar las tijeras encima de la mesa.

PANCHITA.-Listas.

MERCEDES y PANCHITA toman colocación en las puertas. ELENA abre una hoja de la ventana, se asoma, vuelve a cerrar, levanta uno de los visillos y, mirando a través del vidrio, espera. Pronto se ve la cara de GALLARDO con su puro en la boca, y ELENA vuelve a abrir.

## ESCENA VIII

## LAS MISMAS V GALLARDO

ELENA y GALLARDO hablan por la ventana, a media voz. MERCEDES y PANCHITA, de guardia en las puertas, pero escuchando atentas el diálogo.

ELENA.-¿Te cansabas?

GALLARDO.—Toda la noche habría esperado. No sabes tú cómo van las cosas.

ELENA.-¿Qué pasa? ¿Otra calamidad más?

GALLARDO.—Casi nada: ese canalla nos quiere hundir a toda costa. No te imaginas... ¡Qué te vas a imaginar lo que ha hecho!

ELENA.-Di. ¿Qué?

GALLARDO.—Porque ha sido él... ¡qué duda cabe...! no puede haber sido nadie sino él. Ya lo verás, por un detalle.

ELENA.-Habla, por Dios; habla... No me inquietes así. Habla.

GALLARDO.—En fin, queda un remedio... el único; pero queda uno.

ELENA.-¿Te vas a explicar?

GALLARDO.—Hoy, cada uno de nosotros ha tenido en casa una escena terrible. Roberto... porque estoy seguro de que él ha sido... ha escrito un anónimo a mi madre, otro a los padres de Cuadra y otro a los de Fuentes.

ELENA.-¿Diciendo?

GALLARDO.—Diciendo... ¡Hazte cargo...! Si parece mentira... diciendo que nosotros pretendemos casarnos con ustedes y que eso no puede ser. «Jóvenes de familias honorables, de apellidos sin mácula, como nosotros, deben aspirar a niñas más puras». Así dicen los tres anónimos: textual. ¿Comprendes ahora? ¿Ves el detalle? La misma falsedad que le sirvió para enemistarnos en esta casa.

ELENA.-No es posible.

GALLARDO.—¡Que no! Te voy a traer los anónimos. Cuando yo te digo que a mí nadie me quita de la cabeza que Roberto está enamorado de ti...

ELENA.—¡Oh! No repitas eso. Me gusta porque me halaga verte celoso; pero es una tontería. Y tu madre, ¿qué dice?

GALLARDO.—Calcula tú: furiosa conmigo. Y lo mismo les pasa a los otros. Menos mal que yo soy mayor de edad. Todo se reduciría a una ruptura temporal con mi madre.

ELENA.-¿Sabes que es infamia?

GALLARDO.-Vileza, ruindad.

ELENA.—No puede ser... En fin, a ustedes les será muy fácil convencer a sus familias de lo contrario, de la verdad.

GALLARDO.—No tan fácil, no te creas. El famoso Reyes y sus compañeros han echado a correr voces que... estorban... eso es... por lo menos, estorban... ¡Ese desgraciado paseo en automóvil! ¡Fue una locura! ¡Qué chiquillas! No reflexionar, digo yo.

ELENA.-¿Y no pueden ustedes demostrar una verdad tan sencilla, tan clara?

GALLARDO.—Lo intentaremos; lo seguiremos intentando, mejor dicho. Pero... tú sabes... los padres sueñan siempre para sus hijos princesas de maravilla o poco menos. Luego, se han empeñado en no ver en nuestras defensas sino la ceguera del amor. Nos ven locamente enamorados, y esto nos perjudica.

ELENA.-¡Ave María! Jamás, jamás creí a Roberto tan indigno.

GALLARDO.-Pues ya es hora de que me creas más a mí.

ELENA.-No se trata ahora de eso.

GALLARDO.—Sí, sí... Como lo has oído. Es un detalle revelador, ¿eh? ¡La frasecita que todo lo puede!

ELENA.-Algo me anunciaba el corazón.

GALLARDO.—¡Bah! No es cosa de ponerse así. La solución es nuestra. Radical. Es lo mejor. Antes que los males echen raíces... cortar por lo sano.

ELENA.-¿Y esa solución es...?

GALLARDO.-La hemos pensado y madurado entre todos.

ELENA.-Di...

GALLARDO.—Aquí lo verás... (Se pone el puro en la boca, saca la cartera y de ella tres cartas que entrega a ELENA.) Toma, para ti... Estas, para Mercedes y Panchita... de Cuadra y de Fuentes...

No; aguarda. Léela después. Ahora, gocemos un instante.

ELENA.-¡Gozar...! Además, de repente llega Carlos.

GALLARDO.-Él se recoge tarde.

ELENA.-Anda, anda.

GALLARDO.—Bien. Pero piensa lo que te digo... Dame la mano... Tiemblas...;Pobrecita!;Qué poquita eres!

ELENA.-Basta, basta...

GALLARDO.—Sonríe, no seas así. El mundo es nuestro. ¿No nos queremos con toda el alma? ¡Pues qué importa lo demás! (Le besa la mano, muchas veces, con glotonería de amante, reteniéndola entre las suyas, acariciándola, palpándola.)

ELENA.-Deja... No más.

GALLARDO.-Otro... ¿Me quieres?

ELENA.—(Con dolor.) ¿Aún me lo preguntas?

GALLARDO.-Dime sí, sí... mil veces.

ELENA.-(En tono de réplica desconfiada.) ¿ Qué dice la carta?

GALLARDO.—Verás. Ahora sí que me voy. Mañana me contestas... a esta misma hora.

ELENA.-Hasta mañana.

GALLARDO.—Hasta mañana. (Le besa repetidas veces la mano, con ansia y precipitación y se va.)

## **ESCENAIX**

## ELENA, MERCEDES Y PANCHITA

Tan pronto cierra elena la ventana, mercedes y panchita, que lo han escuchado todo, corren a ella, le arrebatan las cartas y, ávidas, leen en silencio. Terminada la lectura, quedan mudas, atónitas. Luego se miran, pero sin sostenerse la mirada, cual si quisieran ocultarse un pensamiento culpable o una herida en el pudor. Pasa un breve instante. Mercedes, como una autómata, vuelve a la mesa, coge su costura y cose, la vista baja, demudado el semblante. Lo mismo hace panchita enseguida. Elena queda de pie, inmóvil, con la vista en el vacío.

- PANCHITA.—(Vacilante, con voz tímida y dolorida.) Mercedes... ¿lo quieres?
- MERCEDES.—(En un angustiado estallar de pasión.) ¡Sí; lo quiero, lo quiero, lo quiero!

Pausa. ELENA pasa al sillón y en él se abisma en pensamientos. En el diálogo siguiente de MERCEDES y PANCHITA, a veces lento, por instantes vehemente, se advierte ya sinceridad en la pasión, ya el afán triste y desesperado de quien se propone mentirse una esperanza que, en secreto, es ya decepción.

- PANCHITA.—Yo... también. Y tanto, tanto... que me dan ganas de gritarlo, de gritárselo a mi mamá, de gritárselo a María Rosa, de gritárselo a todo el mundo... ¡de atronar el espacio gritando que lo adoro!
- MERCEDES.—Esto no puede seguir así, no. Tienen razón. Yo tampoco puedo más... Enjaulada, no, no... Lo que sea, lo que él quiera... Pero esto es superior a mis fuerzas.
- PANCHITA.—(Débil, casi suspirante.) ¿Lo que él quiera?

MERCEDES.—(*Tardando un poco en responder*.) ¿No sientes tú como yo...? El corazón crece, se llena, se hincha de amor... no cabe en la casa... ¡El mío no cabe ya en esta casa!

## Pausa.

- PANCHITA.—Mi mamá... María Rosa... (*Transición*.) ¡Bah! Cariños como barras de grillos.
- MERCEDES.—(Con forzada animación.) Pero, vamos a ver... lo que yo digo... ¿ellas nos van a hacer felices? Amor, amor, no cariño... ¿nos lo pueden dar ellas?
- PANCHITA.-Es claro que no.
- MERCEDES.—Lo necesitábamos, ya lo tenemos... esta vez sí que lo tenemos... ¿lo vamos a desechar? Tenemos derecho a esa felicidad que por lo visto están todos empeñados en negarnos. Somos jóvenes, somos bonitas, queremos con toda el alma... (Vacilante.) Nos quieren... (Imponiéndose certeza.) Sí, nos quieren...
- PANCHITA.—(También imponiéndose certeza.) Sí, nos quieren.
- MERCEDES.—Reunimos todos los requisitos para ser felices en el amor.
- PANCHITA.—(Repitiendo con forzada fe y falsa alegría.) Sí, sí... Y nos quieren... claro...
- MERCEDES.—Basta considerar cómo se han portado siempre con nosotras...
- PANCHITA.—(Después de una pausa.) Ahora, lo que proponen ahora... duele, pero...
- MERCEDES.-Pero la culpa no es de ellos.
- PANCHITA.-No es de ellos.
- MERCEDES.—Oposición, guerra en todo el mundo, en sus casas, en la nuestra.

PANCHITA.—Y, como ellos dicen, muchos lo han hecho. Al día siguiente, nos buscan; nosotros, que no deseamos otra cosa, nos dejamos encontrar...

MERCEDES.-Y se acaban la oposición y la tontería.

PANCHITA.—Porque... miramientos...; El mundo!

MERCEDES.—El mundo nos tiene ya en menos, sin que nada hayamos hecho. Una vez casadas, nos respetará. Verás tú.

PANCHITA.—Una vez casadas, eso es. Porque si nos proponen esto, es para casarse con nosotras. Elena, di...

ELENA.-(Atormentada.) ¡Quién pudiera saber!

PANCHITA.-¿Qué?

mercedes.-;Qué!

ELENA.—(Demorando, irresoluta un momento.) No sé... Pero... se me ocurre que deseamos creer que nos quieren, que nos imponemos la seguridad, pero que... ¿cómo decirlo...? que, inconfesadamente, sentimos...; que no...!

Rompe a llorar. Estremecimiento doloroso en MERCEDES y PANCHITA.

Pausa.

mercedes.-No, no... Eso sería creer en Roberto.

ELENA.-¿Y por qué no? Y en María Rosa, y en mamá, que nos quieren de veras, y en quienes hemos de tener fe.

MERCEDES.-;Fe!

PANCHITA.—María Rosa y Roberto... la mesada de los suegros... ¡Hem...!

ELENA.—Calla. Si sobre las murmuraciones de las malas lenguas caen las nuestras, ¿qué podrá esperar la pobre María Rosa...? Y si fuera verdad, por nosotras lo habría hecho. ¿A qué engañarnos ahora? Por quien sino por nosotras luchó siempre, por no exponernos... Por nosotras se viene sacrificando desde su matrimonio mismo... Ha sido infeliz. ¿Tiene ella la culpa? ¿Tiene ella la culpa de que para el mundo ser desgraciada valga

tanto como ser mala...? Y vamos nosotras a decepcionarla también... ¿Qué sacrificio hemos hecho jamás por ella?

MERCEDES.-No ha habido necesidad.

PANCHITA.—Ni ocasión.

ELENA.—Pues esta es la ocasión... ¡Escaparnos...! Y mi mamá, vieja, destruida, abrumada por los años y las penas... Ya ni pensar puede casi. Hasta su razón parece que ha envejecido y que se acaba... ¡Pobre mamá! ¡Pobres las dos! Siempre velando por nuestra virtud, porque nadie se atreviese a rozar siquiera la tradición de nuestro nombre, esta ternura, esta unión, este orgullo de ser buenos y de querernos mucho que, como Roberto dice, es una verdadera religión en nuestra casa. ¿Todo esto lo vamos a pisotear de repente... porque sí... porque estamos enamoradas, locas...? No, no podemos dar este paso. A mi mamá, la mataríamos; a María Rosa, la conduciríamos quién sabe a qué. Y bonito fin de una familia, bonito modo de respetar el nombre de un padre que murió de orgullo... Luego, sin saber si nos quieren bien o si...

## Pausa.

PANCHITA.—Entonces... tú crees...

MERCEDES y PANCHITA clavan la vista en ELENA, atentas, dolorosamente atentas, cual se esperasen un fallo de muerte.

ELENA.—Me cuesta... me desgarra decirlo... Ustedes saben cuánto lo quiero...

MERCEDES.—Crees...

ELENA.—Creo... que estos...; como los otros!

Las tres lloran unos instantes.

MERCEDES.—(En un pronto de rebeldía dolorosa.) ¿Y qué hemos hecho, para que ningún hombre se acerque a nosotras rectamente?

PANCHITA.-¡Tu justicia, Dios mío!

# Otra pausa de llanto.

MERCEDES.—Somos jóvenes, somos bonitas, el corazón no nos cabe en el pecho, ansioso de amar; tenemos todos los requisitos para ser felices en el amor...; Pero la vida nos niega este derecho...!

ELENA.-¿Lo comprendes?

MERCEDES.—Sí... Si queremos ser buenas, no podemos ser felices...

Nueva pausa llorosa. Por la calle pasan silbando el mismo aire en boga y melancólico del segundo acto. La melodía pasa, se aleja, se apaga...

PANCHITA.—Canales.

MERCEDES.-Canales.

ELENA.-Vuelve del teatro.

MERCEDES.-Y tanto que nos hemos burlado de él.

PANCHITA.—Si tendrá razón María Rosa... ¡Si la lealtad será una virtud de medio pelo!

#### ESCENA X

# LAS MISMAS Y MARÍA ROSA

MARÍA ROSA.—(Llegando por la derecha.) ¿Qué...? ¿Siguen los llantos...? Vengo a que hablemos.

ELENA.—; Chts! Lee. (Le pasa una de las cartas.)

MARÍA ROSA.—(Después de leerla.) ¡Yo...!

PANCHITA.—¡Eres una santa! (Se abraza a MARÍA ROSA, conmovida y llorosa.)

MERCEDES.—(Imitando a PANCHITA.); Una santa!

MARÍA ROSA.—(En un desgarramiento doloroso, mirando a lo alto, inmovilizada por sus hermanas que la tienen abrazada.) ¡Yo...! ¡Por mí...! ¡¡Yo, yo...!!

ELENA.-Tú, no... Nos lo niega la vida.

## FIN DE LA COMEDIA

Julio de 1913.

# PAPÁYMAMÁ<sup>1</sup>(1915)

<sup>1</sup> Publicada en *El niño que enloqueció de amor* y luego en la antología *Cuentos de autores chilenos contemporáneos*, editada bajo el sello de Los Diez en 1917.

## ACTO ÚNICO

A prima noche, en la paz de una calle de humildes hogares.

Un farol, tras el ramaje ralo y polvoriento de un árbol, alumbra el muro de ladrillos desnudos. Próxima se abre la ventana de la salita modesta, en cuya penumbra se opaca el espejo, brilla el inmenso caracol que sobre la consola canta su sorda y evocadora canción de mar y se desdibuja la esposa sentada en el vano del balcón.

Es joven la esposa; tiene el rostro empalidecido por la luz de la calle; los ojos, como fijos en pensamientos.

¿Qué piensa la esposa todas las noches a esa hora, cuando el marido, en acabando de comer, sale? ¿Qué piensa todas las noches, sentada en el vano del balcón, mientras la criada lava dentro la vajilla y los niños juegan un rato en la acera embaldosada y resonante...? ¿Añora? ¿Sueña...? ¿O simplemente se rinde a escuchar el péndulo que en el misterio de la sombra marca el paso al sigiloso ejército de las horas...?

Es plácida la noche. El cielo, claro: nubes transparentes blanquean en el azul ya lechoso, la vía láctea empolva una banda de paz, hay una polvareda de estrellas y, muy blanca y muy redonda, la luna recuerda viejas estampas de romanticismo y de amor.

Dos niños juegan en la acera: RAMÓN y JUANITA. Un tercero, nene que aún no anda, sentado en el peldaño de la puerta de calle, escucha incomprensivo y mira con ojos maravillados. RAMONCITO ha mudado ya los dientes; es vivo, muy locuaz y sus piernecillas nerviosas están en constante movimiento. JUANITA es menor. Sentada como el nene sobre la piedra del umbral, acomoda en un rincón de la puerta paquetitos de tierra, y botones, y cajas de fósforos, y palitos...

Juegan a la gente grande, porque ellos, como todos los niños, sienten, sobre todo en las noches, una inconsciente necesidad de imaginar y preparar la edad mayor.

### ESCENA ÚNICA

#### RAMONCITO V JUANITA

- RAMONCITO.—(Deteniéndose frente a su hermana, con las manos en los bolsillos y las piernas abiertas.) ¿A qué jugamos, por fin?
- JUANITA.—Ya, ya está el almacén listo. (Y corrige la alineación de los botones y las cajitas.)
- RAMONCITO.-Pero ¿vamos a jugar otra vez a las compras?
- JUANITA.—Es claro, sigamos. Yo soy siempre la madama, y tú me sigues comprando. ¿No ves que mucha gente de todas estas casas no me ha comprado nada todavía...? Ni la hija del sastre, ni el tonto de la cité...
- RAMONCITO.—Bueno. Entonces, ahora soy el chiquillo tonto de la cité.
  - Se aleja unos pasos hacia la esquina. Luego vuelve, silbando, a pasos descoyuntados, arrastrando los pies, rayando el muro.
- RAMONCITO.—(Con voz gangosa.) Madama, madama, dice mi mamá que me diga qué hora es y que me dé la llapa en huesillos.

JUANITA.—(Muy seria en su papel de madama indignada.) ¡Ah, estúpido qui sei! Dile a tua mama que me pague el demanche que le fié a la matina.

Pero sobreviene una pausa desairada. A RAMONCITO ya no le divierte aquello.

RAMONCITO.—Mira, mejor juguemos a otra cosa. Siempre al despacho, aburre.

JUANITA.—(*Palmoteando*.) Al abuelito, ¿quieres? A contar cuentos. RAMONCITO.—Oye, ¿para qué le servirán los anteojos al abuelito? JUANITA.—¡Tonto! Para ver.

RAMONCITO.—Así decía yo; pero ¿no te has fijado que para hablar con uno mira por encima de los vidrios y para leer se los pone sobre la frente?

JUANITA.—Cierto. ¿Para qué le servirán los anteojos al abuelito? RAMONCITO.—Bueno, bueno. Juguemos... a...

JUANITA.-¿A la casa?

RAMONCITO.-Ya.

JUANITA.—(Con creciente entusiasmo.) ¿Al papá y a la mamá? Yo soy la mamá, o la cocinera... Lo mismo da, como tú quieras. Las dos, puedo ser las dos.

RAMONCITO.—(Improvisando un bastón con una ramita seca que recoge del suelo.) Yo, el papá. Llego del trabajo, a comer, pidiendo apurado la comida, que tengo que ir al teatro. ¿Te parece? JUANITA.—Espléndido.

Y renace la animación. La chica da nuevo acomodo a las cajas de fósforos, agrupa los botones, desenvuelve la tierra. Entre tanto, RAMONCITO, erguido, braceando y a largos pasos que retumban en las baldosas, vuelve otra vez de la esquina.

- RAMONCITO.—¿Está esa comida, Juana...? Pronto, ligerito, que tengo que salir.
- JUANITA.—Voy a ver, Ramón, voy a ver... Esta cocinera es tan despaciosa... (Se vuelve hacia su fingida cocina y pregunta.) ¿Mucho le falta, Sabina...? ¿Sí...? ¡Ave María!

El chico levanta los brazos, admiradísimo. Luego frunce el ceño: se ha enfadado súbitamente.

RAMONCITO.—¡Qué! ¿No está todavía esa comida?

JUANITA.—Ten paciencia, hijo, por Dios... A ver, mujer, déjeme a mí. Páseme el huevo, la harina... Eche más carbón...;Viva, anímese...!

RAMONCITO.—(Que ha emprendido una serie de curiosos paseos, bastón en mano, renegando.) ¡Habrase visto, hombre! ¡Qué barbaridad! Se mata uno el día entero trabajando, para llegar después a casa y no encontrar ni siquiera la comida lista. ¡Caramba!

JUANITA.—(Riendo.) Así, así, muy bien.

RAMONCITO.—(En un paréntesis.) No hables de otra cosa. Ahora eres la mamá y nada más. (De nuevo en son de marido tonante.) ¿En qué pasan el día entero dos mujeres, digo yo?

JUANITA.-Cosiendo, hijo, y lavando y...

RAMONCITO.—Nada. Mentira, Flojeando...;Brrr...!
JUANITA.—¡Dame tu santa paciencia, Dios mío...!;Chsss!

Afanada, simula freír, en un botón, un huevo... de paja.

- RAMONCITO.—Paciencia... Me das risa. Tengo hambre y estoy apurado... apurado, ¿oyes? Trabajo como un bruto y llego muerto de hambre. ¡Ah! Ya esto no se puede aguantar.
- JUANITA.—(Que frie con loco entusiasmo.) ¡Chssss! Y... este aceite, Dios mío, no sé qué tiene... ¡Chsssss!

RAMONCITO.—¡Buena cosa...! Está muy bien, muy bien... ¡Ah, y cásese usted!

Sus paseos se hacen cada vez más furiosos.

- JUANITA.—No te quejes así. Y a los niños, a estos demonios, ¿quién los lava, quién los viste, quién les cose, quién...?
- RAMONCITO.-¡Basta! Lo de siempre. Yo no tengo nada que ver con eso...
- JUANITA.—Pero es que...; Uy, que se me queman las lentejas...! Pero es que, por un lado, estos niños; por otro lado, la calma de esta mujer...
- RAMONCITO.—(*Iracundo*.) Si la Sabina es floja, se manda cambiar. ¡Caramba!
- JUANITA.-Cuidado, Ramón, que cuesta mucho encontrar sirvientes.
- RAMONCITO.—¡Qué sé yo! Tú sabrás. Podías aprender de mi madre, ya te lo he dicho. Esa sí que es ama de casa.

Como Juanita calla, sin atinar a responder, el chico la auxilia.

RAMONCITO.—Enójate un poco tú también. Dime, así, rezongando: «Ya me tienes loca con lo que sirve mi suegra. Ella será un prodigio; pero yo, hijo, ¿qué quieres?... una inútil...».

### La chica suelta una carcajada.

JUANITA.-¡De veras! No me acordaba.

RAMONCITO.-Dilo, pues. No sabes jugar.

JUANITA.—(Entre dientes.) «Ya me tienes loca con lo que sirve mi...».

RAMONCITO.—(Rabioso, sin dejarla concluir.) ¿Qué? ¿Rezongas? JUANITA.—Deme esa cuchara, Sabina.

- RAMONCITO.—No, no. Ahora me debías contestar: «¡Ave María! ¡Qué genio! Debes estar otra vez cargado de bilis. Es tiempo de que tomes otro purgantito...». No sabes, no sabes jugar.
- JUANITA.-Espérate. Ahora, sí, verás...
- RAMONCITO.—(Dándose por replicado y montando en mayor cólera.) ¡Bilis, bilis...! Siempre la culpa ha de ser de uno. ¡Ah, casarse, casarse! Para gastar, para eso se casa uno. Así les digo a mis amigos: cásense y verán...
- JUANITA.—(Con viveza.) Se te olvida una cosa: «¡Ah, si yo tuviera la desgraciada dicha de enviudar!». Y entonces yo te contesto: «No tendrás ese gustazo».

Pero el hombrecito se siente herido en su amor propio por la lección y, blandiendo el palo, amenazante, brama:

### RAMONCITO.-;;;Callarse!!!

- JUANITA.—Veamos ahora el asado. Sabina, ábrame el horno... (Respondiéndose a sí misma.) Ya está, señorita...
- RAMONCITO.—¡Ay, ay, ay! ¡Linda vida, esta...! En la oficina, aguantar al jefe; en la calle, los ingleses; en el tranvía, las conductoras hediondas, los pisotones, las viejas que han de ir todos los días a misa, nada más que para hacer viajar de pie a los hombres, que vamos al trabajo... o las pollitas, que se largan a despilfarrar en las tiendas lo que a los padres nos cuesta... nuestro sudor.
- JUANITA.—¡Ah, si tuvieras la desgraciada dicha de enviudar...! RAMONCITO.—Imbécil. ¡Celosa!
- JUANITA.—¿Celosa? No tendría el diablo más que hacer. Ya no, hijo; ya no soy la tonta de antes.
- RAMONCITO.—; Callarse, he dicho! (Yenarbola el palo, amenazador, terrible.)
- JUANITA.—(En un nuevo paréntesis.) Oye, los palos nos lo dés de veras.

RAMONCITO.—¡Silencio! ¡¡¡Silencio!!! Estoy ya cansado, aburrido, loco...; loco...! ¡¡Brrru...!!

Da un garrotazo contra la puerta de calle. La niña se sobrecoge.

JUANITA.—(Realmente azorada.) No se te vaya a ocurrir...

RAMONCITO.—(Repitiendo el palo con mayor furia.) ¡Chit! ¡Callarse!
JUANITA.—(Seria.) No juguemos más, ¿quieres?

RAMONCITO.—¡Nada, nada! ¡Pronto, la comida, pronto, si no quiere usted que...

El palo cae repetidas veces sobre la puerta, zumba alrededor de la cabecita de la niña, que se alarma cada vez más. El chico sigue echando chispas y vociferando. De pronto, con el palo alzado, se queda mirando a la presunta esposa. En sus pupilas brilla la llama de las travesuras temerarias; aquel brazo armado parece que va a caer, que inicia la descarga en serio sobre la cabeza de la niña. Entonces Juanita tiene primero una sonrisa interrogativa, luego un gesto de miedo. El nene, asustado también, suelta el llanto; y aquí Juanita, como iluminada súbitamente por un recuerdo salvador, suelta botones y pajitas, coge al nene en brazos, se yergue digna y altiva, y dice:

JUANITA.-¡Ramón, respeta a tu hijo!

# VIVIR (1916)

Drama en tres actos y en prosa

### **REPARTO**

PERSONAJES

MISIÁ MATILDE

MARÍA

OLGA

MARTÍN

RAMIRO

ROQUE

TRÁNSITO

En Santiago de Chile. Época actual. Derecha e izquierda, las del actor.

#### PRIMER ACTO

En casa de María, habitación de papel claro a ramas. Sirve a la vez de comedor, trastienda y salita de recibo, y se advierte en ella el pulcro arreglo de una mujer joven, de la clase media, prolija y ordenada.

Hacia la izquierda está dispuesta la salita, con sofá poltrona y un par de butacas, todo ello dentro de fundas de brin. En el muro, por encima del sofá, un espejo con marco dorado y protegido por una gasa blanca. La poltrona está en el ángulo, junto a una puerta que se abre al fondo y que conduce a la cigarrería. Esta puerta es angosta, sin batiente y tiene una cortina de cretona floreada.

El comedor ocupa la derecha y aun el centro de la escena. Al fondo, aparador modesto; al centro, mesa cuadrada y llana, con sillas de Viena. Una puerta que da acceso al interior de la casa, en la lateral derecha. Al lado de la puerta, segundo término, colgado del muro, un gran retrato fotográfico de la madre de MARÍA. En igual colocación, pero en primer término, una Virgen. Bajo esta imagen, una mesita con flores y una lamparita de aceite. Bajo el retrato, mesita parecida con algunas baratijas. Sobre la mesa, una botella de barro. Pendiente al centro, lamparilla eléctrica de una luz, clase común de pantalla plana. Donde convenga, cromos; si es posible, muchos de

ellos, con recargo de adorno, como se estila en esa mitad de la clase media que se compone de venidos a menos, sino de pueblo que ha ido ascendiendo.

Es de mañana, un domingo.

#### ESCENA PRIMERA

### OLGA Y MARÍA

Al levantarse el telón, OLGA está sentada a la mesa, con la pluma en la mano y unos papeles delante. Ha interrumpido la escritura y atiende a lo que habla MARÍA. Esta, de pie ante la puerta del fondo y sujetando con una mano la cortina, conversa con MARTÍN, a quien se supone en la puerta de calle de la cigarrería y cuya voz no se oye.

- MARÍA.—¡Claro!... (Ríe con estrépito.) ¿Que no? Ya verá... ¿Qué es...? Malo... (Nuevas carcajadas.) No, de usted no. Me río de una tontería que me está diciendo la Olga. (Gesto de extrañeza de la OLGA, pues nada le ha dicho.) Sí, aquí, conmigo. Le estoy dictando el pedido de las mercaderías que me van faltando... ¡Ah, sin duda! Una cigarrería, ¡gran negocio...! Ya ve: cigarros, postales, estampillas para colegiales coleccionistas... Pero diga de qué se trata... Bien... Bien. Hasta luego. (Vuelve hacia OLGA.) OLGA.—¿Martín?
- MARÍA.—Él, el gran pintor. Dice que tiene que decirme algo muy serio. Lo de siempre: amor. (Sonríe.) Ah, y además, que nos tiene una noticia.
- olga.-(Como tocada de un resorte.) ¿De qué?
- MARÍA.—No me quiso decir. Que iba a cerciorarse, primero, y luego volvía. ¿Sigamos? ¿O estás cansada?
- olga.—No. Mi dolorcito de cabeza de siempre. Sigamos. (*Leyendo lo que ha escrito*.) «Dos ruedas de hojas finas de Talca...».
- MARÍA.—Aquí... «finas de Talca para cigarrillos». ¿Pusiste «para cigarrillos»?

olga.-Ya.

MARÍA.—(*Revisando papeles*.) Cigarrillos... Ya todo lo de cigarrería está. Ahora, otras cositas. Pon: dos docenas de cancioneros que contengan «La Perjura», «El ven y ven» y «El tren expreso» de Campoamor.

olga.-... de Campoamor.

MARÍA.—Seis retratos aviador Acevedo; seis, Virgen del Carmen; seis, diputado Eyzaguirre...

olga.—(De pronto.) Oye, ¿qué noticia será la que nos tiene Martín? María.—¡Sabe Dios! Y eso en serio para mí...

olga.-¿Tú lo quieres o no, al fin?

MARÍA.—Oh, ya te he dicho. Mira, si te quedas un tiempo en Santiago conmigo, vas a aprender a vivir.

OLGA.-Lo mío es distinto.

MARÍA.—¡Bah! Cree una que sin ese hombre no podrá seguir viviendo. Y no es cierto. Se olvida. Y viene otro y se vuelve a creer lo mismo. Y tampoco es cierto.

olga.—Otro como Ramiro... Cuando no lo he olvidado hasta ahora...;Diez meses!

макíа.-¡Hum! El corazón se hace fuerte, verás.

olga.—Si no puedo. No sé qué va a ser de mí. A lo mejor, creo que lo voy olvidando... no, olvidando no; pero que me va viniendo la conformidad, al menos. Y de repente sueño con él una noche, y ya me tienes más enferma que nunca. ¿No has soñado tú nunca con un hombre a quien quieres y...

MARÍA.-Ya sabes que...

olga.—Bueno. Con un hombre a quien has querido. ¿Y no has amanecido como queriéndolo de nuevo... y con unas ganas terribles de verlo, de llamarlo, de suplicarle?

MARÍA.—Entonces, tú debes soñar todas las noches con él, porque no piensas sino en buscarlo, en suplicarle...

OLGA.—No te burles. Mira, ya sabes que lo conocí en la Filarmónica Española de Valparaíso. Bueno. Pues ya esa noche, cuando me

volví a casa, me quedó una dulzura, una angustia, algo tan raro y tan feliz...

Antes de concluir estas palabras, ha entrado MISIÁ MATILDE por la derecha. Viene de velo a la cabeza y con un canasto vacío al brazo.

#### **ESCENAII**

### LAS MISMAS Y MISIÁ MATILDE

- MATILDE.—Y te dio por leer novelas, que te llenaron más la cabeza de sueños y calamidades.
- olga.-Cállese, abuelita, por Dios; se lo suplico.
- MATILDE.-Y en nada serio pensaste ya.
- OLGA.-Iba a misa más que antes. Y rezaba con una alegría...
- MATILDE.—Y yo con una pena... Porque cambió esta criatura como del cielo a la tierra.
- olga.—¡Oh! Déjenos a nosotras. (A maría, bajando la voz como quien desea confidencia aparte.) Contaba tantas cosas de sus viajes, que... ya te digo, llenaba realmente de admiración. Yo sentía un orgullo tan grande de sus visitas...
- MATILDE.—A todo el vecindario iba a contarle lo que era el tal Ramiro.
- olga.-Bueno. No venga a escuchar lo que hablamos nosotras.
- MATILDE.—¡Eso es! ¿De cuándo acá reservas conmigo? ¡Quién habrá sido toda la vida tu confidente, la vieja chocha que te ha consentido todos tus caprichos!
- olga.—(Amaría, primero confidencial como antes y prescindiendo de la abuela, luego descuidando poco a poco esta reserva.); Y qué finura, qué bondad! Suave, distinguido... Porque es de muy buena familia... Hacía yo alguna pregunta disparatada, de ignorante, y él se sonreía con ternura y me lo explicaba todo con un aire

tan bondadoso, que yo me sentía como... como acogida... no sé cómo...

MATILDE.—Si llegabas a parecer tonta.

OLGA.—Y aunque se me olvidara después la explicación, me quedaba una dicha...

MATILDE.—No sé qué tanto te podía enseñar, porque muy bien te educaron las monjas. Pero abría el dichoso hombre la boca, y ya la tenías a esta de remate, hasta temblando...

OLGA.-Es que su modo suave...

MATILDE.—Suave. ¡Muy suave! La trataba siempre como a una criatura. En mi tiempo, los jóvenes eran humildes.

MARÍA.-Y ya ve, misiá Matilde: hoy los quieren más que antes, tal vez.

матіlde.—Si para mí que es más el capricho... y el orgullo.

olga.-¡El orgullo!

MATILDE.—Porque fue mucho el viento que se te metió en la cabeza cuando estuviste en ese colegio. De ahí saliste inflada y ambiciosa. La vida con las señoritas esas repulidas te llenaron de toda la tontería de la gente encumbrada. Así estás, también, por haberte enamorado de un señorón. Pero a ti se te pone entre ceja y ceja una cosa y, como yo de tanto quererte me pongo bruta a veces...

olga.-Como ahora.

MATILDE.-; Calla!

maría.-Olga.

MATILDE.—Como me pongo así, tú te hinchas más y crees que esa ganga... porque no es sino una ganga, al fin de cuentas, lo que a esta se le pone... tiene que venirte. Yo te doy gusto en todo, hijita; pero ya esto va pasando de la raya... ¡Bah! Si ni puede ser amor esto, porque no lo puedes fundar en nada. El hombre ese es malo. Ya has tenido tiempo de convencerte.

макі́а.—Así le digo yo. Estuvo en Valparaíso de paso...

MATILDE.-Y dijo: ¡A matar el tiempo! Y luego: ¡Allá queda eso!

olga.-¡Qué modo de hablar!

MATILDE.—Y a ver, digo yo, ¿dónde te vas a ver mejor, más reina y señora de tu casa que en Valparaíso...

olga.-Odio a Valparaíso.

MATILDE.—...en tu casita propia que tus padres —en paz descansen— te dejaron con su trabajo del almacén; que con tu vieja que todo te lo aguanta, y no mira sino por tus ojos, y te adivina todos los pensamientos?

olga.-Ya lo estamos viendo, ya.

MATILDE.—Todo lo tienes, y en vez de estarte feliz como una reina en su trono, te metes a buscar desgracias. Me voy, mejor. (Se dirige a la puerta del fondo.)

olga.-Cada una sabe lo suyo. Déjeme.

MATILDE.-Ya lo creo.

OLGA.-Y me debe dejar, si no quiere seguir ayudándome.

MATILDE.—(Volviéndose.) ¿Cómo te voy a dejar, niña? Buena se te esperaría si, Dios no lo permita, te faltase yo algún día. Si no faltándote, ya ves cómo estás: toda lacia, amarilla y enclenque como un jilguero, y descariñada conmigo, que es lo peor... ¿Qué es esto, ahora? ¿Llanto?

MARÍA.—(Que ha estado escribiendo.) No la entiendo a usted tampoco, misiá Matilde. Mucho extremo con la Olga, abandona su casa y todo en Valparaíso para venirse acá por si se topan con el tal Ramiro, todo por darle gusto a ella, y luego...

MATILDE.—(A OLGA, con blandura.) ¿Te has enojado...? Habla... ¿Te has enojado?

olga.-De repente, un empeño en hacerme sufrir...

MATILDE.—¡Cómo se te ocurre...! Es que esta desesperación, Mariquita, de ver que todo el sacrificio de este viaje nos está resultando inútil, me tiene ya hasta el genio descompuesto... Olga, ¿te has enojado?

olga.-Y un decirme que Ramiro no me ha querido nunca...

- MATILDE.—No, eso no. Sí te quería... Y te ha de querer siempre. Será que está pobre... ¡Sabe Dios...! (*Para sí*.) ¡Ave María...! (*A* olga, *como para alegrarla*.) Hoy saldré toda la tarde. Puede que, por ser domingo, lo divise por algún paseo... ¡Ah! Ya te alegraste... Dame un beso, simple.
- MARÍA.—(Viendo que OLGA se hace de rogar.) Dáselo, niña.
- MATILDE.—(Después de besar a OLGA.) Bueno. Yo no tardaré más que un par de minutos, que todo me lo deben tener listo. A mi vuelta, que estés ya con la otra blusa para irnos a misa. (Vase por el fondo.)

#### **ESCENA III**

### OLGA y MARÍA

- MARÍA.—No te molestes con ella. ¡Pobre! Sufre mil veces más que tú. Sueña ella más con encontrar a Ramiro, que tú misma. Desde que estás con ese cansancio y esa debilidad, ya ves cómo sola anda las tardes enteras por las calles, a ver si se topa con él. ¿Crees que cualquiera tiene otra abuela como ella? Es verdad que mucho quieren las abuelas; pero se necesita toda su locura por ti, para pasar por estas cosas.
- olga.—(Como respondiendo a su pensamiento.) ¡Malo! ¡Que es malo...! Podrían probarme que... que ha robado... que ha hecho una muerte, y no por eso dejaría de quererlo.
- MARÍA.-Si lo decimos en vista de que...
- olga.—No, María; no sigas tú también. Que me digan que ya no me quiere bien, lo acepto, porque él no me juró tampoco quererme toda la vida. Pero que me pidan que yo...; No! Si es algo que no tiene remedio. Oye.
- MARÍA.—Sí, sí; ya sé lo que sigue, ya lo sé de memoria. ¿Quieres que te lo diga yo?

OLGA.—(Entre sonriente, avergonzada y reprensiva.) A ver, tonta, sigamos. Pasa... (Le quiere quitar la pluma de las manos.)

MARÍA.—No, deja. Yo seguiré sola. Anda tú a vestirte, que vuelve, te encuentra en lo mismo... y otra discusión.

olga.-Bien. Pero calla.

MARÍA.—Si son más curiosas... A cada instante, como el perro y el gato, y sin embargo se mueren la una por la otra. Ella más por ti, que tú por ella.

olga.—Así es. ¡Pobre abuelita! María.—Anda, anda.

Se oyen toses en la cigarrería, toses de llamado.

OLGA.-Buscan en la cigarrería.

MARÍA.—Ya, ya oí la tosecita. ¡Qué modo tan particular de hacerse presente! ¡Pero qué general! No saben tocar. No llaman sino los chiquillos. Los grandes: la tosecita. ¡Jem, jem! Como quien dice: «Aquí estoy yo».

La tos se repite, más fuertecita, más forzada.

OLGA.—(Yéndose por la derecha.) Otra vez. MARÍA.—¡Voy! (En la puerta del fondo.) Ah, usted, Tránsito. Pase.

TRÁNSITO es una mujer del pueblo, muy joven. Trae bajo el pañuelo de rebozo un niño dormido y al brazo un atado con ropa limpia.

#### ESCENA IV

### MARÍA V TRÁNSITO

MARÍA.—Pase por aquí... A ver el niño... Dormido. ¡Pobrecito...! ¡Y cómo ha engordado! ¡Qué rico está! (Con alegre sorpresa.) ¡Ay! ¡Se ríe, se está riendo, mírelo! ¡Angelito...! TRÁNSITO.—Soñando.

MARÍA.—¡Uy, qué mano! Si parece que se le va a deshacer a una entre los dedos, como una flor. ¿Usted misma lo cría? TRÁNSITO.—Sí, señorita.

MARÍA.—¡Qué felicidad debe ser!, ¿no? Darle de mamar... ¡Ay, otra vez; otra vez se ríe! ¡Qué lindo! ¿Sueñas con los angelitos? ¿Ah? ¿Sueñas con los angelitos, monono? ¡Ah, yo sí que sueño con un angelito de estos!

Vuelve MISIÁ MATILDE por el fondo, con el canasto lleno de paquetes, y pasa a dejarlo sobre la mesa.

#### ESCENA V

### LAS MISMAS Y MISIÁ MATILDE

- MATILDE.—(Por la última exclamación de MARÍA.) Muchas veces te he oído eso ya.
- MARÍA.—(Que sigue acariciando al chico.) Y las que me oirá usted todavía.
- TRÁNSITO.-En su mano está, señorita.
- MARÍA.—No es tan sencillo. Pero no desespero. Yo no llegaré a vieja sin tener un hijo. Me lo he jurado. De los hombres no espero nada. Pero un hijo, un hijo mío, de mi sangre, igual a mí...;Oh...!

MATILDE.—Con tus repulgos al matrimonio...

TRÁNSITO.—¡Ay, señora! cuando una menos piensa, ¡zas!, se encuentra con uno.

MARÍA.-¡Ojalá!

MATILDE.-¿Qué dices, niña?

MARÍA.-Si es broma.

MATILDE.-¡Ah! Broma, sí.

MARÍA.-Y, no crea, no deja de ser serio también.

MATILDE.-¡Hem! Me ha contado cositas la Olga, de tus teorías...

макі́а.—¡Habladora! (Атка́nsito.) Tápelo. Hay corriente aquí.

MATILDE.-¿Y mi Olga?

MARÍA.—Vistiéndose... Entre, Tránsito. Déjeme la ropa en mi cuarto, como siempre, contadita, ¿quiere?

### Vase tránsito por la derecha.

#### ESCENA VI

### MARÍA Y MISIÁ MATILDE

MARÍA.—¿Y qué trae usted ahí? ¡Ya se puso a gastar! ¡Válgame Dios! Yo voy a terminar enojándome de veras.

MATILDE.—Pero, hijita, llevamos ya dos meses alojadas aquí. ¡Cómo crees...!

MARÍA.-Bueno, basta.

MATILDE.—Y tú sin querer que una pague su gasto, como sería lo natural.

MARÍA.-¡Chst!

MATILDE.-¡Ojalá no dure mucho esto!

MARÍA.—Al contrario, que así sanaría yo a la Olga de su chifladura.

MATILDE.—Si es que ya no puedo más yo tampoco, hijita. Considera que tengo mi casa abandonada en Valparaíso. Dos meses ya. ¡Cómo estará eso! Y yo estoy rendida. Para condescendencias con esta chiquilla, me parece que es suficiente. Porque a ese

hombre... como vamos... no lo vamos a topar nunca... ¿Ha estado bien mi Olga? ¿No me engañas?

MARÍA.-Muy bien.

MATILDE.—Tan débil... Y esos dolores de cabeza...

Llega OLGA por la derecha, en corpiño.

#### ESCENA VII

### LAS MISMAS Y OLGA

olga.-¿Tienes dedal ahí, María?

MARÍA.-Toma.

Nada, abuelita? في OLGA.-

MATILDE.—Hijita, en el despacho de la esquina no había de encontrar a don Ramiro Concha, a ese gran señor.

OLGA.-(AMARÍA.) ¿Y Martín? ¿No ha vuelto? Creí oír su voz.

MARÍA.—A ti se te ha puesto que eso de la noticia se refiere a Ramiro.

OLGA.-(Descubierta.) No sé por qué me dio una corazonada.

MATILDE.—Anda a vestirte. No andes más así, desabrigada. ¿Por qué estás hoy tan pálida?

Pálida? ¿Pálida

MARÍA.-Si está bien, señora.

MATILDE.—Anda a vestirte, hija. (*Vase* olga.) ¡Jesús! Si cuando conocimos al tal Ramiro, me lo avisó el corazón: nada bueno saldrá de aquí, pensé. Y es que, por más que haya deseado siempre un caballero para marido de mi Olga —que por algo la hemos educado tan bien— nunca he dejado de tenerles miedo a esos señorones.

Se oyen nuevas toses en la cigarrería.

#### ESCENA VIII

### MISIÁ MATILDE, MARÍA; luego, ROQUE

MARÍA.—¡Voy! No puede una sentarse un rato. (Vuelven a toser. Y ella, remedando.) ¡Jem, jem! (Se levanta.)

ROQUE.—(Dentro, desfigurando la voz.) ¿No querrá comprar los quesillos de apoyo, patrona?

MARÍA.—(Deteniéndose indignada a gritos.) ¿Y para eso tanta tos y tanta historia, hombre? Estos vendedores se ponen cada día más caballeros. Ya no saben pregonar. En las casas, tocan los timbres, como las visitas. Aquí...; claro...! aquí, la tosecita.

ROQUE.—(Apareciendo en la puerta del fondo y entre carcajadas.) ¡Fresquitos los quesillos de apoyo!

макі́а.-¡Don Roque, por Dios, maestro! ¿Qué milagro?

Es roque un hombre parsimonioso, grave y asnal hasta en sus bromas. Tiene la costumbre de repetir las frases y sus estribillos con sonsonete paternal. Frisa en los cincuenta y viste como un sastre de barrio, endomingado.

ROQUE.—(Reparando en MISIÁ MATILDE.) Señora...

ма Ría. – (Presentando.) Misiá Matilde Jara...

MATILDE.-Para lo que guste mandar, señor.

ROQUE.-Servidor, señora, Roque Ruiz, Roque Ruiz.

MARÍA.—¡Ja, ja, ja!

ROQUE.-¿De qué se ríe la distinguida María?

MARÍA.—Acordándome de cuando era chica... Las tijeras... ¿Se acuerda?

ROQUE.—Ah, sí. (A MISIÁ MATILDE.) Es que yo les digo a los niños siempre que las tijeras, cuando corto... porque yo soy sastre, señora... cuando corto, me dicen: Roque, Ruiz, Roque, Ruiz... MATILDE.—¡Ah! Tome asiento, señor.

MARÍA.—Siéntese, maestro. ¿Y cómo se le ocurrió lo de la tosecita? ROQUE.—¿No ves que de la sastrería la conozco?

MATILDE.—¿El señor es el de los pantalones?

ROQUE.—Exacto. Un hombre de pantalones. Y esta niña, una que vive de los pantalones.

maría.-¡Qué don Roque!

ROQUE.—Y al fin y al cabo, digo yo, la mujer que se decide a vivir de los pantalones es la que mejor lo pasa, la que mejor lo pasa...

MARÍA.—Sin sus bromas, se muere.

ROQUE.—Pero ¿no coses tú pantalones para mi sastrería? ¿No te ayudan a vivir...? ¡Evidente...! ¡Je, je, je!

MARÍA.—¿Y cómo ha sido esto de acordarse de venir? ¿Y la Carmelita?

ROQUE.—Por partes, por partes... La Carmelita, muy bien, con ganas de verte.

MARÍA.-No se conoce.

MATILDE.-Yo no la conozco todavía sino de nombre.

ROQUE.—Por partes... Pronto la verás todos los días. Precisamente me tienes aquí porque vengo a ver una casa.

MARÍA.-¿Para mudarse?

ROQUE.—Para mudarme.

макі́а.-¿Cerca?

ROQUE.-A un paso. La cochera y los altitos de la cochera.

MATILDE.-¿Esta de aquí?

ROQUE.-Exacto.

MARÍA.-¿Al llegar a San Isidro?

ROQUE.-Exacto. Tenía que volverme a mi barrio.

MARÍA.-Por acá tenía toda su clientela.

ROQUE.—Exacto. (*Pequeña pausa*.) ¡Vaya con la distinguida María! MATILDE.—Así es que vuelven a ser vecinos.

ROQUE.—Traigo las llaves. Voy a verla. Si es que pasé por aquí y dije: «Vamos a ver a la distinguida Mariquita».

MARÍA.-Muy bien hecho.

ROQUE.-¿Y el distinguido Martín?

MARÍA.-Viene siempre.

ROQUE.—Bien, bien. ¿Siempre bohemio?

MARÍA.-Siempre pintando. Y vende, vende cuadros, no crea.

ROQUE.-Bien. ¿Y siempre escribe?

MARÍA.-Siempre. Es decir, a veces, como antes.

MATILDE.—Es muy inteligente.

ROQUE.—Muy inteligente. (Otra pausa y, como siempre que esto ocurre, exhala su:) ¡Vaya con el distinguido Martín!

#### **ESCENAIX**

### LOS MISMOS, MARTÍN; luego, OLGA

MARTÍN.—(Llegando rápido, entusias mado, por el fondo.) ¡Albricias...! ¡Abrácenme! (Va abrazando a todos, al abrazar a ROQUE:) ¿Cómo va, mi distinguido don Roque...? ¡Ay! ¡No saben! ¡Qué se van a imaginar! ¡La gran noticia! ¡Ramiro! ¡Ramiro Concha!

MATILDE.-¿Qué...?

martín.-¡Lo encontré!

MARÍA.-¡Cómo!

martín.-¡Yo, yo lo encontré!

MATILDE.-¿A Ramiro? ¿Usted? ¿Cómo, dónde? (Llamando, dichosa:) ¡Olga! ¡Olguita! (Va a buscarla, por la derecha.)

MARÍA.-Cuente, hombre, cuente.

MARTÍN.-Aquí, en casa de un pintor amigo.

OLGA.—(Llegando con misiá matilde por la derecha.) ¡Martín!

MARÍA.-Lo encontró, niña.

MATILDE.-¡A Ramiro!

MARÍA.-Mi corazonada. ¿Ven?

MARTÍN.-Yo.; Quién creyera!

MARÍA.—Fíjate que...

OLGA.-(Nerviosísima.) Pero déjenlo hablar.

MARTÍN.—Viene todos los domingos a casa de un amigo mío que le está pintando un cuadro.

olga.-Hoy es domingo, precisamente.

MATILDE.-Y una por las calles...

MARTÍN.-Así es. Y él tan cerca.

MARÍA.-¡Lo que son las cosas!

olga.-Pero cállense. Hable, Martín. Explíqueme todo. A ver...

MARTÍN.—Debe ser hombre de dinero. Gastón Labarca —así se llama el pintor— le está haciendo un cuadro por quinientos pesos.

olga.-¿Y está él ahí ahora?

MARTÍN.—No; pero viene, seguro. Todos los domingos, entre diez y once, viene. ¿Qué hora es?

olga.-¿Qué hora es?

ROQUE.—(Sacando su reloj, parsimonioso.) Las diez menos... diecisiete.

olga.-Casi la hora.

MATILDE.—Siga, Martín.

MARTÍN.—Nada más. De modo que dentro de un rato lo verán. Es aquí, en la plazuela.

olga.-¿Frente a la iglesia?

MARTÍN.-Enfrente.

MATILDE.-Iré, entonces.

olga.-Yo también. ¡Ay, qué susto!

MARÍA.-No, tú no vayas.

OLGA.-¿Por qué?

MATILDE.-Te podría dar algo, tal vez...

olga.-¿Qué me va a pasar? Voy y voy. ¡Dios mío!

matilde.-¡Qué!

макі́а.-¿Vas a llorar?

olga.-No. Si es la impresión.

MARTÍN.—Calma. Yo lo traigo todo pensado. Entre diez y once viene él. Pues ustedes se van a la plazuela y, en cuanto pase, ¡zas¡ «¡Oh, qué feliz encuentro!», etc., etc.

maría.-Eso es.

MARTÍN.-Porque si yo le hablo y lo invito...

MARÍA.-Quién sabe no viniera...

MATILDE.-No. ¿Por qué?

OLGA.—Juan Segura... Vamos las dos. ¿Qué hora dijeron? Ya ni sé dónde tengo la cabeza.

ROQUE.—(Siempre parsimonioso.) Ahora, las diez menos quince... quince y medio.

olga.-¡Virgen Santísima, ayúdame!

MATILDE.-Podríamos ir, entretanto, a misa.

MARÍA.-Y Martín correría a avisarles cuando llegara.

olga.-¡Qué misa!

MATILDE.-¿Y cómo quieres que la Virgen te ayude?

olga.—Después, diez misas. ¡Todo lo que quieras, Madre mía...! Mi velo... (Vase por la derecha.)

MATILDE.-¡A ver si se arregla esto, por fin!

MARTÍN.-Pero es un hombre rico.

макía.-Cuando se gasta quinientos pesos en un cuadro...

ROQUE.-Y en estos tiempos.

MATILDE.—Ya les había dicho yo que era una persona muy decente.

MARÍA.-Y hará buenos negocios ahora.

MATILDE.-Eso es.

OLGA.—(Volviendo.) Su libro de misa, abuelita, tome. Y yo, hecha un horror. Me miré al espejo y me asusté. ¿Vamos?

MATILDE.-Nada. Muy bien que estás. Ya se quisieran muchas.

olga.-Hasta luego. Vamos, vamos.

MATILDE.-Con permiso.

Vanse olga y misiá matilde por el fondo.

#### **ESCENAX**

### MARÍA, MARTÍN V ROQUE

MARÍA.—Dos meses, don Roque, buscando esas criaturas a ese hombre.

ROQUE.-¿Y por qué?

MARTÍN.—Ese Ramiro le hizo el amor a la Olga en Valparaíso, una temporada. Él venía del extranjero y estaba allí de paso. Ella se enamoró como una loca, de un modo...

MARÍA.-Exagerado.

MARTÍN.-Luego, él se tuvo que venir...

MARÍA.—Y lo de siempre: la fue olvidando. Primero escasearon las cartas y, después... nada, silencio absoluto. Pero ella lo siguió queriendo, con locura cada vez mayor.

MARTÍN.-Uno de esos amores que se ven poco.

MARÍA.-Terribles, de muchacha mimada.

MARTÍN.-Y neurótica.

MARÍA.—Hasta que un día le entró el tema de venirse a Santiago con la esperanza de encontrarse con él y reanudar los amores. Convenció a la abuela, que sufría de verla así, más que ella.

ROQUE.—¡Estas abuelas!

MARTÍN.—Que quieren a los nietos mil veces más que a los hijos. ROQUE.—Con chochera, con chochera.

MARÍA.—¡Y ahí tiene usted, que han abandonado la casa allá y han andado por Santiago averiguando del señor ese por cielo y tierra!

MARTÍN.—Últimamente, salía misiá Matilde sola. Porque la Olga se fatiga ahora de andar. Está medio anémica con la historia esta.

MARÍA.-Muy débil.

ROQUE.—Así lo noté. Habla oprimiéndose las sienes con los dedos. Y cuando yo veo una chiquilla así, digo: «A esta le está haciendo falta casarse».

MARTÍN.—La pobre vieja da lástima. Está más afligida que la chiquilla.

ROQUE.-Pero qué alboroto armaron ahora.

MARÍA.-Son muy sensibles, muy extremosas.

MARTÍN.-Y no sé cuál más.

MARÍA.—La Olga no piensa sino en encontrarlo y rogarlo. Como si ese fuera el mejor sistema.

MARTÍN.—Pues a mí no me extrañaría ver a misiá Matilde, a ella, rogarlo como la nieta.

MARÍA.—No tiene más ser en el mundo que su nieta. Si a la Olga le sucediese algo...; Uy!

#### Pausa.

ROQUE.-¡Vaya con el distinguido Martín! Bien. Yo me voy.

MARÍA.—Vuelva. Vea la casa y vuelva. ¿Quiere? Y almuerza aquí. ROQUE.—Veremos, veremos. Hasta luego.

maría.-Lo espero.

MARTÍN.-Hasta luego, don Roque.

Vase ROQUE por el fondo.

#### **ESCENA XI**

MARÍA, MARTÍN; al final, ROQUE

MARÍA, como por hacer algo, se dispone a continuar en la escritura. MARTÍN, inquieto, la observa un instante. Luego: макті́ N.-¿No ha concluido el pedido?

макíа.-No, con las visitas... luego con el hallazgo y la bolina...

MARTÍN.—Así es. También quería yo que hubiésemos hablado en serio. Anoche me esquivaba usted el bulto. Aunque, con esto del hallazgo, me atrasé... Y como tengo sesión para el retrato ese del alemán que le dije... casi... (Consulta su reloj como un pretexto para observar a MARÍA.) ... casi no habrá tiempo...

MARÍA.—(Como quien envuelve en coquetería una dura franqueza.)
Mejor.

MARTÍN.-¡Cómo mejor!

MARÍA.—Porque sí; porque para cosas serias, basta con lo de esa criatura.

MARTÍN.—Mire, María, no empiece otra vez con esos tonos de mujer frívola, que no es usted una mujer frívola.

MARÍA.-¡Pse! Quién sabe.

MARTÍN.-¿Y lo que hablamos anteayer?

MARÍA.-¿Y lo que después me ha confesado?

MARTÍN.—¡Ah! Bien. Ya sabemos al menos a qué atenernos. Por eso me huía usted anoche.

макíа.-Si a usted se le ha puesto que yo anoche le huía.

MARTÍN.—No me desespere, María. Si le hice esa confesión, fue porque preferí ser leal. En vista de que al fin habíamos tenido una hora a gusto, le conté mi pasado. Fue honradez.

MARÍA.-Lo reconozco.

MARTÍN.—Y luego que... ¿qué significa que un hombre tenga un hijo?

MARÍA.-¡Oh! Para mí, mucho.

MARTÍN.—Si no puede ser. Con sus ideas... Y cuántos hombres tienen un hijo y no por eso dejan de ser queridos después.

MARÍA.—Mire, Martín... no hablemos, mejor. ¿Quiere? Además, lo que le dije anteayer no es verdad.

макті́м.—(Afirmando.) Si. Por lo menos, entonces era verdad.

MARÍA.-Eso ya es otra cosa. Anteayer, puede.

MARTÍN.-Y este cambio no se explica.

MARÍA.—Yo, lo que no me explico es lo de anteayer. Es decir, sí, sí me lo explicó: a veces no sé qué le entra a una... el tiempo nublado...; qué sé yo...! Como que necesitase una mentirse de repente un poco de emoción...

MARTÍN.-¡Oh!

MARÍA.—Y escucha en serio, y dice palabras, y acepta palabras... ¡Oh!, a las mujeres nos sucede. Y a los hombres les ha de suceder también.

MARTÍN.-Y es mentira todo, ¿ah?

MARÍA.—¡Pse! Es mentira y es verdad. Cosas del momento. Y que habla una en general; no de sí misma, precisamente.

макті́ n.-No. Usted hablaba de usted y sentía lo que hablaba.

MARÍA.—También puede ser. Pero esas ansias no se sienten siempre. Son ratos, resabios todavía de la edad cándida.

MARTÍN.-Después nos resecamos, ¿no? No, no siga hablando así.

MARÍA.—Y, después de todo, vamos a ver, ¿qué habría con eso? Yo—y esta es la verdad, no la de los momentos; la verdad constante en mí— ya no siento esas ansias de los dieciocho años. Ya tengo veintinueve. Once más.

MARTÍN.—(Con ironía y desconcertado.) Y no sabe ya sentir, ¿ah...? (Pequeña pausa. Se pasea impaciente.) Y anteayer, ¡ella era un espíritu independiente! ¡Qué tenía que ver ella con lo que hablara el mundo! ¡Sabría conquistar su felicidad sin miramientos a nadie!

MARÍA.-Y ahora digo lo mismo.

MARTÍN.-¡El alma grande, gemela de la mía!

MARÍA.-Ya estas fueron palabras de usted.

martín.-Que usted asintió.

MARÍA.—Ya le he dicho: se escucha, se aceptan palabras...

MARTÍN.-Y se deben cumplir.

MARÍA.-¡Oh! Eso... Para algo se recapacita.

- MARTÍN.—¿Aunque sea para volver al rebaño...?¡Oh!¡Vergüenza!¡Es vergonzoso!¡Esa mujer superior, ese espíritu fuerte, sobre cuyas alas un instinto perfecto guiaría su vuelo por la vida, por encima de todo prejuicio menguado, cae al primer esfuerzo y queda en el suelo, tendido, como la vulgaridad espesa!
- MARÍA.—Pero si es a usted a quien se le ha puesto que soy una mujer superior. Yo... yo no sé lo que soy. Soy... como soy. Nada más. Tal vez una bruta.
- MARTÍN.—No, porque lo que usted quiere entender lo entiende muy bien. Y además, sabe expresarlo.
- MARÍA.—Eso se lo debo a su amistad. No en balde se trata a diario con un escritor. ¡Uy, las cosas que se me han aclarado con su trato! Por usted sé más que por los cinco años de liceo.
- MARTÍN.—Pero si, después de todo, el provecho se convierte en «momentos»...
- MARÍA.—¡Qué hacer! Al menos sé hoy mejor que antes lo que quiero... Y sé que ustedes son egoístas... y que se debe ser así.
- макті́м.-Еgoísta, y sueña con un hijo para sacrificarse por él.
- MARÍA.-¡Qué sé yo, por último!
- MARTÍN.—¡Es desesperante! (Pausa. Irritado, en nuevos paseos.)
  Bueno. ¡Vuelva al rebaño!
- MARÍA.—Así será. Y no me vuelva a comparar con águilas ni nada de eso.
- MARTÍN.—Así es. Sus alas, lo que yo —¡iluso!— creí sus alas, eran apenas plumas en miembros sin fuerza.
- MARÍA.—¡Oh, por Dios! No volvamos a todas las comparaciones del otro día.
- MARTÍN.—Es que tengo que recordarlas, por fuerza: el contraste. Veo ahora que es usted algo así como... una faisanita doméstica... Bueno. Lucirá su plumaje aquí, en su jaulita...
- MARÍA.-Un plumaje muy insignificante, por cierto.

MARTÍN.—Y un día, un día de los corrientes, un simple día de calendario, sin una conmoción, después de comer bien, algún... avicultor bonachón la adquirirá para reina... de su criadero.

MARÍA.- En fin. Como soy serena, no me ofendo.

MARTÍN.—Y es posible que después, en algún instante de vulgar satisfacción, me recuerde y piense: «Aquel muchacho loco, medio pintor y medio poeta, que me hizo soñar unos "momentos", ¿qué se habrá hecho?». Y luego sonría... y le cosa un botón al esposo... que regentará los cigarros.

MARÍA.—¡Oh, oh, oh! Todo eso es muy divertido, pero no sucederá.

MARTÍN.—Sucederá.

maría.—No. Primero, porque no necesito que nadie me adquiera: mi cigarrería y mis costuras, a mí, que no salgo casi a la calle, me dan de sobra para vivir... y hasta para ahorrar; después, porque soy una mujer insignificante en quien fácilmente nadie se fijará... nadie que valga la pena, se entiende; y sobre todo porque, como le he dicho, no siento necesidad alguna de que un hombre me quiera ni de quererlo yo a él. ¿Comprende ahora?

MARTÍN.—(Con dolor y despecho, después de una pequeña pausa.) Sí, ahora sí. Es que usted no me quiere, sencillamente. (Pausa.) Lo otro, lo de que usted no vale nada, eso es una tontería.

MARÍA.-Gracias.

MARTÍN.—(Dulce.) Pero, ¿no me ve a mí...? Loco; me entregué como un niño; he llegado a arrastrar mi dignidad.

MARÍA.-¿Por qué?

MARTÍN.-De tanto que la he rogado.

MARÍA.-¡Ah! Dignidad de conquistador.

MARTÍN.-No. Cuánto tiempo me ha hecho sufrir.

MARÍA.—Como sufren ustedes cuando conquistan: impaciencias, exasperaciones... Hasta que llega el fin; y entonces, si triunfan, quedan satisfechos y se dejan querer; si fracasan, sufren el despecho...

MARTÍN.-Nada más, ¿ah?

MARÍA.—A veces, algo más. Pero al fin se conforman. Y hacen bien. Por lo demás, créame que así como usted, inteligente, fuerte, de carácter, sería el hombre que yo elegiría para... Pero usted tiene un hijo, y el hijo que yo... En fin, no hablemos más. Cada cual sabe lo suyo.

MARTÍN.-No la entiendo.

MARÍA.-No importa.

MARTÍN.-María... María...

MARÍA.-¿Qué, Martín?

MARTÍN.-¿Y si esto me costara la vida?

MARÍA.-Oh, no hable demás.

MARTÍN.—Entre mis derechos, se lo he repetido varias veces, tengo el de irme de este mundo cuando fracase mi más alto ideal.

MARÍA.—Su más alto ideal no puedo ser yo. Además, es usted muy joven todavía, con la vida por delante, como usted mismo lo dice.

MARTÍN.—(Con energía.) Pues me iría hoy mismo si tuviera una fortunita a la espalda, que salvase el único inconveniente que me hace vacilar.

MARÍA.-Su hijo, naturalmente.

MARTÍN.-Él, que quedaría en la calle y sin educación.

MARÍA.—¡Claro! Por el hijo, todo. ¡Ah! Si ayer, recordando a mi madre, cómo me quería... A su memoria se lo debo.

MARTÍN.-¿Qué?

maría.-Nada.

MARTÍN.-Hable claro.

MARÍA.-Más claro no puedo.

MARTÍN.—(En paseos.) ¡Quién hubiera creído! Un accidente de juventud en mi pasado, y todo cae, ridículamente, ofensivamente, de un modo tan absurdo, tan imbécil, que jamás

se lo perdonaré a la vida. (*Pausa y transición a la blandura*.) Así es que... ¿no me quiere?

MARÍA.-Como amigo, sí.

MARTÍN.-Por el niño.

MARÍA.-No culpe a una criatura inocente.

MARTÍN.—Y eso de la memoria de su madre, ¿qué es? ¿Ella también nos separa?

MARÍA.—(Cansada.);Oh!

MARTÍN.—(Con ira, después de una pausa.) ¡Maldito...!

MARÍA.-No maldiga.

MARTÍN.—(Más iracundo, en una explosión.) ¡Maldigo, sí, maldigo! ¡Maldigo todo! ¡Maldigo la hora en que la conocí, maldigo todo lo que nos separa, maldigo la memoria de su madre, maldigo a...!

MARÍA.—(En un grito ahogado.) ¡¡¡Oh!!! (Queda lívida, oscilante, atónita. Oye los pasos de ROQUE en la cigarrería, y entonces:) Don Roque... Aquí viene don Roque. A él se lo voy a decir.

ROQUE.—(Llegandoporelfondo.) Un hecho. Me mudo. (Sorprendido.) ¿Qué pasa, distinguidos?

MARTÍN.—(Desafiante, al ver que MARÍA, trémula y muda, vacila.) Aquí está don Roque. Dígaselo... Dígaselo...

ROQUE.-¿Qué?

MARÍA.—(Vacila un instante más. Luego, tomando una resolución.) Nada. Y váyase, Martín. Se le pasa la hora del retrato y...

макті́м.-¿Ме echa?

MARÍA.—No, Martín... Le... le excuso todo porque... porque me hago cargo de su carácter, de sus nervios... Es que es tarde...

MARTÍN.-Bien. (Vase por el fondo, altivo.)

#### ESCENA XII

### MARÍA, ROQUE; LUEGO, TRÁNSITO, que pasa

ROQUE.—¿Qué ha sido? ¿Peleíta de enamorados? (En vista de que MARÍA, trémula y absorta, no responde.) ¡Vaya con la distinguida Mariquita!

MARÍA va a sentarse, embebida unos instantes. Luego, como respondiendo a sus mudos razonamientos, convencida, casi con admiración:

MARÍA.-¡Lástima! ¡Es un hombre!

A fin de que la risa que provocará enseguida ROQUE no destruya el efecto de esta exclamación, él estará de espaldas al público en este momento, mirando un cromo. Después de una pausa prudente, volviéndose y remedando a MARÍA:

ROQUE.—(Remedándole.) ¡Es un hombre...! En fin, ¿para qué te digo nada? (Remedándola otra vez.) ¡Es un hombre!

MARÍA.-¿Que lo quiero? ¡Bah!

ROQUE.-Y que te quiere.

MARÍA.-Me quiere conquistar.

TRÁNSITO.—(Llegando por la derecha y marchándose por el fondo sin haberse detenido.) Hasta mañana, misiá Mariquita. Mañana me llevaré la otra ropa.

MARÍA.—Hasta mañana, Tránsito. (A ROQUE.) Ahí tiene una mujer feliz. Con su hijo... y nada más. ¿Y más para qué? Ese es el amor: un hijo, el amor que no se acaba ni con la vejez, el que crece día a día.

ROQUE.-¿No tiene marido?

MARÍA.-No es casada.

ROQUE.-¿Para qué fue tonta?

MARÍA.—Y si el hombre no la hubiese abandonado, tendría que vivir sirviendo y soportando a un...

ROQUE.—¡Je, je, je! ¡Vaya con la distinguida María! No sabe ella misma lo que quiere...

MARÍA.—¿Usted también? Ya me tienen loca con esto de que no sé lo que quiero y de que soy incomprensible. Parece mentira el trabajo que cuesta hacerse entender cuando se dice lo que se siente en todo momento. La una no me comprende porque no me siento por las tardes bajo el naranjo del patio, a soñar, a sentir deseos frenéticos de un novio buenmozo y no sé cuántas inocentadas; la otra, porque no me afligen los amores de su nieta, regados con veinte mil tónicos; el de más allá, porque no soy «una mujer superior, un águila»; y usted ahora.

ROQUE.-Bueno, niña; no me comas.

MARÍA.—¡Caramba! Es que me exasperan. Yo soy, lisa y llanamente, una mujer que ya sabe que se vive sin tanta angustia, que se vive, sencillamente.

ROQUE.-Exacto.

MARÍA.—Luego, que yo soy una insignificante y no aspiro a ver a un hombre adorándome hasta la locura. Eso estaba muy bien cuando vivía entre las faldas de mi madre, escuchando a toda hora esos mimos que logran hasta que el espejo le mienta a una. ROQUE.—Modesta; modesta, la chiquilla.

MARÍA.—No, don Roque. Después sabe una, si no es tonta, muy pronto a qué atenerse. Falta la protección constante de la madre, y se empieza a vivir defendiéndose por sí sola. Entonces se aprende, se aprende que le decían a una bonita por halagar a la mamá, y el por qué de esas miradas encendidas de los hombres, y el motivo de la obstinación con que le asedia a una este señor hoy y este otro mañana. Enseña mucho, don Roque, el tener que luchar sola.

ROQUE.-Evidente.

MARÍA.—Y las que, como yo, no somos feas ni bonitas, pero podemos ser apetecibles, llegamos a sentir asco por los hombres.

ROQUE.-No entretengas a Martín, entonces.

MARÍA.—Sí...; claro...!

ROQUE.-Pero lo haces... o lo has hecho...

MARÍA.—Pero es que... yo tengo un anhelo, único... y me moriría de pena si supiese que no se me iba a cumplir nunca. Eso es. Y sufro, y me inquieto, y no sé a veces qué hacer, porque me voy acercando a los treinta y...

ROQUE.-No te comprendo.

MARÍA.-Sí, sí, sí. Ya sé que nadie me comprende. ¡Uy!

Se oyen de pronto en la cigarrería las voces alborozadas de MISIÁ MATILDE, OLGA y RAMIRO.

#### ESCENA XIII

LOS MISMOS; OLGA, MATILDE Y RAMIRO, dentro

ROQUE.-¿Llegan?

MARÍA.-Ellos son, sí.

OLGA.-(Dentro.) Esta es la cigarrería.

MARÍA.-Y hoy, ni siquiera he alcanzado a sacudir.

ROQUE.-A ver. ¿Te ayudo?

MATILDE.-(Dentro.) Hasta el rincón, Ramiro.

OLGA.-(Dentro.) Siga hasta el rincón.

MARÍA.—Esto. Lléveme esto a la cocina, don Roque, hágame el favor. (Le da el canasto que dejó MISIÁ MATILDE sobre la mesa.)

Vase ROQUE por la derecha y llegan por el fondo RAMIRO, OLGA y MISIÁ MATILDE.

#### ESCENA XIV

## MARÍA, OLGA, MATILDE Y RAMIRO

olga.-¿Ve? Y esta es ya la casa. María, te presento al señor Ramiro Concha.

RAMIRO.—Señorita...

MARÍA.—(Fingiéndose estupefacta.) ¿Es posible, Olga? ¡El señor Concha!

RAMIRO.-(Riendo.); Qué sorpresa! Tiene gracia.

MARÍA.—Pero ya lo creo... (Dándole la mano.) Tanto gusto, señor... Si es que usted no sabe... ¿Y cómo ha sido esto...? Asiento, señor.

RAMIRO.—Gracias.

MATILDE.-Íbamos a misa... A ver, deme su sombrero, Ramiro...

RAMIRO.-Y de repente, en la plazuela...

olga.-¡Zas!, niña, de manos a boca.

RAMIRO.-Yo iba al taller de un pintor amigo mío, sí.

MARÍA.-¡Qué suerte!

MATILDE.-Una suerte.

MARÍA.-Pues a mí ya solo me faltaba conocerlo personalmente.

RAMIRO.-¿Sí? ¿Por qué?

MATILDE.-Ah, eso es lo que usted no sabe.

MARÍA.—Porque desde que la Olga y misiá Matilde han llegado, no tienen otro tema. Que Ramiro esto, que Ramiro lo otro...

olga.-Mi abuelita.

matilde.-Tú, tú.

RAMIRO.-¿Sí? No podía soñarme yo tanto honor.

olga.-(Bajo a María.) Dile todo, sí.

MARÍA.—(Bajo a OLGA.) Comprendo lo que quieres. (A RAMIRO.) ¡Uf! Manía.

OLGA.—(*Fingiéndose contrariada*.) Bueno, Mariquita. Cuidado... MARÍA.—Yo todo lo hablo, ya sabes.

RAMIRO.-Y lo agradable, con mayor razón, ¡claro!

MATILDE.-¡Hum!¡Qué chiquillas!

RAMIRO.-Cuénteme algo, María. A ver...

MARÍA.—Sería de nunca acabar. Se habla de paseos, y allá sale esta: «Con Ramiro, en Valparaíso, recorríamos los cerros...».

olga.-Es que muchos no los conocía yo.

MATILDE.-No los conocía ella.

RAMIRO.-Rendimos a misiá Matilde.

MATILDE.—(Que está casi más contenta que OLGA.) ¡Jesús! Yo me convertí en una chiquilla.

RAMIRO.—La convertimos.

MATILDE.—Eso es. La Olga me hizo una capotita con penacho –que todavía la tengo—y apenas almorzábamos, ¡al puerto!

RAMIRO.-¡A los cerros!

OLGA.-Muy contenta que ibas.

MATILDE.-; Claro!

RAMIRO.—Es que ahí está el Valparaíso simpático. ¿Se acuerda, Olga, del cerro de Playa Ancha?

OLGA.—¿Y el pelado aquel que jugaba a la pelota con los chiquillos? RAMIRO.—Que nos daba tanta risa.

MATILDE.-Un pelado que...

макі́а.-Ya, ya conozco también al pelado.

RAMIRO.-(Riendo.) ¿También? ¡Oh!

MARÍA.-Si no hay cosa que no me haya contado esta chiquilla.

olga.-Bueno, bueno ya.

MATILDE.-¿Y el Cerro Alegre, que tanto le gustó a Ramiro?

RAMIRO.—Con sus callecitas sombreadas por acacias...

olga.-¡Qué lindo! De veras.

MARÍA.—¿Lindo? ¿No decías hace un rato que odiabas a Valparaíso?

RAMIRO.-¿Eso decía?

olga.-Es que...

MATILDE.-Es que ahora... ya la Virgen le hizo el milagro.

olga.-No dejan hablar.

RAMIRO.-¡Qué divertido!

MATILDE.—(De pronto, alarmada e inclinándose a mirarle un pie a RAMIRO.) ¿Qué ha pisado, hijo, por Dios?

RAMIRO.—(*Mirándose el taco y riendo*.) Si es el taco de goma, señora, que como está un poco usado...

olga.—¡Ja, ja, ja! Tan ciega que te estás poniendo, abuela. (La besa.)

макía.-Del Cerro Alegre también cuenta esta una historia.

olga.-¡Chts! Eso sí que no.

RAMIRO.—¿La de la iglesia? ¡Ja, ja, ja!

MATILDE.—En esa iglesia bautizamos a mi Olga. En vida de mi hija y de su marido, que en paz descansen, vivimos un tiempo en el Cerro Alegre. Ahí, con el almacén, ganamos lo poco que tenemos. Ahí creció mi Olga.

MARÍA.-Su Olga. No vive sino para su Olga.

MATILDE.-Pero si es mi único cariño ya en la tierra.

RAMIRO.—Y es que a los nietos se les quiere más que a los hijos, dicen.

MATILDE.-Así es. Ven, chiquilla, siéntate junto a tu vieja.

olga.-¿Más cerca todavía?

MATILDE.—(Riendo de contento.) Más, más. Si quieres, en mis faldas.

## Todos ríen.

MARÍA.-Si es chochera. ¿No le digo?

RAMIRO.-Y ella... se deja querer.

MATILDE.—¡Cuánto nos ha costado esta criatura! Pero es así: mientras más cuestan los niños, más se les quiere. Todo ha sido siempre ella. Para sus padres, que en paz descansen, locura: para mí...

MARÍA.-No, no hay palabra.

OLGA.—Lo divertido fue cuando me encerraron en el colegio de las monjas inglesas.

MATILDE.-Natural. Si no podía vivir sin la niña.

MARÍA.-Todos los días, a verla.

olga.-Y era prohibido por el reglamento.

RAMIRO.-Pero usted no tenía que ver con nada, ¿ah?

MATILDE.-¡Bah! Con nada.

olga.—Y muchas veces, delante de la madre inspectora... delante de ella, imagínense... me hacía mil preguntas: «¿Sufres, hijita? ¿No te sienta el encierro? ¿No te diviertes? ¿Son muy cargosas contigo las madres? Estás pálida. ¿Tienes hambre?»... Hasta que una vez, ¡claro!, le rogaron las monjas que me sacara del colegio.

RAMIRO.-¿Y si se la hubieran empalicado para monja?

MATILDE.—¿Qué?¡Las mato! (Risas.) Y después, cuando ya no me quedó nadie más que ella en el mundo y fue una señorita... ya lo vio usted. ¿Que quería subir cerros? A los cerros con ella. ¿Que a los bailes de la Filarmónica Española? En una salita me tenían a mí, charlando con otras viejas, mientras la señorita bailaba. Como la noche que lo conocimos a usted, Ramiro. Si le digo que yo, por verla feliz, sería capaz de... robarle un rey.

olga.-Abuelita...

MISIÁ MATILDE se la queda mirando, maternalmente orgullosa y tierna. Luego suspira.

MARÍA.-Y suspira.

RAMIRO.-¡Y qué suspiro!

MARÍA.—Como quien dice: «Me cuestas la vida, pero mi vida eres tú».

olga.-Basta, basta.

MATILDE.—Pero es tan buena mi chiquilla. (Y le arregla solícita algún adorno del traje.)

olga.—Pero usted, Ramiro... A ver, cuente. ¿Qué ha sido de su vida? ¡Ay, por Dios, una lo quisiera hablar todo a un tiempo!

MATILDE.-Se quedará a almorzar con nosotras, supongo.

RAMIRO.—Gracias, señora; pero...

olga.-Sí, señor; se queda.

MATILDE.-Naturalmente.

RAMIRO.-Pero... no, no es posible hoy.

MATILDE.-Nada, nada.

olga.-No hay peros que valgan.

MATILDE.-Ven conmigo, María.

MARÍA.—Sí, sí. Habrá que dar una vueltecita por la cocina. Con permiso.

RAMIRO.-No, si no...

OLGA.—(Nerviosa, viendo que se queda sola con él.) No te vayas tú, María.

Pero María no le ha oído; se ha marchado por la derecha con misiá matilde. Y hay una pausa, de observación por parte de ramiro, emocionada por la de Olga.

### ESCENA XV

## OLGA Y RAMIRO

RAMIRO.—(Con dulzura y calor.) ¿Por qué no quería que se fuera?

OLGA, azorada, la vista baja y casi temblando de emoción, no responde.

RAMIRO.—(Acercándose a ella, anhelante.) ¿Por qué?

OLGA.—(Encontrándose con la mirada de RAMIRO al alzar los ojos.)

No me mire... Yo no lo quiero mirar a usted...

- RAMIRO.—(Deteniéndose.) ¿No? (Pausa. Luego fingiendo resentimiento, como porque se ve obligado a tomar alguna actitud.) En fin... Bien. (Y hace ademán de volver a sentarse.)
- OLGA.—(Vivamente, como para retenerlo.) Eso sí que sabe, el caballero: hacerse el interesante.

RAMIRO se detiene y sonríe. Ella también sonríe, pero avergonzada, con los ojos llenos de lágrimas.

RAMIRO.-Olga...

OLGA.-Como sabe que soy una tonta...

RAMIRO.—(Acercándose nuevamente a ella, sonriente y seguro de sí.) Olga...

OLGA.—(Con sobresalto.) No, no... No me toque. (Retrocede, encogiendo las manos, en esa bella e inocente actitud de los niños cuando no quieren dejarse tocar.)

RAMIRO.-Pero...

OLGA.-Si ya no soy la tonta de antes, no se esté creyendo.

RAMIRO.—¿No...? Vamos a ver. Entonces... ¿cuántos amores ha tenido ya en Santiago?

olga.-¿Esa es una gracia?

RAMIRO.—¿Por qué...? Vamos, confiéseme. Acuérdese del convento. Nunca faltan, hija mía, un par de ojos que miran al pasar, y en los cuales creemos ver algo dentro, algo que llama, y marea, y atrae como un abismo...

olga.—¿Para que después, un buen día, no lo veamos más? ¿Para que de repente no contesten, siquiera, cartas de una? No, ya no me pondré otra vez en ridículo.

RAMIRO.-¿En ridículo?

olga.-Claro.

RAMIRO.—Nadie se pone en ridículo, Olga. Ridículo se nace; pero no se pone nadie porque su sinceridad no le permita farsas ni ardides.

OLGA.-Confiese, entonces. Dígame por qué ha sido así conmigo.

RAMIRO calla unos instantes, pensativo y doloroso. Va a hablar, pero vacila, y al fin hace un gesto como el de quien despierta a la realidad y se contiene al borde de un abismo.

olga.-No sabe qué decir...; Ah! ¿Ve...? Debía odiarlo.

RAMIRO.—(Con dolor.) Sí.

OLGA.-Como al principio.

RAMIRO.-(Con extrañeza súbita.) ¿Al principio?

olga.-Como en el momento en que lo vi por primera vez.

RAMIRO.-¿Me odió?

olga.—Lo odié. Tuve rabia conmigo misma de verme temblando, y lo odié. Y llegué a desear encontrarlo antipático en su trato... Deseé hasta que fuera tartamudo... o gangoso...

RAMIRO.-¿Yo?

OLGA.-Usted.

RAMIRO.-¿Y por qué?

olga.—¡Qué sé yo! Toda la vida había sido la niña mimada en todas partes, y me había importunado siempre que me hicieran el amor. Y cuando lo vi a usted mirándome desde esa puerta... ¿se acuerda...? tuve miedo. Y me puse a bailar con todo el que encontraba, por evitar que nos presentasen.

RAMIRO.-Pero usted me había dicho, por el contrario...

olga.—Sí. Al mismo tiempo deseaba esa presentación, pero con rencor... con odio... no sé cómo...

RAMIRO.-Y después...

olga.—Después... después... Como si mereciera... (*Lo mira con rubor, enamorada. Él sonríe, con su vanidad de galán satisfecha.*)

Debía odiarlo ahora como entonces, con más razón...

RAMIRO.—(Ensombreciéndose al oír estas últimas palabras.) Ódieme, Olga. (Muy bajo, casi para sí.) ¡Valdría más!

Pausa. OLGA lo observa. De pronto, él se levanta, en un esfuerzo, y busca con la vista su sombrero.

olga.-¿Qué es esto, ahora?

RAMIRO.—(Dolorido.) Mi sombrero.

olga.-¿Sí? No, ahora no se va.

RAMIRO.-Olga... no me martirice...

OLGA.—¿Yo...? No. No quiero vengarme. Si ya lo había decidido. No le voy a hacer ningún reproche, dije. (Con la voz empañada por el esfuerzo de contener el llanto.) No le preguntaré nada. Quiero ser yo la que más sepa querer; quiero perdonarlo todo. Seré una tonta. Bueno. Lo prefiero. (Pausa. Con timidez, rindiéndose.) ¿Quiere...? ¿Quiere que lo olvidemos todo...?

RAMIRO.—(Con un dolor que OLGA no entiende.) ¡Olvidarlo todo! OLGA.—Ya ve: más... buena no puedo ser.

RAMIRO.—(En actitud de dolor exasperante.) Sí, Olga, sí.

olga.—Y es que estos amores no se tienen sino una sola vez en la vida. Nada quiero exigirle... Usted sabrá... Apenas le pediría un poco... de confianza para el porvenir, que no me abandonara otra vez como lo ha hecho, que viniera a verme seguido, para...

RAMIRO.—(Cortándole la frase, conmovido.) Sí, Olga, sí.

olga.-No sabe un hombre lo que una sufre.

MISIÁ MATILDE y MARÍA llegan de improviso e interrumpen.

RAMIRO.—(Para sí, al verlas llegar.) ¡Al fin!

### ESCENA XVI

LOS MISMOS, MISIÁ MATILDE Y MARÍA

MATILDE.—(*Bajo a* MARÍA, *al entrar*.) Lloroso lo veo. Buena seña. MARÍA.—Hasta don Roque se ha entusiasmado.

olga.-¿Sí?

MATILDE.-Metido en la cocina está.

MARÍA.-Preparando una sorpresa.

OLGA.-Si Ramiro, ya se sabe: el hombre de la suerte.

RAMIRO.-Ah, ¿es por mí? ¿Insisten?

MATILDE.-Naturalmente.

RAMIRO.-Pero es que... en serio... no voy a poderme quedar.

olga.-¿Qué? Cuidadito.

MARÍA.-Sí se queda.

RAMIRO.-Escúchenme...

OLGA.—Se queda, se queda y se queda. Y yo le voy a mandar hacer una cosa que le gusta mucho.

RAMIRO.-No.

olga.-Sí; ven, María.

Vanse OLGA y MARÍA por la derecha, sin darle tiempo de contestar. Él queda confundido, inquieto, sin saber qué hacer.

### ESCENA XVII

## MISIÁ MATILDE Y RAMIRO

MATILDE.—Siéntese, no se ande con etiquetas. Ya nos conoce cómo somos. ¿Quiere que le sirva una copita? ¿Vermouth?

RAMIRO.-No, muchas gracias.

MATILDE.-¿Algo fresco?

RAMIRO.-Nada, señora. No se preocupe.

MATILDE.-¿Qué tiene? Le noto un aire triste.

RAMIRO.—(Disimulando.) ¿Triste?

MATILDE.—Contrariado...

RAMIRO.-No.

MATILDE.—Y aquí en Santiago, ¿se ha radicado usted, o está de paso como allá?

RAMIRO.-Parece que de aquí ya no me moveré tan fácilmente.

MATILDE.—Nosotras tenemos pensado venirnos también. Venderíamos la casa de Valparaíso y nos vendríamos.

RAMIRO.-¿Y a asunto de qué?

MATILDE.—(Sonriendo, con intención.) Proyectos de la Olga.

RAMIRO.-¡Oh, qué locura!

MATILDE.-No es locura. Yo lo sentiré algo.

RAMIRO.-Ya lo creo.

MATILDE.-Le tengo cariño a nuestra casita.

RAMIRO.-Natural.

MATILDE.—Pero eso es cosa de vieja. Y al fin y al cabo, más quiero a mi Olga, y tengo que hacer cuanto la haga feliz.

RAMIRO.—¿Tienen comprador, siquiera? ¿Alguna propuesta ventajosa?

MATILDE.—Se buscará.

RAMIRO.—No debieran hacer eso.

MATILDE.—¡Bah! La felicidad de ella. No tengo otra cosa que hacer en la vida ya.

RAMIRO.—Oiga, misiá Matilde, ¿quiere oírme un consejo? No vendan la casa.

MATILDE. ¡Cómo!

RAMIRO.—Es precipitarse.

Pausa. MISIÁ MATILDE, alarmada, quiere leer en el semblante de RAMIRO; pero este le esquiva la mirada.

MATILDE.—(*Temblando*.) Dígame una cosa, Ramiro. Usted sabe que yo he sido siempre el ser de más confianza que mi Olga ha tenido y que en todo hemos marchado siempre juntas y sin secretos. Dígame: usted... ¿la quiere, Ramiro, todavía?

RAMIRO.—¡Oh, señora, nunca creí que viéndola, tan solo viéndola un instante, renacería en mí, y tan fuerte, una ilusión que ya

en mi corazón dormía, junto con las demás ilusiones rotas brutalmente por la realidad!

MATILDE.-;Ah!

RAMIRO.-Pero...

MATILDE.—Pero ¿qué...? ¿Qué, Ramiro? (Angustiada.) Explíqueme, por Dios...

Vuelven olga y maría, alegres, bulliciosas, riéndose de roque. Misiá matilde, en cambio, queda ya amargada, inquieta, cavilosa, muda.

### **ESCENA XVIII**

## LOS MISMOS, OLGA Y MARÍA

olga.-¡Qué divertido es ese don Roque!

MARÍA.-Está feliz con su sorpresa.

OLGA.—Cree que Ramiro va a quedarse asombrado. Y si vieran la tontería que es...

MARÍA.-No está mal. Es una entrada.

OLGA.—Con sus mil adornos de rabanitos y lechugas, y hasta una banderita de papel... (Rie.)

ма ría.—Que quiere presentarse a Ramiro con un mérito ya, dice.

olga.—En fin, verá este caballero ingratón que hasta los que no lo conocen todavía, se alborotan por él.

MATILDE.-Si dice ahora que no se queda.

olga.-¡Cómo!

MARÍA.-¿Que no?

RAMIRO.-Así es. No sé qué decirles, pero...

olga.-Diga: «Me quedo». Y asunto concluido.

RAMIRO.—(Resuelto, yendo a coger su sombrero.) No es posible, Olga. olga.—¡Hum!

RAMIRO.-Cualquier otro día, sí; hoy tengo un compromiso.

olga.-Lo deja... Sí...

RAMIRO.—Estoy seguro de que usted misma no deseará que a una familia de quien acabo de recibir un gran favor, le pague yo con un desaire.

olga.-¿Tan formal es el compromiso?

RAMIRO.—Y he sido yo, cabalmente, quien ha fijado este domingo como el día seguro para almorzar con ellos. Y ya es tarde.

olga.-¡Con lo que salimos ahora!

RAMIRO.-Desde el principio lo dije, Olga.

MARÍA.-Vuelva, entonces.

RAMIRO.-Eso sí. Esta noche, si ustedes quieren.

MATILDE.—(En quien nace un vivo deseo.) Sí; vuelva esta noche, Ramiro.

olga.-Pero... seguro.

MARÍA.-Esta va a pedir juramento.

RAMIRO.-Jurado.

olga.-Bien.

RAMIRO.-Hasta luego, misiá Matilde. Se me ha hecho tarde.

MATILDE.—Hasta la noche.

OLGA.—Nosotras lo acompañaremos. No sabría salir del mostrador. RAMIRO.—Gracias.

MARÍA, OLGA Y RAMIRO se van por el fondo. Mientras salen:

olga.-Lo ha jurado. Acuérdese.

RAMIRO.-¿No me cree?

OLGA.—(Ya en la cigarrería.) No. (Y ríe.)

RAMIRO.-(Dentro también.) A las nueve...

#### ESCENA XIX

MATILDE; luego, MARÍA Y OLGA; al final, ROQUE

MISIÁ MATILDE, en cuyo semblante se lee una angustia vaga y cuyas actitudes todas han sido durante la escena anterior las de una mujer atormentada que cavila y teme, queda unos instantes inmóvil, de pie, la vista fija en un punto. Luego suspira; sus ojos se encuentran con la Virgen; y entonces, dirigiéndose a esta:

MATILDE.—¡Una novena, Madre mía, con lámpara y flores, si... (*Llorando*.) ¡No sé todavía qué es lo que te voy a pedir! (*Se arrodilla ante la imagen y, entre lágrimas, reza en silencio*.)

OLGA y MARÍA vuelven radiantes.

olga.—¡Abrázame, María! maría.—¡Al fin, chiquilla!

Se abrazan, dichosas.

OLGA.—(Reparando en MISIÁ MATILDE.) ¡Pobre mi vieja! Mírala. Dándole las gracias a la Virgen.

MISIÁ MATILDE, precipitadamente, se enjuga las lágrimas, ocultándose de su nieta, y se levanta. Para no volverse, a fin de que no la vean llorar, empieza a disponer la lamparilla de la Virgen.

ROQUE.—(Haciendo entrada triunfal, por la derecha, con su gran fuente adornada.) ¡Ya está...! Pero... ¿ni siquiera han puesto la mesa? (Las muchachas sueltan la risa.) Pero... ¿y él...?

MARÍA.—¡Se fue! olga.—¡Pobre don Roque!

# ROQUE.—(Descorazonado.) ¡Vaya con el distinguido Ramiro!

Y queda con la fuente en las manos. Las chiquillas ríen. MISIÁ MATIL-DE hace esfuerzos cada vez más inútiles para contener las lágrimas, mientras enciende la lamparilla. Y el telón cae lentamente.

FIN DEL PRIMER ACTO

## SEGUNDO ACTO

La misma habitación. Cerca de la puerta del fondo, una máquina de coser, en la que MARÍA cose unos pantalones al levantarse el telón. Es media tarde.

### **ESCENAI**

# maría y martín

MARÍA.-No te consideres tan seguro. Todavía puedo arrepentirme.

MARTÍN.—Eso faltaba: que salieras ahora una de esas mujeres de arrepentimientos, que van anulándose poco a poco la vida... Óyeme: siempre, siempre se ha de tener el orgullo de los propios actos, aun el orgullo de los golpes recibidos. Con altivez, hasta los descalabros engrandecen...

MARÍA.-Sí, ya. Ustedes, los hombres, como nada arriesgan...

MARTÍN.-Pero, en fin, ¿me explicas o no eso?

maría.-No.

MARTÍN.-Es solo una curiosidad, te prevengo.

MARÍA.-Lo importante es lo que sucede.

MARTÍN.-Y cómo y por qué sucede, también.

MARÍA.-Las mujeres somos así.

MARTÍN.—Piensan y discurren con un sentido práctico aterrador, y luego, a renglón seguido, proceden al revés.

MARÍA.-Ahí tienes la explicación, entonces.

MARTÍN.—¿El absurdo...? ¡Que lo quieran a uno por razón del absurdo!

MARÍA.—(Risueña, al ver llegar a OLGA por la derecha y con un naipe en la mano.) Ya viene a que le eche las cartas.

### **ESCENAII**

## LOS MISMOS V OLGA

olga.-¿Los viernes, no me has dicho?

MARTÍN.-Oiremos a la pitonisa.

MARÍA.-Dame el naipe. (Va hacia la mesa.)

OLGA.-¡Pobre María! ¿Te aburro?

MARÍA.-Al contrario.

martín.-Paciencia y barajar.

olga.-Así es.

MARÍA.—(Barajando el naipe.) Nada de eso. ¡Ojalá pudiera distraerte más!

MARTÍN.—Pero es que ella tampoco busca cosas amables en qué pensar.

olga.—No puedo. ¡Qué voy a hacer! Todo lo que no sea pensar en él, en mi pena... me resulta odioso, insoportable. ¿Creerán que cuando me distraigo, me siento apesadumbrada tan pronto como me doy cuenta? Se me ocurre que lo he querido menos un instante...

макті́м.—Perdida. Está perdida.

MARÍA.—Alza, tonta.

olga.-Ríanse; no importa que se rían.

maría.-Alza.

olga.-En tres partes, ¿no?

MARTÍN.-En tres. Eso tiene mucha importancia.

MARÍA.-(Recordando.) ¿Qué eras tú?

olga.-La sota de copas.

макті́ N.-¿Y él?

MARÍA.-(Con sorna.) ¡El rey!

olga.-Búrlense, búrlense...

MARÍA.—(Disponiendo sus cartas sobre la mesa.) Tu casa, tu persona, tu amor y tu porvenir...

MARTÍN.—Porque el presente... ya lo vemos: desde que desapareció de nuevo el... rey de copas...

MARÍA.-No le hagas caso. Y alégrate: cerca de ti sale.

olga.-No tan cerca.

MARTÍN.-A tres cartas de distancia. ¡Uy, qué lejos!

MARÍA.—(Leyendo en las cartas.) Una visita... Sí... Parece que él viene a esta casa... (Pausa. Medita.)

OLGA.—(Vehemente.) Sigue.

MARÍA.-Pero... salen lágrimas...

OLGA.-(Alarmada.) ¿Lágrimas?

MARÍA.-Y viaje... Mira: otra vez viaje...

OLGA.-(Extrañada.) ¿Viajes?

MARÍA.-Pero viajes cortos...

MARTÍN.—Los que hace otra vez, y ahora diariamente, la pobre misiá Matilde por todos los barrios de Santiago.

olga.-¿Qué más?

MARÍA.—No te sale muy bien que digamos... (De pronto, sonriendo.)
Miren: la cama de flores me sale a mí.

olga.-¿Tú eres la sota de bastos?

MARÍA.-Yo.

MARTÍN.-A ver, ¿dónde salgo yo, entonces?

olga.-Aquí, ¿no?

MARTÍN.-¡Juntos!¡Oh!¡Bravo!

olga.-(Nerviosa.) ¿Qué más? ¿Qué más, Mariquita?

MARÍA.—A Ramiro le sale la rueda de la fortuna...Y parece que... esta mujer... ¿ves...? una mujer blanca... se interpone...

OLGA.-¿Otra mujer? (Se aflige.)

MARÍA.—Pero él piensa en ti... Piensa mucho, mucho en ti... Este es su pensamiento, el caballo.

MARTÍN.—No pensará muy bien, entonces... Se explica, se explica que le salga la rueda de la fortuna...

MARÍA.—(Frunce el ceño, medita un momento; luego, como quien toma una resolución violenta, revuelve el naipe.) ¡Bah! No veamos más las cartas hoy, mejor.

olga.-(Alarmada.) ¿Por qué?

MARÍA.-Mienten tanto, a veces...

OLGA.—(Compungida.) ¿O es que me sale algo malo...? Dime la verdad...

MARÍA.-No. No salen bien, eso es todo.

MARTÍN.—Y aunque saliesen horrores, Olga, enseguida viene siempre una cartita de recurso, que se presenta cabeza abajo, y la pitonisa esta dice entonces: «Pero no se te dé nada; después se compone la cosa. Si esta carta hubiera salido derecha, entonces sí sería malo, sin remedio». (*Ríe.*)

Llega por la derecha MISIÁ MATILDE, en quien se advierte, como en OLGA, un marcado decaimiento, con relación al acto anterior. Usará de más blandura ante la tristeza de su nieta. Su voz estará siempre quebrada, como en las personas que lloran a cada rato, pero que lo disimulan.

#### ESCENA III

## LOS MISMOS V MISIÁ MATILDE

MATILDE.-¿Qué tiene la Olga?

MARÍA.-Que porque no le salen bien las cartas, se aflige.

MATILDE.—No seas inocente, criatura. ¿Te sientes bien? ¿No has vuelto a tener el vahído?

OLGA.-¿Y esa mujer que sale?

MARTÍN.-¡Oh, esas mujeres salen siempre!

MARÍA.-¿No ves que son cuatro las sotas?

MATILDE.-Y... ¡claro...! en algún sitio han de salir.

olga.—(*Llorosa y como respondiendo a sus temores.*) Si ya otras veces me he puesto en el caso...

MATILDE.-¿De qué, hija?

OLGA.-Si se enamora de otra, he pensado...

MARÍA.-;Bah!

olga.—No sé... Pero creo que aun entonces, con tal de ver en él un poco de cariño para mí, me conformaría...

MATILDE.—Te pasarías de tonta.

OLGA.—Tendría el orgullo de sacrificarme por su felicidad... Y aprendería a esperar...

MARTÍN.-Eso... se dice. Y esperando, se olvida.

MARÍA.—Te morías tú, antes.

OLGA.—(Con los ojos llenos de lágrimas.) Así es. Sí, me moriría.

MARTÍN.-Pero hay que pensar en cosas amables.

MATILDE.—Ya el doctor te lo tiene advertido. Si no te distraes, si no buscas tu alivio tú misma...

OLGA.—Como ustedes no conciben que el alma se enferme y duela...

MARÍA.—No, Olga. Si la cuestión es que tú lo divinizas, lo has puesto por encima de todo.

MARTÍN.-Por encima de lo que vale.

MATILDE.-Y no hay hombre como imaginas tú a Ramiro.

MARÍA.—Convéncete, Olga, los hombres solo valen lo que las mujeres los hacemos valer.

MARTÍN.-Muchas gracias.

MARÍA.—Quiero decir que, para nosotras, no tienen sino el valor de nuestro cariño. Si los queremos mucho, valen mucho; si poco, poco. ¡Que me lo cuenten a mí!

MARTÍN.-¿Y yo...?

макíа.-¿Tú...? Tú tienes tu valor para mí, que yo solita me sé...

OLGA.—Como sea; mi amor es él, y él es mi pena, y mi pena es entonces mi amor... y yo no quiero nada fuera de mi pena, entonces.

MATILDE.—(Con tristeza.) Pero...; criatura...!

OLGA.-Y Ramiro es bueno.

MATILDE.—Hay necesidad de vivir con un hombre para saber si es bueno o malo.

olga.—No, abuelita. Hay algo en los corazones de los demás, algo que se siente, que da pruebas, aunque no se diga con palabras, algo... ¿cómo diré...? algo que sale solo... Cuando usted conoció a mi abuelito, cuando apenas lo había tratado, ¿no sintió ese algo, ese...?

MATILDE.—¡Hum! Yo tengo ya de aquello un recuerdo muy vago. MARÍA.—Y Ramiro debía darte otras pruebas ya.

MARTÍN.-Tiempo era.

olga.—(Con irritación dolorosa.) Si sé... ¡no me desesperen...! si comprendo que Ramiro no me quiere... ¿Qué más demostración que la de haber venido unas pocas veces, haberse convencido de que me muero por él, y luego, de repente, perderse otra vez? Pero...

MARÍA.-Y siempre rehuyendo el tratar en serio las cosas.

MATILDE.—¡Cuánto hice yo por hablarle a solas!

olga.—No me molesten. ¿Quieren? Si alguna me dice algo malo de él, no sacará sino que desconfíe de ella. Se me figuran...; mil cosas!

MARÍA.-De mí no desconfiarás.

OLGA se va llorosa y mal humorada, por la derecha.

MARTÍN.-Lo que falta es que esté celosa de ti.

MATILDE.—(En tono de ruego y con tristeza.) No le digan nada. Yo no sé ya, Dios mío, qué hacer. Me ofusco. Me parece que se me puede morir esta criatura. Como que le estuviera entrando pensión...; Paciencia, Señor! (Vase detrás de olga, enjugándose las lágrimas.)

#### **ESCENAIV**

## MARÍA Y MARTÍN

martín.-¡Pobre vieja!

MARÍA.-Vive ahora como desatentada, más aturdida y ciega que la nieta.

MARTÍN.-Estos cariños de abuela, ¡qué terribles!

MARÍA.-Alarmantes.

MARTÍN.—Misiá Matilde –observándola vengo–, cada día siente más y piensa menos.

MARÍA.—Con el dolor de ver a la Olga consumirse, va perdiendo el poco juicio que tenía.

MARTÍN.-Que nunca fue mucho.

MARÍA.—Toda corazón, la infeliz. Y para las personas como ella, la vida es un tormento.

MARTÍN.—Es una pica afilada, en cuya punta colocan el corazón en cuanto empiezan a vivir. ¡Y ay del corazón mientras más pesa!

- MARÍA.—También la Olga, por lo mismo que es tan simple, da mucha pena.
- MARTÍN.—Pero óyeme: si alguna vez te pones tú así, llorona, toda dolores y querellas...
- MARÍA.-¿Yo? ¡Tendría que ver!
- MARTÍN.—Porque no hay nada que me hostigue más. Si por algo te quiero, es porque eres animosa y tomas el amor con alegría...
- MARÍA.—Y no soy majadera, como cierta personita que hablaba hasta de suicidarse. (*Ríe.*)
- MARTÍN.—Bueno. Ríete. (*Ríe también*.) No. Y es verdad, el amor lo pone a uno qué sé yo cómo a veces...; En fin...! ¿Y cuándo salimos juntos a pintar?

#### ESCENA V

## LOS MISMOS Y ROQUE

ROQUE.—(Llegando por el fondo, en mangas de camisa y con la cinta de medir colgada al cuello.) Buscan en la cigarrería.

MARÍA.-Voy. (Vase por el fondo.)

ROQUE.—(Mientras examina el pantalón que cosía MARÍA.) ¿Y adónde quiere ir a pintar con la Mariquita el distinguido Martín?

MARTÍN.-Al campo. Le pienso hacer un retrato a todo sol.

ROQUE.-Malo, malo, malo.

MARTÍN.-¿Cómo malo? No, señor; un retrato bueno.

ROQUE.—Esos retratos, en el campo, solos... pueden salir hablando.

MARTÍN.—(Riendo.); Qué don Roque este!

- MARÍA.—(Volviendo y al ver a ROQUE examinar el pantalón.) Falta solo plancharlo.
- ROQUE.—Bien, bien, porque hoy debo entregar el terno. Mira, el imprentado, un poco menos para otra vez. No te des demasiado trabajo.

MARÍA.-¿Y qué hablaban de mí?

ROQUE.—¿Qué era...? Ah, le decía al distinguido Martín que la Rosa, mi entenada, me había preguntado mucho por ti ayer.

макі́а.-¿Y qué dice la Rosa?

ROQUE.—Ahí está, la Rosa. Tiene ya once chiquillos... Ah, oye, al embolsillar, ten cuidado con los remates.

макі́а.-¿Мејот?

ROQUE.—No. Digo para siempre...; Vaya, vaya, vaya...! Pues ahí está la Rosa. Ha puesto ahora un taller de pañuelos. «¡No sé qué hacer, don Roque, con tanto mocoso!», me dijo una vez. Y yo...; evidente...! Le dije: «Pues pon una fábrica de pañuelos...».; Evidente...! Bien. En cuanto lo planches, me lo mandas.

MARÍA.-De la puerta le aviso.

# Vase don ROQUE por el fondo.

#### **ESCENA VI**

MARÍA, MARTÍN; luego, RAMIRO, por el fondo

MARTÍN.-¿Cuándo vamos?, te preguntaba.

MARÍA.—Tendría que ser un domingo después de almorzar, cuando ya hubiera cerrado la tienda. Y contando con que no saliera misiá Matilde esa tarde, para no dejar a la Olga sola. ¿Creo que tocan en la cigarrería?

MARTÍN.-(Asomándose.);Oh!

RAMIRO.—(Dentro.) ¡Chts! ¿Están solos?

MARTÍN.-(A MARÍA.) ¡Ramiro!

RAMIRO.—(Dentro.) ¡Chts! Bajo. ¿Se puede?

MARÍA.—(Bajando la voz.) Que pase, ya lo creo. (Corre a asomarse.)

MARTÍN.—(A RAMIRO.) Por ahí. Ahora, levante la tabla... Eso es.

RAMIRO.—(Con misterio, sin pasar a escena.) ¿Están solos? ¿La Olga no está?

maría.-No.

RAMIRO.-Quiero hablar con misiá Matilde únicamente.

MARÍA.-¿Y cómo?

MARTÍN.-La Olga viene a cada instante.

RAMIRO.—Sin embargo, he de hablar aquí con misiá Matilde. Había pensado hacerlo en la calle; pero, como tendremos... diré, una escena, en la calle daríamos un espectáculo. Por eso.

MARÍA.—Pues aquí... Si llega usted un minuto antes, encuentra a la Olga.

RAMIRO.-¿Y no la podrían alejar por unos minutos... diez... cinco?

MARÍA.-¿Y qué pasa?

RAMIRO.-¡Chst! Dígame, ¿se podría?

MARTÍN.—Solo que la hiciéramos llamar.

MARÍA.—Sí, por la hija de don Roque. Váyase, Ramiro, a la esquina, y yo le mando avisar con Martín.

RAMIRO.-Eso es. En la plazuela espero.

MARÍA.-Pero ¿qué ocurre?

RAMIRO.—Ya verá. Hasta luego. (Vase.)

### ESCENA VII

MARÍA, MARTÍN; luego, ROQUE

MARÍA.-¿Qué pasará, por Dios?

MARTÍN.-Con este misterio... nada bueno.

MARÍA.—En fin, corre tú a prevenir a don Roque mientras le aviso yo a misiá Matilde. Le dices que es necesario que la Carmela mande llamar a la Olga con cualquier pretexto urgente. ¿Entiendes?

MARTÍN.-Ya.

MARÍA.—Otra cosa: que la retenga después allá un buen rato. MARTÍN.—Se comprende.

MARÍA.-Es que conviene ponerse en todo.

ROQUE.—(Llegando por el fondo.) El pantalón. Ahí está ya el cliente.

MARÍA.-¡Ah, qué a tiempo!

ROQUE.—No tan a tiempo. Lo tendré que hacer planchar allá. Tú, ni fuego prendido tendrás todavía.

MARÍA.-Si se trata de otra cosa, don Roque.

MARTÍN.—Anda tú a ver a misiá Matilde. Yo le diré todo a don Roque.

макі́а.—Justo. No perdamos tiempo. (Vase por la derecha.)

### **ESCENA VIII**

## MARTÍN Y ROQUE

MARTÍN.—Se trata de que le diga usted a la Carmela que llame a la Olga con un pretexto cualquiera.

ROQUE.-Pero ¿con qué fin?

MARTÍN.—Con uno cualquiera, le digo. Ha estado aquí Ramiro y ha dicho que necesita hablar con misiá Matilde a solas. En fin, venga conmigo; por el camino le explicaré. (*Coge su sombrero*.)

ROQUE.—¡Siempre el distinguido Ramiro! Pero ¿qué tienen algunos hombres?, digo yo. ¡Ni que tuvieran música! (Coge el pantalón.)

MARTÍN.-Vamos, vamos...

ROQUE.—(Yéndose por el fondo con MARTÍN.) Entonces... ¿Ramiro es ese que entraba cuando yo me iba... y que se iba cuando yo entraba? Como no lo había visto nunca...

### **ESCENAIX**

MARÍA y MISIÁ MATILDE, que llegan por la derecha MARÍA.—Él en persona.

MATILDE.-¿Y qué será, Virgen Santa?

MARÍA.-No se aflija tampoco.

MATILDE.-Es que ya no sé sino temblar de todo.

MARÍA.—Esperemos. Puede que algo bueno resulte. Ah, y usted debe aprovechar para exigirle seriedad.

MATILDE.-¡Oh! A mí me va a oír, verás tú.

MARÍA.-Por lo mismo, ánimo.

MATILDE.—Así es. Lo que es que estoy como atontada ya. Considera que yo no he tenido un solo día de contento. Ni siquiera la mañana aquella en que lo encontramos, ya me has oído. Él mismo, con su consejo tan sospechoso de que no vendiéramos la casa de Valparaíso y con su obstinación para no quedarse a almorzar, me amargó el gusto del encuentro.

MARÍA.-Pero ahora, energía, misiá Matilde.

MATILDE.—Ustedes estaban esa mañana llenas de júbilo. Yo me tragué mi angustia. Como ustedes ni pensaban en mí, no se fijaron; pero, aquí, cuando la Olga me creía dando las gracias a la Santísima Virgen, yo no hacía otra cosa que tragarme las lágrimas, y disimular, y hacer esfuerzos para no nublarle a ella la alegría.

## Llega ROQUE por el fondo.

#### **ESCENAX**

LAS MISMAS, ROQUE; luego, OLGA, por la derecha

ROQUE.—¿Ya está prevenida?

MATILDE.—(*Llamando en la puerta de la derecha*.) ¡Olga!

MARÍA.—(*Lo mismo*.) ¡Olga, ven! Te llaman.

MATILDE.—¿Qué le va usted a decir?

ROQUE.—Ya verá, señora, ya verá.

OLGA.—(*Llegando*.) ¿A mí?

ROQUE.-La Carmelita le tiene una nueva, Olga.

olga.-¿Buena?

ROQUE.—Buena debe ser. Creo que de alguien que le interesa mucho.

De... él? في oLGA.

ROQUE.-Por ahí, por ahí creo que es la cosa.

MARÍA.-Anda.

MATILDE.-Sí, anda, hija.

## OLGA se va por el fondo.

ROQUE.—Vamos. ( $Bajo\ a\ \text{MARÍA}\ y\ \text{MATILDE.}$ ) Enfrente, en la jabonería, espera ya.

макі́а.-¿Ya?

ROQUE.-¿Vamos, Olguita...? Corrió.; Evidente! Corrió. (Vase por el fondo.)

#### **ESCENA XI**

## MARÍA Y MISIÁ MATILDE

MISIÁ MATILDE se acerca a la Virgen y reza muda brevemente. MARÍA, entretanto, coge su cesto de tejido y se pone a tejer.

MATILDE.—¡En nombre sea de Dios! (Pausa.) Y tú, ¿qué tejes tanto, niña?

maría.-Una gorrita.

MATILDE.-¿Vendes también tejidos?

MARÍA.-No. Pero tejo siempre.

MATILDE.—Le tengo que hacer ver todo lo que he sufrido por su causa. (*Pausa*.) Y si no vendes, ¿para quién tejes?

MARÍA.—Ni sé. Siempre tejo, sin saber para quién. No tengo siquiera a quién regalarle nada. Y tampoco me gusta regalar mis

tejidos. Tienen algo de sagrado para mí. Tejo, tejo... y sueño... sueño que estas cosas son para un hijo mío... que alguna vez tendré... o no tendré... ¡Quién sabe! Y las guardo, las voy guardando...

матіь De.-¿Por qué deseará hablar conmigo a solas...?

MARÍA.—(Como absorbida por su tema, con emoción.) Parece mentira, pero se siente una ternura por todo esto... como si dentro viese una la carita de un chico... o un cuerpecito suave y tibio... No los vendo, no. Son mis juguetes. Y los quiero, como una esperanza.

MATILDE.—(Que cogida por su preocupación a su vez, no se cuidaba de MARÍA.) Ya sé todo lo que le voy a decir.

MARÍA.-¿Llega? Él debe ser.

Aparece RAMIRO por la puerta del fondo. Su actitud es algo tímida al entrar; pero luego suma alientos y adquiere un aire resuelto.

#### ESCENA XII

### LAS MISMAS V RAMIRO

RAMIRO.—(A MARÍA, que lo recibe en la puerta.) ¿Cómo está, María? MARÍA.—A usted, señor ingrato, se le pregunta.

RAMIRO.-Buenas tardes, misiá Matilde.

MATILDE.—(Seca.) Buenas tardes.

RAMIRO.—(Tomando dominio de sí.) En fin... No esperaba, tampoco, ser recibido...

матіlde.-¿Como antes? Ya lo creo...

### Pausa.

RAMIRO.—Sin embargo, misiá Matilde, créame que no merezco ese rencor.

MATILDE.—¿Sabe usted todo el daño que nos ha hecho? Con solo mirarme la cara puede sospechar algo. Flaca, arrugada, deshecha...

RAMIRO.—Yo he sufrido, también, y sufro... Estoy sufriendo ahora mismo...

MATILDE.-Aquí estaremos en la gloria.

RAMIRO.—Sabía que no.

MATILDE.—(Con rabia.) Y sabía... (Conteniéndose.) De todas maneras, ha cometido la mayor de las maldades de su vida. Si yo me he envejecido, desde que usted pisó mi casa, más que en los cincuenta y seis años que tengo, juntos, esa pobre criatura, mi Olga... pregúntele a la Mariquita cómo está.

MARÍA.-De veras, Ramiro. Si la viera...

MATILDE.—Ni sombra de la chiquilla fresca y viva como una rosa, que criamos con tantos cuidados. Ahí está, un atado de huesos, con los ojos hundidos de tanto llorar y de no dormir.

MARÍA.—(Que asiste a la escena tejiendo.) De veras, Ramiro. Hay días en que le da por echarse a morir.

MATILDE.—Tumbada en una cama pasa a veces el día entero. RAMIRO.—Por eso he venido.

MATILDE.—¡Hoy! Y ha tenido la mala alma de aguardar tres meses. ¿Sabe cómo hemos vivido estos meses aquí? ¿Sabe cómo ando yo, desde que Dios amanece, por esas calles? Hoy recorro los bares, mañana las peluquerías, otras veces me paro en las puertas de los teatros; otras, voy tomando una por una todas las líneas de tranvías; y les pregunto a los cocheros, y...¡qué sé yo...! Ando desatentada por esas calles que ni conozco, hasta que las piernas no me dan más, y el corazón me duele, y me siento a llorar en una plaza, en las gradas de una puerta, donde me rindo y me pongo a pensar en que voy a volver otra vez aquí sin saber todo ese misterio de usted, que me dejó inquieta, y para que la pobre chiquilla tenga nuevos llantos, y nuevos vahídos...Por usted.

RAMIRO.—(*Emocionado*.) No siempre, señora, tenemos las personas la culpa de lo que causamos. Hágase cargo.

MATILDE.—Una vez, en un bar, me quisieron dar limosna. Y en un grupo de esos de hombres que se juntan en el centro, porque pregunté si lo conocían y les dije que lo necesitaba porque tenía una nieta que se me iba a morir si no dábamos con usted, soltaron la risa en mi cara. ¡Chacota hicieron!

MARÍA.-De estas cosas se ríen los que no pueden sentirlas.

RAMIRO.—(Dolorido.) Ha sido una desgracia esto. Yo vivo, misiá Matilde, en el Parque Forestal.

MATILDE.-Esa es otra...; Oh, no quiero acordarme!

MARÍA.—Que a ese pintor amigo suyo le dijo que vivía en la Recoleta.

MATILDE.-Y era mentira. Diga que no.

RAMIRO.-No lo niego.

MATILDE.—Y la niña, enferma, cada día peor; y yo, cada día peor también, de verla a ella consumirse y de la angustia por saber al fin el motivo de ese consejo inexplicable de que no vendiéramos la casa de Valparaíso.

макі́а.-Y que la Olga no lo sabe, que si no...

MATILDE.—¿Y por qué ese consejo? Hasta hoy, por más que me vuelvo loca pensando, no lo entiendo. Nunca quiso usted explicarse. Siempre enredando la madeja; hasta que se perdió, por toda respuesta.

RAMIRO.—(En un esfuerzo.) A eso vengo, justamente. He querido dejarla decir todo eso, para que, ya desahogada, me escuche con alguna serenidad. Soy culpable; pero tengo excusa, misiá Matilde.

MATILDE.—Hable de una vez, que si se enmienda, todo puede pasar.

RAMIRO.-No es la dicha lo que traigo, desgraciadamente.

MATILDE.-¿Qué...?

RAMIRO.-Pero será siempre mejor que esta situación.

MATILDE.—(Con miedo.) Si han de venir más calamidades...

RAMIRO.—Es preciso que hable. Esto no puede seguir. Yo sabía casi todo lo que acaba de decirme. La Olga me escribía muy seguido, cartas larguísimas que, si en algo pequé, han sido mi expiación, y muy dura, pueden creerme.

MATILDE.-¿Y?

MARÍA.-Las dirigía al correo, por si acaso.

RAMIRO.—Y me han llegado todas. Las últimas me alarmaron tanto, vi ya en ellas un trastorno sentimental tan agudo, que me decidí a venir. Prefiero ser franco y ver si el remedio llega por este camino. Señora... yo... estoy casado.

MATILDE.-(Lívida.) ¿Qué? ¡No!

MARÍA.-¡Válgame Dios!

RAMIRO.—(Con lágrimas en los ojos.) Sí, misiá Matilde.

MATILDE.—(Doblándose, sin fuerzas.) ¡Jesús, Jesús, Jesús! (De pronto, como quien rechaza una pesadilla.) ¡No, eso es un pretexto, eso no es verdad!

RAMIRO.-A poco de llegar a Santiago... Debí hacerlo.

MATILDE.-; No, no, no...!

RAMIRO.—El amor, misiá Matilde, si bien es lo principal de la vida, no lo es todo para un hombre. Mucho quería yo a la Olga, mucho la quiero todavía...

MATILDE.—(Como loca, demudada.) ¡No, no...! ¡No, no, no, no, no...!

Pausa. MARÍA, emocionada, sufriendo la escena, auxilia a MISIÁ MATILDE.

RAMIRO.-Además, que se resolvía mi situación...

MATILDE.—¡Jesús, Jesús! ¡María, Mariquita...! (De pronto, encarándose con RAMIRO.) ¿Y no pensó en mi Olga, en que se moría por usted...?

RAMIRO.—Pensé... lo que la vida nos da el derecho de pensar. Allá, en Valparaíso, pensé, no le faltará un hombre honrado, enérgico, batallador por la fortuna, que le dé su nombre, lindos niños y el olvido para esta ilusión, nacida junto a un... errante de corazón muy noble y todo lo que se quiera, pero... derrotado por los negocios.

MATILDE.—Eso es novela, Ramiro. Dígame que es mentira. ¡No puede ser, Dios mío, no! ¿Cómo, entonces, cuando lo encontramos aquí nada nos dijo?

RAMIRO.-Pero tranquilícese, óigame con calma.

MARÍA.-Sí, cálmese, misiá Matilde.

MATILDE.-¡Cómo, cómo entonces! Hable.

RAMIRO.—La sorpresa, la alegría del encuentro... el amor a la Olga, que renació en mí de repente, sin sentirlo yo casi, como un veneno... algo de temor a un desengaño brusco también... y cierta vergüenza o pudor de confesar la infidelidad así, tan de pronto... mil causas pequeñas que son decisivas en esos momentos inesperados...

MATILDE.—(Como un estribillo de loca, en cada pausa de RAMIRO.) ¡Jesús, Jesús, Jesús!

RAMIRO.—Y mucho de la inconsciencia que nubla y guía ciegos nuestros actos en tales circunstancias... En fin, no sé cómo explicarlo mejor...

MATILDE.-¡Y después, después me lo ocultó también!

RAMIRO.—El primer día, la suerte no me permitió decírselo, usted se acordará. Al salir, estuve tentado de no volver más; pero... se lo había prometido a la Olga... Luego, a diario, porque mi consciencia me dijera que debía esta confesión o porque mi corazón por su lado me hiciera encontrar otros pretextos para ver a la Olga una vez más y gozar, como un imbécil, en un vértigo ciego y tal vez vanidoso...; no sé...! Lo cierto es que cada noche llegaba aquí con el propósito de la confesión, pero...; pse...! todo era cobardía y ceguera de enamorado, y me volvía sin decirlo.

De usted huía, me hacía temblar. Por fin, una noche vi ya muy claro: la Olga se enamoraba más y más, era muy candorosa y muy débil, yo le estaba causando un gran daño. Solo comprender la imposibilidad de sus sueños fue ya para mí algo que me desgarró. Vi que no me hallaría jamás con fuerzas para decírselo... Hoy mismo, a ella, no me atrevería a decírselo...

MATILDE.-Ni yo.; Ni yo!; No, no, no, no...!

RAMIRO.-Y huí. Me decidí a no volver más, sencillamente.

MATILDE.—(*Llorando amargamente*.) ¡Entonces es verdad, es verdad, es verdad...! Y esa criatura... si estuviera sana, ¿qué sería esto? Nada. Pero como está...

MARÍA.-Misiá Matilde... Cuidado...

MATILDE.—(Irguiéndose, violenta, en una reacción.) ¿Se ha enamorado de otra después? ¡Ha podido...! Pero... pero ¿qué tiene esa mujer? ¿Cómo es? ¿Por qué puede valer más que mi hijita...?

RAMIRO.—(Emocionado, para sí.) ¡Qué horrible!

MATILDE.—¡Jesús, Jesús! ¡No! ¡Eso no es verdad...! (Suplicante, desgarradora, enloquecida, llorando.) ¡Diga que no! Si es un pretexto para no venir, para que no lo molestemos... No, Ramiro, no la desprecie... Mi Olga es buena, es linda, usted se convencerá de que jamás, ninguna mujer en la vida lo merecerá más que mi Olga... (Cae en llanto convulso.)

MARÍA.—(Conmovida hasta el llanto.) Misiá Matilde... Misiá Matilde... (Sirve agua de la botella de barro y le da a beber.) Tome agua, unos sorbos...

RAMIRO.-Que tome, sí...

макíа.-Тоте... que la Olga puede llegar... Tome, tome...

MATILDE.—Sí, dame... (*Bebiendo*.) Que no sepa ella. Ella... ella sí que se caería muerta... Si yo, ya lo ves... Y puede venir, sí... (*Bebe, como con vehemencia por calmarse*.)

RAMIRO, discreto, al oír que OLGA puede volver ya, se va por el fondo.

#### ESCENA XIII

## MARÍA Y MISIÁ MATILDE

MARÍA.-¿Más?

MATILDE.-¡Qué pecado habré cometido, digo yo!

макíа.-¿Le traigo un poco de agua de azahar?

Se fue? ¿Se fue?

MARÍA.-Debe haberse ido. ¿Se calma?

MATILDE.—(Con nuevas lágrimas.) ¿Y así sueñas tú con un hijo, así, con este sufrimiento que estás viendo?

макíа.—Pero cálmese, por Dios... Otro poquito. El agua fresca...

MATILDE.—(Siempre entre llantos y desesperaciones.) Todo por haberla enseñado demasiado a señorita. Por eso. ¡Claro, estos señores nunca se casan con nuestras chiquillas! Más me hubiera valido dejarla humilde.

MARÍA.—Las pretensiones. ¡Qué calamidad, las pretensiones! MATILDE.—Habría querido a un hombre sencillo, como nosotras, y no estaría como está.

MARÍA.-Bien. Serénese, ahora. De un momento a otro vuelve la Olga y...

MATILDE.-Así es. ¿Y qué le voy a decir a ella?

MARÍA.-¡Qué cosas, Dios mío!

MATILDE.—¿La verdad? ¡Nunca! La mataría... ¿Se la dirías tú? ¿Qué hago yo, Señor, qué hago?

макía.-Por lo pronto, tranquilizarse. Veremos, después...

MATILDE.-¿Pero no crees tú que decírselo es matarla?

maría.–No sabemos.

MATILDE.-¿Se lo dirías tú...? Di... ¿Te atreverías?

MARÍA.—La verdad, vo seré muy fuerte conmigo misma...

MATILDE.—Yo tampoco me atrevo. No, no encontraría fuerzas para resistir lo que sufriría esa criatura...; Qué golpe...!; Oh, imaginarme, tan solo...! (Vuelve a llorar.)

MARÍA.-¡Válgame Dios!

MATILDE.—No, no. No me atreveré. ¡Es horrible, horrible! Piensa en su estado, en lo que ha dicho el doctor... ¡No, no! MARÍA.—¡Chts!

Llega OLGA, todo lo radiante, febril e ilusionada que su estado le permite. MISIÁ MATILDE se enjuga precipitadamente el llanto, bebe más agua y se esfuerza por aparecer serena ante su nieta.

### ESCENA XIV

## LAS MISMAS Y OLGA

olga.-¿Si podré alegrarme? ¿Saben cuál era la noticia? Que ha sabido de Ramiro.

MARÍA.-¿Quién?

olga.—La Carmela. Que ha estado ausente de Santiago, Ramiro, por negocios. Labarca, el pintor, se lo ha contado a la Carmela. Y que ahora va todas las tardes, a esta hora, por la Bolsa. Usted sabe, abuelita, dónde está la Bolsa.

MATILDE.—Sí, hija.

olga.—Allá tiene que ir hoy, entonces... ¿Y por qué se ha atrasado en salir hoy? Ha sido una suerte.

макі́а.-¿Ahora quieres que vaya?

olga.—¡Claro! Pero... ¿no se alegra, abuelita? ¿Con esta esperanza?

MATILDE.-Sí.; Cómo no me voy alegrar!

olga.—¿Por qué ha llorado...? ¡Ay, María! ¿Qué te parece? Yo creo que me puedo alegrar algo. ¿No crees tú? Tuvo que ir a provincias, dicen. Tendría que salir precipitadamente de Santiago, digo yo... Esos serían los viajes que salían en las cartas. (*Alegrándose*.) Sí. Viajes cortos...

макі́а.-Pues entonces, ahora vendrá él aquí.

OLGA.—De todas maneras, es mejor que mi abuelita vaya... No sea que esté avergonzado y... Son tan raros los hombres... Pero... ¿qué tienen ustedes?

MATILDE.—(Temerosa de que OLGA sospeche.) Nada, hija; que hablando de ti, de cómo estás... (Aunque desea ponerse alegre, las lágrimas se le caen.) Sabes que lloro de nada, de cualquier idea, desde que te veo enferma.

OLGA.-Pero ahora alégrese, abuelita.

MARÍA.-Pero hoy... Un día que descanse, al menos...

MATILDE.—No. ¿Y por qué había de ser hoy? Sí iré, hija, sí. Tráeme mi velo... Y que te vea un rato alegre...

Vase OLGA por la derecha.

#### ESCENA XV

## MISIÁ MATILDE Y MARÍA

матіlde.-¿Has oído, Mariquita, por Dios?

MARÍA.—¡Habérsele ocurrido este pretexto a la Carmela! Pero... ¡quién podía sospechar!

MATILDE.—(Llorando.) Todo cae sobre mí.

MARÍA.-¿Y de veras va usted a salir?

MATILDE.-¿Y qué me queda, sino ir, hija?

MARÍA.-Es mucho ya.

MATILDE.-No sé qué voy a hacer por esas calles hoy.

maría.-Es cruel.

MATILDE.—Ni conozco a nadie aquí... ¿Dónde voy a meterme...? Andaré, vagaré, llorando... peor que nunca... Esta es mi vida... Hasta que Dios se apiade...

MARÍA.-¿Y a casa de don Roque...?

MATILDE.—Allá puede llegar la Olga de repente... (*Pausa dolorosa*.) Pero tengo que salir. Todo, menos darle este golpe... Se moriría,

y antes me moriré yo, de cansancio y de penar sola por aquí y por allá...

Vuelve olga, más animada, como con mayor esperanza. Trae el velo de misiá matilde. La abuela vuelve a fingir ánimos.

#### ESCENA XVI

### LAS MISMAS Y OLGA

- OLGA.—Su velo, abuelita. Tome... (Volviéndose a MARÍA, llena de alegre esperanza.) ¡Y no creas en las cartas, María...! La visita... ¿Te acuerdas...? También salía que él vendría a esta casa. ¡Oh, si viniera!
- MARÍA.—(Desgarrada, viendo que MISIÁ MATILDE, enseguida de haberse puesto el velo, bebe unos sorbos de agua y se esfuerza por contener el llanto.); Y no crea una en las cartas!
- OLGA.—Ah, abuelita, y si no lo encontrase, averigüe con esos señores de la Bolsa. (A MARÍA.) Tú eres una gran pitonisa.

A cada instante ha ido su esperanza creciendo y alegrándola más. Ahora va al espejo, separa la gasa que le cubre y se mira como en un despertar súbito de la coquetería.

Y entretanto, MISIÁ MATILDE se va por el fondo, atravesando la escena, cabizbaja, resignada, vencida.

#### TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO

### TERCER ACTO

La misma habitación, de noche. Sobre la mesa, el cesto de tejido de MARÍA y un paquete con lanas y cintas.

#### ESCENA PRIMERA

# MISIÁ MATILDE Y MARÍA

Al levantarse el telón, MARÍA teje cerca de la mesa. Está preocupada y algo triste. MISIÁ MATILDE guarda algunos platos en el aparador. Un quebranto más visible aún que en el segundo acto, pesa en sus movimientos, que se han hecho torpes y vencidos, y en su semblante apagado y más invadido por la tristeza y la angustia.

MATILDE.—(Suspendiendo su trajín como para escuchar un ruido de fuera.) ¿Están cerrando? ¿Quién cierra?

MARÍA.—Martín.

MATILDE.—¿Le advertiste que no cerrase toda la puerta? MARÍA.—Le pedí que la dejara junta. MATILDE.—¿Y la luz?

MARÍA.-También. Que no apagase.

MATILDE.—Porque si llega y ve oscura la tienda... (Pausa. Ha terminado de guardar la vajilla y se acerca a MARÍA.)

MARÍA.-No sé si ha hecho usted bien.

MATILDE.-¿En llamarlo?

MARÍA.-Porque no veo qué podrá Ramiro hacer.

MATILDE.—Puede que a él se le ocurra algo. Yo sí que no encuentro ningún remedio. No se me puede ocurrir nada. Hoy, el doctor me trató mal.

MARÍA.—Como receta y aconseja para que la Olga no le haga caso... ¿qué más va él a decir?

MATILDE.—¡Ave María! Ni necesité contarle cómo está ya esta criatura. Todo me lo adivinó él en cuanto me oyó que seguía peor. Me dijo: «Pierde la memoria, con seguridad, y vive constantemente como en otro mundo, y más flaca, y tendrá las glándulas hinchadas....». Todo, todo me lo dijo él solo.

MARÍA.-¿Y dice usted que la trató mal?

матіlde.-Como un bruto. Poco menos que me echó.

MARÍA.-¿Diciendo qué?

MATILDE.—«Yo no puedo hacer ya nada, señora; ni recetar, ni dar consejos, nada. Esa niña no quiere salir de aquí, ni distraerse, ni ducharse, ni darse las fricciones, ni hacer ejercicio. Se querrá morir. Está enamorada de ese hombre, como una palomita cándida. No tiene más remedio que olvidarlo o casarse con él. Y no vuelva usted, señora; que me quita el tiempo para los enfermos que quieren sanar. Y con venir a llorarme aquí, nada se saca».

MARÍA.-Y la despachó.

MATILDE.—Y yo, llorando; y él, con una cara... Como quien dice: «Harto estoy ya de sus lágrimas».

MARÍA.-No sé qué corazón tienen los médicos.

MATILDE.—Así es. (Sentándose.) ¡Ah! Tengo las piernas... molidas. (Y queda en una actitud de apagamiento, con los ojos angustiados y fijos en la nada.)

# Llega MARTÍN por el fondo.

### **ESCENAII**

LAS MISMAS y MARTÍN; al final, por la derecha, distante, la VOZ DE OLGA

MARTÍN.-¿Y, señora? ¿Recibió buenas noticias?

матіlde.-¿Del doctor?

MARTÍN.-No. Si yo me refiero a la carta de esta tarde.

MARÍA.-Cierto. ¿Qué le dice su amiga de Valparaíso?

MATILDE.—Que no me aflija por la casa, que todo está como lo dejé. Pero me cuenta una cosa... que me ha puesto más asustada de lo que estaba.

MARTÍN.-¿Qué?

MATILDE.—Por lo que le pusiste de mi Olga en mi carta, ¿te acuerdas?

MARÍA.-Si. ¿Y...?

MATILDE.—Me cuenta que ella tuvo, de joven, una amiga que se murió de lo mismo: porque le entró pensión cuando Dios le recogió una criatura.

макі́а.-¡Oh, por una criatura se concibe!

MATILDE.—(Muy afligida.) Lo mismo da. Entrando pensión, hija, lo mismo da que sea por quien sea.

MARTÍN.—También...; tienen un tino las amigas!

MARÍA.-Saben que una está sufriendo...

MARTÍN.-Y parece que se esmeran en asustar más.

MATILDE.—(*Llorando*.) No. Si ahora sí que creo que mi hijita se me puede morir.

VOZ DE OLGA.—(Su voz, en ese tono doliente de las muchachas mimadas.) Abuelita... Abuelita...

### MISIÁ MATILDE acude al llamado.

#### **ESCENA III**

## MARÍA Y MARTÍN

MARTÍN.-La Olga ¿se acostó?

MARÍA.—Creo que sí. Hoy ha sido uno de los días de estarse tumbada. Y como misiá Matilde fue a pedirle a Ramiro que viniera esta noche, le aconsejamos que se acostara temprano.

MARTÍN.-No tendrían que apelar a muchos pretextos.

MARÍA.—Ya te digo, ha sido para ella hoy uno de sus días de pasarse tumbada encima de la cama.

MARTÍN.—¿Y qué pretende misiá Matilde de Ramiro? ¿Se puede saber?

MARÍA.-Eso mismo le preguntaba yo.

MARTÍN.-; Caramba!

MARÍA.-Ni ella misma lo sabe.

макті́м.-Querer de ese modo es lisa y llanamente imbécil.

MARÍA.-¿Querer como quién?

martín.—Como la Olga.

MARÍA.—(Sonrisa irónica.) ¡Hem!

MARTÍN.-Las mujeres... reconócelo... son ustedes muy pequeñas.

MARÍA.—(Nueva sonrisa irónica.) ¡Hem!

MARTÍN.-¡Qué falta de cerebro!

MARÍA.-Gracias.

MARTÍN.-No, no va contigo.

MARÍA.—(Siempre irónica.) Ah.

MARTÍN.—Pero en general. No obran sino por pasión exagerada. Las circunstancias nunca les dictan una conveniencia que aprovechar.

MARÍA.-No te fíes.

MARTÍN.-Tú lo vas a ver: la abuela también hará un disparate.

MARÍA.-En ella, se explica.

MARTÍN.-Porque es toda corazón, ¿ah?

MARÍA.—Y porque es abuela, y porque no tiene más cariño, más chochera en el mundo, que su Olga.

MARTÍN.—Pero es que a la vez hay que pensar. No debe dejarse crecer ninguna pasión de ese modo.

MARÍA.—Hazle comprender eso a una abuela, y a una vieja simple, como misiá Matilde.

MARTÍN.—En fin, lo de misiá Matilde, pase. ¡Santo! Pero esa locura de la Olga, esa ceguera para querer...

MARÍA.-(Reticente.) Cuidado con lo que dices... Cuidado...

MARTÍN.-¿No es la verdad?

MARÍA.-Tanto peor.

MARTÍN.-¿Tanto peor para qué?

MARÍA.—Se te pueden recordar teorías...

martín.-¡Ah, ya!

MARÍA.-Y tú hablando así ahora...

MARTÍN.-¿Ya quieres comenzar a pesar las palabras?

MARÍA.—No; recordaba, nada más, tus prédicas contra las mujeres tibias, de arrepentimientos, que... ¿cómo decías...? que se anulan poco a poco la vida.

MARTÍN.-Eso...

макі́а.-Sí, sí. Eso era cuando yo te rechazaba. Por conquistar.

MARTÍN.—¡Oh, no seas tonta! ¿No convienes tú también ya en que no puede ser un obstáculo el que yo tenga un hijo, para que me quieras?

MARÍA.—No me refiero a eso. Antes creí que sería indispensable, para la dicha completa del hijo mío, del de mis sueños de toda

la vida, que su padre no tuviera otro fuera de él... Después... el caso de mi lavandera me abrió los ojos.

MARTÍN.-¿Y entonces?

MARÍA.-(Displicente.) Nada.

MARTÍN.—(Después de observarla unos instantes.) Estás poniéndote un poco simple, un poco...

MARÍA.-¿Ridícula? Dilo.

MARTÍN.-(Sonriendo.) No.

MARÍA.—Ni lo temas. Es que recordaba una teoría tuya, simplemente. Y tu ardor al hablarme de tu pasión. ¿Te acuerdas? Me decías... no lo he olvidado porque me gustó mucho... «He querido, cierto, muchas veces. Pero eso es mejor. Parece que los amores primeros no son sino la preparación del último, del que ha de venir incontenible, enorme, a llenarnos el corazón. Todos los desengaños, los fracasos todos de los amores pasados, han sido entonces algo así como derrumbes o hundimientos necesarios, que han ido abriendo en nuestro corazón el gran espacio, la gran cavidad que ese amor enorme, último y definitivo habrá de venir a llenar...». ¿Te acuerdas? Yo lo apunté. Ya ves, me lo sé de memoria.

MARTÍN.-Muy bien. Mi orgullo de escritor te lo agradece.

MARÍA.—Yo también te lo agradezco. Eso sí, que... ya no creo en que pueda ser un marido, un hombre —al menos para mí— quien venga a llenar para siempre ese vacío.

MARTÍN.—¿No...? ¿No te digo que estás muy graciosa...? ¿Quién, entonces?

MARÍA.-Otro ser, más nuestro.

martín.-¡Ah! ¡El tema!

MARÍA.-Como quieras. Cada loco con el suyo.

MARTÍN.—(Impacientado.) Bueno, mira; adiós. No estoy para tonterías hoy.

MARÍA.-(Violenta.) No te vayas.

MARTÍN.-¿Qué?

MARÍA.-Un minuto.

MARTÍN.-¿Qué quieres?

MARÍA.—(Resuelta.) ¿Lo has pensado?

MARTÍN.-¿Qué cosa?

MARÍA.-No te hagas ahora el que caes de las nubes.

MARTÍN.—Hijita... ya te lo he dicho: odio el matrimonio. Esa vida de esposos, en común, es la muerte del amor. Todos tenemos aspectos desagradables, hasta groseros, en algunos momentos del día... Y esos aspectos matan poco a poco toda ilusión. Yo te quiero mucho y no deseo que esa tontería, esa costumbre estúpida dé al diablo con nuestro amor... ¡No! Yo quiero conservarte... y por lo mismo...

MARÍA.—(Que espera trémula, violenta.) ¿Qué? Por lo mismo ¿qué? Dilo claro.

MARTÍN.—¡Oh! Pero hasta cuándo vamos a estar repitiendo la misma escena.

MARÍA.-Por última vez. Di.

MARTÍN.—(Dirigiéndose a la puerta del fondo.) ¡Oh!¡Bah, bah! Hasta mañana.

MARÍA.-(Colérica.) Contesta. ¿Sí o no?

MARTÍN.—(Deteniéndose en el umbral.) Ya te he dicho. Cada uno en su casa, libre, conservando la independencia de sus actos... Verse, sí... en los momentos en que el uno desea la compañía del otro, el rato de intimidad, el refugio para el cansancio o la expansión de una alegría... Y en los momentos en que no podamos sorprendernos fealdades...

макі́а.-Те he prevenido que no lo hago por mí.

MARTÍN.—(Fingiendo armarse de paciencia.) ¡Vaya!

MARÍA.—(Conteniendo la rabia.) Está bien.

MARTÍN.-Que pases buena noche. Adiós. (Vase por el fondo.)

MARÍA.—(Con lágrimas de ira.) ¡Ah! ¡Canalla!

Queda unos instantes trémula. Luego se dispone de nuevo a tejer; desenvuelve el paquete que hay sobre la mesa y, a medida que va sacando de él cintas y moños, va serenándose algo su semblante; hasta llegar a la expresión de una conformidad algo triste, pero firme.

Llega misiá matilde por la derecha.

### **ESCENAIV**

## MARÍA Y MISIÁ MATILDE

MATILDE.-Las once.

MARÍA.-¿Y a qué hora dijo que venía?

MATILDE.-Ya estará por llegar.

MARÍA.-¿Usted misma habló con él?

MATILDE.-No. No me atreví.

MARÍA.-¿No se atrevió?

MATILDE.—Vive en una gran casa, niña, con ascensor, y portero, y todo.

MARÍA.—(Con extrañeza.) ¿Sí?

MATILDE.—¡Vieras qué lujo! Cuando el portero me dijo que sí, que ahí era... créeme que me quedé fría... y me corté toda... (*Llorando*.) Y más separado todavía lo vi de mi pobrecita.

MARÍA.-Pero no entrar...

MATILDE.—Ese lujo la achica a una... No me atreví, no pude atreverme a subir... Y he vuelto con miedo...

макі́а.-¿Y con quién habló? ¿Cómo sabe que vendrá?

MATILDE.-Me lo mandó decir con el mismo portero.

MARÍA.-Pudo darse la molestia de bajar él.

MATILDE.—Ya ves si tengo razón para temer de lo que resulte ahora.

Pausa triste de ambas.

MARÍA. -; Qué hombres!

MATILDE.-¿Y qué tienes tú?

MARÍA.-¿Yo?

MATILDE.-Sí.

MARÍA.-(Un poco triste.) Nada.

матіlde.-Te encuentro... у no solamente hoy... no sé cómo...

MARÍA.-¡Bah! No.

MATILDE.—Hasta la cara te la veo distinta... desfigurada... ¿De veras? ¿Nada tienes?

MARÍA.-(Disimulando.) De veras. ¿Qué voy a tener?

MATILDE.-Será idea mía, entonces.

maría.-Idea.

MATILDE.-Pero ahora me pareciste nerviosa.

MARÍA.—¡Oh! Eso... No hay mujer que no esté un poco nerviosa siempre. (Suspira.)

MATILDE.-¿Ves? Tú tienes algo. Apostaría que Martín... Dime qué tienes.

MARÍA.—(Sin poder reprimir una lágrima.) ¡Qué sé yo! Rabia, vergüenza, despecho... y conformidad también. No sé. Una mezcla incomprensible.

MATILDE.—Celitos.

MARÍA.—¡No! ¡Eso no! Celos sí que no. Es una inquietud antipática... Una cosa antipática, eso es, muy antipática. Y no es más.

MATILDE.-¿Por algún desengaño? ¿De Martín?

MARÍA.—Tampoco. Yo esperaba esto que me pasa. Más: lo he deseado.

MATILDE.-Pero estás triste. A la cara te sale.

MARÍA.—Pudiera ser. Cuando lo que a una le sucede no es... no es lo que todas aceptan con tranquilidad, molesta... eso, molesta. Aunque una lo haya deseado, como yo. Pero... será un poquito de tristeza... que me durará unos días... y nada más.

MATILDE.-Martín se porta mal contigo.

MARÍA.—Mire, misiá Matilde, no hablemos. Es sin objeto. Esto lo esperé, lo busqué, repetí en todas partes y a todos que era mi sueño.

MATILDE.—(Alarmada.) ¿No será...?

макі́а.-Y ya está hecho. ¡A qué me quejo!

MATILDE.—(Con el dolor de la sospecha.) ¡Qué elegante lo que tejes...! ¿Qué es?

макі́а.-Una chaquetita. Ya ve. (Se le caen las lágrimas.)

матіlde.-¿Esa no será... por tejer... cómo antes?

MARÍA.—Ahora que llegue Ramiro, ¿quiere usted que la acompañe?

MATILDE.-No cambies conversación. ¿Y Martín...?

MARÍA.—No se quiere casar. ¡Vaya! Ya lo sabe usted todo. No hablemos, pues.

MATILDE.—(Con dolor.) ¡Oh! ¡Criatura! ¿Qué has hecho? ¡Y tú, tan racional, tan sensata!

MARÍA.—Déjeme, déjeme, misiá Matilde. Sé todo lo que me va usted a decir. Yo también pensaba como usted, tenía sus ideas.

MATILDE.—¡Si tu madre resucitara!

MARÍA.—Cuando vivía ella, me figuraba yo también que con esas ideas estaba defendida. Más me figuraba que tenía con eso para ser feliz.

MATILDE.-Y virtuosa.

MARÍA.—También. Pero me quedé sola y vi que todo se hundía, y que se era muy débil sola, porque esas ideas, sin el apoyo de nadie, se iban cayendo a cada encuentro con la vida.

MATILDE.-No digas eso.

MARÍA.—Lo digo, porque lo sé. Yo no era bonita y había sido criada con las esperanzas de las bonitas, con las esperanzas que nos dan todas las madres. Y para eso, vi que o se había de ser bonita de veras o saber sacrificarse. Yo no tenía ni lo uno ni lo otro, porque siempre fui cobarde para renunciar a mis sueños... A uno de ellos, quiero decir... A ese, no pude renunciar nunca.

Era mi razón de ser. ¡Qué triste me puse un tiempo, qué aburrida! Porque quise luchar. Me busqué ejemplos.

MATILDE.-No debiste dejarlos.

MARÍA.—Los ejemplos... ¿sabe usted lo que me enseñaron? Que todos estamos siempre, sin remedio, a merced de la vida. Y con miedo a la vida viví mucho tiempo. Y los años iban pasando tristes, vacíos... Cada año, más. Hasta que me rendí y dije: ¡Que la vida haga de mí lo que deba ser! Y en paz.

MATILDE.-;Oh!

MARÍA.—Y mire lo que son las cosas: ya no tuve miedo; por el solo hecho de haberme entregado a la vida, me pareció que ya era fuerte, que la vida me pertenecía, que ya no era una enemiga sino una madre buena.

MATILDE.-¡Qué cosas, niña!

MARÍA.—Y vi que iba a ser feliz recibiendo lo que ella me quisiera dar.

MATILDE.—(Con tristeza.) Te hacías mala, criatura.

MARÍA.—¿Mala? Mala no seré nunca, ni lo puedo ser por esto. No. No tomaré nada que sea la desgracia de otro; pero... esto, esto que me hacía tanta falta...

MATILDE.—Deshonrándote.

MARÍA.—Haciéndome feliz. A nadie se lo quito. Mi deshonra, la deshonra de una mujer insignificante, que no tiene a nadie, a nadie puede manchar. La gente dirá al verme: «Se perdió esa niña» o «engañaron a esa niña». Y unos me compadecerán, otros me volverán la espalda. Yo sabré que no merezco compasión porque soy dichosa ya, y me alegraré de que me vuelvan la espalda los que siempre fueron indiferentes... para que me abra en cambio los brazos un niño mío, con un tesoro de cariño, de ternuras cada vez mayores. ¡Oh! Yo seré feliz, misiá Matilde.

MATILDE.—¡Jesús! A ratos, me parecía estar oyendo a ese Martín. MARÍA.—Sí, mucho he aprendido de él. Y se lo agradezco todo. MATILDE.—Y te abandona.

MARÍA.—¡Bah! Que mi hijo no será legítimo... Es mi única pena. Yo hubiese querido que lo tuviera todo.

MATILDE.-Pero... ¿estás segura de que no quiere casarse?

MARÍA.—Todo me hace creer que hará conmigo lo que con la madre del otro hijo que tiene. Es de esos que van teniéndolos por aquí y por allá. Por último, yo me conozco: no puede un hombre ser feliz conmigo toda la vida, tampoco. Y yo... soy poco para Martín, además.

MATILDE.—Eso debiste verlo a tiempo, criatura.

MARÍA.-Lo vi.

MATILDE.-Debiste esperar, entonces, otro hombre.

MARÍA.—Mejor que él, ninguno se me presentó nunca. Y me iba haciendo vieja.

MATILDE.-No me vengas con que nadie se habría casado contigo.

MARÍA.—¡Pero qué hombres!¡Qué hijo me hubieran dado! Y otra: en casándose, todos iguales. ¿No ve usted a Ramiro? Muy enamorado se casó. Lo ha dicho. Y ahora sufre por la Olga. ¡Ah! Es mejor estar libre. Y yo, con mi carácter...

MATILDE.—Oye: ¿tú crees de veras que Ramiro sufre por mi Olga? MARÍA.—Lo he visto llorar aquí. Sufre. Pero si la Olga estuviese en mi caso...

MATILDE.-¿Qué?

MARÍA.—¡Pse...! Y después de todo, fuera como fuere... la Olga sería feliz, quién sabe. Si no hoy mismo, mañana. Ya tendría otro cariño, al menos.

MATILDE.—¡Oh!, mira, no hables así.

MARÍA.-Bueno.

MATILDE.—Si el remedio hubiera de ser un hijo... antes la casaba con otro... por la fuerza.

MARÍA.—Eso... eso estaría muy bien si la Olga fuese como yo, de mi carácter, y una desengañada que no creyese ya en los hombres. Pero hay mujeres que creen en ellos toda la vida, que hasta los quieren más que a los hijos, que se mueren por ellos,

- que se consumen antes de experimentar. Y la Olga es de esas. Ya la ve usted: enferma, en los huesos.
- MATILDE.—(*Llorando*.) Sí; ella se muere antes, sí... Oye: ¿tú crees que se puede morir?
- MARÍA.—(Pesarosa de su imprudencia.) ¡Oh! He hablado en general. MATILDE.—(Llorando de nuevo.) Ella se muere, sí. Hasta tú lo
- crees...; Claro! Si le ha entrado pensión.

  MARÍA.-; Oh!; Para qué diría nada! No llore, misiá Matilde. La
- Olga no...

  MATILDE.—Si es verdad lo que dices. Tú eras la única que no me lo
- MATILDE.—Si es verdad lo que dices. Tú eras la única que no me lo habías dicho. Y me lo dicen también en la carta. Todos lo ven. ¿Y no lo veo yo misma desde hace tiempo? (*Llora*.)
- MARÍA.—(Confundida.) Pero esa de Valparaíso no se murió por un hombre. Es muy distinto.
- MATILDE.—Entrando pensión, lo mismo da. Otras se matan. Mi Olga se echa a morir. ¡Sí, sí! ¡Mi Olga, mi Olguita! ¡Virgen Santísima! ¿Permitirás que se muera mi hijita? ¡No! Ella tan regalona, que todo lo tuvo siempre, educación como la más señorita, y que es tan linda, y tan buena, y de tanto corazón, y tan inteligente, que vale más que todos los que ha habido en la familia... ¿se me va a morir, Madre mía? ¡No, no puede ser, no! (Llora más amargamente.)
- MARÍA.—¡Oh! No es cosa de ponerse así. Y ahora, menos. ¿Qué cabeza tendrá entonces para hablar con Ramiro?
- MATILDE.—Si cabeza no puedo ya tener para nada. Si se me muere mi hijita, ¿qué hago yo, Dios mío?

RAMIRO llega por el fondo y, al ver que MISIÁ MATILDE llora convulsivamente y notar la aflicción de MARÍA, se acerca a ellas muy alarmado.

#### ESCENA V

LAS MISMAS Y RAMIRO; al final, como antes, la VOZ DE OLGA

RAMIRO.—¡Qué! Misiá Matilde... Buenas noches, María... ¿Qué hay? ¿Alguna desgracia?

MATILDE.—(Siempre llorando.) Sí, Ramiro; una desgracia muy grande. Mi Olga se muere.

RAMIRO.-¿La Olga?

MARÍA.-¡Oh!¡Qué disparate!

MATILDE.—¡Pero si es verdad! Lo he llamado, Ramiro, porque ya esto no puede seguir así.

RAMIRO.-(Con alarma.) ¿Dónde está la Olga?

MARÍA.-No se alarme, Ramiro. No es sino idea de misiá Matilde.

MATILDE.-(Que no cesa de llorar.) Si tú misma lo has dicho.

RAMIRO.—A ver... Sin llantos, señora, dígame qué pasa. ¿Dónde está la Olga?

MARÍA.-Esa es otra: puede oír.

RAMIRO.-¿Dónde está?

maría.-Se acostó.

MATILDE.—(Bajando la voz, pero entre lágrimas siempre.) Sí, Ramiro; se me va a morir. Le ha entrado pensión. Hasta unos bultos tiene aquí ahora. (El cuello.) El doctor no quiere ya ni verla. Ni a mí. Hoy me ha echado. Usted, Ramiro, usted es el único que puede salvarla. ¡Piense, haga algo, por Dios! Si se me muere, ¿qué haré yo?

RAMIRO.-Pero...

MATILDE.-Usted, Ramiro...

RAMIRO.-Pero veamos bien lo que hay, primero. Hablen.

MARÍA.—Hay, Ramiro, que esta es una gente demasiado sencilla. La Olga, para quererlo a usted hasta caer enferma, con anemia, neurasténica; y misiá Matilde, para sentir por esto que se le viene el mundo encima y creer que la Olga se le muere, sin remedio.

RAMIRO.-¡Oh!¡Cómo se va a morir! Todo eso se cura.

MATILDE.—(Implorando.) No me hagas daño tú también, Mariquita. Créame a mí, Ramiro. Mi corazón no me engaña. Y no sea malo.

RAMIRO.—No hable de ese modo.

MATILDE.—¿Por qué fue tan malo? ¿Por qué la enamoró, si no se había de casar con ella? ¡Ha sido una maldad!

RAMIRO.—No hable así, le digo. Bien sabe que la quería, que la he querido siempre, que la quiero. No me ofenda.

MATILDE.—(Arrepentida, humillándose.) No, no. Perdóneme, perdóneme... A ver... Yo no lo quiero molestar. No lo he llamado para fastidiarlo. Quiero rogarle, rogarle que sea bueno, que se apiade siquiera y busque algún arreglo a las cosas, para que mi hijita no se muera... Déjeme hablar... Para que no se me muera, por Dios; porque si se muriera... Sea bueno, todo depende de usted, y usted no ha de querer ser malo ahora.

RAMIRO.—¿Yo...? Pero... en fin... ¿ha pensado algo que pueda yo hacer?

MATILDE.—A mí ya no se me ocurre nada. Estoy perdida. Lo he llamado por eso, para que usted busque...; Busque, busque...!

RAMIRO.—(Desconcertado.) ¡Yo...! ¿Y qué...? Por lo pronto, lo que veo es que usted se alarma con exageración.

MATILDE.-No. Óigame, óigame y verá que no.

RAMIRO.—Sí, porque las enfermedades se curan.

MARÍA.—Eso le digo yo. No sería este el primer caso. Que ponga la Olga de su parte algo y...

MATILDE.—Esa es la cosa. Que no quiere. Ya lo sabemos, no quiere. Óigame, Ramiro; ya apenas habla, pasa tumbada, le duele todos los días la cabeza, se olvida de todas las cosas... Ni conversar conmigo desea. Por las noches...; oh, qué martirio por las noches...! La oigo llorar en su cama, la siento la noche entera.

«Olga, Olga, ¿qué tienes?», le pregunto. Y no me contesta. La vuelvo a llamar, me acerco a verla, y se hace la dormida... Y no es cierto; es para que no le hable siquiera... o por ocultarme, por compasión... ¡Quién sabe lo que piensa! Y yo, entonces, cavilando y cavilando, viéndola sufrir y sin que busque siquiera el amparo de su vieja. ¡Qué martirio, Madre mía...! Y es que ella se echa a morir. Ha comprendido que yo no puedo hacer ya nada. Y es verdad. Todos los días salgo, para hacerle creer al menos que lo busco. Me voy a llorar por las calles... No sabe usted cómo lloro, como un ánima en pena...

RAMIRO.-¿Y por qué?

MARÍA.—Porque nadie aquí se ha atrevido a decirle que usted se ha casado.

MATILDE.—¡Cómo le íbamos a decir! Si usted no sabe, Ramiro, cómo está... (Solloza, desesperada.)

RAMIRO.—(Emocionado hasta empañársele la voz.) ¿Y usted sale...? MARÍA.—Todos los días, hasta el anochecer. Y vuelve engañándola. Que no lo ha encontrado todavía, que le han dado un derrotero... en fin, inventándole algo que la reanime un poco...

MATILDE.—Pero ya no me cree. A veces, me mira con fastidio. No tiene esperanza, y me pierde el cariño... Ella quiere morirse, se conoce. Y yo no puedo más tampoco. Ni las piernas me dan más. Y como ni siquiera duermo bien, estoy enferma... Por eso me he decidido a llamarlo. Hable, diga, Ramiro... piense algún remedio.

RAMIRO.—(Confundido, con dolor, al verse impotente.) Y yo, ¿qué puedo hacer?

MATILDE.-¡Algo, algo!

RAMIRO.-Pero... ¿es posible que por mí?

MATILDE.—Por usted. ¡Si usted solo puede salvarme a mi hijita! MARÍA.—¡Qué calamidad!

RAMIRO.—Así es. Pero no es posible... ¿Querer así, hasta enfermarse? Será idea. Háganle ver que es idea, que todas estas penas son una idea que se nos pone...

MATILDE.—Por esa idea, precisamente, es que entra pensión. Y de pensión se mueren las criaturas.

макía.-Pero ella es grande ya para no comprender.

RAMIRO.—Para no comprender que es una exageración. ¡Oh...!

MARÍA.-Ya tiene diecinueve años.

RAMIRO.—Y ella debe de exagerar también cuando dice que me quiere de ese modo. Las palabras traicionan.

MATILDE.—(Que escucha llorando.) Si ella, la pobrecita, no dice ahora nunca nada.

RAMIRO.—Usted, entonces. Nunca se expresa la medida exacta de lo que se siente. Las palabras dicen siempre menos o de más. Los vehementes, como la Olga y usted, exageran siempre.

MATILDE. – (Abatida.) No. Pregúntele a la Mariquita.

MARÍA.-Puede ser como dice Ramiro, que usted se asuste y...

MATILDE.—No me hagas daño, Mariquita. Ayúdame. Él solo puede hacer algo. Si usted no hace nada, Ramiro, mi hijita está perdida.

RAMIRO.—(Confundido.); Fantasmas!

MATILDE.—No son fantasmas. Usted no sabe cuánto batallo. Médicos... Hasta al confesor... He ido a confesarme para pedirle consejos al padre. El padre me ha dicho que cultive la fe en la niña, que la haga rezar y buscar el amor de Dios, que la mande a un convento...

RAMIRO.—Se podría ensayar...

MATILDE.—(Con lágrimas.) No sea malo. ¡Cómo voy a mandarla sola! ¿Y yo? ¡Me muero!

RAMIRO.—(Con desesperación.) Pero ¿qué puedo hacer yo?

VOZ DE OLGA.-Abuelita... Abuelita... Abuelita...

MATILDE.—(Sobresaltada.) Llama.

MARÍA.-Si habla usted tan fuerte.

MATILDE.—Anda, Mariquita; entretenla... ¿No ve, Ramiro? No duerme. Sí, usted va a ser bueno... Dígame...

Vase MARÍA por la derecha.

### ESCENA VI

## MISIÁ MATILDE Y RAMIRO

RAMIRO.—(Con dolor, pero con la firmeza de quien no ve salida.) Yo no puedo hacer nada.

MATILDE.—(Exasperada.) ¿Y yo?

RAMIRO.-Usted, sí. Hablarle, convencerla.

MATILDE.—(Soltando el llanto.); No!

RAMIRO.—Sí. Escúcheme: hágale ver que está ciega por un deseo; que los deseos muchas veces son absurdos; que el corazón suele engañarnos a menudo y maltratarnos con un deseo de esos que nos esclavizan, presentándosenos como la promesa de la felicidad y que, al fin, son un falso concepto de ella. Casi todos los deseos —y siempre los más tiránicos— no son sino mentiras que nos ciegan y nos obstinan... En, fin, señora, déjese de este ofuscamiento, de este espanto, y hágala reflexionar. Usted es una mujer de razón...

MATILDE.—(Entre lágrimas.) ¡No sé, no sé, Dios mío!

RAMIRO.-Entiéndame.

MATILDE.—No sé, no sé... Dice usted cosas que... así... de repente... me parecen bien; pero no las entiendo, la verdad. Soy una pobre vieja, sin inteligencia; no sé sino querer a mi hijita...

RAMIRO.-Pero que no la engañe el corazón.

MATILDE.—Yo no creo que el corazón engañe. A mí no me ha engañado nunca, nunca. ¡No, no es verdad lo que me dice!

RAMIRO.-;Oh, no se cierre!

MATILDE.—Desde que lo conocimos a usted, empecé a vivir asustada. Y era el corazón, que me avisaba. ¡Ahí tiene!

RAMIRO.-¡Bueno! Si se empecina...

MATILDE.—(En un nuevo acceso de llanto.) Seré una bruta, una infeliz vieja que no sabe sino sentir... Pero es que no me resigno... ¿qué quiere? No puedo resignarme a que mi hijita se me consuma. Porque ella es como yo, igual.

RAMIRO.—(*Perdiendo la paciencia*.) Pues no veo el remedio, entonces. Si yo fuera soltero, bien. Pero soy casado, señora, hágase cargo.

MATILDE.-(Indignándose.) ¿Y la va dejar morirse?

RAMIRO.-No se morirá.

MATILDE.—(Exasperada.); Sí, hombre, sí!

RAMIRO.—(Exasperado también.) ¿Y qué voy a hacer?

MATILDE.—(Doblándose de nuevo en una crisis de sollozos.) ¡No sé, no sé, Dios mío!

RAMIRO.—(Conmovido, ablandándose.) A ver... ¿Qué puedo hacer? Misiá Matilde, ¿qué se le ocurre? A ver...

MATILDE.—(Con llanto siempre.) Nada. Si es usted el que debe pensar. Por eso lo he llamado. Piense... piense... descubra...

RAMIRO.—(Confundido.) No veo... Si no veo qué...

MATILDE.—(De pronto.) Mire... ¿por qué no viene a verla, como antes, en las noches...?

RAMIRO.-¿Y a qué?

MATILDE.-Usted tiene palabras...

RAMIRO.—Ya hemos visto que esas visitas son perjudiciales. Ella se pone peor...

матіь de.—Tal vez engañándola un poco... hasta que se mejore...

RAMIRO.-No. Y después sería peor... Ya lo hemos visto...

MATILDE.-Quién sabe si...

RAMIRO.-No, no. Yo no lo hago.

MATILDE.-(Irritándose.) Entonces es que no la quiere.

RAMIRO.-Imposible. ¿Venir? No; eso, no.

MATILDE.—(Imperativa, cogiéndose a la idea.) Sí. Si no, es que no la quiere.

RAMIRO.—Bien. Créalo, si le parece.

MATILDE.—(Encolerizándose por el solo temor de que así sea.) ¿No la quiere?

RAMIRO.—(Tomando la resolución de mentir.) Bien. No la quiero.

MATILDE.—(Encendiéndose de ira.) ¡Ah! ¡Malvado! ¿Ve? ¿Ve cómo era maldad suya? ¡Perverso, como todos los hombres...! ¡Ah! Pero no, yo no lo soporto... (Viendo que RAMIRO no puede más y llora de emoción.) ¡Sí la quiere! ¡Jesús! Ya me iba a volver loca... (Pausa. Suplicante.) Entonces... venga, Ramiro, venga... Sea bueno. Afróntelo todo... Yo no puedo más ya... ¿Ve? Llora. Si es usted bueno, sí...

RAMIRO.-(En un desgarramiento.) ¿Y qué hago, señora?

MATILDE.—Venir. (Desde este momento, la idea de hacer venir a RAMIRO va haciéndose en ella una obsesión.)

RAMIRO.—(Con lágrimas.) ¿Pero a qué, señora, por Dios; a qué?

MATILDE.—A verla, a reanimarla, a darle la salud...

RAMIRO.-¿Y después?

MATILDE.-Se verá. Primero, que sane. Después se verá.

RAMIRO.—Si ya lo hemos visto, es peor. Además, un peligro. Los dos somos jóvenes, nos queremos; yo a ella, como no lo imaginé nunca... ¿Y cómo responder así de mí? ¿Me comprende? Yo me conozco. Sé que nunca soy capaz de calcular a tiempo hasta dónde van a llevarme mis emociones...

MATILDE.—(Cada vez más ciega.) Venga, venga... No importa...

RAMIRO.—¡Cómo que no importa! ¿Y si en un momento dado... y si, ya en un vértigo, me cegase; si llegara a engañarla a usted misma y...? ¿No sería, entonces sí, un malvado?

MATILDE.-No pasará.

RAMIRO.-Piense.

MATILDE.-No, no pasará.

RAMIRO.—¡Bah! Búsquele un novio. Eso es. Lo podría llegar a querer. El amor se va formando...

MATILDE.—Es inútil. ¿Cree que no se me había ocurrido? He pensado hasta en casarla por la fuerza. Ahora mismo, hace un momento, se lo decía a la Mariquita. Y ella fue la primera en comprender que sería inútil. «Ramiro, no hay otro. La Olga es de las que saben morirse por un hombre», algo así me dijo ella.

Vuelve María por la derecha.

## ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS Y MARÍA; luego, la VOZ DE OLGA

RAMIRO.—¿Y usted aconsejaba que yo viniese aquí a engañar a la Olga?

макі́а.-¿Yo? Yo nunca dispongo de la honra ajena.

RAMIRO.-No. No es eso.

MATILDE.—(Como si recordase de pronto las teorías de MARÍA.) ¿Qué creías tú? (Y mientras los otros se explican, queda un instante en suspenso ante una idea, luego se pasa las manos por los ojos, rechazándola; por fin, llora, más desesperada que nunca. Y desde este momento empieza a pasar de la desesperación a la exaltación trágica.)

RAMIRO.—(Entretanto a MARÍA.) Es que me propone venir todas las noches, como antes, y sostener una farsa. Y yo le digo que sería peor.

MARÍA.-Para después, peor, ¡claro!

RAMIRO.-Y además, un peligro.

MARÍA.—Ya lo creo.

RAMIRO.-¿Ve usted, misiá Matilde?

MATILDE.—(En un grito desesperado.) ¡Y qué hago! (Deshecha en lágrimas.) Si no puedo dejar morirse a esa criatura, no. ¡Mi

hijita, por Dios! Si se me muere, ¿qué hago yo? Me muero también. Y se acaba todo. ¡No! (*Implorando a RAMIRO, ciega.*) Venga, Ramiro; venga, venga... No importa el peligro. No importa nada...

RAMIRO.-¡Cómo!

MARÍA.—¡Misiá Matilde!

MATILDE.—(Fuera de sí ya.) ¡Virgen Santísima, Señor, perdón! Pero la pobrecita no merece consumirse de pena. Prefiero ser yo mala, condenarme, ¡todo! Si querer como la quiero es pecado, si querer como ella lo quiere a él es pecado también, ¡tú, Señor, sabrás por qué nos hiciste así...! Venga, venga, Ramiro. Frecuente la casa. No importa lo que pueda pasar... Que no se me muera, es lo único. Venderemos la casita de Valparaíso y nos estableceremos aquí, humildes. Viviremos para usted solo. Lo trataremos como a un rey. Venga, no importa nada. ¿Quiénes somos nosotras? ¿A quién le importamos? Que se salve mi hijita, que no se muera; porque si se muere, ya le digo, se acaba todo. ¡No! ¡Y eso no! Venga, venga, Ramiro... ¿Viene? ¿Sí? Sí, sí, viene...

maría.-¡Oh!

RAMIRO.—¡Es inmoral, monstruoso!

MATILDE.—No quiero saber nada. Es la vida de mi Olga. Venga, venga... Y entre la vida y la muerte, ¡la vida...! Sí, diga que sí... ¿Sí? Sí. Diga que sí. (Cae a los pies de RAMIRO, implorándole de rodillas, loca.)

VOZ DE OLGA.—(Con alarma.) ¡Abuelita! ¡María!

maría.-Ya oyó.

MATILDE.—(Irguiéndose trágica.) ¡Que oiga!

MARÍA Y RAMIRO.—(Con espanto.); No!

MATILDE.-¡Sí, diga que sí! Viene. Acepta. ¡Claro! Acepta. Sí, sí...

RAMIRO.-¡Oh!

maría.-;Señora!

MATILDE.—(Rebelde.) Tú no me puedes decir nada; tú me abriste los ojos, tú. Yo también me entrego a la vida. Y ya ella me lo dará todo. ¡Ah...! (Gritando.) ¡Olga!

RAMIRO.-;Oh!

MATILDE.—¡Olga! (Corre a la puerta de la derecha.)

MARÍA.—(Sujetándola.); No!

MATILDE.—¡Deja! ¡Olga! ¡Ven...! (Se suelta y entra.)

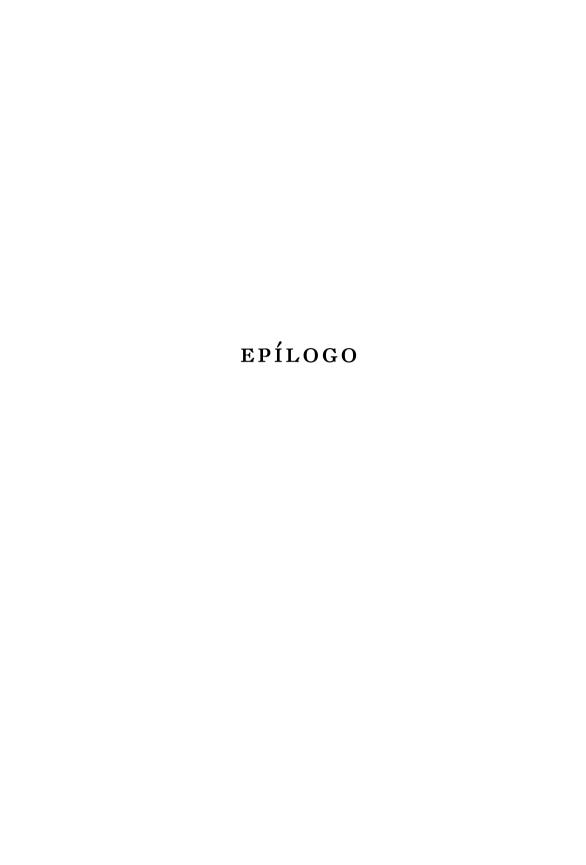
RAMIRO.-;Oh!

MATILDE.—(A gritos, trágica, internándose.) ¡Olga! ¡Ven, Olga! ¡¡Hija!! ¡Ramiro! ¡Tu Ramiro! ¡Ven! ¡Ha venido! ¡Para siempre! ¡¡A quererte!! ¡Levántate! ¡Ven, hija! ¡¡¡Hija!!! (Entre sollozos.) ¡¡¡Mi Olga, mi vida...!!!

Y los gritos van internándose, ante la estupefacción de MARÍA y RA-MIRO, que oscilan sobre sus pies, desgarrados, sin atinar a nada.

> TELÓN FIN DEL DRAMA

Enero de 1916.



Cuando me ofrecieron escribir algunas líneas en relación a Eduardo Barrios, mi abuelo materno, tuve la impresión que era él quien me convocaba y que, al hacerlo, me instruía para que, más que referirme a su literatura, me refiriera a su persona, al ser humano. Si es cierto que es él quien me convoca, quizás se deba al hecho que fui un nieto cercano a él, con quien conviví durante largos periodos de mi niñez y adolescencia. Lo recuerdo en la casa de Bilbao Nº 1966, frente a la plaza Pedro de Valdivia, hoy violada por el llamado «progreso»: la partieron en dos para facilitar el tránsito de vehículos. La casa (teléfono 83585) hoy día es un banco y yo evito pasar por ahí. Cuando llegaba del colegio, mi abuelo me daba plata para comprar helados, y los fines de semana para cruzar al frente, al teatro Pedro de Valdivia -entonces se decía teatro, no cine- para comprar la entrada a la matinée y bolsitas de papel con calugas y maní confitado. En esa casa me pedía que le diera un beso de buenas noches en la «pelá» cuando yo me iba a acostar y él, solo, en silencio, se quedaba fumando y haciendo sobremesa en el comedor chico o en el comedor grande, porque había también un comedor grande que se usaba los domingos, cuando toda la familia se reunía a almorzar y a pasar juntos la tarde.

316 EPÍLOGO

En esa casa murió el abuelo. Un día de septiembre de 1963 llegué del colegio –Instituto Nacional–, y cuando entraba en el jardín mi madre salió a mi encuentro, me abrazó y me dijo: «Payito, se murió el Tata». Fue mi primer encuentro cercano con la muerte. En este pasar por la vida, esos días son especiales en mi recuerdo y nunca se han borrado.

Hoy, a 55 años de su muerte, sigo sintiéndome muy ligado a mi abuelo materno. Me ha tocado en suerte ser uno de los descendientes que sigue habitando en la que fue la casa de vacaciones, en San José de Maipo, junto a mi madre y hermanas. En los recuerdos, esta casa es tan importante como la de Bilbao, con la diferencia que, en lugar de ser un banco, anida un centro cultural –fundado por mi persona— que conserva valores patrimoniales del Premio Nacional de Literatura Eduardo Barrios, entre otros. Aquí veraneábamos todos los años: el abuelo, las hijas, los nietos y, cómo no, la abuela, la Yoya. Aquí nació Angélica, la última hija; aquí pintó Gracia, la segunda hija, y su esposo José Balmes, quienes llegarían a obtener el Premio Nacional de Artes Plásticas; y aquí vive aún la hija mayor, Carmen, la Pita, mi madre, ya de 97 años. Es una gran casona de adobes, con tres terremotos a cuestas y a la cual aún le queda una larga vida.

Veo a mi abuelo parado en el umbral de la galería, con faja y sombrero de huaso. Lo veo bajo el parrón tanteando la uva. Lo veo, tijeras de podar en mano, cuidando las rosas. Lo veo bromear con los nietos, darle vuelo al columpio, sacar duraznos, peras, guindas de los árboles del jardín. Y veo a mi abuela en el espacio de la cocina a leña dirigiendo la gran operación de hacer dulce de mora, dulce de ciruelas, dulce de membrillo, dulce de diferentes frutas para llevar en grandes frascos de vidrio a los inviernos santiaguinos en la casa de Bilbao. Veo la gran mesa redonda, de madera, pintada de negro, a la que hijos y nietos se sentaban a comer junto a ellos,

padre y madre, abuelos que hoy no solamente viven en el recuerdo, sino también en visiones al alcance de la mano: el tiempo no existe o es un instante eterno con mil posibilidades de vivirlo. Esto tiene un algo nostálgico, pero sobre todo se trata de un sentir que hace activo y creativo y que lleva al pensamiento y a la reflexión.

En las noches, aquel tiempo transcurrido —ese tiempo que aparentemente no se puede atrapar—, se apodera de la realidad y uno lo atrapa. Cruje una tabla, maúlla un gato, ladra un perro, se oye el rumor del río, un ratoncito rasca por ahí, el viento silba en árboles y ventanas, un ruido inexplicable se oye muy lejos o muy cerca, arriba del cerro o junto a la cama... Cuando hay tranquilidad y silencio, hay también misterio en las noches de la casona de San José de Maipo. Es en esas oportunidades —cuando «la realidad concreta» se desdobla y se hace «realidades» (en plural) revelando que los que se fueron están aquí, junto a uno—, queda en evidencia que el tiempo es ilusión. Esta vieja casona lo atrapa, del mismo modo que lo puede atrapar un tren, un río, un cerro, un viejo objeto... Y entonces se trasluce la presencia viva de los que consideramos muertos.

Mi madre me cuenta de mi abuelo:

«En esta casa de San José lo hacíamos bailar aquí en la terraza, debajo del parrón, y bailaba pésimo... Esta casa mi papá se la compró a medio hacer cuando yo tenía como dos años, allá por 1923. Siguió construyéndola de adobes, tal cual era. Quería tener gallinas, y entonces, en la reja de madera, afuera, puso "Granja Avícola El Trébol". Compró de las gallinas más ponedoras, las coloradas y las blancas. Recuerdo que cada gallina tenía en una pata un anillo con un número, así que cada vez que íbamos a recoger huevos a los ponederos había que apuntar el número de la gallina porque mi papá quería saber cuáles eran

318 EPÍLOGO

las más ponedoras. Ya después nosotras usábamos los anillos para jugar, nos poníamos los anillos en los dedos...". Detrás de la casa estaba el acueducto -donde ahora está la calle Volcány después mi papá fue comprando pedazos hasta el río. El tren pasaba justo por donde terminaba la propiedad de nosotros. Había una acequia, entonces íbamos todos corriendo y ahí en un puentecito nos poníamos los niños a ver pasar el tren y después nos íbamos corriendo detrás de él hasta la estación. Ahí se vendía el diario y llegaba un saco con el correo. Yo le compraba El Mercurio a mi papá y los jueves compraba El Peneca para mí. A veces íbamos a pasear en el tren hasta El Volcán, a mí me daba susto pasar por el túnel del Tinoco. Había tren los martes, jueves, sábados y domingos, los otros días había puros trenes de carga, carros de pasajeros había solo esos días. Muchas veces vinimos en tren. Mi papá tuvo un Ford de esos cuadrados pero manejaba pésimo, así que preferíamos venirnos en tren. Una vez en el Puente del Colorado, que no era el puente grande de ahora, chocó contra el muro, casi nos morimos de susto. Veníamos todos, con mi mamá, con la Gracia guagua. Sí, mi papá no manejaba nada de bien, tanto, que después de viejo no tuvo más auto. Cuando era ministro tenía auto pero con chofer, y después, como Director de la Biblioteca Nacional, también. El chofer se llamaba Tapia y él nos traía para acá en los veranos, hasta con el canario, con todo. Nos veníamos pasadita la Pascua y no nos volvíamos hasta Semana Santa, llegábamos siempre atrasadas al colegio. Porque mi papá después compró Lagunillas y entonces nos quedábamos todos aquí esperando el rodeo, en abril, así que siempre llegábamos atrasadas al colegio...».

Todo lo anterior traza rasgos del hombre Eduardo Barrios, tras el cual estaba el escritor, uno que, a la vez, veo y conozco como protagonista de sus libros: él está en aquel niño que enloqueció de amor, en aquel gran señor y rajadiablos, y está en sus novelas, en sus cuentos y en su teatro.

JUAN PABLO YÁÑEZ BARRIOS

San José de Maipo, 23.05.2018



Teatro de Eduardo Barrios ha sido publicado bajo el sello de Ediciones Los Diez. Para su composición se utilizaron los tipos de la familia DTL Fleischmann. Fue impreso en los talleres de Andros Impresores en Santiago de Chile durante el mes de agosto de 2018. El dibujo utilizado en el colofón fue realizado por Julio Bertrand Vidal y publicado en la Revista de Los Diez 1, 1916.

### OTROS TÍTULOS

Cuentos

Eduardo Barrios

La cadena de los días

Augusto d'Halmar

Escritos sobre Arte

Juan Francisco González

Fragmentos

Karez-I-Roshan

# **TEATRO**

### DE EDUARDO BARRIOS

Reconocido como uno de los principales novelistas chilenos e hispanoamericanos de la primera mitad del siglo XX, la faceta de dramaturgo de Eduardo Barrios, Premio Nacional de Literatura 1946, no ha sido lo suficientemente difundida. Las cinco obras reunidas en este volumen: Mercaderes en el templo (1910), Por el decoro (1912), Lo que niega la vida (1913), Papá y mamá (1915) y Vivir (1916) corresponden a la primera etapa de su producción, en donde profundiza en el drama de las familias burguesas en decadencia y, en especial, en la represión social de las mujeres. Por primera vez se publica la obra Mercaderes en el templo, cuyo manuscrito estuvo perdido durante décadas, completando el corpus dramatúrgico de Eduardo Barrios.







